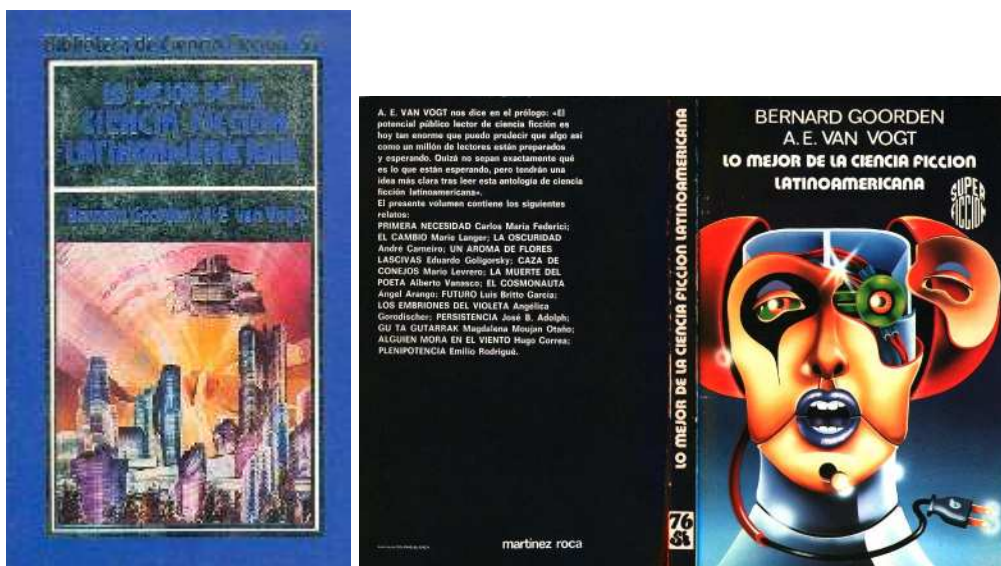


Lo mejor de la ciencia ficción latinoamericana

Bernard Goorden, Alfred E. VAN VOGT
(recopiladores)



traducción del prólogo
y del cuento "*La oscuridad*" (André carneiro)
de Domingo Santos

© 1980-2015 by Bernard Goorden, «*Ides... et autres*»

© 1982, Ediciones Martínez Roca, S. A.

Gran Via, 774, 7.º, Barcelona-13

ISBN 84-270-0746-9

Depósito legal: B. 30.632 - 1982

Impreso en: Romanyá/Valls, Verdaguer, 1 - Capellades (Barcelona)

Impreso en España — Printed in Spain

Índice

Prólogo.....	5
Nuevo Mundo, mundos nuevos.....	8
Primera necesidad por Carlos María Federici.....	12
El cambio por Marie Langer.....	17
LA OSCURIDAD por André Carneiro.....	23
Un aroma de flores lascivas <i>por Eduardo Goligorsky</i>	40
Caza de conejos por Mario Levrero.....	49
La muerte del poeta <i>por Alberto Vanasco</i>	71
El cosmonauta por Ángel Arango.....	74
Futuro por Luis Britto García.....	77
Los embriones del violeta <i>por Angélica Gorodischer</i>	79
Persistencia por José B. Adolph.....	105
GU TA GUTARRAK por Magdalena Moujan Otaño.....	107
Alguien mora en el viento <i>por Hugo Correa</i>	115
Plenipotencia por Emilio Rodríguez.....	139
Bibliografía.....	146
Portadas otras ediciones (Suecia, Alemania, Polonia)	

A San Tewen,
a mis numerosos amigos latinoamericanos
y, más especialmente,
al equipo de la revista *Nueva Dimensión*.

Prólogo¹

En los años sesenta se produjeron dos grandes acontecimientos en el campo de la ciencia ficción. Uno de ellos pasó casi inadvertido en el mundo anglosajón.

El más visible de los dos fue un fenómeno que al poco tiempo adquirió la denominación de *new wave*, nueva ola. Esencialmente, la *new wave* era un intento de introducir «corazón» en lo que hasta entonces había sido «cabeza». Los sentimientos no reemplazan exactamente al intelecto; dudo si los lectores de ciencia ficción derramaban lágrimas de alegría o tristeza mientras devoraban la nueva ciencia ficción. Pero los autores de la *new wave* lucharon extraordinariamente por conseguir esa respuesta.

Otra forma de describir la *new wave* es que fue un notablemente logrado intento de conseguir la audiencia de un público que normalmente sólo lee literatura general.

Mientras tanto...

En Sudamérica y en algunos países de Europa estaba evolucionando una ciencia ficción distinta, más literaria. Frederik Pohl, que por aquel entonces era director de las revistas *Galaxy* y *Worlds of If*, supo de este desarrollo y persuadió a sus editores para que publicasen una revista especial dedicada a esa nueva corriente, *International Science Fiction*.

La nueva revista no fue un éxito. Evidentemente, la *new wave* aún constituía por aquel entonces una innovación. La ciencia ficción literaria todavía debería esperar a que los lectores, acostumbrados a las obras de los *pulps*, escritas por grandes cerebros, se ajustaran a las más sofisticadas obras escritas por grandes corazones.

No obstante, el potencial público lector de ciencia ficción es hoy tan enorme que puedo predecir que algo así como un millón de lectores de ficción de calidad están preparados y esperando. Quizá no sepan exactamente qué es lo que están esperando, pero tendrán una idea más clara tras leer esta antología de ciencia ficción latinoamericana.

Cuando leí su traducción la primera vez, naturalmente cambié de forma automática algunos pasajes a mi propio e inimitable inglés; por consiguiente, tuve que reescribir a máquina toda la obra para ponerla en limpio. Menciono esto porque, como es obvio, en estos casos siempre releo la versión definitiva a fin de corregir posibles errores tipográficos. Y de este modo quedé enormemente sorprendido al comprobar que gozaba mucho más de las historias en su segunda lectura. Había esperado sentirme más bien aburrido. Por el contrario, capté matices y cualidades especiales que se me habían pasado por alto en mi primera lectura.

A consecuencia de ello, me sentí motivado a escribir un breve comentario de mi reacción ante casi cada historia. Helos aquí:

El relato *Primera necesidad* proporciona una desacostumbradamente vivida visión de una destruida ciudad de Nueva York, con pequeñas bandas vagando por ella. Aunque nacido en Uruguay, y viviendo aún en Sudamérica, el autor parece estar muy familiarizado con el centro de Manhattan. El argumento es superficial pero lleno de color. Y su final es realmente sorprendente.

¹ Esta introducción corresponde a la edición norteamericana de Simón & Schuster, en la que fueron eliminados dos relatos de la antología original, que han sido restituidos aquí.

El cambio empieza con una de las mejores frases-señuelo que he leído en los últimos años. La historia que sigue no es sin embargo lo que uno podía haber anticipado. Escrita por una psicoanalista, que ha realizado un estudio sociológico sobre la ciencia ficción, refleja presumiblemente el análisis científico del género hecho por la autora. La encontré diferente, y la leí con interés, sin sentirme seguro en ningún momento de adonde me llevaría. Y cuando finalmente llegué allí seguía sin estar seguro de cómo se había realizado el milagro. Cada lector deberá decidir por sí mismo.

Mi opinión acerca de *La oscuridad* es la de que se trata no sólo de una gran historia de ciencia ficción sino también de una gran obra literaria. Constituye el epítome del tipo de ciencia ficción que se está escribiendo en Sudamérica —en este caso en portugués— y casi en todas partes fuera del mundo de habla inglesa; no acción tipo *pulp* sino literatura en su mejor sentido. El autor, André Carneiro, a quien conocí personalmente en 1969 en el II Festival Internacional del Film en Río de Janeiro (siempre recordaré su amabilidad con los autores norteamericanos de ciencia ficción), merece la misma audiencia que un Frank Kafka o un Albert Camus. ¿Cuan grande puede ser literariamente la ciencia ficción? Lean *La oscuridad* y lo descubrirán.

Tras leer atentamente *Caza de conejos* durante un cierto tiempo, maravillándome de la inventiva del autor —pero esperando llegar de un momento a otro a un rápido final—, me pregunté de pronto: ¿cuánto *falta* todavía? Sorprendido e incrédulo, descubrí que apenas había empezado. Faltaba aún un buen montón de páginas. El autor es calificado en su país como «maestro de la fantasía». Realmente, se necesita poseer un tipo muy especial de genio cómico para escribir algo como *Caza de conejos*, y tener una mente muy osada para utilizar una forma de escribir tan distinta de lo que los lectores están acostumbrados. Puesto que su autor afirma que ha sido incapaz de ganarse la vida con sus escritos, podemos especular que habrá perseverado en ser igualmente innovador en sus demás historias, sin preocuparse de las consecuencias.

En *La muerte del poeta* se nos da un atisbo del computarizado futuro de las obras de los escritores y poetas y, presumiblemente, de la ficción en general. Uno puede ver la justicia de las consecuencias: se acabó el escribir las mismas frases, o historias, o imaginaciones por segunda vez. Lo más importante de la historia es la originalidad y las implicaciones de algo en lo que probablemente no hayamos pensado nunca hasta que a Vanasco se le ocurrió plantearlo.

Si alguien se ha preguntado qué tipo de creatividad se está desarrollando en la Cuba de Castro, *El cosmonauta* intenta sin duda decírnoslo. Puesto que la historia es corta, y está enérgicamente escrita, el mensaje parece ser: es peligroso para los alienígenas de Norteamérica desembarcar en las playas de Cuba; el pueblo cubano tiene buenas intenciones, pero está hambriento; y comerá cualquier cosa.

En la breve presentación de la autora de *Los embriones del violeta*, el seleccionador Bernard Goorden la compara con uno de los grandes de Sudamérica. Sin embargo, una vez leída su inusual historia, me descubrí pensando en un genio norteamericano llamado Donald Barthelme. El estilo y los giros de las frases reflejan las mismas sorprendentes inclinaciones mentales y el mismo brillante uso del lenguaje, caracterizando una historia realmente original contada con habilidad.

O'Henry debe de haberse agitado miles de veces en su tumba, gruñendo ante los innumerables finales sorpresa de segunda categoría que se escriben y que se supone sorprenderán al lector con su inesperado giro. Sin embargo, el autor de *Persistencia* probablemente habrá merecido un asentimiento —y no un gruñido— del Maestro. El final de su realmente corta historia me sorprendió de la mejor manera posible.

Gu ta gutarrak es, para mí, la historia más interesante de toda la antología. Como la mayoría de los norteamericanos, tengo una conciencia extraordinariamente remota del pueblo vasco. Sin embargo, puesto que siempre he sentido interés hacia los temas en cierto modo esotéricos, probablemente sé

algo más que la mayoría de la gente. Soy consciente, por ejemplo, de que la lengua vasca es única, y no tiene parentesco con ninguna otra lengua europea. La docena de frases –aproximadamente– en vasco que figuran en esta historia recuerdan de forma fascinante el siglo diecinueve, cuando los escritores ingleses conocían idiomas extranjeros y salpicaban ese conocimiento a todo lo largo de sus ficciones. Yo he estado haciendo lo mismo recientemente en mis propias historias, debido a que siempre he admirado a esos escritores antiguos. Por otra parte, la visión de la personalidad vasca que la autora nos presenta es el primer estudio caracterológico que he visto relativo a un pueblo que evidentemente es tan único como su lenguaje. El especial humor que lo salpica nos proporciona una visión diferente de un pueblo que la mayoría de la gente conoce sobre todo por la tendencia de sus facciones nacionalistas a atentar contra personalidades políticas y militares del gobierno español, el cual intenta oponerse al derecho natural de cada vasco de elegir su propio gobierno. La autora, una argentina de amplia cultura, parece saber muy bien de qué habla. La suya es sin lugar a dudas una gran historia.

Hugo Correa ha escrito la que constituye probablemente la más emotiva historia de esta recopilación: *Alguien mora en el viento*. La forma de vida alienígena de esta historia, aunque no es vista en ningún momento, posee un impresionante poder, y opera a través de un trascendental sistema moral de castigos y premios. Los primeros son rápidos y mortales. Los segundos también son rápidos, pero su resultado final es una casi divina paz mental. El efecto final es cálidamente emotivo. Mi co-antologista parece dar a entender que este escritor fue influenciado por Ray Bradbury en sus primeros tiempos. Lo cual, por supuesto, es de alabar.

Plenipotencia obtiene precisamente toda su potencia de la forma en que es presentado. Pequeños y vividos detalles conducen hasta un momento clave en el que el lector debe efectuar una serie de contribuciones mentales a la historia, la cual posee muchos elementos de la ciencia ficción norteamericana de los años treinta. Tiene al mismo tiempo la fuerza y la debilidad de un evento colosal. Por primera vez, se me ocurrió pensar que Dios debe de llevar una vida muy aburrida.

Si Franz Kafka, Albert Camus, Thomas Mann o W. Somerset Maugham hubieran escrito alguna vez ciencia ficción, éstas habrían sido indudablemente las historias que habrían creado.

A. E. VAN VOGT

Nuevo Mundo, mundos nuevos

Conviene ante todo señalar que, si bien las obras latinoamericanas de SF no son muy numerosas y se trata principalmente de relatos cortos —característica esencial de la literatura en América Latina en general—, presentan incontestablemente un carácter original. Además, sólo analizaremos la producción local no traducida.

Lo que sin duda se puede llamar «escuela argentina de SF» conoció muy temprano sus precursores, grandes clásicos de las letras nacionales, a pesar de que parezca que hayan tratado la SF inconscientemente. Es una novela de E. L. Holmberg, *Viaje maravilloso del señor Nic Nac*, la que inicia hace un siglo los primeros pasos de la SF latinoamericana, y que ya entonces desarrolló el tema de la metempsicosis y de los mundos extraterrestres habitados (1875). En 1879 (Cibernius todavía no había nacido), el mismo autor introduce robots en su novela *Horacio Kalibang o los autómatas*. Habrá que esperar hasta 1906 y la aparición de *Las fuerzas extrañas* de Leopoldo Lugones para encontrarnos de nuevo con relatos de SF, un poco ahogados en una fantasía lujuriosa que ha engendrado la muy impresionante escuela de escritores locales más allá de J. L. Borges. Será entonces Horacio Quiroga, un escritor uruguayo pero que los argentinos consideran como suyo, el que destacará con una larga novela corta, *El hombre artificial* (1910) —en la buena tradición de *Frankenstein*, escrita bajo el seudónimo de S. Frago Lima—, y otras producciones episódicas en sus numerosos libros anteriores a *El más allá* (1935). Incumbirá a Roberto Arlt la creación de una obra tan prolífica como la de Quiroga entre las dos guerras, y en su obra se mezclan SF, fantasía y psicología, tanto en sus novelas como en sus novelas cortas y hasta en sus obras de teatro, alcanzando una especie de apoteosis en su larga novela corta *Viaje terrible*, de 1941. Aquí acaba la prehistoria de la SF en América Latina, bastante desconocida.

Una de las pocas obras latinoamericanas de SF divulgada en el extranjero será *La invención de Morel* (1940) de Adolfo Bioy Casares. Contrariamente a su amigo Borges, Bioy Casares no desdeñará ulteriormente algunas incursiones en el campo de la SF. Se trata de una historia de amor: refugiado en una isla desierta, un hombre se encuentra de repente rodeado por personajes que no lo oyen y que aparentemente no lo ven. Entre ellos se encuentra una mujer de la que se va a enamorar y escogerá la «inmortalidad»; de hecho, se encuentra observando una serie de vidas registradas en tres dimensiones a través de una máquina —concebida por Morel—, que las grandes mareas ponen en marcha periódicamente. El texto es muy original, y puede ser considerado como la transición de la SF latinoamericana en general hacia su edad de oro, que se manifestará en 1960.

Será la revista argentina *Más allá*, que publicará 48 números mensuales entre 1953 y 1957, la que revelará por fin a los escritores locales de SF a un nivel comercial. Publicó una novela y decenas de novelas cortas de autores argentinos, introduciendo talentos como Héctor Oesterheld y Pablo Capanna, entre otros muchos. Su desaparición, en el momento de su mayor éxito, fue la señal; sus sucesores tomaron el relevo.

Tenemos que abrir un pequeño paréntesis para subrayar la importancia de un estudio de la psicoanalista argentina Marie Langer, *Fantasías eternas a la luz del psicoanálisis*, publicado en 1957. Por primera vez se estudia la SF bajo el prisma del psicoanálisis, estudiando más detalladamente el «*Homo gestaltensis*» (principalmente en la obra de Sturgeon), y esta literatura del siglo xx adquiere por fin derecho de ciudadanía en los ambientes universitarios americanos en general. No dejemos de

señalar *Los robots* (1955) de Juan Jacobo Bajarlia, una obra de teatro que dará a su autor una gran fama pero que sobre todo concederá un lugar privilegiado en el teatro argentino a la SF.

El primer gran clásico de la edad de oro de la SF latinoamericana, que durará de 1959 hasta 1973, es un chileno: Hugo Correa. Se puede considerar que su novela corta *Alguien mora en el viento* y su novela *Los altísimos* (1959) han marcado el inicio de esta edad de oro. La primera se desarrolla en un planeta sometido a vientos violentos y por lo tanto inviable en su superficie para los terrestres. Una joven superviviente de una expedición anterior acoge a bordo en unas esponjas aéreas a los naufragos de una segunda nave. Uno de ellos se enamora de ella pero en pocos días envejece decenas de años, puesto que ha sido condenado por los «extraterrestres», que son corrientes telepáticas. La segunda se desarrolla en una tierra hueca, hipótesis en general cara a los escritores chilenos. Su novela *El que merodea en la lluvia* (1961), llevada al cine, y su amistad con Ray Bradbury contribuyeron a consagrarlo en Estados Unidos.

Asistimos a una especie de baja edad de oro brasileña a principios de los años 60, que sólo se desarrollará en la segunda mitad del decenio en Argentina. Se había perfilado un precursor, Jerónimo Monteiro; cuyas obras —*3 meses no século 81* (1947), *A cidade perdida* (1950); después *Fuga para parte alguma* (1961), *Os visitantes do espago* (1963) y *Tangentes da realidade* (1966)— son sobre todo pastiches de los clásicos anglosajones, pero se produjo un auténtico boom tan violento como efímero: decenas de autores se dieron a conocer en las antologías *Antologia brasileira de ficcao científica*, *Historia do acontecerá* (1961) y *Alem do tempo e do espago* (1965), destacando sobre todo uno de ellos. En efecto, André Carneiro destaca por su humor sabrosísimo y sensible salpicado en sus relatos *Diario da nave perdida* (1963) y *O homem que adivinhava*, que incluyen también unas novelas cortas del género fantástico. Parece que sólo la obra de Menotti del Picchia *A filha do Inca-republica 3000* (1963) haya llamado la atención de los editores del continente europeo, cuando por ejemplo la novela corta de Carneiro *Tinieblas*, que figura en una antología mundial de las mejores novelas del año 1962, inspiró un guión de cine al escritor norteamericano Leo Barrow y fue llevada a la pantalla.

Antes de volver al campo argentino, la pelota se encuentra en Chile con la novela *Los superhombres* (1963) de Antoine Montagne, después da un rodeo por México, donde Alexandro Jodorowski publica sus *Cuentos Pánicos* (1965). El célebre autor cómplice de Arrabal y Topor está realizando un largometraje basado en la obra *Dune* de Frank Herbert.*

Por aquella época, podemos hablar de una escuela de SF argentina, puesto que se compondrá de decenas de autores de talento y también allí las antologías efectuarán su labor de desbrozo. Citemos, entre las obras más destacadas, la antología *Ecuación fantástica* (1966), en la que los psicoanalistas se divierten aplicando a la SF sus teorías, ¡empresa realmente original!; las obras *Memorias del futuro* y *Adiós al mañana* (1967), frutos de la colaboración de Eduardo Goligorsky —cuya novela corta *La cicatriz de Venus* trata de un acoplamiento entre un autóctono y un terrestre— y de Alberto Vanasco. *Opus Dos* (1967), novela anti-racista de política ficción de Angélica Gorodischer; *Plenipotencia* (1967), obra de Emilio Rodruigú, psicoanalista; *Y las estrellas caerán* (1967), relato de Alfredo Julio Grassi; las antologías *Cuentos argentinos de ciencia ficción* (1967), *Los argentinos en la luna* y *Ciencia ficción: nuevos cuentos argentinos* (1968); los libros *Historias de monstruos* (1969), *Fórmula del Antimundo* (1970) y *El día cero* (1972), de Juan Jacobo Bajarlia, en los que se entremezclan SF y fantasía; los ensayos *El sentido de la SF* (1966) de Pablo Capanna y *Ciencia ficción; realidad y psicoanálisis* (1969) de Eduardo Goligorsky y Marie Langer, que analizan la SF bajo los dos prismas de la sociología y de la psicología; las novelas cortas de Magdalena A. Moujan Otaño, de análisis socio-político y llenas de

* Al parecer, discrepancias y dificultades con el productor, Diño de Laurenttis, han hecho que se malograra este interesante proyecto.

humor... Además de Buenos Aires, que constituye por aquel entonces la capital de la SF latinoamericana, la ciudad argentina de Rosario es también un centro de intensa creación: revistas como *El lagrimal trifurca* —animada por la dinámica familia Gandolfo (escritores y antólogos, críticos, editores...)—, *Kadath* y *Trafalmadores* surgen allí. También en dicha ciudad, los éxitos de Angélica Gorodischer —*Bajo las jubeas en flor* (1973), *Casta luna electrónica* y *Trafalgar* (1978)— estimulan a los jóvenes talentos como Norma Viti y Gerardo D. López, los cuales dan a conocer la revista española *Nueva Dimensión*, que hará mucho para ayudar a los escritores latinoamericanos de SF y contribuirá hasta cierto punto al estallido de la edad de oro local que sucederá a la española.

Este *rush* de la SF argentina permite a los escritores de otros países latinoamericanos superar los prejuicios de los intelectuales, y estimula el nacimiento de obras de una gran calidad literaria por todo el continente.

En Chile, *Los títeres* (1969) y *Cuando Pilato se opuso* (1971), dos libros de Hugo Correa, compiten con novelas como *Acá del tiempo* (1968) y *No morir* (1971) de Antoine Montagne. Jaime Loperra parece estar aislado en Colombia con su obra *La perorata* (1967).

En Cuba, sin embargo, Jamies parece ir a la par de la zafra de la caña de azúcar. Las obras no llegan al continente europeo —¿o no son publicadas?— más que cuando la coyuntura económica ha sido buena. Sin poder estipular una fecha con precisión, señalemos la aparición a finales de los años 60 de las obras de Ángel Arango: —¿Adonde van los cefalomos?. *El planeta negro*, *Robotomaquia*, probablemente libros de novelas cortas— y la prestigiosa antología *Cuentos cubanos de lo fantástico y lo extraordinario*, que dio a conocer a unos veinte autores bastante excepcionales, y cuya bibliografía mencionaba una abundante producción en el campo de la SF. Pero los informes sobre este tema son escasos.

En México también se encuentran algunos insignes escritores de SF: María Elvira Bermúdez en sus novelas cortas, Agustín Cortés Gaviño —*Hacia el infinito* (1968)—, Rene Rebetetz —*La nueva prehistoria y otros cuentos* (1968), Menen Desleal —*La ilustre familia androide*— y Tomás Mojarero—*Trasterra, una novela*—. En Perú, José B. Adolph ejerce hasta ahora una especie de monopolio con varios libros, editados de 1968 a 1975.

Uruguay merece que nos detengamos: una generación de escritores como Carlos María Federici, Félix Obes Fleurquin (que *Nueva Dimensión* dio a conocer), Carlos Casacuberta y, sobre todo, Mario Levrero, es realmente sorprendente por su atrevida sátira subyacente de la sociedad humana. Federici atestigua la lucha feroz de los clanes, en un mundo posatómico, para poseer un... dentista. Levrero, en sus admirables libros *La máquina de pensar en Gladys* (1966) y *Aguas salobres* (1973), nos pasea por unos laberintos ecológicos; en *Capítulo XXX* describe el modo de reproducción escisíparo de las criaturas extraterrestres, al término de un proceso de simbiosis entre insectos, plantas y humanos.

Concluamos nuestro recorrido por los mundos nuevos que nos ofrece la SF del Nuevo Mundo con Venezuela. La obra de dos escritores merece especial mención: *La salamandra*, una excepcional novela muy larga (1973) de Pedro Berroeta y, por supuesto, los libros *Rajatabla* (1970), galardonado con el premio «Casa de las Américas», y *Abrapalabra* (1977) de Luis Britto García, muy consciente de los problemas sociales y políticos de América Latina, que trata por medio de un humor-ficción muy poético.

He aquí, en sustancia, los más bellos frutos de la edad de oro de la SF latinoamericana, que se centró sobre el hombre, preocupación fundamental de una literatura progresista.

El hombre se descubre en ella en toda su humanidad, y América Latina confiere sus cartas de nobleza a la SF, el humanismo del siglo XX.

Primera necesidad

por Carlos María Federici

Nacido en Montevideo (Uruguay) en 1941, Carlos María Federici, dibujante e ilustrador de talento, es ante todo un autor de obras policíacas, en cuyo género tiene publicados muchos cuentos y excelentes novelas tales como *La orilla roja* (1972), *Mi trabajo es el crimen* (1974) y *Dos caras para un crimen* (1975). Fue la revista española *Nueva Dimensión* la que lo reveló como un excelente autor de ciencia ficción, precisamente con este cuento. Desde entonces ha seguido publicando su obra con regularidad en la mayoría de las publicaciones del género.

Cuando entró el Flaco, yo había llegado ya al límite de mi resistencia y estaba pensando en tomar medidas drásticas. Incluso tenía en la mano la tenaza de mecánico que me había prestado Willogh, y estaba sopesando los pros y los contras. Ignoro lo que hubiera ocurrido entonces; pero, afortunadamente, fue en ese preciso momento cuando el Flaco llegó con noticias.

Casi me abalancé sobre él.

—¿Y?

Sonrió, confortador.

—Hecho, patrón —dijo—. Ya está localizado el A. P. N. Puede estar tranquilo.

Lo invité a sentarse en un cajón y me ubiqué frente a él.

—¿Son muchos? —le pregunté.

—Bueno... —repuso, tras meditarlo unos instantes—. Son bastantes, pero tienen tres tullidos y un ciego. Creo que podremos arreglárnoslas, sobre todo si les caemos de sorpresa. Se ve a la legua que son novatos; no conocen esto.

—Podremos —afirmé. *Teníamos* que poder, me dije—. Y una cosa, Flaco: ¿qué hay del A. P. N.? ¿Es hombre o mujer?

Se rascó un sobaco bajo la piel de perro que lo cubría y luego contestó:

—Eso no se lo puedo decir. La información me la pasó Sammy, y no me habló nada de ese asunto.

—Pues espero que sea hombre —dije—. Si no, la cosa se va a complicar el doble... Bueno, llama a los otros, Flaco—ordené.

En un minuto estuvo reunido todo el elemento masculino del grupo. Se ubicaron como pudieron entre los escombros y me miraron como el perro al amo. Ya sabían de qué se trataba, y había tres o cuatro que estaban tan desesperados como yo mismo. Mejor, pensé; de ese modo, van a luchar con todo.

—Bueno, chicos—comencé—, el A. P. N. ha sido localizado. El Flaco, aquí presente, les va a dar toda la información. Adelante, Flaco.

Avanzó él un tanto aparatosamente —no puede olvidarse de sus buenos tiempos de orador gremialista, supongo—, y se apoyó sobre el garrote, asumiendo una actitud que debió de haberle

parecido sumamente digna, y que en verdad tenía algo de eso; pero hubiese resultado mejor si la cabeza pelada y las cicatrices no hubiesen atentado contra el efecto general.

—Son unos treinta, según me transmitió Sammy—manifestó—. Están en el Metropolitan Museum. Bastante protegidos, claro; hay escombros obstruyendo casi todas las avenidas que los rodean... Pero nosotros iremos abriendo un camino —levantó un índice audaz y declamante—, con nuestro esfuerzo común y vuestro espíritu de grupo y, todos juntos, sabremos llegar al pináculo de...

—Basta, Flaco —le interrumpí—. No estamos en una asamblea. Haríamos mejor en empezar a preparar el ataque.

Y nos pusimos manos a la obra. Somos un grupo ducho en esas lides, aunque como jefe me esté mal el decirlo, y en contados minutos teníamos esbozado un plan de ataque.

—No esperaremos a la noche —indiqué—. Eso es lo que hace todo el mundo, y ya no hay forma de sorprender a nadie de tal modo. Nosotros les caeremos encima *en pleno mediodía* —ignoré el murmullo que se levantó de inmediato y proseguí—: Cuando el calor apriete bien, la mayoría estará sesteando, y los centinelas no esperarán nada más peligroso que la picadura de un mosquito. Será el momento justo para darles con todo.

—Un minuto —objetó «Doc», mirándome desde atrás de los aros sin cristales que se ha empeñado en conservar sobre los ojos, contra viento y marea, si bien no hacen juego con el tapado de visión que usa sobre sus destrozados paños menores—. Si vamos tan a la descubierta nos verán en seguida y les será fácil emboscarnos. ¡Estás loco, Matt! Tenemos que ir de noche, como es lo más lógico.

—Cállate, «Doc». No demuestres tu inteligencia atrofiada de esa manera. ¿Quién habló de ir a la descubierta? Nos iremos ocultando tras las ruinas, idiota. Los rodeamos, después uno o dos se hacen ver y, cuando ellos intenten apresarlos, los demás les caemos desde todos lados. Es el mejor modo, te digo.

—¡Matt tiene razón! —gritó Bull.

Bull me apoya eternamente. Fue semipesado, como yo, y unos buenos puños son las únicas credenciales que reconoce. Cuando me hice jefe, entre él y yo acabamos con la poca oposición que se nos presentó... y ahora lo veía dispuesto a emplear análogos métodos contra los que no se mostrasen de acuerdo. Pero no era el momento. Necesitábamos a todos en perfecta forma. Se lo hice entender a Bull y procedí a emplear el raciocinio.

—Todas las defensas se preparan teniendo en vista ataques nocturnos —expliqué pacientemente—; una arremetida en pleno día los dejará pasmados.

—¿Cómo sabes que habrá donde esconderse? —volvió a entremeterse «Doc» a destiempo.

—No te preocupes. El Flaco y yo exploramos las inmediaciones del Central Park hace unos días..., con Durkey. Hay montañas de escombros por todos lados. Árboles caídos, follaje..., de todo. En cuanto al Metropolitan, tiene un boquete grande como un elefante en la pared de atrás. Por ahí nos podríamos colar, si fuera preciso..., ¿no es cierto, Flaco? Si los agarramos en el salón principal, están fritos.

Hubo algunos testarudos todavía, pero finalmente los pudimos convencer. Entonces pasamos a preparar en forma el armamento. Pulimos los garrotes y les colocamos nuevas tiras de cuero en las puntas; nos calzamos lo mejor posible —yo tenía unas botas de charol que había desenterrado de las ruinas de una tienda, Macy's, creo— y quien podía se protegió la cabeza. A mí me hubiese gustado resguardármela, especialmente la mitad calva, pero había perdido el casco de bombero días atrás, al intentar cruzar el Puente de Brooklyn colgado de los cables menos destrozados. Ordenamos además a

las mujeres ponerse a preparar agua caliente y trapos, porque había que estar prontos para curar a quienes lo necesitasen.

No esperábamos salir intactos, claro. Yo me reservé a dos de ellas para otro trabajo. Se me había ocurrido algo que daría el toque maestro a nuestro plan de combate. Por último, quedaba lo más importante: había que revisar a conciencia a cada uno de los del grupo, por si alguno tenía armas encima. Sin ir más lejos, un mes antes se había colado un puñal en una pelea y había resultado un tipo muerto. Esas son cosas que es preciso evitar a toda costa. Quedamos muy pocos en Manhattan, como para darnos el lujo de liquidarnos así. Liarse a garrotazos está bien; es la ley de los grupos y, por desgracia, la única manera de entenderse. Pero nada de tiros ni cuchilladas. Al que rompe esa ley cardinal, se le condena al ostracismo riguroso. Es el peor castigo. Un hombre solo no dura mucho en estos días. Si no muere de hambre lo terminan los perros salvajes o las ratas, o lo aplasta algún derrumbe atrasado... Es una ley muy dura; pero no cabe duda de que es la única forma de evitar la suciedad en las luchas de grupos.

Por fin estuvimos listos para marchar. Una gallarda tropa, me dije amargamente, pensando en Corea y mirando las fachas de mis hombres, adornados con cicatrices y moretones, y engalanados como para un Carnaval. Pero sabían dar fuerte, y eso era lo principal. Nos pusimos en marcha, avanzando agachados por detrás de las colinas de ladrillo, argamasa, cemento y vigas retorcidas que alguna vez —¿cuánto hacía ya de eso?— habían recibido el elegante nombre de Rockefeller Center.

Imposible avanzar por la Quinta Avenida. Ni con una grúa nos hubiésemos abierto paso. Madison, por el contrario, estaba demasiado llana. No nos convenía. Siempre hay algún vigía rondando por ahí. Tomamos la de las Américas, cortando por callejones laterales cada vez que los obstáculos se hacían demasiado grandes como para superarlos. A la altura de la calle Cincuenta y Siete, nos frenó el agujero más grande que había visto hasta entonces.

—¡Alto! —ordené, levantando una mano—. Una «mastodontera».

Así le llamamos a los hoyos de bomba. El nombre clásico de «zorreras» resultaría inadecuado...: ¿quién ha oído hablar jamás de zorros de noventa y ocho metros? La «mastodontera» estaba inundada. Podríamos haberla cruzado sobre los tabloncillos que flotaban dentro de la lodosa agua, pero aquello era ponerse demasiado en evidencia. Preferí dar un rodeo por detrás de los escombros hasta Columbus. Esto nos alejó bastante, pero era mejor ser prudentes.

Entramos al parque por la Sesenta y seis. A golpe de garrote nos fuimos abriendo camino a través de la verdadera selva que era todo aquello. Ya era casi mediodía y el calor empezaba a hacerse sentir. La transpiración nos pegaba las pieles al cuerpo. Un «perfume» no muy *floral* comenzó a invadir nuestras inmediaciones.

—¡Maldita sea! —gruñó Curls, rascándose el protuberante abdomen peludo—. Nos van a descubrir por el olor... Tendríamos que bañarnos una vez al año, por lo menos.

Algunos se rieron. Yo no pude. Me acaricié la mejilla.

—Tenemos que arrebatarnos al A. P. N. —y mis dedos aferraron el garrote.

—¡Cállense, animales! —masculló Bull, colérico—. ¡Nos van a oír!

Atravesamos lo que había sido el zoológico, ahora un bosque de barrotes hechos pasta dentífrica, y cuerpos de bestias en descomposición. Dos gatos, que banquetearon sobre los restos de un inidentificable cuadrúpedo, salieron disparados, todo huesos, erizada piel y amarillos ojos enloquecidos. No pude evitar estremecerme ante la vista pesadillesca de los felinos... Me pregunté qué aspecto tendría yo mismo, con barba de seis semanas —de un solo lado de la cara—, una mejilla

hinchada y media cabeza lisa como un flan; para colmo, iba con unos pantalones de mujer y empuñaba un garrote.

Salimos del Zoo y nos fuimos escurriendo por debajo de un gigantesco tronco. La suerte parecía sonreírnos: las ramas y las hojas formaban un verdadero telón delante de nosotros. Podríamos acercarnos bastante sin ser vistos.

Por fin avistamos la aguja del Obelisco de Cleopatra. Irónicamente, se mantenía en pie, en tanto que el Empire, el Chrisley y la Catedral de San Patricio, siglos más jóvenes, mordían el asfalto. Al lado del obelisco, el viejo Metropolitan Museum exhibía sus heridas, sangrantes de manipostería.

—Bueno —anuncié—. Es el turno de los voluntarios.

Hubo un silencio. Todos parecían interesados en mirar a otra parte.

Bull ofreció:

—Yo te convengo a unos cuantos, Matt —y cerró los enormes puños; pero yo sacudí la cabeza.

—Contigo y conmigo bastará, Bull. Los demás, quedan a las órdenes del Flaco. Rodeen el sitio, y cuando vean que yo señalo hacia el obelisco, ataquen.

Alguno protestó todavía, pero al fin quedó convencido.

Bull y yo cargamos con unos cueros de vaca rellenos de papeles —éste era el trabajo que había encomendado antes a las mujeres—, y caminamos sin vacilar hacia el ruinoso museo.

No pasó mucho tiempo sin que nos gritaran que nos detuviéramos.

—¡Queremos unirnos a su grupo! —vociferé—. ¡Traemos comida!

Abracadabra. Los cueros de vaca rellenos parecían, de lejos, un animal muerto, y los individuos estaban tan hambrientos que ni desconfiaron. Vacilaron un poco, pero al cabo fueron emergiendo uno por uno de la madriguera. Nos rodearon, relamiéndose por anticipado.

—¿De dónde vienen? —preguntó un gigante de espesa barba rubia, que sin duda era el jefe. Llevaba un cuello alto y unos estrafalarios shorts de Bermuda.

—Del campo —repuse.

—¿Cómo no les vimos acercarse?

—Es que vinimos atravesando el parque. Por aquel lado —dije, y señalé hacia el obelisco.

La mía era una tropa disciplinada. En pocos segundos estuvieron sobre nosotros. La sorpresa fue total. El ruido de los cráneos sacudidos era una gloria. Entre el maremágnum de los garrotazos, busqué con los *ojos al A. P. N.* No me cosió *ubicarlo*. *Era hombre*, por fortuna. Su actitud era la acostumbrada. Miraba la lucha con aire un poco ausente, como si sólo en forma indirecta le concerniese. Había algo de *dilettante* en su porte, algo de espectador de un partido de rugby. El condenado sabía que, cualquier que fuese el resultado, él seguiría pasándoselo bien. No le importaba gran cosa qué grupo lo adoptase. Se notaba incluso que estaba habituado a pasar con frecuencia de mano en mano. Acodado en una de las ventanas, sus ojuelos astutos nos observaban condescendientes.

Por fin el rubio alzó la mano.

—Es... tá bien —jadeó, restañándose la sangre que le fluía de la aplastada nariz, otrora prominente—. Ganaron ustedes... ¿Qué... cuernos... quieren?

—La sacan barata —contesté—. Nos quedamos con el A. P. N. Pueden llevarse todo lo demás.

Hubo un mirar de súplica en sus ojos grises; pero no me ablandó. Primero está el grupo de uno, y además... Con un temblor, recordé las tenazas de mecánico.

Se fueron. El individuo de la ventana, comprendiendo, descendió lentamente a nuestro encuentro. Era bajito y calvo, y había en sus maneras un insultante aire de superioridad. Vestía un traje bastante discreto, si bien lucía un remiendo de color bermellón precisamente en el trasero. Bajo el brazo, noté con tremendo alivio un portafolios negro.

—Me gusta el pescado —dijo a bocajarro.

—Está bien—repliqué.

—Y dormir en colchón blando, si no le importa.

—Está bien..., lo tendrá.

—Habrá un buen techo, claro —insinuó.

—Y fuego, y mujeres, y todo lo que quiera —asegué.

Se pasó la lengua por los finos labios.

—Mujeres... ¿con pelo?

—Nos quedan nueve. Dos rubias —y me mordí la lengua pensando en Lydia.

—Perfectamente. Me quedo con ustedes.

En un instante lo rodearon, pero yo me abrí paso a empujón limpio.

—¡Atrás, marranos! —grité.

Arrastré al hombrecito por un brazo, ignorando el gutural coro de protestas que provoqué. Penetré con el Artículo de Primera Necesidad en el museo y me desplomé en el primer asiento que encontré.

Lo miré anhelante.

—Yo primero, doctor —pedí—. ¡Esta maldita muela me está matando!

Y abrí la boca tan grande como pude.

El cambio

por Mane Langer

Psicoanalista antes que todo, Marie Langer ha estudiado la ciencia ficción desde un punto de vista realmente original en sus ensayos *Fantasías eternas a la luz del psicoanálisis* (1957) y *Psicoanálisis y ciencia ficción* (1969; incluido en el estudio *Ciencia ficción: realidad y psicoanálisis*, escrito en colaboración con Eduardo Goligorsky). Se preocupa particularmente por el «*Homo gestaltensis*» en la obra *Más que humano* de Theodore Sturgeon. Recopiló, con un grupo de investigadores argentinos, la antología de ciencia ficción psicológica *Ecuación fantástica* (1966), en donde figura el cuento aquí recogido, *El cambio*.

Aunque argentina de nacimiento, prefiere vivir en México, si bien sus ocupaciones la llevan a viajar muy a menudo por todo el mundo.

Yo, Selma, que pronto seré una madre soltera en una época en la cual esta situación pertenece totalmente al pasado —tal como si yo fuera una salvaje que no hubiese aprendido a controlar sus sentimientos y su cuerpo—, escribo este relato para aclarar mi mente y entender cómo llegué a estar en un enredo tan absurdo. Pero también porque el conocimiento de lo que nos pasó puede ser útil para la ciencia.

Todo empezó con un tratamiento con Aline Apfelbroot, o tal vez ya antes. Sí, empezó junto conmigo, con mi irrupción en este mundo, y todavía me acompaña. Sigo viviendo con esa sensación de extrañeza que me hizo recurrir a ella. Salí del encuentro tan perpleja y desolada como antes, sólo que ahora he aprendido a sentir no solamente aflicción, sino también felicidad.

Ya durante mi tratamiento empecé, confusamente, no solamente a darme cuenta de lo que pasaba en mí, sino de lo que pasaba dentro de ella. Pero recién ahora, con la brusca desaparición de Aline A., y al leer su diario y su tesis que llegaron a mis manos, pretendo comprender. La tesis lleva como título *Los antecedentes y la evolución del sicomodelismo*. La encontré muy ilustrativa y escrita en un estilo tal vez no brillante, pero claro. El desarrollo del tema es sistemático y serio. El estilo de la tesis contrasta profundamente con el de las anotaciones de su diario. No me extraña que Aline A. escribiera un diario de su propio puño y letra como solía hacerse en épocas que ya pertenecen desde hace tanto al pasado. Y gracias a él me fue posible reconstruir la parte más íntima de su personalidad y entender algo más el proceso que, con intensidad en aumento, se había desarrollado entre nosotras hasta volverse incontrolable.

Empiezo por el comienzo. Parece, por lo que comentó en su diario, que Aline Apfelbroot, ya desde niña sintió y desarrolló una vocación intensa aunque inconsciente y tal vez bastante perturbada, hacia el sicomodelismo. Decía en el diario que una canción la había impresionado profundamente, despertando en ella una especie de nostalgia, sentimiento tan raro entre nosotros actualmente, y el deseo de modificarse a sí misma y a los demás. A menudo consignaba las palabras de la canción: *How you have changed my way to be, nobody can take away from me*. Claro, era una canción antigua de amor y despedida. Su abuela la solía cantar. Ella había sido psicoanalista. No de los primeros, desde luego, no de los del todo clásicos. Había trabajado e investigado en la segunda mitad del siglo pasado.

Y había sostenido que las palabras de esta canción correspondían al sentir de la persona que había terminado su tratamiento.

«Sentir, ¿qué es sentir?» se había preguntado Aline de niña. Recordaba una charla tensa entre su madre y su abuela. Era a causa de ella. Justo había logrado y gracias a las sicodrogas controlar sus rabietas, esporádicas es cierto, pero no por eso menos intensas. Su madre lo comentó con orgullo a la abuela. Y le anunció que Aline, aunque muy chica todavía, ya iba a empezar su tratamiento diario y de efecto prolongado con sicodrogas, para gozar de este gran logro de la neopedagogía. La abuela, siempre tan serena, aunque nunca había usado drogas, esta vez habló con un marcado tono de protesta y exasperación: «¿Por qué quieres transformar a esta niña, a este ser tan vivo y espontáneo en un robot *clever* y ordenado?» Y mamá le contestó extrañada: «¿Es que la prefieres el día de mañana llorando a gritos o riendo a carcajadas?» Aline, en ese momento no entendía bien todas las palabras de la discusión. Pero retuvo perfectamente su clima y su sentido profundo. Mamá quería evitar que sucumbiera a sus sentimientos y sentidos como, bueno, como yo, Selma, por ejemplo. Quería ahorrarle sensaciones como nostalgia y desamparo. Y que ya no necesitara demasiado de nada ni de nadie. Ni entendiera el sentido de determinadas palabras como angustia, conflictos y deseos. Así llegaría, pensaba Aline con cierta ironía amarga, a ser una ciudadana perfecta y eficaz de nuestro glorioso siglo XX o, mejor dicho, del siglo 2 de la era atómica.

Es cierto, Aline se acordaba de aquel momento. También de lo que sintió, mientras las escuchaba. Pero de la abuela, como persona, se acordaba vagamente. Era sólo una persona anciana —en su época la gente todavía no había aprendido a rejuvenecerse— que solía contarle cuentos de ciencia ficción, cuentos ingenuos que ya habían sido generosamente superados por la realidad. Después murió la abuela de una neumonía común, muy a la antigua, y Aline la olvidó. La redescubrió recién, cuando, en la oficina de orientación vocacional, se sorprendió contestando a la testista, sin haberlo pensado antes jamás, que iba a dedicarse a sicotécnica y sicomodelismo.

No es una carrera fácil, ni un estudio liviano. Hay que dedicarse primero a materias preatómicas, como el cálculo infinitesimal y la gimnasia yoga, después vienen las TELEMATERIAS clásicas (telepatía, telequinesis y telecomunicaciones) y, finalmente, tuvo que estudiar OVNIismo, Adaptasmo von Rotterdam y la historia del sicomodelismo. A esta última materia dedicó su tesis.

Para esto Aline empezó a estudiar en la biblioteca de su abuela, a leer los libros que ésta había leído y subrayado, a menudo, y a estudiar sus trabajos. Le fascinaba y le entristecía, en la medida en que Aline muchacha juiciosa y sicoadaptada podía fascinarse y entristecerse, ver el largo camino transcurrido entre los primeros descubrimientos de Freud y el sicomodelismo.

Para entender la dirección posterior de la investigación de Aline, necesitamos conocer algunos elementos, descritos en su tesis. Las primeras palabras difíciles y significativas que encontré en ésta, eran *transferencia* y *regresión*. Leí y releí las definiciones, les di mil vueltas en mi cabeza, sin entender nada. Hasta que me acordé de un episodio ocurrido durante mi tratamiento. Recostada en el diván, me había visto, de golpe, chiquita, sucia y robusta, en el patio de nuestra granja. Habré tenido 5 años entonces. Lloraba y pataleaba furiosa. En el suelo estaba una gata, lamiendo gozosa la leche que me había hecho volcar. Llegué a revivir esta escena de mi infancia, recién después de haber pataleado y gritado largo rato en el diván, acusando a la imperturbable Aline, sentada detrás de mí, como su abuela se había sentado detrás de sus enfermos, de burlona, malvada y cruel.

Había otra palabra clave en el relato sobre psicoanálisis clásico. *Contratransferencia*- Significaba, según la docta definición de Aline, «un proceso emotivo y regresivo que se desarrolla dentro del analista, desencadenado por los sentimientos del analizado hacia él y complementando a éstos».

Nunca hubiera podido captar el significado de esto, si el diario de Aline y lo sucedido entre nosotras no me hubiera ofrecido una revelación súbita y desconcertante.

Pero seguiré con la tesis. Ya que el análisis insumía mucho tiempo y era un proceso doloroso, se buscaba, sin mayor éxito, distintas variantes, hasta ser abandonado bruscamente por el interés y optimismo despertado por un procedimiento recién elaborado: la combinación del rejuvenecimiento con el *imprinting*. Todos sabemos actualmente qué es el rejuvenecimiento y cómo se practica. Y también que hay que tener mucho cuidado, para no usarlo indiscriminadamente, ni antes de la edad estrictamente indicada. Pero en la época en la cual se intentó la combinación con el *imprinting*, todavía no se sabía todo eso. Este último concepto proviene de la sicología animal. Y como me crié «a lo salvaje» y todavía entre animales, todo esto me interesó muy personalmente. Descubrieron que para el pichón recién salido del huevo, el primer ser viviente, y ni eso tal vez, porque podría ser también un robot bien construido, es o se convierte en madre. Digo es, porque claro, durante millones de años era lo natural que el patito recién salido viera, siguiera e imitara a su madre pata. Pero si se sustituye a ésta por otro pájaro, por una persona o por cualquier otro elemento, éste hará el *imprinting* en el patito, quien aprenderá de él sus hábitos y su manera de ser. Lo cambiará definitivamente a través de este primer encuentro. (Se acordarán de la canción preferida de la abuela de Aline: *How you have changed my way to be...*) Pues nadie podrá cambiar tanto a otro ser e incluso a su estructura heredada e íntima como quien se acercara a él en este primer momento. Al leer esto, no pude dejar de pensar, cuan diferente y cuánto mejor habría sido esto, si mi primer encuentro hubiese sido con Aline y si a ella su abuela la hubiera levantado en brazos. Y cuan cargada de responsabilidad sería mi futura tarea.

El *imprinting* o, mejor dicho, *reimprinting*, porque era eso lo que interesaba para readaptar a los desadaptados y cambiar su manera nociva, es factible únicamente combinado con un procedimiento radical de rejuvenecimiento. Se empezó a experimentar sin conocer todavía los peligros. Todos sabemos lo que pasó después. La perplejidad de los investigadores primero, su consternación posterior, la indignación del público y, en parte, por lo menos, de las víctimas. Hasta que se acalló el escándalo —había personajes muy importantes involucrados— y se implantó, con obligatoriedad, para evitar futuros desastres, como terapia el remodelar y como teoría el sicomodelismo.

Esta solución se hizo factible, cuando pudo comprobarse la eficacia del polietiltetilpandemia y su efecto prolongado. Se había encontrado la solución ideal. Si se equilibraba a la criatura humana desde su nacimiento cuidadosamente con esta droga ya no habría más desadaptados. Quedaban únicamente adultos, como yo, que tendrían que ser remodelados a través de tratamientos combinados y aplicados con mucho cuidado. Era a la investigación de éstos que Aline Apfelbroot decidió dedicarse. Su tesis terminó en este punto. Pero terminó con una frase algo fuera de lugar en una disertación científica tan docta; plena de un sentimentalismo que no dejaba duda sobre cuan profundamente su abuela había influido en ella. Decía, refiriéndose a lo que se lograra y a las generaciones futuras y bien adaptadas: «Serán hombres contentos, autosuficientes y capaces. Estarán a la altura de la situación actual. Sabrán poblar la galaxia. Pero al no conocer ya la emoción de un amanecer, la tristeza suave de una puesta de sol, ni la dicha difusa y torturada de un primer amor, ¿serán realmente felices?»

Lo que sigue es un extracto de las anotaciones de Aline en su diario, cuando relata sus experiencias, sus dudas y cavilaciones, sus miedos y decisiones heroicas, sus esperanzas y su último experimento.

Aline unía a la sensibilidad, por cierto adormecida en parte por su condicionamiento, y a la curiosidad psicológica heredada de su abuela, la audacia del verdadero explorador. Pero le faltaba la paciencia japonesa del regulador. No era extraño, por eso, que pronto se hartara de modelar

rutinariamente, como se lo habían enseñado con tanto cuidado, pero consiguiendo a pesar de todo el empeño que pusiera resultados bastante mediocres. En esta época, su diario está plagado de quejas.

8 de julio, 56: Qué horror confesarlo, pero me aburre mi trabajo, me aburren los desadaptados, o tal vez no tanto, lo malo es que los adaptados me aburren mucho más. No puedo seguir así, trabajando sin convicción. Tuve un sueño extraño esta noche. Hablé con mi abuela. Parecía joven, enojada y muy vigorosa. Y me decía que forzosamente me iba a aburrir, si no sentíamos nada ni yo, ni mis pacientes. Que los dos estábamos muertos. O tal vez vivos todavía, detrás de nuestras murallas de *Sidia*. Mientras que ella decía todo eso, yo veía levantarse muros blandos y asfixiantes y me sentía siempre más y más encerrada. Cuando ya estaba totalmente envuelta en una pared, me desperté angustiada.

12 de julio, 56: Sigo discutiendo con mi abuela, pero por suerte ya no en sueños. Paso mi tiempo libre, imaginándome largas conversaciones con ella. Consultándola. Recibiendo consejos atrevidos de ella. Me instaba a la rebelión. ¿Estaré por volverme loca?

15 de julio, 56: No quise seguir así, discutiendo con una abuela imaginaria. Empecé a buscarla en los viejos textos. Leo ahora «historiales» publicados un siglo atrás. Me deslumbra la riqueza de sentimientos que se describen ahí. Amor, ternura, nostalgia, culpa u odio, voracidad. Qué contraste con la aridez de las mentes de ahora. ¿Seguirán existiendo dentro de nosotros todos esos sentimientos? Haré lo posible para despertarlos de nuevo en mis pacientes, a pesar de todas las prohibiciones y riesgos.

Aline empezó a experimentar. Tenía que hacerlo. Muy cautelosamente, muy poco a poco empezó a bajar la dosis de *Sidia* (sicodroga diaria o dosis diaria de polietiltetilpandeminia) de sus pacientes y de ella misma. Dejó de sugerir, de mandar, es decir de *modelar*. Al hacerlo, efectivamente redescubrió su capacidad de escuchar, su don de empatía. Pero los pacientes le fallaron. En lugar de sentir, empezaron a actuar.

20 de agosto, 56: ¿Mamá habrá tenido razón en esa famosa charla con abuela, cuando sostuvo que sin sicodrogas iba a ser una loca, incapaz de dominarme? Efectivamente, hoy el paciente 973 C tuvo un ataque. Empezó a reírse a carcajadas, a llorar a gritos, pero yo percibí perfectamente que todo ese despliegue era artificial.

3 de septiembre, 56: Al fin, ¿no sé lo que busco? ¿Recuperar el sentir? ¿Que ellos sientan? ¿Pero qué sentimientos tendrían que surgir entre ellos y yo? ¿Qué se producía antes en la transferencia y contratransferencia? ¿Tendríamos que revivir el viejo complejo de Edipo, descrito por Freud y Sófocles? ¿Esa fábula que cuenta de un hombre que mató a su padre y se casó con su madre? ¿O ir más atrás aún? ¿Sentirse bebido, enamorado de mamá? O más atrás todavía, ¿querer estar dentro de ella? No sé. Lo único que tengo claro es que quiero hacer cualquier cosa, para descubrir los vestigios del principio del odio y del amor.

Aline cambió de técnica. Empezó a experimentar con la droga maldita, prohibida, con *juvenal*. Porque si no rejuvenecía, no iba a llegar al fondo. Pero se cuidó mucho en la dosificación de la droga,

para limitar a un mínimo su efecto físico. Y así hizo su descubrimiento más aterrador. En muchos pacientes no pudo, aun así, hacer resucitar sentimientos, porque no había fondo. Nacidos de partos perfectos, en una atmósfera saturada de Sidaspray, recibidas por nurses perfectas que casi ya suprimieron su primer grito, condicionadas ya con la primera mamadera masivamente, las generaciones de hoy no tenían la posibilidad de desarrollar sentimientos ni, por eso, de reprimirlos posteriormente. ¿Cómo los iba a redescubrir si no existían, aunque se fuese siempre más atrás y atrás en su exploración?

3 de noviembre, 56: Seguir así no tiene sentido. Tendré que seleccionar mis pacientes. Haré un último intento. Si pudiera encontrar a alguien cuyo principio de vida haya sido un poco distinto, un poco a la antigua...

Me conmoví cuando leía esta anotación en el diario de Aline. Porque, en este momento crucial para ambas, nos encontramos. Fue en la oficina de remodelismo, en una fría mañana nublada de invierno. Yo estaba sentada, esperando, en un rincón. Me sentía, como siempre, una infeliz, un bicho raro. Nunca entendí del todo qué problema tenía Aline con el sentir. Porque sentirme desgraciada había sabido desde siempre. Con ella aprendí a sentirme feliz. Entró ella, alta, un poco desgarrada, la túnica profesional puesta con cierto descuido. En su cara agradable contrastaba su mirada torturada y reconcentrada con su expresión serena. Como distraída tomó las fichas que la cinta mecánica tiraba sobre el mostrador. Eran los resultados de los tests y entrevistas que me había hecho la computadora. Su interés se despertó de golpe: «¿Usted es de Vagora?, me preguntó con voz suave, ¿de uno de los pocos lugares subdesarrollados que siguen existiendo?»

En ese momento el ambiente se aclaró. Un rayo oblicuo de sol invernal atravesó la pared de cristal e iluminó su cara. Sentí un vértigo. La sangre se me agolpó en la cabeza. Hubiera querido decirle muchas cosas, suplicarle que se ocupara de mí, que no me dejara más. O contestar, por lo menos, su sencilla pregunta. No pude. Sentí algo raro en mi garganta. Sentí que iba a llorar. Por suerte, ella lo captó todo. Sin que articulara una sola palabra, decidió tomarme en tratamiento. Anotó cuidadosamente en su diario:

10 de noviembre, 56: Estoy fascinada con Selma. Al fin no me equivoqué en mi decisión. Ya empieza a disolverse su acondicionamiento, casi inmediatamente después de que yo le haya suprimido su dosis de *Sidia*. En lo que a mí me concierne, ya hace mucho que la dejé de tomar.

Salteo algunas anotaciones.

20 de diciembre, 56: Es cierto lo que dicen los textos antiguos. Ya no me cabe más duda que Selma está regresando. Ahora revive conmigo episodios y sentimientos vividos cuando tenía 5 años.

5 de enero, 57: ¿Y la contratransferencia? Recién desde que tomo *juvenal*, desde ya en dosis muy pequeñas para evitar consecuencias físicas drásticas, empiezo a sentirla. Pero es un sentimiento raro que confunde bastante. Siendo a veces que Selma se parece a mi madre, casi siempre a mi abuela — creo que objetivamente hay algo de eso—, pero nunca a mi padre. Claro, sería difícil ya que nunca lo conocí. Murió antes que naciera, en esa malograda expedición a Marte.

12 de enero, 57: Selma está progresando vertiginosamente. Pronto llegaremos a sentir juntas. Qué pena no haberla conocido en otras circunstancias, fuera de aquí. ¡Podríamos haber sido tan buenas amigas, habernos entendido tan bien!

30 de enero, 57: No sé lo que pasa. Pero temo que el tratamiento de Selma se estancó. Aunque, para poder concentrarme más en ella, despedí a todos mis demás pacientes. Ya no pienso en nada ni en nadie más que en Selma.

20 de febrero, 57: «Sin novedad en el frente», seguimos estancadas.

28 de febrero, 57: ídem. Tengo miedo. Tengo pánico de haber perdido a la nueva Selma que supe despertar. Me desespero al verla tan indiferente, como lo ha sido en estos últimos días. Haría cualquier cosa para cambiarla.

15 de marzo, 57: ídem. Pero tuve una idea genial. Y si la ejecuto, ya no sabré si sentirme heroína, loca o criminal. Pero en todo caso siento. Lo haré, lo intentaré hoy mismo, para movilizar el proceso. Tomaré una dosis masiva de *juvenal* y, al rato, otra. Después se verá.

Ahí, en la fecha misma de mi última sesión, termina el diario de Aline. Ese día la vi por última vez. Qué pena, ni le miré la cara. Pero justo ese día, al entrar y saludarla, bajé, no sé por qué, la vista. Vi sus piernas, delgadas como las de una niña. ¿Por qué usará una túnica tan larga?, me pregunté distraída. «Bueno, ella nunca se fija en la moda, no tiene tiempo para eso». Me recosté, como siempre, y ella se sentó tras mío, en su ancho sillón. No me acuerdo de qué hablé, pero sí que ella estaba silenciosa y respiraba de manera extraña, con dificultad. Había algo inquietante en el ambiente. Después me debo haber dormido. Nombres raros cruzaban por mi mente, «María Anunciata», «Concepción». Había olor a heno, a establo. Oí el canto de pájaros —desde que dejé Vagora, nunca más lo había oído—, y el llanto de una criatura.

Me desperté de golpe. Algo me había tocado. Algo había entrado dentro de mí. Me levanté de un salto. En el suelo estaba, caída, la túnica de Aline. Su sillón estaba vacío. A su lado, sobre el aparato de Sidiaspray, apagado desde hacía mucho, estaba su diario abierto. Instintivamente, como una que está por ahogarse se agarra de una tabla de salvación, lo tomé y huí, huí en pánico de esa habitación vacía y silenciosa.

Necesité mucho tiempo para tranquilizarme. Y aún más, para entender lo que había pasado. Leí y releí su tesis, sus papeles, sus últimas anotaciones. Pero recién cuando mi cuerpo empezó a cambiar, a ensancharse, cuando sentí crecer una nueva vida dentro de mí, comprendí del todo. Y juré, entonces, que esta vez, cuando Aline nazca de nuevo, tendrá una madre que sabrá hacerla feliz.

LA OSCURIDAD

por André Carneiro

André Carneiro ha hecho mucho por la ciencia ficción en el Brasil. Entre otras obras se le deben dos libros de relatos –Diário da nave perdida (1963, que incluye el cuento aquí presentado) y O homem que adivinhava (1967)–, una novela –Piscina livre (1975)– y la recopilación de dos antologías: Histórias do acontecerá (1961) y Além do tempo e do espaço (1965). Hay que apuntar también en su haber un excelente ensayo: Introdução ao estudo da 'science-fiction' (1968).

Su cuento A escuridão, que aquí les ofrecemos, dio origen a un guión del escritor norteamericano Leo Barrow y ha sido incluido en una antología mundial de los mejores relatos de 1962. Su obra ha sido traducida a varios idiomas, entre ellos el español, el inglés y el sueco.

Wladas aceptó la realidad del fenómeno más tarde que los demás. Era soltero, distraído y muy práctico. Tan sólo al segundo día, cuando todos comentaban que la oscuridad diurna crecía cada vez más y que las luces eran más débiles, admitió que sí. Una vieja hablaba a gritos de que el mundo iba a acabarse. Se formaban tertulias para discutir el fenómeno, y se daban innumerables explicaciones metafísicas, mezcladas con los comentarios científicos de los periódicos. Él se fue a trabajar, normalmente. El propio jefe, siempre invisible, estaba en una ventanilla, hablando con un amigo. La mayor parte de los funcionarios no estaban. La enorme sala llena de mesas se veía casi despoblada, definiendo el grado de importancia del acontecimiento. Recordó la revolución, en su juventud.

Algo que irrumpe, haciéndonos rebelar y arrastrándonos hacia un destino que no escogemos. Pero una revolución es algo distinto. Tiros, bombardeos, muertes. Ahora era un fenómeno extraño, ciertamente, pero que no alcanzaba la categoría de calamidad pública. Los que se ocupan del tiempo fueron los primeros en observarlo. La luz del sol parecía más opaca, las casas y objetos estaban orlados por una creciente penumbra. Al principio creyeron que era una ilusión óptica, pero de noche la propia luz eléctrica era también más débil. Las mujeres observaron que los líquidos no llegaban a hervir y que los alimentos permanecían duros. Wladas se aproximó al jefe. Estaba citando opiniones competentes, oídas en la radio. Eran vagas y contradictorias. Las personas nerviosas hacían que cundiera el pánico, y las estaciones ferroviarias y las terminales de autobuses estaban repletas de millares de personas que huían, nadie sabía adonde. Wladas dudaba que el fenómeno fuera universal como decían las noticias.

Los últimos telegramas afirmaban que las sombras aumentaban rápidamente. Alguien encendió un fósforo, y comenzaron las experiencias que se hacían en todas partes: se encendían mecheros y linternas eléctricas, y se apuntaban a los rincones, notando que la llama y la luz eran menos intensas. Las lámparas no iluminaban como antes. No podía tratarse de una dolencia visual colectiva. La gente pasaba los dedos por encima del fuego sin quemarse. Muchos tenían miedo, pero Wladas no sentía ninguno. Aquella animación general, el asunto único que dominaba todas las conversaciones aproximaba a todos; era un espectáculo humano que hacía olvidar las inquietudes del mañana. Volvió

a casa a las dieciséis horas. Las luces estaban encendidas. No iluminaban casi nada, parecían bolas rojizas, como señales de peligro. En el bar donde solía comer consiguió que le sirviesen bocadillos fríos. Sólo estaban el dueño y un camarero, que se marcharon inmediatamente después que el, andando despacio en la penumbra.

Wladas llegó sin dificultad a su apartamento. Estaba acostumbrado a regresar tarde sin encender la luz del descansillo. El ascensor no funcionaba; tuvo que subir por la escalera hasta el tercer piso. Puso a todo volumen su radio portátil, y ni siquiera pegándola a su oído pudo percibir más que sonidos indistintos, no sabía si voces o estática. Se sentó al borde de la cama con una penosa sensación de aislamiento. Abrió la ventana y se reconfortó con los millares de bolas rojizas, lámparas encendidas en los grandes edificios, cuyas siluetas apenas se destacaban contra un cielo sin estrellas. A tientas, Wladas halló una vela en un cajón y la encendió. La llama, sin ningún calor, era corta y pálida, y apenas permitía ver las manecillas del reloj de pulsera a un palmo de distancia. Se sintió triste y mal. Debía de ser la ausencia de tráfico. No se oía ningún automóvil por las calles, sólo gritos y voces distantes, tal vez gente extraviada, padres de familia volviendo a pie de su trabajo. De no ser por la luz de la vela, se diría que era un fallo de la electricidad. Fue a la nevera y bebió un vaso de leche. El hielo se desprendía con un ruido seco, el motor no funcionaba. Lo mismo ocurría con la bomba de subir el agua; dentro de poco el depósito del edificio se agotaría. Puso el tapón del desagüe de la bañera y la llenó completamente. Halló su linterna eléctrica de tres pilas y recorrió el pequeño apartamento, ansioso por hallar sus pertenencias a la débil luz. Dejó los botes de leche en polvo, el azúcar y la comida sobre la mesa de la cocina. Había galletas y una caja de bombones. Quien viviera en familia se ayudaría mutuamente. Él tenía que cuidarse a sí mismo, prever lo peor. Cerró la ventana, apagó las luces y se acostó. Un escalofrío recorrió su cuerpo; sintió la realidad del peligro. Nunca había ocurrido una oscuridad igual, nunca en la historia de la Tierra. No era solamente la claridad del sol lo que se apagaba, sino todo lo que emitiese luz, los destellos y el calor luminoso, las hogueras, las chispas de las piedras de afilar y los motores, las sustancias químicas, las luciérnagas y las linternas. Wladas lo sabía, los últimos periódicos lo publicaban. Habían parado también, como los automóviles, los camiones, los autocares, los aviones y los trenes. Se oían gritos y llamadas a lo lejos. Wladas procuró relajar los músculos y dormir. Al día siguiente todo se normalizaría. Volverían las luces, los radios, los vehículos...

Durmió en un sueño agitado, con pesadillas confusas y desagradables. En el apartamento de al lado lloraba un niño, pidiendo a su madre que encendiera la luz. Se despertó sobresaltado. Con la linterna eléctrica pegada al reloj vio que eran las ocho de la mañana. Saltó de la cama y abrió la ventana. La oscuridad era casi total. Por el este se veía el sol, rojo y redondo, como si estuviera detrás de un grueso cristal ahumado. En la calle se veían pasar siluetas como bultos. Wladas se lavó con dificultad, fue a la cocina, tomó leche condensada y galletas. La fuerza de la costumbre le hizo pensar en su empleo. Descubrió que no sabía ni siquiera hacía dónde debía ir. Recordó su terror infantil una vez que lo encerraron en un armario. Le faltaba aire, y la oscuridad le oprimía. Respiró profundamente junto a la ventana. Sobre el fondo negro del cielo se destacaba el disco rojo del sol. Se esforzó en razonar con calma, en hacer deducciones. Al principio los científicos habían emitido hipótesis y análisis.

Por aquel entonces la electricidad conseguía aún hacer girar la rotativa de los periódicos, y las radios emitían sonidos por sus altavoces, ahora mudos. ¿Qué estaría haciendo el gobierno para protegerlos a todos?. Era inexplicable que los rayos del sol desaparecieran la temperatura siguiera siendo normal. Se trataría de un gas desconocido e invisible que alteraba las leyes comunes. Wladas no consiguió coordinar su pensamiento. La oscuridad le impulsaba a correr en busca de auxilio. Apretó

los puños, se repitió para sí mismo: «Debo mantener la calma, defender mi vida hasta que todo se normalice».

Tenía una hermana casada que vivía a tres manzanas de distancia.

La necesidad de comunicarse con alguien le hizo decidirse a ir hasta allí y ayudarles en lo que fuera posible. Se metió la linterna eléctrica en el bolsillo, aunque no le sirviese de nada. Cerró la puerta del apartamento y fue andando en la oscuridad del descansillo en dirección a la escalera, apoyándose en la pared. A su lado se abrió una puerta, y una voz ansiosa de hombre preguntó:

—¿Quién está ahí?

—Soy yo, Wladas, del apartamento 312 —respondió.

Sabía quién era, un hombre vulgar, con mujer y dos hijos.

—Por favor —pidió éste—, dígame a mi mujer que la oscuridad va a pasar. Está llorando desde ayer, y los niños tienen miedo.

Wladas se acercó a tientas. La mujer parecía estar al lado del marido, sollozando en voz baja. Procuró sonreír, aunque no le viesan.

—Estése tranquila, señora, es sólo la oscuridad, pero aún se ve el sol allá fuera. No hay peligro, luego pasará.

—¿Estás oyendo? —secundó el hombre—, es sólo la oscuridad, no le va a pasar nada a nadie, tienes que calmarte, por los niños.

A juzgar por los ruidos, Wladas adivinó que los niños estaban agarrados unos a otros. Permaneció en silencio unos segundos y luego dijo, rápido:

—Ahora tengo que irme, si necesitan alguna cosa...

El hombre se despidió, animando a la mujer:

—No, muchas gracias, esto va a pasar, hasta luego.

En la escalera no se veía nada. Wladas bajó agarrándose al pasamanos. Oía retazos de conversaciones a través de las puertas de los apartamentos. La falta de luz hacía que todo el mundo hablase más alto, o quizá las voces destacaban más en el silencio general.

Llegó a la calle. El sol estaba alto pero no iluminaba prácticamente nada, tal vez menos que la luna en cuarto menguante. De vez en cuando pasaban hombres, solos o en grupos. Hablaban en voz alta. Algunos andaban a trompicones, tropezando en los desniveles de la calzada. Wladas echó a andar, visualizando mentalmente el camino hasta casa de su hermana. La rojiza claridad disminuía en las sombras de los edificios. Con los brazos extendidos apenas podía divisar los dedos. Andaba con cautela, asombrándose de los que pasaban aprisa. De un terrado cualquiera le llegaba el ladrido de un perro, que fue coreado a lo lejos. Se oían confusos gritos de llamada. Alguien caminaba rezando.

Wladas iba pegado a las paredes para no chocar con nadie. Debía de estar a mitad de camino. Se detuvo para recuperar el aliento. Sus pulmones jadeaban en busca de aire, sus músculos estaban tensos y cansados. El único punto de referencia era la mancha del sol, cada vez más débil. Por unos instantes imaginó que tal vez los otros vieran más que él. Pero de todos lados se alzaban gritos y voces. Wladas giró la cabeza. El disco rojo desapareció pulsando. La negrura era absoluta. Un hombre pasó gritando en otro idioma. Se percibía ruido de quejas y palabras entrecortadas. Wladas sacó una caja de cerillas de su bolsillo y frotó una con cuidado. Se oyó el ruido característico, pero no brotó llama alguna. Encendió la linterna ante sus ojos: nada. Si apretaba los párpados veía danzar manchas de luz. ¿Qué hacer? Permanecer inmóvil, escuchando el coro de medrosos niños y de aquellos que perdían el control, podía llevarle a decisiones irreflexivas. La oscuridad era total. Sin la silueta de los

edificios se sintió perdido. Memorizó el trayecto que hiciera hasta allí. Imposible continuar. Intentaría regresar al apartamento. ¿Qué hora sería? Apoyó el reloj de pulsera contra su oído. No consiguió abrir el cristal con la uña, para comprobar las manecillas por el tacto. Con la mano derecha tocando una pared y la izquierda en arco al frente dio media vuelta, arrastrando los pies por la acera. Conocía aquel trecho; sus manos identificaban algunas puertas y escaparates. Transpiraba y se estremecía, concentrando sus sentidos en el camino de regreso.

Al girar una esquina oyó palabras incomprensibles de un hombre que venía en su dirección. Tal vez bebido, se agarró con fuerza a Wladas, gritando, y éste intentó soltarse, perdiendo la calma, gritando aún más que el otro cosas sin sentido. Wladas lo sujetó desesperadamente por la garganta, lo empujó hacia atrás. El hombre cayó y empezó a gemir. Con los brazos extendidos al frente, en defensa, Wladas anduvo unos pasos, atento a su alrededor. El borracho lloraba y gemía, como si le doliera algo. Pensó en hablar con él, en socorrerle, pero el forcejeo le había agotado. Receló verse dominado y se alejó a toda prisa, mientras el hombre lloraba tras él. Una puerta rota golpeaba una y otra vez en algún lugar contra su batiente, y surgían ruidos inconcretos de las casas y apartamentos, no cubiertos por los ruidos de los motores, radios y vehículos. En la oscuridad. Wladas llegó hasta su casa. Sus manos palpaban, reconociendo puertas de tiendas, paredes de viviendas y sus portales. Con la alegría de llegar, tropezó y cayó en los primeros peldaños. Alguien gritó:

—¿Quién está ahí?

—Soy yo, Wladas, del tercer piso.

Una voz preguntó:

—¿Usted estaba ahí fuera? ¿Se ve algo en algún lugar?

—No, no se ve nada en parte alguna.

Hubo un silencio, y subió a tientas. Regresaba a su apartamento. Allí conocía la posición de los muebles y los objetos, podía controlar las pertenencias familiares hasta que la pesadilla terminase. Moviéndose con cuidado, abrió su puerta y se derrumbó en la cama.

Fue un descanso corto y ansioso. No podía desagarrotar sus músculos, pensar con tranquilidad. Se arrastró hasta la cocina, consiguió abrir la tapa del reloj con un cuchillo. Palpó las manecillas. Eran las once o las doce, aproximadamente. No tenía hambre, pero abrió la nevera, comiendo los bocadillos guardados de la víspera. El agua goteaba del congelador; el hielo estaba completamente derretido. Con lentitud, disolvió leche en polvo en un vaso de agua y se la bebió. Regresó al cuarto y se tendió, pero halló imposible permanecer sumido en sus pensamientos sin tomar ninguna decisión. Llamaron a la puerta. Su corazón latió aceleradamente. Gritó que esperasen, llegó hasta ella y preguntó quién era antes de abrir. Por la respuesta supo que era el vecino de antes. Había tenido dificultades en hallar la puerta correcta. Pedía agua para sus hijos. Wladas le contó lo de la bañera llena, y fue con él a buscar a su esposa y los niños. Su previsión le había valido. Se cogieron todos de la mano y fueron deslizándose en fila india por el descansillo, los niños más tranquilos, y hasta la mujer dejó de llorar y de repetir: «Gracias, muchas gracias». Wladas los condujo hasta la cocina e hizo que se sentaran. Los pequeños se agarraban al cuello de su madre. Palpó un armario, rompió un vaso y encontró una jarra de aluminio que llenó en la bañera y llevó a la mesa. Fue entregando vasos de agua a los dedos que se los solicitaban. Sin divisar dónde estaban situados, el agua resbalaba por su mano. Mientras bebían, pensó que debía ofrecerles algo de comer. El niño dijo que tenía hambre. Wladas fue a buscar un bote grande de leche en polvo y empezó a prepararla con precaución. Mientras efectuaba los gestos lentos de abrir el bote, contar las cucharadas y mezclarlas con el agua, hablaba en voz alta y recibía los ánimos de los demás, recomendándole cuidado y aplaudiendo su habilidad. Le llevó más de una hora distribuir la leche a todos, y le hizo bien el esfuerzo de no equivocarse, la certeza de estar siendo útil.

Uno de los niños rió una broma. Por primera vez desde que oscureciera. Wladas sintió optimismo. La impresión de que todo terminaría bien. Probó, con argumentos lógicos, que en modo alguno podía prolongarse aquella sombra extraña. Eran contradictorios y complicaban todas las deducciones, pero el hombre del apartamento vecino y su familia los apoyaron con exclamaciones, como si él, por sí solo, tuviese el poder de devolverlo todo a la normalidad. Pasaron la tarde en su apartamento, procurando hablar, aunque no tuvieran nada de qué hablar; intentando divisar, apoyados contra la ventana, alguna luz distante, percibiendo a veces alguna, entusiasmados, para descubrir luego el error, que no admitían, de que había sido tan sólo un destello que tan pronto como apareciera había desaparecido. Wladas se convirtió en el líder de aquella familia; los alimentaba y conducía por el pequeño mundo de sus aposentos, que conocía «con los ojos cerrados»... Estuvieron ocupados toda la tarde, haciendo muy poca cosa, pasando mucho tiempo para realizar los gestos más simples: llevar una silla de un lado a otro, buscar objetos caídos que no aparecían... Serían las nueve o las diez de la noche cuando Wladas los acompañó, ayudándoles a acostar a los niños. Por un momento pareció que para ellos sólo se hubiera fundido un fusible; saltaban y reían. En la oscuridad otros debían de estar sufriendo, enfermos y con dolores, sin médicos ni medicamentos; niños con hambre y sed. En las calles, padres desesperados gritaban pidiendo comida. Wladas cerró las ventanas para no oírlos. Lo que tenía daría para un día o dos, alimentando a los cinco. Su vecino, emocionado, le pidió que se quedara con ellos; los niños se sentirían mejor. Accedió. Volvió a su apartamento, donde se arregló. Se puso un pijama, aun sabiendo que nadie lo notaría. Cerró su puerta con llave para prevenir una improbable invasión. Fue reconfortante oír cómo saludaron los niños su llegada:

—¡Tío Wladas ya está aquí, mamá!

Se sintió conmovido. En la oscuridad no era preciso disimularlo. La memoria visual es débil. Wladas recordaba sólo vagamente la fisonomía de sus nuevos amigos, a los que antes apenas prestaba atención en sus idas y venidas. Fue instalado en un gran sofá a un lado del salón. Hablaron, acostados, dejando que las palabras señalaran su presencia y su compañía. Terminaron durmiéndose, aferrados a las almohadas, como náufragos agarrados a una tabla que oyeran gritos de socorro sin poder acudir a ellos. Se durmieron, o tal vez se quedaron quietos, fingiendo, para no molestar a los demás. ¿Qué haría el mundo, inmerso en la oscuridad, para no perecer? Una ventana dejaba entrar las voces. En ocasiones era sólo un: «¡Ayuda, necesito comida!». Otras hacían descripciones completas, a gritos, mientras zigzagueaban por las calles llenas de detritus, hablando de su familia sin alimentos. Wladas procuraba no pensar. Apretaba la almohada contra su cabeza, repitiendo que no podía hacer nada. Durmieron, empujados por el cansancio, soñando con un amanecer de cielo azul, con el sol inundando las habitaciones, los ojos alimentándose de todos los colores después de aquel ayuno. Fue diferente. Wladas se sentó en el sofá y su vecino susurró:

—Señor Wladas, ¿está usted despierto?

Había dejado un cuchillo sobre la silla para descubrir las horas. Tenía práctica; levantó en seguida la tapa de cristal: las ocho, más o menos. Los otros se agitaron, y se inició el complicado aseo, hecho con un caldero de agua traído por Wladas, que inició con cuidado la preparación de los vasos de leche y la separación de las galletas en raciones iguales. La procesión en fila india, todos dándose las manos, se dirigió de nuevo a la cocina, donde tomaron el frugal refrigerio. Los niños golpeaban contra los muebles, se perdían en el pequeño salón, su madre les regañaba ansiosa. Cuando se sentaron en las sillas no sabían qué hacer. Los vasos usados se quedaron sucios para no desperdiciar agua.

Volviéron sobre las causas del fenómeno, inventando razones e hipótesis que trascendían de la ciencia. Por el momento soportaban las dificultades con la esperanza de volver pronto a la normalidad, quizás en las próximas horas. Wladas apuntó imprudentemente que la situación podía prolongarse para siempre. La mujer se echó a llorar, y fue difícil calmarla. Los niños hacían preguntas

imposibles de responder. Wladas palpaba las manecillas del reloj, sin saber qué hacer. Sintió ansias de hacer algo, se levantó, iba a salir para investigar. Ellos protestaron; sería peligroso e inútil. Se apoyaban en él, tenían miedo de quedarse solos y perderlo. Tuvo que garantizarles que no se alejaría más de veinte metros del edificio, sólo hasta la esquina, no cruzaría la calle. Apretaron fuertemente su mano antes de salir.

Cuando llegó a la escalera, bajó más aprisa. Sus pies tocaban obstáculos difíciles de identificar. Cruzó la puerta principal del edificio, pegado a la pared, escuchando. Soplaba un viento frío, arrastrando papeles con un ruido fofo. Había ladridos muy lejos, que a veces se recrudecían, y voces, muchas e ininteligibles. Wladas recordó sus paseos en la hacienda del abuelo. Solo entre los árboles, había oído también el viento agitando las hojas y trayendo retazos de conversaciones de las casas del otro lado de la colina. Estaba inmóvil, tenso, a la expectativa. Caminó algunos metros. Sólo los oídos captaban el pulsar de la ciudad ahogada. Con ojos abiertos o cerrados, siempre era el mismo color, negro sin fin ni principio. Era terrible permanecer allí, quieto, a la espera de nada.

Los fantasmas de la infancia cercaron a Wladas, y éste se dio la vuelta hacia su edificio casi corriendo, arañándose las manos contra las paredes, tropezando en los escalones, subiendo de prisa, mientras voces medrosas gritaban: «¿Quién está ahí, quién está ahí?». Él respondía, sin aliento, subiendo los peldaños de dos en dos, hasta llegar entre sus amigos que tropezaban entre sí para acudir a su encuentro, temerosos de que estuviera herido, deseando preguntarle qué había ocurrido. Se sentó y respiró, aliviado. Rió y confesó que había sentido miedo, que había subido corriendo. Allí fuera todo era igual que aquí. Permanecieron encerrados el resto del día, si podía emplearse esa palabra. Las menores acciones se hacían difíciles sin luz, y eso servía para mantenerlos ocupados, lo cual era mejor que pensar. Hablaban mucho, y cuando se dedicaban a algo iban escribiendo lo que hacían. De tanto en tanto las palabras que los unían se interrumpían. Nadie podía saber nada, pero todos levantaban las cabezas al mismo tiempo, escrutando, respirando fuerte, aguardando un milagro que no surgía.

Racionada y repartida, la caja de bombones se acabó. Aún que daban galletas y leche en polvo, pero si la luz no volvía pronto era difícil prever las consecuencias. Pasaban las horas. Acostados de nuevo, con los ojos cerrados, luchando por dormir, aguardaban una mañana de rendijas luminosas en la ventana. Pero despertaron como antes, los ojos inútiles, las llamas apagadas, los fuegos fríos y la comida terminándose. Wladas repartió las últimas raciones de galletas y leche. Permanecían parados frente a la ventana, esperando una luz. La negra pared parecía aplastarse contra sus cabezas, impenetrable. Se sentían inquietos. Tenían aún una buena cantidad de agua, pero se les había acabado la comida. El edificio tenía diez pisos. Wladas murmuró que debía subir hasta el último para mirar a lo lejos.

Salió y comenzó a subir. De los apartamentos surgían preguntas: «¿Quién está ahí?, ¿quién está subiendo?». Wladas se identificaba, aunque pocos inquilinos le conocían. Preguntaban lo que quería, y en el sexto piso una voz le aseguró:

—Puede usted subir tan arriba como quiera, pero pierde el tiempo estuve allí hace poco, con dos compañeros. No se ve nada por ninguna parte.

Wladas se atrevió:

—Mi comida se ha terminado, y tengo a una pareja y dos niños conmigo. ¿Podrían ayudarme en algo?

La voz respondió:

—Nuestra reserva durará exactamente hasta mañana. No podemos hacer nada...

Pensó durante unos segundos y decidió volver a bajar. ¿Les diría la verdad a sus amigos?

Cuando lo recibieron con preguntas ansiosas, mintió:

—No he llegado hasta allí. He encontrado a alguien que había ido hacia poco. Dice que se ve algo, muy a lo lejos, no ha sabido explicarlo.

La pareja y los niños se sintieron henchidos de esperanzas, mientras él sugería la única idea viable. Saldría nuevamente, armado con una palanqueta, y forzaría la tienda de comestibles que estaba a unos cien metros, más o menos. Conocía el trayecto, no se perdería. Sacó la caja de herramientas de encima del armario, separó una palanqueta, un martillo y unos alicates. Su vecino insistió en ir también. Wladas no dijo nada, pero la desesperación de la mujer y de los niños ante la idea de quedarse solos le hizo desistir finalmente. Se puso las herramientas en el bolsillo, envueltas con una bolsa vacía, y se colocó la palanqueta en el cinturón, para tener las manos libres. Les pidió que no se preocuparan si tardaba en volver.

Salía de su refugio dar a robar comida. No sabía lo que iba a encontrar allá fuera. La oscuridad había derribado las jerarquías. El dinero ya no valía para nada, como tampoco los documentos de identidad. No existía policía, gobierno ni leyes aplicables. Uno tenía que confiar en voces, surgidas de fisonomías ocultas, cuyas manos podían dar o agredir. Wladas caminaba pegado a las paredes, su cerebro reconstruyendo los detalles de aquel trecho. Sus manos revisaban cada hueco. De repente, los recuerdos se mezclaban, el suelo parecía girar bajo sus pies, y se detenía, apoyado de espaldas contra la pared, la mano derecha inmóvil, señalando la dirección a seguir. Se aproximaba lentamente al objetivo. Aunque justificable, la idea del robo le hacía temblar, como si alguien tuviera medios para sorprenderlo. Los dedos, palmo a palmo, seguían el trayecto hasta que tocaron las ondulaciones de una puerta de hierro. No podía fallar.

Era el único comercio de alimentación de aquella zona. Wladas se detuvo y escuchó. Había sonidos distantes, como los de una sala de hospital a través de sus puertas cerradas. Se inclinó, buscando el candado. Sus manos no hallaron resistencia. La puerta estaba sólo medio cerrada, no tendría que forzarla. Se inclinó y entró sin ruido. Las estanterías de la derecha contenían las latas y los dulces. Tropezó contra el mostrador. Lanzó una exclamación y se inmovilizó, los músculos tensos, a la espera. Nadie habló ni hizo ruido. Saltó por encima del mostrador y fue avanzando a tientas, tocó un estante, fue deslizándose por la estantería. No había nada, debían de haberlo vendido todo antes de que la oscuridad se hiciera total. Levantó el brazo, buscando con más rapidez. Nada, ni un objeto. Empezó a rebuscar, sin importarle el ruido, los dedos reseco por el polvo acumulado. Se agachó sin precauciones, el cuerpo inclinado al frente, las manos agitándose en todas direcciones, rebuscando en las esquinas, golpeándose contra las paredes, con imprudencia, como si se estuviera disputando con otro latas y artículos que no existían. Volvió varias veces al mismo lugar donde empezara la búsqueda. No había nada, en ningún rincón. Se detuvo, sintiendo deseos de volver a empezar y sabiendo que no adelantaría nada. Había sido un ingenuo pensando que encontraría comida. Para los que no tenían reservas era evidente que las tiendas de alimentación eran la única salida posible.

Wladas se sentó en una caja vacía y dejó que las lágrimas asomaran a su ojos. Había sido un idiota, esperando tanto. El saqueo ya se había efectuado, quizás el día anterior, cuando oyera gritos y ruido. ¿Cómo se las arreglaría para comer y alimentar a sus amigos? Se sintió desamparado y ridículo, recordando su calma inicial, con la bañera llena de agua, la leche en polvo... Y en tan poco tiempo verse reducido a nada, sin planes ni destino... ¿Hacer qué? ¿Regresar como un fracasado, comenzar de nuevo en busca de otras tiendas más distantes, cuya localización no conseguiría precisar? ¿Y si no encontraba nada? Salió a la calle, los brazos doloridos por el esfuerzo, presa de una desesperación que sabía peligrosa. Estaba solo en un mundo limitado a lo que alcanzaban sus brazos. Temió seguir adelante, enfrentarse a algún asaltante enloquecido por la oscuridad.

Regresó a casa a largas zancadas, en busca de sus amigos invisibles. Se detuvo de pronto, buscando una señal conocida con las manos. Paso a paso avanzó algunos metros, descubriendo puertas y paredes hasta una esquina desconocida. Tenía que regresar a la tienda para comenzar de nuevo el trayecto. Rehizo con cuidado el camino recorrido, los dedos arañados por la oscuridad, buscando la puerta ondulada que no aparecía. Anduvo en todas direcciones. Estaba perdido. Imposible tener la menor noción de dónde se hallaba, ni de lo que tenía que hacer para descubrir el camino a casa. Se sentó en el bordillo, con las sienas latiéndole. Se alzó como alguien que se ahoga y gritó:

—¡Por favor, estoy perdido, quiero saber el nombre de esta calle!

Repitió su grito una y otra vez, cada vez más alto, sin que nadie le respondiese. Cuanto más silencio había a su alrededor, más imploraba, pidiendo por caridad que lo ayudasen. ¿Por qué deberían hacerlo?. Él mismo había oído en su ventana los gritos de socorro de los extraviados, cuyas voces desesperadas hacían temer la locura de un asalto. Wladas echó a correr sin dirección precisa, gritando socorro, explicando que cuatro personas dependían de él. Ya no tocaba las paredes, andaba de prisa, de un lado para otro, como un borracho, implorando información y comida. No sabía cuánto se había apartado de su calle; tenía esperanzas de hallarla:

—Soy Wladas, vivo en el número 215, por favor, ayúdenme.

Había ruidos en la oscuridad, era imposible que no le oyesen. Lloraba y pedía sin la menor vergüenza, sintiéndose reducido por el manto negro al estado de un niño indefenso. ¿Cuánto tiempo pasó? No lo sabía; su reloj funcionaba, pero no halló ninguna hoja fina para abrir la tapa de cristal, ni le importaban las horas. La oscuridad le asfixiaba, entrando por los poros, modificando los pensamientos. Wladas dejó de implorar. Insultaba a sus semejantes a gritos, llamándoles malditos, preguntando por qué no respondían. Su desvalimiento se convirtió en odio y empuñó la pesada palanqueta, dispuesto a conseguir comida por la violencia. Se cruzó con otros como él, pidiendo comida. Wladas avanzaba blandiendo su palanqueta, hasta que tropezó con alguien lo sujetó con fuerza. El hombre gritó y Wladas, sin soltarlo, le exigió que le dijera dónde estaban y cómo conseguiría comida. El otro parecía viejo; se derrumbó entre sollozos de miedo. Wladas aflojó la presión, lo dejó ir. ¿De qué le serviría andar armado con una palanqueta, agresor potencial de aquellos que sufrían su misma desgracia? Volvió a meterse su arma en el cinturón. Se sentía falta de apoyo. Se sentó para no desfallecer, hundiendo la cabeza entre los hombros. En cualquier posición, la negrura total hacía que el equilibrio fuera una entelequia. Se sintió un poco mejor, pero su cuerpo estaba roto por el agotamiento y el hambre. Consiguió levantarse y siguió andando en silencio. Las tinieblas habían engullido su sentido práctico, y avanzaba en medio de la permanente noche en busca de auxilio.

Perder así la vida era indignante. Wladas volvió a clamar en voz muy alta, pidiendo socorro, explicando su situación, discutiendo con oídos invisibles que le debían de estar escuchando detrás de las puertas y de las ventanas, sin valor o fuerzas para responder. Giraba las esquinas a la izquierda, para no alejarse demasiado, y posiblemente estaba dando vueltas a la misma manzana, pasando frente a su casa y alejándose de nuevo sin darse cuenta. Exhausto, con hambre y sed, hablaba consigo mismo, pidiendo socorro muy alto de vez en cuando. Se sentó de nuevo en el bordillo para escuchar los menores ruidos. El viento hacía resonar las ventanas abiertas en los apartamentos abandonados.

Desde varias direcciones le llegaban ruidos distintos, sonidos huecos, rasposos o agudos, de animales u hombres, tal vez presos o hambrientos. Se llevó una mano al oído, formando bocina. Se acercaba un leve batir rítmico de pasos. Gritó pidiendo ayuda y escuchó. Una voz de hombre le respondió en la distancia:

—Espere, iré a ayudarle.

Wladas se lo agradeció, diciendo que no tuviera miedo; sólo necesitaba un poco de comida y alguien que le ayudara a volver a casa. Todavía hablaba cuando notó que un brazo tocaba su hombro. Se alzó e imploró que no le dejase abandonado. El hombre cargaba un pesado saco y jadeaba de cansancio. Pidió que le ayudara sujetando una de las puntas; él iría delante. Wladas disimulaba los sollozos, los brazos doliéndole bajo el peso, hablando sin parar de lo que le había ocurrido, desde el principio. El hombre le respondía con monosílabos y seguía andando, con relativa rapidez. Wladas se calmó, sintiendo algo inexplicable. Casi no podía seguirle el paso, y el hombre giraba las esquinas con toda seguridad. Una duda pasó por su mente. Quién sabe si su compañero veía, si la luz volvía para los demás. Le preguntó:

—Anda usted con mucha seguridad. ¿Acaso... ve algo?

El hombre tardó un poco en contestar:

—No, no veo absolutamente nada. Soy completamente ciego.

Wladas tartamudeó:

—¿Antes... de esto, también?

—Sí —respondió el otro—. Soy ciego de nacimiento. Ahora nos dirigimos al Instituto de Ciegos, donde vivo.

Wladas sintió una paradójica emoción. Aquel hombre conocía los caminos, su voz era natural, no tenía el tono ansioso que ya se había acostumbrado a oír. Ahora la oscuridad de ambos era la misma. Solo que el ciego, que se llamaba Vasco, había vivido siempre en ella, era su mundo, hecho de ruidos, olores y el rozar de los dedos en las cosas sólidas. Había salido a buscar un saco de comida y necesitaba la ayuda de Wladas para acarrearlo.

El ciego le contó que auxiliaban a personas perdidas y que habían recogido ya algunas, pero que la provisión de alimentos era escasa. No podían albergar a nadie más. La oscuridad seguía, sin ninguna señal de que fuera a terminar. En poco tiempo miles de personas morirían de inanición, y nada podría hacerse.

Llegaron finalmente al Instituto de Ciegos. Wladas se dejó llevar por las distintas habitaciones hasta un lugar donde le dieron una silla. Se sentía como un niño al que los adultos salvan de un peligro y le dan confort y seguridad. Bebió un vaso de leche y comió algunas tostadas que pusieron en sus manos. Sin embargo, no podía apartar de sus recuerdos la imagen de sus amigos sobresaltándose a cada rumor, pasando hambre, esperando su regreso. Pidió hablar con Vasco, su salvador, e insistió una y otra vez en que no podía dejar a sus vecinos presos en el apartamento. Ellos argumentaron que el edificio era grande, y todos los demás moradores merecían también ayuda, cosa impracticable. Wladas no podía dejar de pensar en los niños. Pidió que le mostraran el camino, iría solo. Se levantó para salir, tropezó con algo, cayó. Vasco, aunque los otros dudasen, recordó que había una bañera llena de agua; era una reserva que luego se haría necesaria. Trajeron dos grandes recipientes de plástico y Vasco condujo a Wladas a la calle. Se ataron una cuerda a la cintura, uniéndolos. Así podían andar uno detrás de otro, con menos peligro ante los obstáculos. Vasco dijo que estaban a cinco manzanas de distancia. Había nacido en aquel barrio y lo conocía perfectamente.

Amarrado a su guía, sentía ahora el miedo de aquellos que vislumbran una salvación, aunque dudosa y frágil. Andaba lo más aprisa posible. Vasco escogía los mejores lugares, diciendo el nombre de las calles, cambiando de itinerario cuando oían rumores sospechosos o gritos enfurecidos. Vasco se detuvo y dijo en voz baja:

—Debe de ser por aquí.

Wladas avanzó unos pasos, reconoció el pomo de su puerta. Vasco le susurró que se quitara los zapatos; irían sin hacer ruido. Entraron, Wladas delante, subiendo la escalera de dos en dos. Apartaban las cosas de su camino y captaban voces ininteligibles a través de las puertas.

Llegados al tercer piso se encaminaron al apartamento del vecino. Llamaron suavemente, luego más fuerte, nadie respondió. Imaginaron que estaban en el otro, pues Wladas les había dejado la llave para que utilizaran el agua. Fueron allí. Oyeron ruido, y una voz preguntó:

—¿Quién está ahí?

—Soy yo, Wladas, déjenme entrar.

Se oyó una exclamación como quien no puede creer lo que oye y la puerta se abrió, y unos brazos lo recibieron.

—Soy yo. ¿Cómo están? Encontré a un amigo que me salvó y sabe el camino.

No dijo que era ciego; parecía que la palabra se identificaba con la desgracia de todos. Rodeado por la mujer y los niños, distintos ahora, con las voces débiles, el vecino les contó sus padecimientos, alimentándose sólo de agua, con las esperanzas puestas en la llegada del amigo. Éste les explicó la situación en el Instituto de Ciegos, y que tenían que ir allí.

Llenaron los dos recipientes con el agua de la bañera, y Vasco los amarró con una tira de tela al costado de ambos. Ayudó a identificar algunos utensilios útiles para llevarse. Se quitaron los zapatos y, en fila, sujetándose por las manos, se dirigieron a la escalera. Iban de prisa; era inevitable que fueran detectados. En la planta baja, cerca de la puerta, una voz indagó:

—¿Quiénes son, qué es lo que llevan?

Nadie respondió. Vasco fue empujándolos a todos hacia la puerta. La voz se movió en dirección a ellos, pero ya estaban en la calle, emprendiendo el camino. El hombre gritó preguntando si tenían agua o comida. La fila se distanciaba. Difícilmente serían perseguidos.

Siguieron descalzos, para no perder tiempo, aunque los pies sensibles se quejaban de las irregularidades del camino. El regreso les llevó más tiempo debido a los niños y a las paradas, cuando oían ruidos cercanos. Llegaron cansados al Instituto, con el alivio provisional de los soldados que consiguen un permiso después de una batalla.

Vasco les sirvió leche con avena y fue a discutir con los compañeros lo que harían para sobrevivir si la oscuridad continuaba. Otro ciego les arregló un lugar donde podían dormir, lo cual no fue difícil pues no lo hacían desde hacía mucho. Horas después Vasco acudió a despertarles, diciendo que eran las tres de la madrugada y que se había decidido abandonar el Instituto para refugiarse en la Granja Modelo, que la institución poseía a algunos kilómetros en las afueras de la ciudad. Era necesario, pues las provisiones no durarían mucho y no había medio de renovarlas sin peligro. Aunque era un camino muy largo, habían planeado seguir los raíles del ferrocarril, que cruzaban algunas calles a pocas manzanas del Instituto. Por aquella parte las dificultades serían más improbables. Las últimas instrucciones serían dadas en el salón principal, hacia donde fueron conducidos Wladas y sus amigos.

Debía de ser un local amplio, pues los rumores de las voces resonaban casi con ecos. Vasco, que debía de ser más viejo o tenía alguna ascendencia sobre los demás, dijo que era indispensable un gran sentido práctico para todos aquellos que quisieran sobrevivir. Se dirigió en primer lugar a los compañeros ciegos, afirmando que la oscuridad que afligía a los demás no constituía una novedad para ellos. Lo difícil era la imposibilidad de producir calor con cualquier tipo de combustión. Eso impedía la ingestión de la mayor parte de los alimentos comunes. Tenían recogidas a once personas en el Instituto. Con los doce ciegos que vivían allí, sumaban veintitrés. La comida susceptible de ser ingerida daría para alimentarlos durante seis o siete días. Sería arriesgado esperar a que todo se

normalizara dentro de ese plazo, sin hablar del riesgo de ser asaltados o robados por los hambrientos marginales. En la Granja Modelo solía haber diez personas. Poseían varias plantaciones, y mantenían un stock para vender y agua potable en cantidad, lo que podría, con economía y racionamiento, garantizar la vida de todos durante un tiempo más dilatado. Aunque el propio Vasco reconoció que las posibilidades de mantener sus organismos en razonable estado durante más de treinta o cuarenta días eran dudosas. De todos modos, era necesaria la unión de todos y la obediencia a las decisiones. Acordaron que saldrían del Instituto en silencio, sin responder a ninguna llamada, fuera cual fuese. Los adultos deberían ayudar en el transporte de las latas de avena, miel y alimentos secos que poseían. Inmediatamente fue iniciado su embalaje y distribución. Algunos pidieron más informes, otros dieron sugerencias. Nadie se opuso a lo acordado. Los ciegos acabaron de distribuir los sacos, maletas y cajas llenos para el viaje. Wladas y los refugiados estaban en sus sitios, aguardando. Nada podían hacer sino estorbar. Los movimientos se veían acompañados por órdenes dadas en voz alta. Por mucho que se esforzasen, era perturbador recordar que los ciegos vivían en su misma oscuridad. ¿Cómo habituarse a aquello, a la sensación de vacío, a la dificultad de orientarse? Sólo vestirse ya era un problema; andar dos pasos sin chocar contra algo era una suerte. Vivían ahora en el mismo mundo invisible y peligroso. Wladas pensaba en cuántas veces se había cruzado con esos hombres de gafas oscuras, bastón blanco, la cabeza estática mirando siempre al frente. Lo cierto es que durante toda su vida les había dedicado un rápido pensamiento de piedad. Ah, si hubiese sabido entonces cómo iban a convertirse en mágicos protectores, capaces de salvar a otros seres, hechos de carne, músculos y pensamientos, y de ojos inútiles, iguales a los de ellos...

Como alpinistas, hicieron cuatro grupos, atados por una cuerda. Los ciegos conocían el trayecto. La parte más arriesgada sería recorrer las manzanas hasta la vía férrea. Se exigió un silencio absoluto; que sólo se hablase cuando fuera estrictamente necesario. Wladas fue asignado al último grupo y llevaba un pequeño bulto. Sintieron en el rostro la fría atmósfera del exterior cuando iniciaron su camino a ciegas. Atravesaron calles y doblaron esquinas, sintiéndose protegidos por la oscuridad, ya que confiaban en los guías. Cuando nuestra supervivencia se ve amenazada, nos invade una dura coraza de egoísmo. Los gritos anónimos que oían en las tinieblas se transformaban en obstáculos que había que evitar. La columna, cargada de pertrechos, se desviaba de aquellos que imploraban un pedazo de pan para sobrevivir. El viento traía gritos, y la fila de naufragos se deslizaba en la más extraña de las fugas, con sus timoneles ciegos. Cuando sintieron bajo sus zapatos el acero sin fin de los raíles, la tensión se alivió. Había aún un cruce con otra carretera, luego todo lo demás eran pasos elevados y sería improbable encontrar obstáculos serios. El avance se hizo penoso, tenían que calcular los pasos para no tropezar con los travesaños. Pasó el tiempo, a Wladas le parecieron muchas horas, aunque sabía que aquellas impresiones eran engañosas. De pronto se detuvieron. Vasco fue de grupo en grupo explicando que había un tren o vagones al frente. Fue solo a investigar. Se sentaron para un descanso no muy aprovechado, ya que oían un ruido como de algo arrastrado o arañado. Vasco se demoraba. Un murmullo pasado de boca en boca les hizo ponerse de nuevo en camino. Tenían que rodear los vagones. El rumor venía de uno de ellos. Pasaron por su lado con el corazón latiendo fuertemente, los oídos casi tocando las paredes de madera. Un hombre o un animal, echado, muriéndose... Todo quedaba atrás, los pies agotados agitándose en un avance sin fin. Wladas recordó la gran marcha cuando prestó su servicio militar. El sol quemándole, el equipo tirando de sus huesos doloridos, la sensación de fatiga sin remedio... Cómo la envidiaba ahora, en ese túnel de pesadilla, andando como un condenado con su capuz de muerte. La oscuridad hacía bajar toda su vida hacia sus zapatos, que lo transportaban por entre las piedras aguzadas entre los límites paralelos de los raíles.

Wladas se sorprendió cuando la cuerda amarrada a su cintura lo empujó hacia un camino de tierra. Sin saber cómo, percibió que estaban en el campo. ¿De qué modo descubrían los ciegos el lugar

exacto? Tal vez por el olfato, por el perfume de los árboles como un limón maduro. Aspiró el aire. Conocía aquel olor, era el de eucaliptos. Podía imaginarlos en hileras cerradas, a cada lado del camino que recorrían. Tal vez no fuera una carretera, apenas un simple camino, ¿cómo saberlo? La fila se detuvo; habían llegado. Era difícil acostumbrarse a las transiciones bruscas que traía consigo la ausencia de visión. No sabían el tamaño de la propiedad, ni si era segura, nada. Les permitieron hablar e hicieron preguntas rápidas, simultáneas, no siempre respondidas. Había en la casa ocho ciegos y unos pocos empleados. Vasco dijo que descansaran, pero ya estaban sentados o echados en el suelo. Wladas se situó cerca de su vecino de apartamento. Algunos dormían en el duro piso, los niños en el cuello de sus padres. Del fondo llegaban sollozos ahogados como si provinieran de otra habitación, y alguien hablando abajo. Provisionalmente habían terminado la lucha urgente para no morir de hambre. Los ciegos trajeron una sopa fría, donde parecía haber miel o avena. Vasco dirigía la difícil maniobra para que nadie chocara con nadie. Estaban a cubierto y tenían comida. ¿Y los demás que habían quedado en la ciudad, los enfermos en los hospitales, los niños pequeños...? Nadie podía ni quería saber. Las mayores desgracias colectivas impresionan menos que las más pequeñas que nos afectan directamente. Los refugiados no tenían que «cerrar los ojos» a las escenas de desamparo e inanición dejadas atrás, en las calles y las casas. Estaban encerrados dentro de sí mismos, con las suposiciones y pensamientos girando en una engañosa sucesión.

Mientras Wladas había circulado por su barrio y apartamento, había sido capaz de recordar la forma de los edificios, muebles y objetos. En su nuevo ambiente, sus dedos inexpertos tocando aquí y allá no le daban ninguna base para una idea de conjunto. Él, Vasco y otros estaban reunidos en un círculo para establecer una norma de vida a seguir. Era evidente que en poco tiempo podían igualar la experiencia de los ciegos. En los huertos había zanahorias, tomates, verduras, etc. En los árboles frutales, algunos frutos a punto de comer. Habría que establecer raciones iguales, un poco más grandes para los niños. Se especulaba que las verduras, con tantos días sin la luz del sol, no iban a prosperar. El encargado del pequeño corral informó que desde el primer día sin luz había seguido alimentando a las gallinas, pero que desde entonces no habían puesto ni un huevo. Las cabras estaban sueltas y no sabían si habían sobrevivido o no.

Cada refugiado debería ayudar en los trabajos generales. Aunque su cooperación valdría menos que los problemas de conducirles y enseñarles.

Con la tensión del peligro inmediato relajada, Wladas empezaba a sentir las reacciones que provocaba la oscuridad. Sus palabras ya no seguían un camino directo a los ojos del interlocutor, no había nada que reforzara sus argumentaciones, un leve fruncir del ceño, una señal aprobadora con la cabeza... Hablar sin ver a nadie implicaba siempre la duda de si se era escuchado o no. Con los músculos del rostro inertes, comprendía ahora la falta de expresión que exhiben siempre los ciegos. Los diálogos perdían naturalidad, y cuando no se obtenía una respuesta inmediata parecía como si nadie escuchara.

También cuidaron de los problemas del alojamiento, que sería colectivo, en un barracón con camastros de paja recubiertos con tela impermeable. Fue regulado el uso de las pocas instalaciones sanitarias. Vasco informó que eran las diez de la noche y que debían dormir. Cada ciego quedó encargado de instruir a un pequeño grupo, al que llamaba por sus nombres y conducía en fila. Chocar contra obstáculos era algo muy común. Alguien hizo un chiste sobre ello y hubo una inesperada risa general, como si la desterrada alegría hubiera vuelto, por unos segundos, para iluminar los pensamientos ocultos en las tinieblas.

Wladas durmió con un sueño pesado, poblado de pesadillas sin continuidad, llenas de luces fuertes y una angustia que lo envolvía. Se despertó bruscamente y, durante un momento, esperó a que alguien encendiera una luz. Aceptaba la realidad de la ceguera como algo fantástico y transitorio.

Imaginaba que, en otros países, era probable que la situación fuese distinta. Laboratorios y hombres de ciencia estarían investigando en busca de la salvación para todos. Hasta que un ciego viniera a buscarle debía permanecer en el mismo lugar. No quería despertar a nadie. Susurró el nombre de Vasco y esperó. No sabía cómo, pero él sabía enseñarle aquel mundo vacío donde las cosas se materializaban debajo de los pies o pegadas a sus dedos. Era cierto que esos contactos perduraban en su memoria, y recordaba el agujero en el suelo del día anterior, y sus manos reconocían una forma tocada antes. Pero cuando manos y pies tanteaban un nuevo camino, sólo los sonidos orientaban, y a menudo había que llamar pidiendo auxilio, aguardar a la experiencia de aquellos que eran hijos definitivos de la oscuridad.

Estaban en el sexto día sin luz. La temperatura descendió, pero era normal en esa época del año. De modo que el sol debía de alcanzar, de alguna manera, la atmósfera. El fenómeno no debía de ser de orden cósmico. Alguien citó las profecías de la Biblia, el fin de los tiempos. Otro sugirió una misteriosa invasión de otro planeta. Hablando en voz alta, en la oscuridad. Wladas intentaba poner equilibrio en las suposiciones, filtrándolas en relación a lo que la ciencia podía elucidar. Al parecer no se trataba ni de invasión de otros planetas ni del fin del mundo. La Tierra, en su trayectoria por el espacio, debía de haber penetrado en una sustancia de algún tipo que afectaba al sistema nervioso central al mismo tiempo que impedía la combustión. Eran explicaciones cerebrales tan descabelladas e improbables como las metafísicas y trascendentales. Vasco decía que, sin ni siquiera consultar el reloj, percibía una sutil diferencia entre las horas del día y de la noche. Wladas afirmaba que era el hábito, el organismo acostumbrado a los sucesivos períodos de descanso\trabajo. De tanto en tanto alguien trepaba por una escalera situada junto a la puerta, en el lado de fuera, y miraba en las cuatro direcciones. A veces alguien gritaba entusiasmado, anunciando haber percibido vagas claridades. Había un tumulto de alegría, todo el mundo avanzaba con los brazos extendidos hacia la puerta, algunos en dirección opuesta, golpeando contra las paredes y preguntando: «¿Dónde están? ¿Qué ocurre, vieron algo, qué fue?» De tanto repetirse, la alegría cuando alguien «vislumbraba» alguna cosa fue desgastándose. Tras exámenes y discusiones, la oscuridad seguía siendo total. La vida se desarrollaba en la granja con algunas contusiones y trastornos, resueltos por los ciegos. Wladas observó que sabía quiénes eran ciegos por el tono de voz. Lo cual no dejaba de ser extraño, puesto que nadie veía.

Los refugiados tenían una nota perceptible de amargura en lo que decían o pedían. Cuando intentaban frases alegres, la oscuridad eliminaba su sonrisa y la vivacidad de sus ojos. Cuando vemos, son esos detalles los que dan a la palabra su cualidad sutil, su especie de intraducible aureola que no existe en la oscuridad. Los ciegos tenían una inflexión de voz diferente. No se podía saber si era la propia oscuridad la que los había hecho cambiar. Era probable que sí. En Vasco percibía con mayor nitidez una actitud firme, la seguridad de quien actúa sabiendo lo que hace y que lo hace mejor que los otros y se siente bien así. Aquellos mismos hombres de bastón blanco y gafas oscuras que preguntaban humildemente cuál era el autobús que llegaba, o pedían que les ayudaran a cruzar la calle, o pasaban tanteando y despertando miradas compasivas de los transeúntes, eran ahora rápidos, eficientes, milagrosos con su habilidad manual. Respondían a las preguntas y llevaban a los refugiados del brazo, con la solicitud y la satisfacción de la caridad prestada que antes recibían. Eran pacientes y tolerantes con los yerros e incomprensiones de sus protegidos. La desgracia particular de ellos había recaído sobre todo el mundo. Algunos olvidaban a veces que aquellos hombres que contaban su vida de un mes atrás, en un mundo de luces y colores, se habían vuelto ahora tan inexpertos como niños en la negrura que los dominaba. Las manos eran insuficientes para los trabajos que la vida y la subsistencia del grupo exigían. Había poco tiempo de descanso, pero después de la última comida del día, los ciegos cantaban, acompañados por dos violines. Wladas notaba un entusiasmo natural e

incluso una alegría que la situación no comportaba. Por unos segundos, imaginó a los otros viendo y él ciego como estaba. ¿Cuánta piedad hipócrita y superficial y deprimentes limosnas habrían soportado con sus gafas oscuras y sus bastones blancos? Ahora se desquitaban; eran los guías que prestaban favores y alimentaban generosamente a los de ojos perfectos.

Cuando no se puede alterar una situación, hay que enfrentarse a ella o perecer. Wladas observó que los niños resistían mejor las circunstancias que los adultos. Los dos hijos de su vecino habían tenido miedo al principio, pero la continua proximidad de los compañeros les hizo salir en exploraciones difíciles de controlar. A su madre le hubiera gustado que permanecieran constantemente ligados a ella. Los dos desaparecían, aunque supuestamente no podían alejarse de los demás. Eran reprendidos e incluso llegó a pegarles, lo que provocó la intervención de voces conciliadoras.

Finalmente, y Wladas se sorprendió de ello, adoptaron incluso una rutina. Las idas a las instalaciones sanitarias, la higiene a la orilla del río, las importantes horas de las comidas, que se hacían cada vez más insípidas: verduras mustias, pepinos, tomates, leche, avena, miel, no siempre identificables al paladar. Ninguna catástrofe, ningún acontecimiento humano podría ser más extraordinario y peligroso que aquél. ¿Qué causaba la oscuridad, y cuándo terminaría? ¿Cómo hablar rutinariamente si tal vez estaban ya dentro de las profecías, si aquello podía ser el fin del mundo, vaticinado desde épocas inmemoriales? Había que recalcar esta perspectiva siniestra y pese a todo cuidar de las banalidades esenciales, las ropas y los cuidados corporales, todo lo que nos mantiene vivos desde que nacemos. Muchos rezaban en voz alta, implorando un milagro. ¿Podía un acontecimiento general alterarse con peticiones aisladas? Wladas no los criticaba. Si el rezar proporcionaba un poco de esperanza y paz de espíritu, era también una parcela de salvación. Si bien la negrura que los envolvía traía aparejadas incomodidades y problemas, nada eran en comparación con los pensamientos que la impenetrable pared destilaba en sus cerebros.

Sin la vista para distraer la mente, era difícil soportar los momentos de ocio. La dedicación al trabajo se convertía en una exageración, porque en cuanto se controlaban los movimientos de los dedos, de lo que se iba en busca era de una normalidad cotidiana, una voluntad de conservar un modo de vida absurdo que no podía perdurar por más tiempo. Esa alternativa del final, si el mundo regresaría a la normalidad o los hombres morirían de inanición, constituía un dilema más pesado que la oscuridad que los ahogaba. Wladas no encontraba mucho tiempo para conversar con Vasco. Cuando lo hacía, notaba que había en él una preocupación por el futuro, aunque menos angustiada que la suya propia. Enfrentados ambos a una experiencia idéntica, se veían imposibilitados de situarse en el punto de vista del otro. Vasco había nacido sin visión y no sabía lo que era perderla. Wladas no podía adivinar el estado de ánimo de quien nunca había llegado a ver. Las habilidades más elementales que aprendía le mostraban la distancia que lo separaba de Vasco y de los demás, manipulando los objetos y construyéndolos cuando era necesario. La rutina se ajustaba a los hábitos y horarios, pero nunca a la expectativa del dudoso fin que la disminución de los alimentos indicaba. Ya estaban en el decimosexto día. Vasco llamó aparte a Wladas. Le dijo que incluso las reservas que habían economizado, de avena, leche en polvo y otros productos que podían consumirse en frío, se estaban terminando. El estado nervioso se agravaba; no sería prudente avisar a los demás. El día anterior uno de los refugiados, aún adolescente, había salido por la puerta al exterior, sin rumbo fijo, para ser recogido poco después, caído en una hoya. Se producían discusiones por tonterías, y se prolongaban sin motivo. La mayoría se hallaba en la frontera de un colapso nervioso que irrumpiría de un momento a otro.

En las primeras horas del decimoctavo día, la gran sala fue despertada por gritos de alegría y animación. Uno de los refugiados, que no conseguía dormir, sintió un cambio en la atmósfera. Subió por la escalera exterior. A la altura del horizonte, había una pálida bola rojiza. Era el sol. Hubo

carreras precipitadas, todos salieron al mismo tiempo, empujándose y atropellándose, y se lo quedaron mirando, en una euforia contagiosa, aguardando a que aumentase la luz. Vasco iba de unos a otros preguntando si realmente veían, si no se trataba de un engaño como ocurriera tantas veces. Alguien se acordó de encender un fósforo y tras algunas tentativas, apareció una llama, frágil y sin calor, pero visible a los ojos de quienes la contemplaban como un milagro extraordinario. La luz aumentaba de la misma forma en que desapareciera.

Fue un día perfecto, con esas alegrías inesperadas y totales que actúan como una bebida alcohólica. Los corazones parecían exaltados, llenos de buena voluntad. Los ojos nacían de nuevo como criaturas inocentes sin ninguna maldad. Comieron fuera, y Vasco decidió aumentar las raciones, puesto que los días normales volverían. El sol trazó su esperado camino por el cielo. A las cuatro de la tarde ya se distinguía la silueta de una persona a cuatro metros. Cuando el sol se ocultó la oscuridad se hizo de nuevo completa. Hicieron una hoguera en el patio, de llamas débiles y translúcidas, que consumían poco la madera seca. Se apagaba frecuentemente, los refugiados volvían a encenderla con pedazos de papel y soplidos, conservando la pálida fuente de luz y calor, señal de vida futura. A medianoche fue difícil convencerles de que debían irse a dormir, y lo hicieron tan sólo cuando Vasco insistió. Sólo los niños durmieron aquella noche. Los que aún tenían fósforos los encendían de tanto en tanto y reían para sí mismos, como si hubieran hallado la piedra filosofal de la felicidad.

A las cuatro y media de la mañana estaban en pie, allá fuera. Ninguna madrugada en toda la historia del mundo fue tan esperada como aquella. No era sólo la belleza de los colores, la poesía del horizonte descubriéndose en nubes y montañas, árboles y mariposas. Al igual que en la Edad del Fuego el hombre conservaba su hoguera y la veneraba, la divinidad de la luz era esperada por los refugiados como el condenado a muerte recibe al oficial que le trae la conmutación de la pena. El sol lucía más fuerte, los ojos desacostumbrados se entrecerraban, los ciegos extendían las palmas de sus manos hacia los rayos, daban vueltas para sentirlos en todo su cuerpo. Wladas nunca fue capaz de describir aquellos momentos. ¿Qué son las palabras para simbolizar una vida que se recupera...? Aparecieron fisonomías desconocidas, pertenecientes a voces conocidas, y se rieron y abrazaron. Las envolturas humanas que guardaban solidaridad y amor se fundieron en aquella madrugada, sin las limitaciones que la propia luz traería después. Los ciegos fueron besados y abrazados, llevados en triunfo. Lloraban, lo cual hacía que los ojos desacostumbrados a la luz se pusieran aún más rojos. Hacia el mediodía las llamas eran normales, y comieron por primera vez desde hacía tres semanas una comida cocida y caliente. Nadie trabajó prácticamente el resto del día, ahitos de luz, absorbiendo las perspectivas, andando por las mismas estancias por las que se habían arrastrado en la oscuridad y que ahora les parecían diferentes y extrañas.

¿Y la ciudad? ¿Cómo estarían allí? Los que tenían parientes borraron sus sonrisas. ¿Cuántos habrían muerto o pasarían necesidad? Wladas sugirió que al día siguiente iría a examinar la situación. Otros se ofrecieron a acompañarle. Se decidió que irían tres.

Wladas pasó mala noche. El impacto de todos aquellos días hacía ahora su efecto. Sus manos temblaban: tenía miedo, no sabía de qué. Volver a la ciudad, recomenzar la vida... El trabajo, los amigos, las mujeres... Los valores que antes eran importantes para él se habían visto trastocados y sepultados por las tinieblas. Era un hombre distinto el que se agitaba ahora en el lecho improvisado, sin poder dormir. Por la puerta entreabierta penetraba un danzante cuadrilátero de luz, procedente de una lamparilla encendida, aviso de que todo estaba bien. Siempre había llevado una existencia tranquila. Haber rozado las fronteras de la muerte, sin visión, había desgastado hasta el límite su resistencia. ¿Qué somos, qué valemos, adonde vamos? La memoria le traía rápidos fragmentos: el ladrido de un perro, un hombre gimiendo en el suelo, su mano blandiendo la palanqueta, Vasco

conduciéndolo por las calles, el jefe conversando en la ventanilla... Se mezclaron episodios de su infancia. El sueño le venció poco a poco, pero no dejó de agitarse, luchando contra las pesadillas.

Partieron con el sol naciente, por el camino que conducía a la vía férrea. Uno de ellos era de mediana edad, casado, sin hijos. Su mujer se había quedado en la Granja. El otro tendría la edad de Wladas. Sus hermanos y hermanas vivían al otro lado de la ciudad. Había sido salvado por un ciego y no pudo volver a casa. Caminaron al principio hablando, pero la voluntad de llegar aprisa hacía que apretaran el paso, y el cansancio les alcanzó pronto debido a la insuficiente alimentación de aquellas semanas. Las primeras casas que rodeaban la línea férrea tenían una apariencia normal. Tras una curva surgió la ciudad. Pasados los primeros puentes la vía atravesaba varias calles. Wladas y sus compañeros entraron por una de ellas. Las dos primeras manzanas de casas parecían pacíficas, con gente circulando, más lentamente que antes tal vez. En la siguiente esquina había un grupo de personas llevando a un muerto hacia un camión, tapado con una burda tela. Los acompañantes lloraban. Pasó un vehículo verde del ejército. Difundía por un altavoz un comunicado del gobierno. Había sido decretada la ley marcial. Serían fusilados los que invadieran la propiedad ajena. El gobierno requisaba todos los depósitos de alimentos y los distribuiría según las necesidades. Cualquier vehículo sería requisado si era necesario. Se recomendaba que se comunicasen inmediatamente a la policía todos los lugares de donde surgiera mal olor, para investigar la existencia de cadáveres. Los muertos serían enterrados en fosas comunes...

Wladas no quiso llegar hasta su casa. Recordaba las voces llamando a través de las puertas entreabiertas, y él huyendo, descalzo, abandonándolos a su suerte. Tendría que telefonar si notaba mal olor... Ya había visto suficiente, no quería permanecer más allí. Su joven compañero conversaba con un oficial, y decidió acudir inmediatamente en busca de su familia. Se despidieron emocionados, sin pensar siquiera en dejarse sus domicilios. El otro refugiado quiso volver con Wladas a la granja. Pero éste no podía hacerlo sin auxiliar antes a su hermana. Preguntó si los teléfonos funcionaban y supo que sí, algunos circuitos automáticos. Consiguió comunicar con casa de su cuñado. Tras aguardar un tiempo, respondieron. Estaban muy enflaquecidos, pero vivos. En el edificio había habido cuatro muertes. Wladas les contó rápidamente cómo se había salvado, y preguntó si le necesitaban. No era necesario, había comida, estaban mejor que otros.

Todo el mundo conversaba con desconocidos, contándose sus historias. Los niños y los enfermos eran quienes más habían sufrido. Se habían producido casos de muertes en circunstancias aterradoras. Los servicios públicos se reorganizaban, con la ayuda del ejército, para socorrer a los desamparados, enterrar a los muertos y recomenzarlo todo. Wladas y su compañero no quisieron saber nada más. Habían caminado algunas manzanas y comido lo poco que trajeran. Se sentían agotados, con un terrible cansancio de la razón, viendo y oyendo cosas extrañas, donde lo absurdo no era una hipótesis, sino que había ocurrido, a despecho de la lógica y de las leyes científicas.

Regresaron por los raíles aún vacíos, los dos, caminando lentamente, bajo un agradable cielo nuboso. Los verdes árboles se estremecían con la brisa, algunos pájaros volaban por entre los brotes. ¿Cómo habían podido sobrevivir a la oscuridad? Wladas pensaba en todo esto mientras sus doloridas piernas le conducían hacia adelante. Sus certidumbres científicas ya no valían nada. En aquel mismo instante hombres enflaquecidos hacían funcionar computadoras electrónicas, los microscopios escrutaban sus portaobjetos, los religiosos explicaban en sus templos la voluntad de Dios, los políticos redactaban decretos, las madres lloraban a los muertos que quedaron en la oscuridad...

Dos seres fatigados caminaban por entre los raíles. Traían noticias, tal vez mejores de lo que esperaban. El hombre había resistido. Royendo alimentos impropios, tomando cualquier líquido, habían pasado tres semanas en el mundo de los ciegos. Wladas y su compañero volvían tristes y enflaquecidos, pero con el ardor de la secreta alegría de estar vivos. Por encima de las especulaciones

racionales permanecía el misterio de la sangre corriendo, el placer de amar, realizar cosas, agitar los músculos y sonreír. Vistos a distancia, los dos hombres eran mucho más pequeños que los raíles paralelos que los delimitaban. Sus pensamientos saltaban por encima de las fronteras y del tiempo. Sus cuerpos volvían a lo cotidiano, sujetos a las fuerzas y a los descontroles, desde el principio de las eras.

Había planetas, sistemas solares y galaxias. Eran apenas dos hombres, cercados por raíles impasibles, volviendo a casa con sus problemas.

Un aroma de flores lascivas

por Eduardo Goligorsky

Eduardo Goligorsky nació en Buenos Aires el 30 de marzo de 1931. Actualmente reside en España, donde alterna su profesión de traductor con la de asesor literario y periodista. Autor prolífico, se inició literariamente en Argentina como introductor de los mejores escritores americanos de la «serie negra» en castellano, al tiempo que escribía gran número de novelas policíacas —la primera de ellas *Lloro a mis muertos*, a la que siguió una veintena más— con el seudónimo de James Alistair, con el que firmó también su libro de relatos fantásticos *Pesadillas*.

Ya en el campo de la ciencia ficción, en 1966 escribió en colaboración con el poeta Alberto Vansco el libro de relatos *Memorias del futuro*, al que siguió en 1967 *Adiós al mañana*. Bajo su impulso se editó también en 1969 la antología *Los argentinos en la luna*, y en 1969 publicó su obra crítica *Ciencia ficción, realidad y psicoanálisis*, escrita en colaboración con Marie Langer, también presente en esta antología. En 1977 aparecía, ya en España, su obra *A la sombra de los bárbaros*, que recogía lo mejor de su obra corta de ciencia ficción.

«¡El límite de la curva espacio-tiempo!», fueron las últimas palabras que el padre Ulises Lem le oyó vociferar al comandante Rowulf por el sistema de altoparlantes de la astronave *Lorelei II*. Después, el estridente aullido de la sirena de alarma, con sus toques entrecortados, histéricos, y una feroz deflagración que envolvió el compacto recinto de la capilla, donde Lem se había refugiado un rato antes para entregarse, tan sólo como de costumbre, a sus rutinarios ejercicios espirituales.

La sirena enmudeció, las luces se apagaron tras un fugaz parpadeo, y en medio del silencio y las tinieblas le capturó un torbellino por cuya rauda espiral se precipitó hacia el abismo inconmensurable. Todo fue tan inesperado, tan vertiginoso, que ni siquiera atinó a articular una plegaria por su alma y por las de sus compañeros de expedición.

Lo primero que vio cuando abrió los ojos fue la bóveda poblada de resplandores granates. Éstos parecían proceder de dos discos gemelos, descomunales, casi tangentes entre sí y muy próximos al cénit: dos satélites rodeados de constelaciones y nebulosas mortecinas que no figuraban en ninguna de las cartas celestes cuyos componentes había memorizado Lem. Pero el portento mayor no eran esas lunas en cuya factura parecía adivinarse la intervención de una técnica sobrehumana, ni ese cielo irreconocible. El milagro que le hizo pensar instintivamente en los designios inescrutables de la misericordia divina fue su propia supervivencia. Despojado de la escafandra y del traje protector, respiraba normalmente en un medio extraño. Apenas salido de una catástrofe cuya clave aún ignoraba, se reencontraba gradualmente con sus sensaciones corporales, sin experimentar dolores ni contratiempos.

Primero se sentó, cautelosamente, ensayando los reflejos musculares, flexionando una a una las articulaciones como le habían enseñado a hacerlo en el centro de adiestramiento. Luego se levantó,

explorando las posibilidades de una gravitación que no le deparó ninguna sorpresa. Finalmente, dio media vuelta para estudiar su entorno.

Fue entonces cuando vio, a pocas decenas de metros, los restos de la nave. Construida con aleaciones que podían resistir las temperaturas de los magmas solares y de los gases incandescentes, había quedado reducida, sin embargo, a un montón de chatarra calcinada.

La angustia y la desolación de los vacíos siderales estrujaron las entrañas del padre Lem. Su dicha había sido efímera. Ahora debía asimilar la idea de que sus camaradas habían muerto y de que él estaba varado en un vericuelo remoto de las trayectorias galácticas. «¡El límite de la curva espacio-tiempo!», había exclamado, antes de la hecatombe, el comandante Rowulf. Esta frase críptica explicaba, tai vez por qué él, Ulises Lem, debía su salvación y su condena a un único e inexplicable capricho de la Providencia, que no había perdonado a los demás.

El padre Lem recordó la obligación que le imponían sus votos. Era el capellán de la *Lorelei II*, un capellán que había encontrado muy poco eco en su rebaño, pero capellán al fin, y debía rezar un responso por el resto de la tripulación. Se encaminó hacia la espectral mole inerte, sobre la cual el fulgor granate parecía haber generado una fosforescencia ubicua.

Además, este fenómeno óptico se comunicaba al cuerpo del padre Lem. El sacerdote era alto, flaco, nervudo. Su rostro demacrado, de pómulos prominentes y ojos ligeramente saltones, estaba enmarcado por una cabellera blanca, larga pero rala, que contribuía a avejentarle a pesar de que sólo tenía cincuenta años. Con el jersey y los pantalones uniformemente negros, típicos de las unidades expedicionarias espaciales, parecía un personaje apocalíptico, un profeta flamígero pronto a descargar su ira sobre territorios que jamás había hollado la planta del hombre.

Algo le detuvo, súbitamente. Algo sutil, que al principio no pudo identificar, y que diluyó el mandato del deber litúrgico. Se quedó inmóvil, como si necesitara discernir las coordenadas de esa comarca antes de seguir adelante. Alzó la cabeza y sus fosas nasales se dilataron. Su actitud era la de un animal que ventea territorios desconocidos, y sus ojos se apartaron de los restos de la nave para otear el paisaje.

La luminosidad cromática de las lunas bastaba para mostrar una extensa llanura cubierta por una alfombra de hierba como las que en ese momento aplastaba bajo sus pies. Y en lontananza se adivinaba una hilera de formas achaparradas que abarcaban todo el perímetro del horizonte. Pero no eran estas formas las que le habían distraído, haciéndole olvidar, ya totalmente, su responsabilidad eclesiástica.

La causa de su enajenación era el aroma.

Ulises Lem inhalaba profundamente, empeñado en individualizar un matiz que avivara en su memoria recuerdos adormecidos. Una evocación esquiva le cosquilleaba las neuronas, excitándolas, movilizándolas, y luego se replegaba, casi como si ensayara un juego perverso y provocativo, para dejarle aún más ansioso. El perfume estaba asociado, él lo intuía, lo sabía, mejor dicho, con un episodio furtivo, infinitamente obsceno, que había conseguido sepultar en su inconsciente, al cabo de muchos afanes, y que de pronto pugnaba por aflorar, aprovechando quizás el relajamiento de sus defensas interiores en esa circunstancia crítica.

Simultáneamente, ya fuera porque el aroma había activado ciertos mecanismos secretos de su imaginación, o porque la atmósfera se estaba modificando, le envolvió un vaho cálido, bochornoso, que pesó sobre él como una manta. Con una reacción automática se despojó del jersey, a tirones, porque el sudor ya lo había adherido a su piel. Las lunas dieron una pincelada de color a su torso esquelético, curiosamente desprovisto de vello, y así disimularon su blancura enfermiza. Luego,

siempre sin pensarlo, y agobiado por la temperatura tórrida, se quitó las botas de media caña, seguidas por los calcetines, los pantalones y el slip.

Al verse desnudo, en medio de la llanura solitaria, Ulises Lem se sobresaltó. Le acometió la vergüenza, estimulada por la fugaz revitalización de las represiones que llevaba profundamente implantadas. Para colmo, observó un cambio en su cuerpo, una alteración que no se producía desde hacía muchas décadas. En verdad, desde que él había conseguido sojuzgar sus impulsos bestiales mediante sistemáticas mortificaciones y disciplinas. Entre sus muslos, allí donde crecía, aislada, una espesa mata de pelo incongruentemente negro y ensortijado, empezaba a salir de su prolongado reposo una oruga de carne. Ya no estaba flácida, replegada, como de costumbre, sino que se agitaba recorrida por comezones hormigueantes, desperezándose, buscando la horizontal.

La imagen surgió entonces, patente, en su cerebro. La evocación esquiva derribó todas las barreras, las compuertas, e irrumpió con brutal crudeza. Ulises Lem sintió que se le aflojaban las piernas y cayó de rodillas sobre la alfombra de hierba, cubriéndose el rostro con las manos. Tenía las mejillas mojadas. Por la transpiración y el llanto.

En aquella ocasión también había estado de rodillas. Tenía trece, catorce años. Quién sabe cuántos. Era una tarde de verano. Sí, también cálida, bochornosa. El sol entraba por el ancho ventanal del aposento, bañaba el lecho que en su recuerdo adquiriría dimensiones colosales, y llegaba hasta donde estaba hincado él, frente al cajón abierto de la cómoda.

¿Dónde había sucedido aquello? En una finca de campo, durante las vacaciones. Pero con más precisión, ¿dónde? ¿Quién era el ocupante de esa habitación? Una mujer, sí, esa era la alcoba de una mujer. Nuevamente, ¿quién? ¿Una tía? ¿Una parienta lejana? ¿Tal vez una criada? ¿Una amiga de su madre? ¿O acaso era posible que...? Sobre ese tramo se corría un velo impenetrable, del que se apartó con horror, sin atreverse a atisbar siquiera lo que se ocultaba atrás.

Pero el resto de la imagen conservaba su nitidez. Él, postrado frente al cajón abierto de la cómoda. Sus manos hurgaban dentro. Prendas íntimas, quiméricas, cuya suavidad le exasperaba. Las frotaba entre los dedos, oyéndolas crujir y sisear seductoramente. Un fru-fru de seda, de nylon, de raso. Costuras y elásticos que habían marcado su trayectoria sobre formas prohibidas. Hebillas de metal y cierres de caucho que apresaban y estiraban y ceñían. Tules que enfundaban carnes opulentas, agresivas.

Extrajo, tímidamente, una de esas prendas. Se volvió a medias para desplegarla frente al sol, para mirarla al trasluz. Negra, transparente, tenía la consistencia de una telaraña. Pensó en los secretos que seguramente dejaba entrever, pérfidamente, cuando ocupaba el lugar que le correspondía. Sus dedos se deslizaron hacia el punto donde confluían todos sus deseos, hacia el centro de las voluptuosidades innumbrables. Manoseó la prenda, la acarició, la palpó. La acercó a su rostro.

El aroma. Ese fue su primer encuentro *con* el aroma. Lo aspiró vehementemente, como si quisiera incorporarlo a su organismo, mezclado con el oxígeno del aire. Como si quisiera convertirlo en el ingrediente esencial de sus procesos químicos vitales, hasta amalgamarse con él a lo largo de sucesivas y escalonadas mutaciones de sus tejidos. El aroma. Exóticos bálsamos de almizcle, empalagosas maceraciones de flores lascivas. Obedeciendo a un instinto atávico, exhaló luego sobre la tela nuevamente estirada una bocanada de aliento tibio, para extraerle mejor sus efluvios.

La embriaguez, el delirio, se agudizaron. Se llevó la prenda a la boca, la rozó con los labios, la lamió, primero con cautela, después con más exaltación, confundiendo aroma y sabor, dejando un reguero de saliva sobre el lustroso nylon negro, hasta que, finalmente, presa de un ataque paroxístico, la sorbió, la mascó, la desgarró con los dientes, apretándola con la lengua contra su paladar para exprimir sobre sus papilas gustativas hasta la última partícula de substancia orgánica.

Una de sus manos soltó, independientemente de su voluntad, la apelmazada y ya empapada bola de nylon, y desabrochó febrilmente los botones de su pantalón. Los dedos se introdujeron por la abertura, extrajeron el cilindro de carne que latía, endurecido, se cerraron sobre él e iniciaron un precipitado vaivén...

Se abrió la puerta de la alcoba.

Ulises Lem, niño, adolescente, se paralizó. El mundo quedó en suspenso alrededor de él. Lo único que parecía no haberse detenido era el torrente de su sangre, que se agolpaba en el bajo vientre, congestionándolo, palpitando convulsivamente.

Ella entró y cerró la puerta a sus espaldas.

Era prodigiosamente bella aunque, cosa extraña, su rostro era otro de los pocos elementos que se habían difuminado irrecuperablemente. Sólo vislumbraba, como entre brumas, una rizada melena cobriza; los ojos verdes, ligeramente rasgados, felinos; la boca de labios gruesos, que siempre delineaba y hacía resaltar con una espesa capa de carmín. Pero su cuerpo sí lo veía, aún, como si lo tuviera delante. Los pechos altos, majestuosos, exageradamente constreñidos por la tela del vestido rojo que llevaba puesto aquel día, prolongaban su surco intermedio más arriba del escote. Los brazos muy blancos, mórbidos, se mostraban hasta los hombros, con un nido de vello oscuro que asomaba bajo la axila. La cintura estrecha, pero no demasiado, y las fuertes caderas, eran el prelude de unas nalgas rotundas, por detrás, y de unos muslos sólidos, bien torneados, por delante. La falda muy ajustada dejaba adivinar los turbadores relieves de aquellas mismas prendas que él acababa de sobar y devorar, y terminaba justo sobre los hoyuelos de las rodillas, desde donde las medias negras, primorosamente finas, despedían irritantes destellos cada vez que captaban un rayo de luz. Los altos tacones de las sandalias doradas marcaban con premeditada malicia la esbeltez de las corvas y las pantorrillas, la delgadez del tobillo, el declive del empeine, y entre las tiras del calzado asomaban, por delante, los dedos cubiertos por el refuerzo más oscuro y grueso de la media, a través del cual se translucía el esmalte escarlata de las uñas.

—¿Qué haces aquí? —preguntó la voz que su memoria cargaba de inflexiones roncas, nasales—. ¿Qué haces, gandul?

Avanzó lentamente hacia él, que continuaba arrodillado, mudo, con la bola de tela en una mano, y la otra cerrada sobre la carne, ocultándola a medias con un improvisado recato que era, si cabe, más escabroso que su desenfreno anterior. El perfume que flotaba adherido a su piel y el sabor que se le revolvía en la boca, saturándole las fauces, aumentaban su ofuscación.

—¿Dónde has aprendido esas guarradas, sinvergüenza? —insistió la mujer, deteniéndose frente a él, en el angosto espacio que separaba la cómoda del lecho.

Al brillar entre las hebras exteriores de su cabellera cobriza, el sol formaba una aureola refulgente. En esa posición, tan próxima, con las piernas rígidas y ligeramente separadas, producía un efecto titilante que se comunicaba, por canales desconocidos, hasta aquello que se había transformado, imprevistamente, en la aguja imantada de sus deseos. Y el polo magnético hacia el que apuntaba la precaria brújula era precisamente aquel de donde había emanado el aroma que él terminaba de aspirar, de fagocitar. El aroma que, paradójicamente, era más penetrante, más recargado, a medida que se evaporaba de su piel. Como si nuevos efluvios, esta vez despedidos por la fuente, vinieran a reforzarlo.

—Levántate —ordenó ella, con tono inapelable.

Peor aún. Al ponerse en pie, descubrió que sus ojos quedaban a la altura de los pechos, en cuyos vértices la tela del vestido ostentaba una leve protuberancia que antes no había estado allí, un

mamelón que se hinchaba, rebelde. La metamorfosis le hipnotizó y alzó las dos manos, trémulas, soltando lo que sostenía en la una y en la otra. Ni siquiera pensó en lo que así dejaba al descubierto.

Reverberó una sonora bofetada, que le devolvió a la realidad. Y otra. Y otra. Su cabeza bamboleaba flojamente sobre el cuello y las lágrimas brotaron tan insensiblemente que sólo se dio cuenta de que lloraba cuando un dejo salobre se mezcló con el que tenía en la boca, diluyéndolo, envileciéndolo, despojándolo de su maravillosa peculiaridad.

Se cubrió el rostro con las manos, presagiando el acto que habría de ejecutar a la hora de la catarsis, y se dejó arrebatarse por la fuerza incontenible de los sollozos. Mientras tanto, ella le había cogido por los hombros y le zamarreaba violentamente.

—¡Vicioso! Nunca lo habría imaginado de ti. ¿Es que no te das cuenta de que lo que te has llevado a la boca está siempre en contacto con las partes más sucias de mi cuerpo? ¿Qué haré ahora contigo? ¿Cómo podré escarmentarte?

Hubo una pausa. Él no se movió, pero se dio cuenta de que su carne culpable se mantenía tiesa, quizá más dura que antes, como si la referencia que ella había hecho a las partes sucias de su cuerpo hubiera repercutido directamente sobre un trauma secreto, ingobernable, que le empujaba a perpetrar con renovada furia esas insidiosas profanaciones.

—¿Lloras aún? —preguntó ella—. ¿Acaso te he hecho daño? No fue esa... no fue esa mi intención...

Cuando menos lo esperaba, el tono cambió. La voz era la misma, ronca, nasal, pero ahora se había dulcificado, le consolaba.

—Oh, pobrecillo. No te pongas así, cariño. Ya pasó. Ya pasó. Verás como todo se arregla. Seré muy buena contigo. Fue la sorpresa la que me hizo perder la cabeza, ¿sabes? Claro, he sido una tonta. Debería haberlo previsto. Ya no eres un niño. Y yo con esta ropa tan provocativa. ¿Pero qué es lo que te atrae en mí? Vamos, dilo. Si soy una pobre vieja. Y sin embargo no hay duda, no hay duda... Esto lo demuestra...

Los dedos. Él seguía cubriéndose el rostro con las manos, pero otros dedos, que no eran los suyos, se habían apoderado de su ser y lo masajearon, lo frotaban. Iban y venían rítmicamente, dándole apretones sabios en el momento oportuno. Y después... Después...

Apartó las manos para poder ver. Sí, esta vez era ella quien se había arrodillado y le manipulaba delicadamente, susurrándole incoherencias.

—Pobrecillo, mi niño, cómo le he hecho sufrir. Pero todo pasará. Oh, qué gallardo es, y qué arrogante, qué bonito... Un hombrecillo... todo un hombrecillo... Así, así quedará conforme. ¿Ves... ves...?

La voz se trocó en sonidos ahogados, guturales. Chasquidos babosos restallantes. Una gruta pulposa, libadora, poblada de tibiezas, que absorbía sin tregua. El vio, sí, vio, alelado, absorto, un rastro de carmín pastoso sobre la epidermis irritada. Dentro de la caverna, un órgano dotado de vida propia se encarnizaba con él, sometiéndolo a una flagelación epiléptica.

Jamás había sospechado que semejante aberración pudiera materializarse, y la sola idea de que estaba practicando un rito abominablemente salaz, licencioso, un rito que condensaba sus obsesiones más aviesas, le ayudó a vencer sus últimas reticencias. Cogió con ambas manos los bucles sedosos, para dirigir las alternativas de esa ceremonia servil, graduándola a su antojo, hasta que con una amalgama de horror y placer se abandonó a una sucesión de pulsaciones espasmódicas que le vaciaron de toda su savia. A pesar de lo cual ella se empeñó en su faena voraz, que sólo concluyó, de mala gana, cuando él lanzó un gemido de dolor. Las terminaciones de sus nervios parecían haber quedado

laceradas por el incansable hostigamiento. A continuación, un vahído le hizo vacilar sobre las piernas, y después de dar un paso tambaleante se dejó caer sobre el lecho.

Sin embargo, la sesión no terminó allí. En realidad, sólo había comenzado. Aún jadeante, con los párpados entrecerrados, vio cómo ella se despojaba lentamente del vestido, desabrochando los botones delanteros uno por uno, hasta aparecer sin más ropas que aquellas cuyo perfume le había arrastrado a esa progresiva degradación. Luego, también las prendas minúsculas, que revelaban más de lo que ocultaban, cayeron al suelo. Sólo conservó, ceñida a las caderas, una franja de encajes y volados rojos y negros de la que nacían dos tiras elásticas a ambos costados, para sujetar las medias, cuyo puño renegrido comprimía el muslo y lo ondulaba, por arriba, en una orla de piel marmórea. El ignoraba cómo se llamaba esa prenda, pero sí sabía que en otras incursiones por el cajón de la cómoda le había encandilado con la promesa de inefables deleites. El hecho de que la conservara, junto con las medias y las sandalias doradas, inyectó en la escena un nuevo elemento de complacencia morbosa.

La mujer trepó sobre el lecho, y sus piernas, apoyadas a ambos lados del cuerpo de él, formaron un arco, un túnel, que se fue deslizándose implacablemente hacia arriba, hasta cernirse encima del rostro de Ulises Lem. Desde esa perspectiva, seguía viendo las facciones de ella, vueltas hacia abajo, crispadas en un rictus lúbrico. Seguía viendo los labios que habían perdido su capa de carmín pero que ahora estaban recubiertos por una película brillante que la lengua ágil recorría con viciosa gula. Seguía viendo los pechos pesados, exuberantes, parcialmente ocultos por las manos de la mujer, que los sometía a una impúdica caricia egocéntrica. Pero lo que vio, sobre todo, fue una flor lasciva que le mostraba su corola entreabierta, sus pétalos tumescentes y rezumantes enclavados en el centro del monte hirsuto, su pistilo apenas disimulado por la capucha distendida, su cavidad de rojas paredes aterciopeladas. Allí residía la mayor promesa, la insinuación de deslizamientos lánguidos, abrigados por la extasiante opresión de membranas untuosas.

Le envolvió el aroma. Puro, sin la intromisión ni la distracción de los elementos intermedios. El aroma de esa flor lasciva, fuerte, penetrante, corrosivo.

—¿Esto era lo que buscabas, verdad? —preguntó la voz desde arriba—. Pues ya lo tienes, viciosillo. Aprovecha, aprovecha porque no sabes si se te presentará otra oportunidad. Vamos, hártate. Ya... ya... ya...

La cabalgata lúbrica que se desarrolló a continuación le empujó hacia las fronteras de un trance cataléptico. La voz siguió resonando en la habitación, pero ahora con inflexiones demenciales, excitándole, espoleándole, desafiándole a hundirse cada vez más en la abyección. Ululaba una delirante letanía de interjecciones soeces, de palabras sicalípticas que hasta entonces él sólo había escuchado en las conversaciones prostibularias de sus compañeros de escuela, cuando no las había visto escritas en las paredes de las letrinas. Algunas le resultaron totalmente nuevas, y éstas fueron, precisamente por su acepción ambigua, las más estimulantes, las que más le subyugaron, las que más ánimos le dieron para hacer lo que se esperaba de él.

Por último, incluso le resultó difícil oírla, porque los muslos le apretaban las sienes con un vigor incontrolado, maltratándole, mientras la corola abierta acentuaba el ritmo frenético de la frotación, hasta contaminarle no sólo la boca, la nariz y los ojos, sino todo el rostro y el cabello con la concentrada viscosidad de las mucosas desbordantes.

La apoteosis, rugiente, tempestuosa, marcada por una retahíla de blasfemias inconexas, de desvaríos obscenos, de gemidos y suspiros orgásmicos, se produjo cuando él ya estaba casi asfixiado y desvanecido. Aun así, se dio cuenta de que, después de reposar un momento sobre el lecho, para recuperarse, ella repetía, sobre su ariete nuevamente tenso, el rito con que había iniciado la metódica corrupción.

Al día siguiente, a primera hora, Ulises Lem ya había hecho su maleta. Fue a la estación de ferrocarril, solo, sin despertar a nadie, y regresó a la ciudad. Allí ingresó en un colegio religioso, de donde habría de pasar al seminario, con una beca por sus sobresalientes calificaciones, y una vez ordenado sacerdote eligió la carrera de capellán de los cuerpos expedicionarios espaciales. Era como si quisiera alejarse lo más posible de la escena de su caída.

Nunca volvió a ver a la mujer.

Hubo una época, por supuesto, al principio, en que efímeras visiones de tegumentos chorreantes y de crestas pulposas y de acoplamientos grotescos poblaron de angustia sus noches. Pero la voluntad, ayudada por el severo rigor del ayuno y los cilicios, triunfó sobre esas flaquezas corporales.

Ulises Lem descubrió, con espanto, que ahora toda esa inexpugnable muralla de ascetismo y templanza que había levantado, trabajosamente, alrededor de sus instintos, se derrumbaba irremisiblemente. El más claro testimonio de ello era el vástago erguido y chocante que se empinaba entre sus piernas, con una rigidez que no había ostentado jamás, ni siquiera en aquella jornada de depravación. Vibraba, sintonizando una confusa estática de llamadas malignas, sigilosas. Aún no había localizado la fuente de la emisión, pero su antena enhiesta auscultaba el éter con sensibilidad autónoma.

El aroma, el aroma de la flor lasciva, le envolvía como si aún impregnara su rostro, como si hubiera quedado latente en sus poros desde el día aquel, para revitalizarse cuando él menos lo esperaba. Pero no era de su piel de donde nacía, sino que saturaba el aire y llegaba en ráfagas sofocantes desde el horizonte lejano, donde el reflejo de las lunas granates delineaba el vago perfil de indescifrables masas acechantes.

Ulises Lem se puso en pie y marchó por el prado, obedeciendo a la sibilina instigación. Unos zarcillos invisibles se habían infiltrado en las anfractuosidades de su cerebro, donde transmitían órdenes cifradas y activaban circuitos largamente descuidados, centros generadores de espejismos concupiscentes, estratos recónditos donde se agazapaban sus anhelos más inconfesables. Su organismo se había transformado en un ovillo de receptores hipertrofiados sobre los que confluían las llamadas de la genitalidad, y él era un autómatas gobernado por ondas que oscilaban en una frecuencia subliminal.

Obnubilado por su idea fija, ni siquiera hizo caso de los fuselajes corroídos de otras naves espaciales que jalonaban la llanura, lúgubres cenotafios cuya proliferación delataba, probablemente, la existencia de un plan hermético de ordenamiento cósmico.

A medida que se acercaba al perímetro de siluetas combadas, notó, eso sí, que las briznas de hierba alcanzaban mayor altura. Ya le rozaban las corvas desnudas, pero después de una primera reacción de recelo se despreocupó, porque tenían una consistencia tersa, sedosa, y en verdad producían un masajeo sensual semejante al que, según les había oído narrar a los tripulantes de la *Lorelei II*, administraban algunas hetairas especializadas en las metrópolis más envilecidas del universo. Y en varios trechos, como si las mutaciones de la flora hubiesen respondido a las excentricidades de una mente tortuosa, algunas de las hierbas, más altas que las otras, ostentaban apéndices que se prolongaban hasta el bajo vientre. Dichos apéndices estaban coronados, además, por ramilletes de pequeñas ventosas que se adherían brevemente a la piel, en los puntos más susceptibles, en razón de lo cual desencadenaban inquietantes pruritos.

Un soplo particularmente intenso del aroma le anunció a Ulises Lem que ya estaba próximo a su meta. Sus ojos, habituados al fulgor granate de las lunas, desentrañaron las formas que se alzaban frente a él, y le recorrió un estremecimiento. A primera vista parecían flores gigantescas, del tamaño de un hombre, o de una mujer, con corolas lobuladas, muy suculentas, glutinosas, recorridas por

nervaduras laberínticas. De su interior asomaban estambres y pistilos erizados de gruesas ciliás vibrátiles, y por debajo se implantaban directamente en el suelo, sin la intervención de un pedúnculo. Pero lo más prodigioso era el movimiento del que estaban dotadas. Un parsimonioso balanceo pendular, complementado por lánguidas fluctuaciones intrínsecas que reptaban sobre la superficie de los pétalos. Grandes goterones de una exudación oleosa colgaban de los pistilos, y de vez en cuando una convulsión más intensa de la planta los hacía caer entre la hierba circundante, donde reventaban y diseminaban sus esencias concentradas.

De allí emanaba el aroma.

Por primera vez, Ulises Lem pensó en la posibilidad de huir. Recordó la ejemplar entereza de aquel otro Ulises que había sabido eludir la emboscada de las sirenas. Recordó también a san Antonio, trabado en desigual batalla con legiones de súcubos. Sin embargo, para él ya era demasiado tarde. La jungla lujuriente que se extendía hasta los confines de ese mundo le había capturado con sus señuelos venéreos. Esas plantas eran el espejo donde se reflejaba la imagen contrahecha de su ignominia pasada. Marchaba al encuentro de su expiación por un sendero regresivo que le devolvía a la matriz de su precoz iniquidad.

Porque él sabía qué plantas eran esas. Un expedicionario desequilibrado por el terror, con su personalidad definitivamente alterada por apetitos nefastos, había intentado describir las flores que crecían en un repliegue interdicto del universo. Un repliegue en el que había caído por azar, según creía él, y del que había escapado a tiempo en su nave maltrecha. Claro que la crónica de ese único sobreviviente no era fidedigna, precisamente por la ofuscación del autor. De ella estaba ausente la objetividad científica, sustituida por hipótesis descabelladas, por fabulaciones calenturientas, por sugerencias insidiosas.

Ulises Lem había visto los dibujos sobrecogedores que ilustraban la narración, completados con una nomenclatura expresamente inventada para designar los órganos singulares de esos ominosos engendros. Vocablos absurdos, que no estaban asociados a ninguna rama conocida de la botánica, y que sin embargo habían despertado en él turbadores presentimientos. Ahora esos órganos, apenas entrevistados en las láminas premeditadamente borrosas, se erguían y se hinchaban delante de él, con un despliegue intoxicante de epitelios pegajosos.

Antes de dar el paso decisivo que le llevaría al encuentro de las flores, Ulises Lem intentó musitar un rezo, exorcizar con su arma de rutina a las sirenas mimetizadas. Cerró un momento los ojos, contuvo la respiración, se acorazó contra visiones y aromas. Pero eso fue no sólo inútil sino también contraproducente. En la pantalla interior de sus párpados apareció, como estereotipada, la otra flor, la que había estado rampante sobre su rostro en una afiebrada tarde de verano. Y el aroma también se yuxtapuso a la fantasmagoría, con una cualidad casi óptica, en virtud de la cual le resultaba difícil discriminar sus sensaciones. Sólo una sobresalía con mortificante agudeza. Era la que provenía del bajo vientre, de un instrumento enardecido que no acataba más imperativos categóricos que los de su apremiante necesidad de desahogo.

Entonces, ya sin preocuparse por las consecuencias, Ulises Lem corrió hacia la flor más próxima. La abarcó con sus brazos, y las yemas de sus dedos se hundieron en la superficie mullida, resbalando sobre los néctares coagulados, atascándose en blancos opérculos, deslizándose hasta el seno mucilaginoso de concavidades y alvéolos. Su cetro se alojó sin dificultad en una hendidura que parecía expresamente destinada a esa intromisión anómala, y allí quedó cautivo de un protoplasma tibio, compacto y contráctil, animado por débiles pulsaciones envolventes.

Los nombres que antaño le habían parecido caprichosos y ridículos adquirieron de pronto un significado preciso, justo, coherente con una fisiología cuyos arcanos se desvelaban en el transcurso

de la empedernida hibridación. En semejante trance era imposible ignorar el deleite de los pliscinios prensiles o la cimbreante actividad de las lérulas. Los dulimares le hostigaban, le azotaban, se colaban por intersticios umbríos, violaban espacios vedados. Las manos de Ulises Lem se crispaban brutalmente sobre las sifias eréctiles, magreándolas, retorciéndolas, atormentándolas, hasta obligarlas a eyacular nubes de mestén iridiscente. Su rostro se hundía entre los claumas, chupando y mordiendo la pulpa elástica, sorbiendo sus zumos almibarados. Pero el núcleo infalible de su potencia estaba sepultado en la médula del ginofio, donde el protoplasma había arreciado sus latidos hasta tejer alrededor de la carne sobreexcitada una filigrana de sensaciones alucinantes que se fundieron en un ramalazo ciclópeo, en una descarga entrecortada de simiente.

Cuando Ulises Lem se desprendió de la planta, exhausto, saciado, tuvo un acceso de remordimiento y pensó en huir. Sin embargo, su resolución duró poco. Asombrosamente, la feroz expulsión de sus humores no sólo no le había desentumecido, sino que, por el contrario, la rigidez había llegado a un nuevo apogeo.

Mecánicamente, tomó por asalto el ginofio de otra flor, y aunque esta vez sus acrobacias resultaron más trabajosas y prolongadas, al espasmo final tampoco le siguió la previsible distensión. Presa de un frenesí rabioso, Ulises Lem se encarnizó, a partir de ese instante, con una flor tras otra. La luz granate de las lunas gemelas le mostró contorsionándose entre los pliscinios, columpiándose sobre las lérulas, sometiéndose a la intromisión de los dulimares, maltratando las sifias, bañándose en el mestén, revolcándose entre los claumas. Y, sobre todo, derramándose, una y otra vez, en los ginofios.

Hasta que la fibrilación del músculo cardíaco le abatió en medio de un paroxismo de placer.

Las lunas se ocultaron detrás del horizonte y fueron sustituidas por un sol cintilante, cuyos rayos se proyectaban desde una bóveda violácea. El ciclo se repitió muchas veces, y el cadáver de Ulises Lem, al principio intacto, con el obelisco de carne incorruptible apuntando al cielo, se cubrió poco a poco de bubones y excrecencias. Que luego se abrieron y dejaron asomar los retoños del mestén instilado en la materia orgánica fecundante y nutricia. El cuerpo sólo desapareció cuando los capullos terminaron de eclosionar. La floración siguió su curso.

Caza de conejos

por Mario Levrero

Considerado en su país, Uruguay, como el «Maestro de lo Fantástico», Mario Levrero nació en Montevideo en 1940. Ejerció varias profesiones, ya que, a pesar de su talento, y como ocurre con la mayoría de los escritores en lengua castellana, nunca ha logrado vivir de su pluma. En su haber tiene varias excelentes novelas: *La ciudad* (1966), *Nick Cáster se divierte mientras el lector es asesinado y yo agonizo* (1974), una novela que se halla entre el género policíaco y la ciencia ficción, y tiene también otras novelas: *El lugar, París, La cinta de Moebius*, todavía inéditas. Entre sus libros de relatos cabe destacar *La máquina de pensar en Gladys* (1967) y *Aguas salobres*, aún inédito, del que hemos extraído el relato que sigue. En su trabajo *La generación crítica*, el ensayista Ángel Rama dice de él: «Mario Levrero maneja una escritura de preciso rigor, con lo cual sigue fielmente los detalles de una prosa constante desconectada en sus tramos significativos, a la manera de la técnica surrealista. A diferencia de otros productos surrealistas y emparentado en esto a la lección kafkiana que es la dominante de la creación de Levrero, sus cuentos se construyen sin que evolucionen internamente, prefiriendo un derivar lateral trasladándose a otros personajes, otras situaciones, otros estados».

A Jorge y Elizabeth, Claudia, Marcelo y Cecilia

Hay que inventar liebres para poder hacer de nuestra vida un extenso y luminoso día de caza, y para poder decretar que somos cazadores. JOSÉ PEDRO DÍAZ, *Ejercicios Antropológicos*

Cuando siento que voy a vomitar un conejito, me pongo dos dedos en la boca como una pinza abierta, y espero a sentir en la garganta la pelusa tibia que sube como una efervescencia de sal de frutas.

JULIO CORTÁZAR, *Carta a una señorita en París*

Perseguirlo armados de dedales, perseguirlo armados de precaución, perseguirlo con tenedores y esperanzas, amenazar su vida con una acción del ferrocarril, atraerlo con sonrisas y jabón.

LEWIS CARROLL, *La caza del Snark*

Deseo que conste que, sin deseo de polemizar, yo sostengo la vieja tesis de que la ballena es un pez e invoco en mi ayuda el testimonio del santo Jonás.

HERMÁN MELVILLE, *Moby Dick*

Prólogo

Fuimos a cazar conejos. Era una expedición bien organizada que capitaneaba el idiota. Teníamos sombreros rojos. Y escopetas, puñales, ametralladoras, cañones y tanques. Otros llevaban las manos vacías. Laura iba desnuda. Llegados al bosque inmenso, el idiota levantó una mano y dio la orden de dispersarnos. Teníamos un plan completo. Todos los detalles habían sido previstos. Había cazadores solitarios, y había grupos de dos, de tres o de quince. En total éramos muchos, y nadie pensaba cumplir las órdenes.

1

Yo sentía pinchazos en las piernas. Al principio no les daba importancia; lo atribuía al pasto y a los yuyos. Pero luego, cuando el dolor fue subiendo, y un poco más tarde aún, cuando el dolor y el mareo me hicieron vacilar y caer, vi —antes de que la vista se me nublara y cuando mi cuerpo comenzaba a retorcerse en los espasmos de la muerte—, vi la araña con ropas de cazador y sombrero rojo, y mirada perversa y divertida, arrojándome sin pausa los darditos envenenados a través de su pequeña cerbatana.

2

Al oso amaestrado lo habíamos disfrazado de conejo, y bailaba en el bosque, saltaba en el bosque y movía las orejas blancas del disfraz. Era penosamente ridículo.

3

Laura gateaba en el pasto. La cosquilla de los yuyos la excitaba, y entonces aparecía un conejo. Ella lo atrapaba entre sus piernas. Era lindo de ver la cabecita blanca asomando y hociqueando sobre esas nalgas también blancas. Ella decía preferir los conejos a los hombres; que los conejos eran de pelo más suave y cuerpo más cálido. Y si ella apretaba un poco demasiado con sus muslos, al conejo se le nublaban los ojos y moría dulcemente, graciosamente, o aun con indiferencia.

4

Nos gusta el conejo a las brasas, pero nuestra presa favorita es el guardabosques. Los conejos se cazan con paciencia y astucia, con trampas más o menos complejas de ramas y zanahorias; los guardabosques, en cambio, necesitan todo nuestro arsenal. El tiroteo duró hasta el anochecer. Cuarenta guardabosques desnudos colgaron finalmente de cuarenta horcas. Los cuervos les arrancaban los ojos y acudían las hienas al olor de la putrefacción. Los esqueletos de guardabosques colgaron durante años en las horcas, como ejemplo para otros guardabosques, y para los niños.

5

No hay que creer demasiado en la sabiduría de los viejos. «En este bosque —me decía un viejo guardabosques— estuvieron un día todos los conejos del mundo. Era el paraíso de los cazadores y, mientras no llegaron los cazadores, el paraíso de los conejos. Todo el bosque era una masa blanca y nerviosa, peluda y blanda, con infinidad de puntas ondulantes. —Se refería sin duda a las orejas de los conejos, las cuales tienen forma puntiaguda—. Ahora, en cambio, sólo nos queda el recuerdo de los conejos. Esté seguro de que no hallará uno, por más que busque.» Pero a pesar del disfraz, que era perfecto —las ropas, los lentes—, lo reconocí y le dije: «No me engañas, conejo. Huye, porque cuento hasta diez y disparo». Las orejas, cuidadosamente peinadas hacia atrás, se irguieron bruscamente; los redondos anteojos cayeron al suelo y se perdieron entre el pasto. El conejo se alejó dando saltos despavoridos entre los árboles. Conté hasta diez y disparé.

6

Cuando hubimos cazado un número suficiente de conejos como para satisfacer nuestra hambre milenaria, preparamos una fogata con todos los carteles de madera que decían «PROHIBIDO CAZAR CONEJOS» y asamos los conejos a las brasas.

7

Algunos cazan conejos persiguiéndolos sin tregua, a caballo, despiadadamente, dentro y fuera del bosque; en polvorientas carreteras, en praderas enormes, trepando incluso a pedregosas montañas. Cuando el conejo se detiene, loco de fatiga, le destrozan el cráneo con un golpe certero de garrote. Luego se lo comen, crudo y hasta con pelos.

Yo estoy condenado genéticamente a otros procedimientos. Tejo laboriosamente durante varios meses una enorme y casi invisible tela como de araña, y luego me siento a esperar, un poco oculto entre el follaje. A veces pasan otros tantos meses antes de que aparezca un conejo en los alrededores, y a veces otros tantos más para que el conejo caiga en mi tela. Mientras tanto atrapo sin querer moscas y mosquitos, moscardones, avispas, ratones, culebras, mulitas, caballos, pájaros, jirafas y monstruos marinos. Me fatiga mucho despegarlos y recomponer la tela donde ha sido dañada. Es un trabajo agotador y la vigilia es constante. Me destrozo los nervios en esta tensa y eterna espera. Tengo las mandíbulas apretadas, me caigo de sueño, y mis sentidos se agudizan y exasperan en alerta constante. Mi forma de cazar conejos, y no tengo otra, es lo que me ha transformado en un loco.

8

Cuando, rara vez, cae un conejo en mi tela, tiene la piel más suave que los otros, su cráneo queda intacto, su carne no se ha envenenado con la fatiga muscular de una huida interminable y, en fin, es un conejo vivo, alegre, un hermoso compañero de juegos.

9

Elegimos el bosque por dos motivos: porque en el bosque no hay conejos, y porque ignoramos todo acerca de cómo cazarlos. Algunos imitan, en su ingenuidad, el mugido del alce; otros trepan a los árboles y buscan en los nidos; otros rocían con insecticida viejos panales olvidados por las abejas. Los hay que parpan, graznan y cacarean; los hay que agitan un trapo rojo; los hay que usan un contador Geiger.

El idiota va al bosque a imaginar conejos eróticos y masturbarse. Los cree de grandes pechos y ondulantes caderas. Evaristo, el plomero, los imagina con un complejo mecanismo interior de relojería y quisiera atrapar uno para desarmarlo.

Otros, que han leído alguna información errónea sobre el tema, se tienden bajo un árbol a esperar que caigan. Al anochecer, el idiota, agotado por sus masturbaciones, hace sonar largamente su silbato (un sonido cantarino y gorgoteante, por la baba mezclada con el aire que sopla) y todos nos reunimos en un punto predeterminado y volvemos ordenadamente al castillo.

10

Era un día pesado y tormentoso; hicimos una enorme fogata para espantar los mosquitos que nos devoraban. Tuvimos la mala fortuna de que la fogata se extendiera a los árboles vecinos y, rápidamente, el bosque entero fuera pasto de las llamas. Fue así que perecieron casi todos, horriblemente carbonizados. Los sobrevivientes se reúnen noche a noche, desde hace años, en un bodegón del puerto; recuerdan infaliblemente la anécdota y se reprochan la terrible imprudencia. Después, borrachos, se alegran: comienzan a reír. Luego riñen entre ellos y el patrón, ya de madrugada, los echa a la calle. Duermen entre tachos de basura y se revuelven sobre sus propios vómitos.

11

Cuando graniza, o simplemente cae un chaparrón fuerte, el idiota corre con su primita a protegerse bajo el enorme sicómoro que ocupa la parte central del bosque; las ramas del árbol se arquean hasta tocar la tierra, formando una cúpula que más que de la furia de los elementos los protege de las miradas de otros cazadores, o de los guardabosques. El sentimiento de protección es esencial para que la primita se sienta solidaria con el idiota y se deje manosear y cubrir de baba el cuerpo angelical y blanco. Cuando llega el invierno, el sicómoro se cubre de finas plumitas y da la impresión de un pájaro enorme, o tal vez de un cisne con la cabeza metida bajo el ala. En primavera les brinda sus frutos, unos higos que bajo la piel delgada son pura leche dulce. Al anochecer, la lluvia cesa. El idiota y su primita vuelven a la interminable cacería de conejos, pero ahora tienen un fuerte sentimiento de culpa y no se miran a los ojos. El idiota recoge bolitas de granizo y las mira disolverse en su mano con una rapidez que espanta. De madrugada, cuando el campamento duerme y la fogata está casi apagada, el idiota sigue despierto, babeando, sacando nuevos granizos de su faltriquera y mirándolos cómo se disuelven, con una rapidez que espanta, sobre la palma de la mano.

12

Quisiera vivir entre gentes que fueran más buenas, más felices que yo. Así les envidiaría su suerte o su bondad. Pero todos los cazadores son desgraciados, estúpidos e infinitamente perversos. Así, me veo obligado a envidiarles sus pobres bienes materiales. Les tiendo trampas. Cuando alguien me ve fabricando una trampa muy compleja y muy sólida se ríe, porque cree que exagero; por lo general se siente impulsado a explicarme el tamaño y la fuerza reales de un conejo. Yo dejo que me expliquen. No saben, ellos, que es un trampa para cazadores. Los mato y les robo el dinero, las ropas, las armas y algún adorno —collares de dientes de tigre, relojitos antiguos, anillos de compromiso, plumas de colores, billeteras de cuero de cocodrilo—. Los cazadores gustan de adornarse, y a menudo el colorido de estos adornos es su perdición: es fácil distinguirlos entre el follaje y tomarlos por sorpresa.

13

El conejo en celo desprende un aroma muy tenue que sólo es percibido por el finísimo olfato de los cazadores. Llegan de todas partes, siguiendo este aroma en forma inconsciente y compulsiva; no saben adonde van, ni por qué van. El conejo espera entre los matorrales. Cuando el cazador se aproxima, el conejo tensa los músculos y se prepara para el salto. El cazador no ve esos ojos rojos, astutos, brillantes, pendientes de sus menores movimientos. Cuando está muy cerca, el conejo en celo salta, dejando escapar un espantoso rugido que hace estremecer el bosque. El cazador, tomado por sorpresa, queda paralizado y no atina a defenderse. De todos modos, la lucha sería desigual: un par de rápidos manotazos, una dentellada certera, y el conejo se aleja arrastrando un cadáver flojo y sangrante, que será una fiesta para los hambrientos conejitos.

14

En ocasiones me gusta pasarme al bando de los guardabosques; entonces se produce un desequilibrio entre las fuerzas, y los cazadores son derrotados con facilidad. Nosotros, los guardabosques, no sufrimos ninguna baja.

15

Dicen que van a cazar conejos, pero se van de pic-nic. Bailan alrededor de una vieja victrola, se besan ocultos tras los árboles, pescan o fingen pescar mientras dormitan; comen y beben, cantan cuando vuelven al castillo en un ómnibus alquilado que siempre resulta demasiado pequeño para todos. Los conejos aprovechan los restos de comida. También es frecuente que los falsos cazadores, borrachos, olviden su victrola. Entonces los conejos bailan hasta el amanecer, a la luz de la luna, al son de esa música alocada y antigua.

16

Algunos conejos se han hecho expertos en el arte de imitar con gran precisión el grito con que los cazadores suelen llamarse entre ellos cuando se encuentran perdidos o en dificultades. «Ooooooh-eeeeeeh», se oye a la distancia, y luego la respuesta, desde otro extremo del bosque: «Ooooooh-eeeeeeh». Los gritos se repiten, cada vez más próximos. Después hay un silencio, después hay otro grito, distinto, después no se oye nada más.

17

Al idiota le gusta el cementerio de elefantes, no por el valor de los colmillos, ni por el misterio del impulso que lleva al elefante herido a buscar el lugar milenario, ni por el brillo de la luna en el marfil, ni por el aspecto imponente de los esqueletos que semejan barcos antiguos semihundidos en un mar verde oscuro, ni por oír el curioso lamento de agonía de los elefantes que llegan y se tienden, ni por la aventura, sino por el olor a podrido de los elefantes muertos.

18

«Creo haber atrapado un conejo», dije, acariciando la suave vellosidad de Laura, que es tan joven. Ella ríe con una carcajada fresca y huye; yo recomienzo pacientemente la búsqueda.

19

Cuando estoy imposibilitado de moverme, por haber caído en la trampa de otro cazador o haber comido, por error, de las bayas silvestres venenosas de efecto paralizante, un río de conejos de ojillos vivaces salta interminablemente en blanca cascada ante mis ojos, de día y de noche, y al día siguiente, y a la noche siguiente, y siempre.

20

Hay quien caza conejos por amor; yo los cazo por odio. Cuando los tengo en mi poder los voy destrozando lentamente. Los mutilo, tratando de que no se mueran en seguida. Hay otros cazadores que odian a los conejos porque destruyeron su hogar o sus cosechas, porque robaron a sus hijos o mataron sus esperanzas; mi odio es injustificado y atroz. Creo que hay algo de amor en este odio; no dedicaría, de otro modo, tanto esfuerzo a combatirlos con mis armas más arteras.

21

El conejito recién nacido es tal vez el espectáculo más tierno del mundo. Tan blanco y tan indefenso, tan débil y tembloroso, las orejitas sedosas y blandas, la naricita inquieta y rosada, los denticillos asomando apenas en su hociquito menudo que parece sonreír tímidamente.

22

Cuando en el club de caza se habla de caza, y siempre se habla de caza en este club, yo permanezco obligadamente en silencio. No hay heroísmo en la caza del conejo. Ellos narran aventuras espeluznantes, se exhiben piezas embalsamadas de animales terribles. No hay nada de esto en la caza del conejo, donde todo se desliza suavemente, amablemente. Intervienen la astucia y la paciencia, pero también la imaginación y la simpatía. No hay sordos gruñidos ni carreras dementes; no hay sangre ni estruendos de armas de fuego, Todo es apacible y casi cariñoso; y aunque el peligro es tan grande como el que corren los otros cazadores, de búfalos y tigres, es un peligro tan sutil y tierno, que nadie que no cace conejos podría comprender que es realmente un peligro. Opto, entonces, por cerrar la boca y escuchar, y pasar por tímido o por tonto.

23

Decimos que vamos a cazar conejos, pero en el bosque no hay conejos. Vamos a cazar muchachas salvajes, de vello sedoso y orejas blandas.

24

Es inverosímil la fertilidad de estos animalitos. Uno casi puede verlos reproducirse ante sus ojos, a una velocidad fantástica. Obsérvese este casal de conejos: en pocos minutos habrá cuatro, luego ocho, dieciséis, treinta y dos, sesenta y cuatro, ciento veintiocho, doscientos cincuenta y seis, miles de conejos que saltan y te rodean y se amontonan y te tapan y te asfixian.

25

Es inverosímil la fertilidad de los conejos. Obsérvese este casal: en pocos minutos habrá cuatro arañas, ocho sapos, dieciséis cotorras, treinta y dos perros, sesenta y cuatro búfalos, ciento veintiocho elefantes.

26

Desde que los conejos raptaron a mis padres, he perdido el gusto por la caza.

27

Llegamos al bosque en numerosa y bien pertrechada expedición. Lo primero que advertimos fue el enorme cartel que decía «PROHIBIDO CAZAR CONEJOS». Nos miramos azorados, nos sonrojamos como adolescentes, suspiramos con resignación, nos dimos media vuelta y regresamos, muy tristes, al castillo.

28

De hábitos sedentarios, jamás se nos ocurriría algo así como ir al bosque a cazar conejos. Preferimos criarlos en el castillo; a ellos destinamos las mejores habitaciones, que hemos llenado de jaulas apropiadas, y vivimos de esta industria.

29

Si bien entre nosotros casi no se habla de otra cosa que de conejos, en realidad nunca hemos visto uno. Dudamos incluso de su existencia. En nuestras conversaciones el conejo oficia de metáfora, o de símbolo. Es frecuente observar que muchos, una gran mayoría, hemos olvidado la primitiva significación de la palabra, si es que ha tenido alguna vez.

30

Nunca hubo conejos en el bosque. Este sería un inconveniente insuperable para nosotros, cazadores de conejos, si no fuera por la existencia de los magos. Cuando vamos de caza, y al cabo de varias horas de dar vueltas inútiles, sintiéndonos fracasados y doloridos, aparecen los magos. Son silenciosos, de ropaje negro y elegante. Con gran habilidad comienzan a sacar conejos de sus relucientes galeras. Cada uno de nosotros vuelve al castillo con un conejo en su morral; estamos contentos en apariencia, pero llevamos en el corazón la sombra de una duda.

31

Con la piel de conejo, convenientemente curtida, nos fabricamos guantes sedosos para acariciarnos el cuerpo desnudo en nuestra soledad. Nuestros niños juegan a las bolitas con los ojos. Los dientes de conejo son maravillosas cuentas para los collares y pulseras de nuestras mujeres. La carne la comemos. Con las tripas, fabricamos cuerdas para nuestros instrumentos musicales; nuestra música es profunda y triste. El esqueleto del conejo lo forramos con la felpa blanca, y en el interior colocamos un mecanismo movido a cuerda: son juguetes que imitan a la perfección los movimientos del conejo. Los domingos vendemos estos juguetes en la feria, y con el dinero podemos comprar balas para nuestras escopetas de cazar conejos.

32

Las primitas del idiota mastican el mismo chicle, los rostros muy próximos, el chicle un fino hilo que une salivoso sus bocas adolescentes, y el idiota se acuesta debajo del chicle, mirando desde abajo los pequeños pechos puntiagudos, y estira sus manos con pereza hacia las tiernas vellosidades pero no las alcanza, y de los cuerpos emana una radiación de calor perfumado, y allá arriba las bocas se

aproximan tratando de conseguir la mayor parte del chicle, las bocas se juntan, cae saliva, secreciones salobres resbalan por las piernas adolescentes hacia la boca del idiota, se mezclan con sus babas. Nadie caza conejos.

33

El plan del idiota es perfecto. El grupo de expertos tiradores se ubica en el centro del bosque, alrededor del psicómoro, y espera. Desde la periferia vienen los músicos, avanzando hacia el centro, cercando a los conejos, espantándolos con el ruido de sus tambores, flautas y violines.

Por lo general, logramos dar muerte a infinidad de conejos. A veces, sin embargo, los conejos se escapan, filtrándose entre los músicos cuando aún están muy espaciados entre sí en la periferia del bosque. O, a veces, todos los conejos se han reunido bajo la protectora copa del psicómoro, detrás del cerco de expertos tiradores que apuntan hacia afuera. Entonces se produce el duelo lamentable entre expertos tiradores y músicos; los músicos llevan la peor parte, pero a menudo más de un experto tirador es atravesado por un arco de violín, o por un sonido demasiado agudo o demasiado tierno.

34

Desde que los conejos industrializaron a mis padres, para protegerse en el invierno con el abrigo de sus pieles curtidas, vengo notando en mí un desconcierto creciente ante las cosas de la vida, que antes me habían parecido tan sencillas y lógicas.

35

Para los que sienten como cosa esencial la estética de la caza de conejos, o su metafísica, la luz es quizás el factor más importante a tener en cuenta. El sol directo afea los conejos, les quita realidad y gracia. La oscuridad de la noche los vuelve invisibles, insasibles y muy peligrosos. Es a la luz incierta de los últimos rayos oblicuos, en ese instante mágico que se produce unos minutos después de la puesta del sol, cuando los conejos adquieren toda su dimensión de belleza y verosimilitud. Pero es muy difícil cazarlos en la fugacidad de ese momento: tal es la comprensión que adquiere un observador sensible.

36

El idiota se agarró la cabeza, desesperado, porque ante sus órdenes precisas nos comportábamos como verdaderos energúmenos. Después de años de vivir encerrados en ese castillo oscuro, la libertad, la belleza, la salud que se respiran en el bosque nos impedían ceñirnos a la lógica inexorable de su plan.

37

Para cazar conejos hay que sacar un permiso especial, que cuesta mucho dinero. En un pequeño mostrador con caja registradora que hay a la entrada del bosque, un conejo gordo, de lentes y con aire de cansada resignación nos va entregando uno a uno los permisos de caza, a cambio del dinero.

Pero también, y para defenderse de los cazadores, los conejos han creado un impresionante aparato burocrático. Al cazador que desea obtener el permiso (y sin permiso es imposible cazar conejos, porque se cae en manos de los guardabosques), le obligan a presentar multitud de papeles; cédula de identidad, certificado de buena conducta, vacuna antivariólica, carnet de salud, recibos de

alquiler, agua y luz; certificado de residencia, certificado negativo de la dirección impositiva, carnet de pobre, libreta de enrolamiento, pasaporte, constancia de domicilio, certificado de nacimiento, constancia de bachillerato, autorización para el porte de armas, declaración de fe democrática, certificado de primera comunión, constancia de jura de la bandera, libreta de matrimonio, licencia para conducir, constancia de estar al día en el impuesto de Enseñanza Primaria, certificado de defunción, etcétera.

38

La música favorita de los conejos es el Quinteto en La mayor op. 114 «La Trucha», de Schubert. Como no saben leer, se identifican con los movimientos nerviosos y juguetones, con el dramático buen humor, con la vida fácil de la obra y entre ellos, en su lenguaje especial, la denominan con una palabra equivalente a «Conejo».

39

Hay una trampa para cazar conejos que, si bien un poco compleja, resulta infalible. El cebo es, desde luego, una zanahoria. El alimento preferido por los conejos es el afrecho, pero la zanahoria tiene para ellos —homosexuales en potencia— el atractivo de un poderoso símbolo fálico. Se coloca entonces la zanahoria, en actitud procaz, en un lugar bien visible —de preferencia un claro en el bosque—. Debajo de la zanahoria se cava un profundo hoyo circular, de unos tres metros de diámetro, que se cubre con tablones resistentes disimulados mediante hojas y yuyos. Sobre estos tablones se disemina una cierta cantidad, no necesariamente muy grande, de comejones (el comejón es reconocido por su rápido trabajo destructivo en la madera). Cuando llega el conejo, atraído en primer término por el suave aroma, luego por la vista de la zanahoria de color esplendoroso, y después de largos rodeos, no sólo porque el conejo sospecha la trampa, sino porque entran a jugar en él de inmediato los complejos mecanismos sexo-gastronómicos de atracción y repulsión, comienza a saltar sobre los talones (porque la zanahoria ha sido colocada a una altura tal que el conejo crea poder alcanzarla saltando). Aquí se entabla una hermosa lucha entre el tiempo, el conejo y los comejones. Los cazadores retienen el aliento e intercambian —mediante signos preestablecidos— silenciosas apuestas en dinero.

Las variantes son múltiples. O bien los saltos del conejo terminan por romper los tablones deteriorados por los comejones, y entonces caen al foso tanto los tablones como los comejones como el conejo, o bien los comejones, que prefieren a la madera la carne de conejo, aprovechan la etapa ésa del salto en que las patitas tocan los tablones para invadir su piel, y terminan por devorarlo, o bien el conejo, al sentir el mordiscón del primer comejón, alcanza gracias al dolor un impulso tal en su salto que le permite llegar a la zanahoria (y entonces, el comejón pasa rápidamente a la zanahoria, que es definitivamente su alimento favorito), o bien el conejo se cansa de saltar y se va, y entonces el peso del cazador que va a rescatar su zanahoria vence ahora sí la resistencia de los tablones deteriorados por los comejones y cae al foso, llevando o no consigo la zanahoria que ha tenido tiempo o no de desatar, o bien los comejones, por anterior satisfacción o por desidia, resuelven no atacar la madera de los tablones y dispersarse por el bosque, lo cual dificulta enormemente la posibilidad de que el conejo logre su propósito de romper los tablones, o bien la zanahoria, cansada de esperar y agobiada por *la tensión* nerviosa, se desprende de *sus* ataduras y *cae entre* los dientes del conejo (y es a veces en este momento cuando los tablones ceden), o bien los cazadores, sobreexcitados por la emoción de la escena que están contemplando y por la enorme cantidad de dinero que hay en juego por las apuestas cruzadas, se increpan duramente los unos a los otros y se van a las manos y aun se

matan entre ellos, o bien se lanzan enfebrecidos sobre el pobre conejo que salta, venciendo con el peso del conjunto la resistencia de los tablones deteriorados por los comejones y cayendo todos al foso, desde el fondo del cual contemplan desesperadamente la zanahoria, o bien son los guardabosques quienes atraídos por la zanahoria o el conejo se ven precipitados al foso, donde son rápidamente devorados por los comejones, o bien el conejo, aprovechando la memoria genética de la especie, ha construido previamente trampas similares en los sitios en que los cazadores suelen apostarse, y tarde o temprano los cazadores caen a sus fosos particulares o son devorados por los comejones que se les trepan por las piernas, o ambas cosas a la vez, o bien la trampa contra los cazadores ha sido construida por los guardabosques, sus eternos enemigos, con idéntico resultado, o bien los comejones devoran tan rápidamente los tablones que cuando llega el conejo ve la trampa y se va, o bien, aun viendo la trampa, es fuertemente tentado por la zanahoria y en lugar de los saltitos verticales elige el salto largo, de un borde al otro del foso, tratando de alcanzar la zanahoria cuando pasa a su lado, y en uno de esos saltos puede, por una falla de cálculo, caer en el foso, o bien es Laura, la hermanita gemela del idiota, quien es fuertemente tentada por la zanahoria, y entonces los cazadores se masturban contemplando los graciosos saltos del cuerpo desnudo, o se arrojan todos sobre ella con intención de violarla, cosa que a menudo logran si los comejones les dan tiempo, o bien no sucede ninguna de estas cosas y los cazadores se deprimen viendo cómo la hermosa zanahoria se va secando con el paso del tiempo, perdiendo su frescura y color, volviéndose fofa y resumida, quedando finalmente convertida en una especie de fideo seco y deslucido.

40

Cuando, al cabo de muchos años, Evaristo el plomero logró atrapar al fin un conejo, se llevó una profunda desilusión. Le había tocado un conejo vacío, sin mecanismos de relojería como los que soñaba y sin ninguna otra cosa en su interior.

Cuando, poco tiempo después de formalizado su noviazgo con Laura, la hermana gemela del idiota, Evaristo el plomero descubrió la compleja red de relaciones hetero y homosexuales entre Laura y el idiota y las dos primitas, recuperó su confianza en los conejos y siguió tratando de cazarlos.

Cuando, mucho tiempo después, Evaristo el plomero logró cazar un segundo conejo, y comprobó excitado que era mucho más pesado y sólido que el otro y que por lo tanto algo debería tener adentro, lo llevó a su pieza y se encerró con su instrumental para desarmarlo. Fue entonces cuando el conejo, una variante genética especial preparada por los terroristas, le explotó en la cara.

41

Hay un refrán muy usual en boca de nosotros, cazadores de conejos: «Donde menos se piensa, salta la liebre». Interpretamos la palabra «liebre» como una forma velada y poética de referirse al conejo, y cuando alguien dice este refrán, y se dice a menudo, los demás nos miramos con gestos de complicidad y de astucia.

42

La fuerza de los conejos radica en que todo el mundo cree en su existencia.

43

Para las civilizaciones acostumbradas desde largo tiempo a los números arábigos, los números romanos tienen un no sé qué de misterioso y sólido, de dificultoso y terrorífico.

44

Hay quienes se unen a nuestro equipo de caza no por interés en los conejos, sino en los pájaros. En efecto: quien ame el canto de los pájaros, encontrará en el bosque una tal variedad, y una tal especial calidad en los cantos, que quedará maravillado. Son estas personas las que más sufren cuando se enteran, tarde o temprano, de que hay poquísimos pájaros en este bosque, y los que hay casi no cantan o cantan mal o sin ganas; un canto opaco, sin brillo ni energía. Quienes cantan son las arañas, esa clase de arañas enormes y peligrosas que hacen sus nidos en las copas de los árboles y se valen de su canto para atraer víctimas. El amante del canto de los pájaros, hombre de sangre dulce, es la víctima favorita de estas arañas.

45

El bosque acicateado, profanado y devastado por generaciones y generaciones de guardabosques, se ha convertido hoy en una triste ciudad. Los conejos han pasado a residir en el inmundo sistema de alcantarillas, y el cazador se ha visto obligado a cambiar sus sistemas de caza, su indumentaria y su sentido del humor.

46

Tardamos infinidad de veranos en descubrir que los conejos, en verano, emigran del bosque a la playa. Usan trajes de baño de vistosos colores, anteojos para el sol y sombrillas, y nos resulta prácticamente imposible distinguirlos de los otros turistas. Como, además, nosotros, la gente del castillo, no somos afectos a la playa, hemos finalmente decidido suspender la caza de conejos en el verano, y jugamos, en vez, a la lotería de cartones.

47

Esteban, el hijo menor de Laura, es el vivo retrato de su padre (el casi legendario conejo Archibaldo).

Cuando viene de caza con nosotros es prácticamente imposible distinguirlo de los otros conejos, y es así como ha recibido, varias veces, peligrosas heridas. Ahora optamos por colocarle un par de cartones redondos, uno en el pecho y otro en la espalda. Estos cartones tienen dibujados varios círculos concéntricos de distintos colores, como los cartones que suelen utilizarse para la práctica del tiro al blanco. De este modo confiamos en que la próxima vez no habremos de errar el tiro.

48

Las fatigosas marchas dominicales, al rayo del sol y con la carga de nuestro absurdo ropaje y nuestras armas, nos decidieron por fin a trasladar el bosque al interior del castillo. Lo hicimos en una tarde, ocupando a estos efectos todas las macetas y tachos que poseíamos.

En poco tiempo el bosque se secó. Al principio quedamos disgustados y desconcertados, pero luego recuperamos nuestra alegría al descubrir que en el desierto que dejamos en lugar del bosque, los conejos eran mucho más visibles y es por lo tanto mucho más fácil cazarlos.

49

Si hay algo tal vez más apasionante que la caza de conejos, es la pesca. Aunque el ejercicio es menos violento, la espera no es por ello menos tensa.

Y no hay emoción comparable a la de ver moverse de pronto la pequeña boya de corcho pintado de rojo, y sentir en la línea los nerviosos tirones, y recoger el hilo de nailon con el ril, comprobando en el otro extremo la resistencia del conejo que, desde el fondo del río, hacemos finalmente emerger con el paladar atravesado por el enorme anzuelo, la zanahoria de cebo casi intacta.

50

La mayor dificultad que se presenta, aun para el cazador más avezado, es poder distinguir a primera vista la diferencia entre un conejo y una gallina. Como las gallinas abundan más que los conejos, y en una proporción realmente alarmante, con demasiada frecuencia terminamos comiendo los detestables caldos de gallina seguidos de gallina a la portuguesa y arroz con menudos de gallina, en lugar de los sabrosos conejos a la brasa que son nuestro deleite y nuestra razón de vivir.

El cazador se engaña casi siempre por la semejanza de los pelitos de las patas de unos y otras, de las orejitas sedosas y romas, y sobre todo por el colorido de las alas y ese tono apagado de los enormes colmillos de marfil. En cambio es muy fácil distinguirlos en el laboratorio: la reacción al papel tornasol muestra que la saliva de la gallina tiene un pH mucho más elevado que la saliva del conejo. Pero aunque muchos opinen lo contrario, un bosque no es lo mismo que un laboratorio, y seguimos comiendo gallina y acumulando rencor contra la vida.

51

Si usted quiere venir con nosotros a la caza de conejos, desde ya le prevengo que más le conviene abandonar la idea. En primer lugar, le será muy difícil, si no imposible, localizar nuestro castillo. Ex profeso he dado referencias muy vagas, cuando no mentirosas, en mis textos. En segundo lugar, localizado el castillo, no podrá eludir las innumerables trampas mortales que hemos diseminado a su alrededor, justamente para librarnos de los extraños como usted. En tercer lugar, eludidas las trampas, le será imposible vadear el foso repleto de cocodrilos. En cuarto lugar, vadeado el foso, será incapaz de salvar el enorme portón de altísimas rejas, de hierro, terminadas en puntas de lanza. En quinto lugar, salvado el portón, la frialdad de nuestro recibimiento le provocará semejante desánimo que decidirá volver sobre sus pasos. Pero si usted es capaz de vencer todas estas dificultades, si bien no podrá venir de caza con nosotros porque el reglamento establecido por el idiota lo prohíbe expresa y terminantemente, obtendrá en cambio la mano de la hija del Rey, esa hermosísima mujer que desde tiempo inmemorial espera al hombre capaz de merecerla.

52

El idiota confundió al oso amaestrado disfrazado de conejo que siempre llevamos como señuelo en nuestras cacerías, con su primita Beatriz. El oso permitió que le babeara la espalda pero, aunque irredento imbécil, destrozó al idiota de un zarpazo cuando intentó acariciarle las nalgas.

53

Evaristo, el plomero, cazaba conejos con el soplete.

54

Quien use los conejos con fines afrodisíacos debe cuidarse especialmente de una variedad de conejos que son sedosos al tacto cuando están tranquilos pero que a la menor presunción de cualquier tipo de peligro erizan sus pelos, que se vuelven duros y afilados como las púas de un puercoespín.

55

Los cachorros de tigre que han perdido prematuramente a la madre son por lo general recogidos por conejas que han perdido a sus crías; de la simbiosis que se establece con el tiempo resultan esos ejemplares de conejas feroces y carniceras, y de tigres temerosos, saltarines y más bien amariconados.

56

Evaristo el plomero creía cuando era joven, debido a nuestra pronunciación rioplatense de la zeta, que íbamos a casar conejos, y en su primera cacería junto a nosotros fue con un sacerdote.

En adelante tomamos el cuidado de pronunciar la zeta al estilo castizo, lo cual favoreció en nosotros el desarrollo de una notable afición por las cosas españolas, y en especial la música. Es así que ahora, los domingos, en lugar de ir de caza nos quedamos en el castillo escuchando discos y hablando de toros.

57

No llevamos a nuestros niños a las cacerías para evitarles el bochornoso espectáculo de las conejas que se dedican a la prostitución.

58

Era la primera y última vez que íbamos a cazar conejos. Nuestra filosofía, que nos mantiene unidos coherentes, nos prohíbe repetir una experiencia determinada, cualquiera que ella sea. Este es el secreto de nuestra eterna juventud, de nuestra alegría constante y de esa llama de bondad suprema que siempre ilumina nuestros ojos.

59

Hicimos un alto en la marcha; ese día estábamos agotados y no podíamos encontrar el bosque. Aproveché la pausa para sentarme sobre una piedra y desenvolver el paquete de papel de estraza que me había dado mi madre; pero en lugar de las habituales milanesas, encontré un par de viejas alpargatas.

60

Poniendo un conejo contra el oído, se oye el ruido del mar.

61

Atravesado arteralmente por un conejo, las últimas palabras del idiota fueron: «Estoy cansado de combatir, nuestros jefes están todos muertos... Aquel que ha conducido a los jóvenes está muerto... Hace frío y no tenemos frazadas ni alimentos. Los niños pequeños se están helando hasta morir...

¡Escuchadme! Mis jefes: estoy cansado; mi corazón está enfermo y triste. Desde el punto en que el sol se encuentra ahora, ya no combatiré jamás». Muy pocos lograron identificar la cita.

62

Cuando un conejo sufre de polución nocturna, una gran calma se extiende sobre el bosque.

63

El conejo con tendencias paranoides se cree perseguido por multitud de cazadores que quieren hacerle daño; es retraído y desconfiado, y se pasa la vida imaginando que va a ser víctima de complejas maquinaciones y de terribles trampas. En la etapa aguda de su delirio, sus movimientos son torpes y descoordinados y pierde toda capacidad de raciocinio. Éste es el momento más apropiado para que el cazador lo atrape con facilidad.

64

Cuando cayó el idiota, atravesado por una certera flecha de los guardabosques, sus últimas palabras fueron: «La liberación de la energía encerrada en el átomo lo ha cambiado todo, salvo nuestra manera de pensar, y por esta razón avanzamos incesantemente hacia una catástrofe sin precedentes. Para que la humanidad sobreviva debe cambiar sus maneras de pensar. Una de las necesidades más urgentes de nuestro tiempo es la de disipar esta terrible amenaza».

65

La música favorita de los conejos es el Concierto en Re menor opus postumo «La Muerte y la Niña», de Schubert. Se identifican con su violencia interior, con su drama sombrío, con su sentido agónico. Como no saben leer la tapa del long-play, en su lenguaje particular llaman entre ellos a esta obra «La Muerte y la Niña».

66

Huberto, el sociólogo, trabajó varios años en el estudio de la organización socio-económica de los conejos. Sintetizó su investigación en una sola frase: «Dignidad arriba y regocijo abajo».

Curiosamente, trabajando en forma separada, paralela a la de Huberto, llegó a la misma síntesis, expresada en la misma frase, Federico el sexólogo.

67

Se dice, de los textos aquí presentados bajo el título de «Caza de conejos», que se trata en realidad de una fina alegoría que describe paso a paso el penoso procedimiento para la obtención de la Piedra Filosofal; que, ordenados de una manera diferente a la que aquí se expone, resultan una novela romántica, de argumento lineal y contenido intrascendente; que es un texto didáctico, sin otra finalidad que la de inculcar a los niños en forma subliminal el interés por los números romanos; que no es otra cosa que la recopilación desordenada de textos de diversos autores de todos los tiempos, acerca de los conejos; que es un trabajo político, de carácter subversivo, donde las instrucciones para los conspiradores son dadas veladamente, mediante una clave preestablecida; que el autor sólo busca autobiografiarse a través de símbolos; que los nombres de los personajes son anagramas de los integrantes de una secta misteriosa; que ordenando convenientemente los fragmentos, con la primera

sílaba de cada párrafo se forma una frase de dudoso gusto, dirigida contra el clero; que leído en voz alta y grabado en una cinta magnetofónica, al pasar esta cinta al revés se obtiene la versión original de la Biblia; que traducida al sánscrito, el sonido musical de esta obra coincide notablemente con un cuarteto de Vivaldi; que pasando sus hojas por una máquina de picar carne se obtiene un fino polvillo, como el de las alas de las mariposas; que son instrucciones secretas para hacer pajaritas de papel con forma de conejo; que toda la obra no es más que una gran trampa verbal para atrapar conejos; que toda la obra no es más que una gran trampa verbal de los conejos, para atrapar definitivamente a los hombres. Etcétera.

68

Nunca como aquel domingo habíamos visto que la cosquilla de los yuyos provocara en Laura tal alocada excitación. Dejó de gatear y se irguió de un brinco, saltaba y giraba sobre sí misma, se frotaba los pechos y el vientre, se abrazaba a los árboles, gritaba y daba inusitadas cabriolas. Todos nos quedamos perplejos, pero el idiota nos explicó, en dos palabras, mientras se acariciaba el bigote, la mirada ausente: «Bichos colorados», dijo.

69

—Capitán —le dije al idiota—, los hombres están agotados.

El idiota se secó el sudor de la frente y me miró con cansancio, esbozando una sonrisa triste.

—Lo sé —respondió.

Me mandó dar la orden de descanso. Los hombres se dispersaron, se sentaron en troncos o en el suelo, se quitaron las botas, se frotaban y acariciaban los pies llagados y cuarteados.

—Capitán —le dije, en nuevo aparte—, ¿no sería mejor abandonar la lucha? ¿Volver al castillo? ¿Cuánto tiempo hace que estamos aquí, dando vueltas sin sentido?

—Hace tiempo —respondió—, hace mucho tiempo que he abandonado la lucha. Hace mucho tiempo que lo único que busco es la forma de salir.

—¿La brújula?

—Enloquecida. Señala cualquier dirección. Todas las direcciones.

—¿Las estrellas?

—¿Quién ha visto una puta estrella desde este puto bosque?

El Capitán se quitó la gorra ajada y sucia y la arrojó al suelo con furia. Quedé en silencio unos instantes.

—¿Por qué razón era que habíamos venido? —pregunté, al fin.

—Nadie lo recuerda exactamente. Había un enemigo contra quien luchar, pero ni siquiera sé, ahora, si alguna vez supimos de quién se trataba.

—Teníamos consignas.

—Teníamos fe en el triunfo.

—Sabíamos lo que queríamos.

—Nuestra causa era justa.

—¿Y ahora?

—Ahora, hay que seguir luchando. Luchando contra el bosque. El enemigo verdadero es el bosque. El otro, la razón de que estemos aquí, ha desaparecido tal vez hace mucho. ¿Y cómo lo reconoceríamos?

—Hemos perdido muchos hombres.

—Hemos de perder muchos más todavía.

—¿Y qué será de nuestras mujeres, de nuestros hijos en el castillo?

—Tal vez nos hayan olvidado. Tal vez nos den por muertos. Tal vez ellas se hayan casado nuevamente. ¿Evaristo?

—Muerto. Hace meses.

—¿Huberto?

—Muerto, también, hace años, creo.

—¿Esteban?

—Muerto o desaparecido.

—¿Federico?

—Muerto por las fieras.

—Este bosque parece infinito.

—Tal vez lo sea.

—¿Y el castillo?

—¿Existió alguna vez el castillo?

El Capitán dio la orden de formar filas y seguir adelante, abriéndose paso a machete. Algunos no pudieron obedecer. La fatiga, la fiebre.

—¿Qué hacemos? —pregunté.

—Adelante —respondió el Capitán.

Y dando el ejemplo sacó el machete y comenzó a abrirse paso por centésima, por milésima vez en el bosque. Los hombres se tambaleaban o se arrastraban detrás de nosotros. Un ejército de desechos humanos.

Y el otro enemigo era el silencio.

70

Nunca pudimos salir del castillo. Por temor, por desidia, por comodidad, por falta de voluntad. Y a pesar de todo, nuestra única ambición era ir al bosque a cazar conejos. Planificábamos expediciones perfectas que jamás se llevaron a cabo. Estudiábamos los manuales más completos sobre la caza del conejo. Pero nunca nos atrevimos a salir del castillo.

71

Doña Encarnación ha ideado una salsa para aderezar el conejo a la cacerola. Es tan sabrosa, intervienen en su preparación tantos y tan bien elegidos elementos, que por lo general terminamos por despreciar el conejo y nos limitamos a mojar el pan en la salsa.

72

¿Quién podría imaginar un monstruo capaz de matar a un conejo? Nosotros los cazamos por deporte, y luego los devolvemos sanos y salvos a su bosque. Ellos lo saben, y si oponen alguna resistencia para hacer más divertido el juego, finalmente se dejan atrapar complacidos.

73

El idiota es un ser que salpica. Para hablar con él hay que estar alerta o mantenerse a cierta distancia, por sus reiteradas eyaculaciones o el estallido de sus globos de baba. Algunos le salen muy grandes, como enormes e irisadas pompas de jabón. Se desprenden de su boca, flotan suavemente en el bosque, llevados por la brisa, eludiendo los árboles. A menudo, un cazador absorto en su presa, pendiente, tras un árbol, de los menores movimientos del conejo, esperando el momento preciso para dispararle sin errar, es tocado de pronto por uno de estos enormes globos, que estalla y lo baña de la cabeza a los pies con una baba espesa y gomosa.

74

—Dígame una cosa, don —me dijo un conejo con gravedad, apoyando una pata sobre mi hombro—. ¿Por qué no se deja de joder con los conejos y escribe otra cosa?

75

Ahora, único sobreviviente, he quedado solo en el castillo. Señor feudal muy pobre, sin compañeros ni mujer ni hijos ni servidumbre, mi única posesión es este castillo tenebroso y cerrado, que es mi cárcel. Después de tanta algarabía y tanto brillo, el único sonido que permanece es el tic tac del antiquísimo, enorme reloj de péndulo. Este sonido me irrita y me produce insomnio. Pero no puedo dejar de darle cuerda; me sirve para contar, anhelante, cada uno de los minutos que desgraciadamente voy sobreviviendo a los demás. Es, también, una forma de compañía.

76

Desde la noche en que, valiéndose de la superioridad numérica, el tamaño y la fuerza, y el factor sorpresa, los conejos tomaron por asalto el castillo y nos desalojaron, se han ido humanizando progresivamente mientras nosotros nos vamos embruteciendo en el bosque.

77

Para escribir historias de conejos, es preciso dejarse crecer un bigote sedoso y espeso. Después se hace inevitable pasarse varias horas acostado en la cama, mirando el techo, mientras los dedos, inconscientemente, acarician con curiosidad y ternura la novedosa mata. Luego de un tiempo, los dedos se acostumbran a su presencia y la van olvidando; pero, mientras tanto, las historias de conejos surgen solas, inexorablemente.

78

Los conejos, plaga social y todopoderosa, habían devastado los sembrados y jardines que rodean al castillo. A solas en el castillo, salí esa noche afuera y a la luz de la luna me sentía observado por millares de ojitos rojos y brillantes. Me detuve ante la única rosa que se erguía, intacta, en el jardín destrozado. Caí de rodillas, los brazos extendidos.

—¡Conejos! —clamé, y la noche me devolvía las palabras en ecos multiplicados—. Vosotros, que poseéis la llave del bien y del mal; vosotros, amos de la vida y de la muerte; vosotros, todopoderosos tejedores de dicha e infortunio; vosotros, quienes me habéis arrebatado mi tesoro, quienes de mi vida no habéis dejado en pie más que esta humilde, única flor: a vosotros, conejos, os suplico. Con humildad, de rodillas. Os suplico que no toquéis esta rosa, que no toquéis esta rosa.

A la mañana siguiente me asomé a la ventana y vi que los conejos habían destrozado salvajemente la rosa y el rosal; los pétalos y las hojas yacían esparcidos, retorcidos, sobre la tierra hollada por millares de patas salvajes y diabólicas. En su lugar, habían erigido una enorme estatua de barro, con forma de conejo, que miraba en mi dirección, con una mano en los genitales en actitud procaz y la otra en el hocico, haciéndome una cuarta de narices.

79

Después de haberlo probado todo en el castillo—los aquelarres, la poligamia, la meditación mística, la acupuntura china, las palabras cruzadas, los conciertos de cámara, la gimnasia yoga, las veladas literarias, el trabajo físico, el ayuno, los juegos parapsicológicos, el cadáver exquisito, la ruleta, la malilla y el tute, la militancia política, los baños de inmersión, la lucha libre, etcétera—, se nos ocurrió que para combatir nuestra constante angustia existencia! debíamos dedicarnos a la caza de conejos. Organizamos una expedición, bien armada, planificada y completa.

Cuando llegamos al bosque, parecía que los conejos nos estaban esperando. Bailaban para nosotros con sus polleritas de rafia, nos convidaban con sabrosos refrescos servidos en vasitos de papel encerado, entonaban bellas canciones acompañándose de pequeñas guitarras hawaianas. Luego nos propusieron intercambio: tenían alforjas llenas de hermosas cuentas de bellísimos colores, espejitos en los cuales uno podía verse el rostro reflejado con perfección inusitada, collares y pulseras, llaveros y navajitas con incrustaciones de nácar. Yo no pude resistirme, y cambié mi escopeta por un encendedor de tanque de plástico transparente, dentro del cual flotaba una mosquita artificial como las que usan los pescadores. Todos volvimos prácticamente desnudos al castillo, cargados de objetos brillantes y novedosos para nosotros y nuestras mujeres.

A la mañana siguiente, nos despertamos con la inquietante certeza de haber sido engañados como perfectos imbéciles.

80

El conejo tiene un solo punto débil: su poderoso instinto maternal. Si su bien adiestrada desconfianza por el hombre no nos permite cazarlos de ninguna otra manera, ni con armas ni trampas, tenemos un recurso extremo e infalible: vestimos al enano con ropas de bebé, y lo dejamos abandonado en el bosque, dentro de una canastita de mimbre. Entre sus ropitas disimula una pistola calibre 45, y es difícil que no regrese con una buena docena de conejos muertos.

81

Nunca pudimos hacerle entender al idiota cómo son los conejos muertos.

—Tiene orejas largas —le decíamos, y traía un burro.

—Es pequeño —y traía una pulga.

—Es del tamaño de un perro chico —y traía un perro chico.

—Es un roedor —y traía una rata.

- Vive en el bosque –y traía una víbora.
- Tiene cuatro patas –y traía una mesa.
- Se desplaza por medio de saltos –y traía un canguro.
- Es blanco y tierno, simpático y sensual, de tacto suave y cuerpo palpitante –y trajo a su primita Águeda, con el corazón, atravesado por un certero flechazo.

82

Los conejos son de una fertilidad tan asombrosa que en el bosque se han colocado carteles previniendo contra la extinción de la especie a breve plazo.

83

Cuando vamos a cazar conejos al bosque, es tan poco frecuente que encontremos alguno que, si alguna vez descubrimos un conejo moviéndose entre el pasto, inmediatamente somos todos los cazadores juntos que disparamos sobre él, lo acribillamos, lo agujereamos y reventamos de tal forma todos al unísono con nuestras escopetas y ametralladoras, que después no queda casi nada del conejo y nos volvemos al castillo completamente frustrados.

84

Es tal la repulsión, el asco, el horror que nos provoca la vista de un conejo, que si por casualidad hallamos alguno cuando vamos al bosque a cazar elefantes, tiene la virtud de despertar en nosotros una crueldad a la vez refinada y atávica. Rápidamente instalamos en un claro una cruz de madera, y clavamos a ella las manos y los pies del conejo; en su inmunda cabeza colocamos una corona de espinas y nos sentamos a su alrededor a contemplar cómo agoniza, durante horas, mientras le escupimos y le lanzamos nuestros peores insultos.

85

Nuestros niños, quienes siempre nos acompañan en la caza de conejos, aprendieron de éstos una palabra de oscura significación, un adjetivo que aplican indiscriminadamente a distintos sustantivos en las más diversas circunstancias: *chulé*. El idiota es *chulé*, los nuevos cortinados del castillo son *chulé*, el café con leche es *chulé*, las manchas de alquitrán son *chulé*.

Evaristo el plomero, que en sus ratos de ocio tiene inquietudes filológicas, dedicó una larga temporada a investigar el lenguaje de los conejos. Descubrió por fin que el adjetivo *chulé* que utilizan los niños es una deformación de la única expresión que usan los conejos para comunicarse entre ellos, moviendo la cabeza tristemente: la expresión inglesa *too late* (demasiado tarde).

86

En la huerta que tenemos a los fondos del castillo, crece un árbol extraordinario y maravilloso, cuyo fruto es el conejo.

En primavera se cubre de flores blancas y grandes. Hacia el verano, el conejo está a punto de madurez. Sólo tenemos que estirar la mano, arrancarlo, y llevarlo directamente a la cacerola.

87

Por intercambio de mutuas influencias, con el paso de los años los guardabosques se fueron transformando en conejos, los conejos en comejenes, los comejenes en zanahorias, las zanahorias en cazadores, los cazadores en guardabosques. El equilibrio ecológico fue cuidadosamente respetado.

88

—Lo nuestro es imposible —me dijo Laura—. Soy dueña de un castillo, estoy rodeada de joyas y sirvientes, mis dominios se extienden hasta donde puede alcanzar la vista, y más aún. Tú, en cambio, no eres más que un sucio y pobre conejo de los bosques.

89

La felicidad de los conejos terminó cuando la especie comenzó a degenerar, tal vez por la nefasta influencia del idiota. Se dedicaron a imitarlo en sus masturbaciones y globitos de baba y a salpicar a todo el mundo. Al cabo de algunas generaciones adquirieron colmillos, y luego lanzaron un manifiesto de Fe Racionalista.

90

Poco a poco, casi insensiblemente, los conejos pasaron a dominarnos. Nos han cercado en este inmundo castillo, donde nos hacen vivir penosamente. Nos obligan, mediante hábiles técnicas publicitarias o bien por la fuerza, a fabricar y consumir toda una serie de productos que no necesitamos realmente. Nuestra otrora pujante y alegre raza de cazadores se ha transformado en una opaca y deslucida caricatura. Conservamos nuestras vestimentas y nuestros sombreros rojos, pero ya no nos ocupamos de la caza ni prácticamente de nada que valga la pena.

91

Cuando en el cine de mi barrio exhiben alguna hermosa y delicada película sobre conejos, la sala se llena de estos repugnantes animales de olor nauseabundo y que estropean las alfombras con sus patas engradadas. Mastican ruidosamente sus zanahorias mientras se exhibe el film, lo comentan en voz alta con total despreocupación por los otros espectadores, hacen chistes groseros y ríen estrepitosamente durante las partes más sublimes. Lo peor de todo es escuchar sus comentarios, mientras salen poniéndose el sobretodo o del brazo de sus conejas. «Me pregunto dónde está el mensaje» —suelen decir.

92

Hemos equipado el castillo con luz eléctrica, heladera, lavarropas, televisión y otros inapreciables artefactos, gracias a los conejos. En efecto: como no hay ningún río cercano, hemos fabricado una gran jaula circular, del mismo tipo de las que se fabrican para las graciosas ardillitas, pero mucho más grande. La fuerza que desarrollan los conejos al tratar de huir, y que hace girar la jaula sobre su eje central, es aprovechada por nosotros, transformada en energía eléctrica y almacenada en un acumulador que surte las instalaciones del castillo. Y no tenemos ningún gasto: no hace falta siquiera alimentar a los conejos. Dada su asombrosa fertilidad, cuando alguno se muere de hambre y fatiga es rápidamente repuesto por otro, que traemos del bosque.

A veces nos preguntamos por qué corren los conejos adentro de la jaula. Nos respondemos, siempre: porque son irremediabilmente imbéciles.

93

Un procedimiento muy eficaz para cazar conejos, consiste en descubrir su madriguera y hacer una fogata a la entrada, poniendo algunas maderas y hojas verdes que producen un humo espeso. Dirigiendo el humo hacia adentro de la madriguera, por medio de un abanico o un fuelle, en breves instantes aparece el conejo medio asfixiado, tosiendo y con los ojos llenos de lágrimas. Fácil presa para el cazador.

Pero parece que en los últimos tiempos los conejos han aprendido esta artimaña, y se ha vuelto peligrosa para el propio cazador. En efecto: hay conejos que fabrican otras salidas para su madriguera, lejanas e invisibles, y cuando sienten el humo se escapan por ellas. Dan un largo rodeo y trepan al árbol que está detrás del cazador agazapado —abanicando o accionando el fuelle con fruición—, y desde allá arriba le dejan caer en la cabeza una pesada bocha, o una roca, o una bala de cañón.

94

La madriguera favorita de una variedad especialmente pequeña de conejos es Águeda, la prima del idiota. Ella está casi siempre tendida en la alfombra, junto a la chimenea, con las piernas ligeramente entreabiertas. Uno puede sentarse a prudente distancia, y si tiene paciencia y no hace ruido observará al cabo de un tiempo la blanca y nerviosa cabecita orejuda que se asoma y mira. Águeda odia a los cazadores y protege a sus conejitos. Siempre tiene a mano un balde de agua para apagar las fogatas que hacen algunos cazadores fanáticos. Los conejitos, sabiéndose protegidos, se acodan a veces en la puerta de la madriguera y nos miran con desprecio, con una tremenda expresión de complacencia malvada en sus ojitos redondos.

95

«En una época —me decía un viejo conejo— este bosque estaba repleto de guardabosques. Daba gusto verlos retozar en el pasto, vestidos con sus brillantes uniformes. Ahora los tiempos han cambiado. Esté seguro de que no hallará un solo guardabosques, así se pase la vida buscándolo.» El disfraz de conejo era perfecto, pero de todos modos no logró engañarme. «Vamos, guardabosques —le dije, con aire de superioridad protectora—, te invito a tomar unas cañas en el boliche.»

96

Como ejemplo aleccionante para los cuervos y las hienas del bosque, colgamos a veces los esqueletos de nuestros niños en unas horcas siniestras.

97

Laura prefiere los hombres a los conejos. Cuando vamos al bosque, de caza, ella se tiende en el pasto y espera que vengan hombres a poseerla. Los hombres salvajes que habitan el bosque son de inusual virilidad y muy hábiles para el abrazo, muy al contrario de los cazadores de conejos, a quienes la vida sedentaria en el castillo nos ha vuelto pálidos, débiles, gordos, torpes y más bien afeminados.

98

Amaestramos a un conejo y lo disfrazamos de oso bailarín. Se lo vendimos a un circo. Nos dieron mucho dinero, pases gratuitos para todas las funciones y una mujer gorda y barbuda que tenían repetida.

99

Yo sentía pinchazos en las piernas. Al principio no les daba importancia, pensando en los darditos inofensivos de las arañas con ropas de cazador y sombrero rojo. Pero cuando el dolor y el mareo me hicieron vacilar y caer, y antes de que la vista se me nublara definitivamente, vi a las pequeñas enfermeras, de túnica blanca, con sonrisas diabólicas llenas de colmillos, acribillándome con esas agujas hipodérmicas llenas de un veneno amarillento, dolorosísimo y fatal.

Epílogo

En total éramos muchos, y nadie pensaba cumplir las órdenes. Había cazadores solitarios y había grupos de dos, de tres o de quince. Todos los detalles habían sido previstos. Teníamos un plan completo. Llegados al bosque inmenso, el idiota levantó una mano y dio la orden de dispersarnos. Laura iba desnuda. Otros llevaban las manos vacías. Y escopetas, puñales, ametralladoras, cañones y tanques. Teníamos sombreros rojos. Era una expedición bien organizada que capitaneaba el idiota. Fuimos a cazar conejos.

Marzo 1973

La muerte del poeta

por Alberto Vanasco

Alberto Vanasco nació en 1925 en Buenos Aires, Argentina. Su obra poética, iniciada en 1943, se distingue por su carácter experimental. Publicó, con otros poetas, en la revista *Zona*, y todos sus poemas se agrupan bajo dos títulos: *Ella en general* y *Canto rodado*. Su incursión dentro de la ciencia ficción fue muy tardía, y constituye una excepción en su producción literaria. Su colaboración con Eduardo Goligorsky (presente también en esta antología) produjo dos excelentes libros de relatos: *Memorias del futuro* (1966), que incluía *La muerte del poeta*, y *Adiós al mañana* (1967).

El empleado de la sección Poesía accionó una pequeña palanca del tablero central y casi de inmediato apareció la tarjeta en la bandeja de información.

—Aquí está —dijo el empleado, tomando el cartón con su mano izquierda y extendiéndoselo a Dorvs. Con la otra mano sostenía la taza de café.

Dorvs tomó la tarjeta y trató de leer.

—No entiendo—dijo.

—Claro que no. Pero es sencillo. Mire: cada punto, una letra, cada dos puntos, un número.

—¿Tengo que descifrarlo yo?

—No, en absoluto. Pensé que le gustaría saber, por eso le explicaba.

—Me basta con saber lo mío. ¿Puede informarme?

—Sí —dijo el empleado, poniéndose serio de pronto y dejando a un lado la taza vacía—. Cómo no.

Estudió durante tres segundos las perforaciones del código.

—Tuvo suerte —exclamó, con entusiasmo—. El libro ha sido aprobado. Le corresponde el número A 125.432 bis, de la fecha.

—¿Qué quiere decir? ¿Son todos los libros presentados en el año?

—No. Son los compulsados hoy. Pero el suyo es uno de los pocos que ha pasado la prueba. Hay solamente veintitrés en las mismas condiciones. Y usted es el número uno.

—Gracias. Eso está bien, ¿no?

—Supongo que sí. Y para nosotros también. Es el primero que resulta aprobado en nuestra oficina, en más de diez años.

—¿Adonde debo dirigirme ahora?

—A la biblioteca. Allí le darán toda la información.

—¿Lo publicarán?

—Sí. Son los que se encargan de eso.

—Gracias.

—Le darán también una beca, seguramente. Un año para viajar adonde quiera.

—Me vendría bien. Hasta luego.

—Tengo que tomarle el tiempo que ha estado acá. Le conviene apurarse. No vaya caminando.

—Sí, voy a ir caminando. No me importa.

El hombre anotó el tiempo y Dorvs salió a la explanada. Tenía nada más que dos horas para dedicar a ese trámite pero igual se dirigió caminando hacia la biblioteca. Quería recapacitar. Por eso ni siquiera usó la vereda automática: bajó libremente por la calzada.

Se sentía ufano. Por fin habían aceptado un libro suyo. Esta obra era su tercera prueba. Había fracasado veinte años atrás, con su primer trabajo, Y luego había debido esperar los diez años que fijaba la ley para el segundo intento. Pero el tercero había resultado. Ya era un escritor. Las computadoras habían registrado todas sus palabras, habían examinado el contenido y lo seleccionaron entre miles. Tuvo que trabajar intensamente todos esos años para hacerlo, aprovechando las horas nocturnas, y los descansos semanales. Había sido, además, su última oportunidad. De no haber pasado esta prueba no hubiera podido ya dedicarse a la literatura, no hubiera podido justificar esas horas que ocupaba escribiendo. Pero ahora ya era un escritor. Llegó a Plaza Mallú, tomó por la Avenida Olivar hasta la calle Néccico.

Cuando llegó a la biblioteca una flecha lo llevó directamente hasta la sección publicaciones. Había una sola empleada, sentada entre las máquinas ZYT, arreglando su reloj: lo había desarmado y ahora volvía a poner cada pieza en su lugar, minuciosamente.

—¿Usted también se anotó en esos cursos? —preguntó Dorvs.

—Sí. Tuve que hacerlo. Es una gran cosa. Me ayuda a pasar el día.

Dorvs le extendió su tarjeta:

—Mi libro ha sido aceptado —dijo—. ¿Me puede informar?

La empleada tomó la ficha y examinó las perforaciones con ojo profesional.

—A 125.432 bis—dijo.

—Así es —confirmó Dorvs, no sin cierto orgullo.

—¡Qué cosa! —exclamó ella—. Cada día se escribe menos. Hasta hace un año no bajábamos del millón. La gente ya no tiene entusiasmo.

—Cada día resulta más difícil.

—Debe ser eso. Su nombre es Dorvs.

—Sí.

—Muy bien, tomaré nota. Puede llevar la tarjeta. Mañana quedará registrado y antes de fin de semana recibirá el comprobante.

Puso la tarjeta en la boca de entrada y cargó la memoria.

—¿Eso es todo?

—Claro. Tal vez reciba también los pasajes y el dinero para una beca. Usted es el número uno. Se la merece.

—¿Y mis originales?

—Su original está aquí. Ésta es la frase elegida para el archivo: «El sepia es un racimo de grisú rabioso».

—Es un verso.

—Bueno, un verso.

—¿Y el resto? Yo presenté cincuenta poemas con más de tres mil líneas.

—Todo el material ha sido compulsado por la computadora. Las otras frases seguramente estaban registradas. La máquina informa cuándo y por quiénes ha sido escrita cada cosa y devuelve lo que es original. Su libro ha sido aceptado porque tenía esta frase que es inédita. Ahora nosotros la incluimos en el archivo general, con su nombre y sus datos.

—¿Y no la publican?

—Por supuesto. Todos los años se editan las nóminas de las nuevas creaciones, unas veinte mil por vez. La suya saldrá con su nombre y todo más o menos dentro de tres años. También le avisaremos. No deje de leerlo. Le felicito.

—Gracias. ¿Puedo copiar el verso?

—Cómo no. Yo se lo dicto, porque veo que le queda poco tiempo. «El sepia es un racimo de grisú rabioso».

Dorvs escribió las ocho palabras en su cuaderno de notas y volvió al trabajo. Habían pasado exactamente las dos horas que tenía para eso.

Su labor de escritor estaba realizada. Su verso había ido a incrustarse en la gran memoria del cerebro electrónico que contenía todo lo creado y pensado por el hombre hasta ese momento. En algún sitio sus palabras quedarían inscritas para siempre formando parte de todo lo adquirido por la cultura en su lucha con el misterio.

Dorvs aprovechó aquella beca, viajó, conoció cielos distintos y regresó al trabajo. Tres años después recibió una hoja de las planillas de publicación donde constaba su línea, con su número. Ningún otro hecho se derivó de su poesía. Presentó otros libros. Presentó otros poemas pero ninguno fue ya aceptado por la inexorable memoria de la computadora universal. Nada más sucedió. Salvo en el último día de su vida.

Estando enfermo de gravedad, muchos años después, un joven pidió hablar con el poeta Dorvs. Conocía su verso, lo había leído en la nómina de difusión y lo que más deseaba en el mundo era conocer a su autor. Lo hicieron pasar a la habitación donde Dorvs agonizaba y el joven le explicó el motivo de su visita, su admiración por el viejo maestro que había dejado aquella línea extraordinaria. Dorvs sonrió y pensó que su vida acababa de transformarse en una victoria. Sacó la antigua tarjeta de computadora donde constaba su creación y la entregó al joven discípulo como un legado inmortal. Su visitante examinó aquella ficha.

—Perdón. Esta es la A 125.432 bis —dijo.

—Claro. ¿Por qué? —preguntó Dorvs con sus últimas fuerzas.

—Yo buscaba al autor de la A 125.433 bis —dijo el discípulo—. Debe tratarse de un error del departamento de información.

Pero Dorvs ya no oía. El joven llamó a la familia y salió un rato después con la tarjeta en la mano. La dobló en dos. Y al cruzar la plaza, en uno de los canteros, la dejó caer.

El cosmonauta

por Ángel Arango

De Ángel Arango, como de la mayor parte de los escritores cubanos, se sabe más bien poco. Nació en La Habana, Cuba, el 25 de marzo de 1926; se graduó como doctor en Derecho Civil, pero jamás ha ejercido; fue tallador de diamantes, y actualmente, según nuestras noticias, trabaja en Cubana de Aviación. Ha vivido en Estados Unidos, y ha visitado España, México, Brasil, Puerto Rico y Canadá. En su haber tiene al menos tres obras de ciencia ficción: *¿Adonde van los cefalomos?* (1964), *El planeta negro* (1966) y *Robotomaquia* (1968). El cuento que aquí les ofrecemos apareció originalmente en el número 42 de la revista española *Nueva Dimensión*.

Git flageló a Nuí.

Ella dio saltos de alegría sobre el polvo azul. —Acércate —dijo Git.

Nuí avanzó con sus pinzas y se las enseñó a Git. Un tentáculo de Git rodó echando humo hacia Nuí. —¡Córtalo! ¡Córtalo! —suplicó Git. Nuí lo mordió en tres partes: ¡choc! ¡choc! ¡choc! Se comió una. Git se comió otra.

La tercera escapó corriendo sobre el polvo azul y dio un hijo. Nuí agarró al otro hijo de Git por un tentáculo y le cortó la mitad.

—Más, más... —pidió él.

Pero Nuí estaba detrás del pedazo que había cortado; se le fue entre el polvo.

Nuí se dio golpecitos en el carapacho con las pinzas y lanzó un chorro amarillo encima de Git.

Mut era un testigo mudo de los juegos de Git y Nuí.

La nave había sido desviada de su ruta por la interferencia de una corriente de partículas meteóricas y el hombre se vio obligado a aproximarla al planeta para evitar un choque fatal. Luego la fuerza de gravedad la atrajo y fue descendiendo en zigzag, utilizando el motor de freno como compensación.

—Así podré revisar los instrumentos y esperar a que termine el flujo meteórico... —se dijo el cosmonauta.

Primero la nave era un punto negro en el cielo. Acercóse a la superficie como una partícula estelar, creciendo hasta tomar su forma definitiva sobre el polvo azul, que se apartó inmediatamente dejando lugar al oxígeno que respiraba la nave para protegerse, y que pronto vino a formar una mancha roja debajo de ella.

Git, Nuí, Mut y los demás nunca habían visto un meteorito tan extraño: más brillante que los otros, menos caliente, más simétrico. Git se extendió sobre la nave. Su ojo blanco temblaba y las múltiples esferas cerebrales de sus tentáculos se humedecieron. El sudor de los pequeños cerebros a lo largo de sus tentáculos corría por el cristal de las ventanillas.

—¡Muérdeme! —suplicó a Nuí, y ella, ¡choc!, le cortó otro trozo de tentáculo, que dio un hijo más.

Como ocurría cada vez que caían meteoritos, su instinto de reproducción era exaltado y el proceso de cortar tentáculos se multiplicaba.

Nuí mordía los tentáculos de Git con las pinzas y los pequeños pedazos se iban rodando y crecían con rapidez. Mut se extendió longitudinalmente sobre el estimulante polvo azul; alargándose, avanzó sobre la nave y formó varios anillos en su rededor. Luego se subdividió y cada anillo fue a su vez tendiéndose a lo largo sobre el polvo azul y subdividiéndose.

Movido por la necesidad de establecer contacto y por la confianza en sí mismo, el cosmonauta apareció en la puerta de la nave, contemplando a los curiosos pobladores del polvo azul. Solo en su traje ancho, la cabeza dentro del casco de cristal que emitía chispas por las antenas frente a sus ojos, descendió por la escalera y se adelantó hacia la multitud. Los otros quedaron sorprendidos ante aquel ser que salía de un meteorito y caminaba sobre dos tentáculos, moviendo otros dos en el aire.

Mut preguntó:

—¿De dónde vendrá? Nunca habíamos visto a nadie en un meteorito.

—Extraño, extraño —comentó Nuí, e hizo ¡choc! ¡choc! en el aire con sus pinzas.

La osadía del hombre creció al verse como un rey, delante de todos aquellos personajes que permanecían inmóviles, analizándolo a través de sus múltiples tentáculos llenos de esferas cerebrales; miles de ojos pensantes sobre el hombre, escrutándolo, penetrándolo, tomando su imagen y movimientos, apoderándose de sus formas.

Entró en el polvo azul. Los demás vieron cómo se movía cómodamente sobre sus pies, mirándolo todo y lanzando constantes chispas entre ceja y ceja.

—Háblale —sugirió Mut—. Dile cualquier cosa...

—¿Quién eres? —preguntó Git.

El cosmonauta no recibió nada. Su casco de cristal continuaba despidiendo chispas entre ceja y ceja. Pero tuvo una cierta intuición de que querían entablar un diálogo. Lo mejor que pudo hacer fue lanzar más chispas, esta vez azules.

Git, Nuí, Mut, y los demás entendieron que eran un símbolo de paz.

—Sus palabras son azules como nuestro polvo —dijo Mut—. Quiere decirnos algo...

—¿Por qué será tan pequeño? —preguntó Nuí.

Git señaló:

—Tiene dos cerebros gemelos que le brillan. Los abre y los cierra; miren bien. Y por encima de los cerebros nos habla con palabras de luz azul.

—Sí —dijo Nuí—. ¿Qué edad tendrá?

—Debe de ser muy joven —especuló Mut—. Sus tentáculos son cortos...

Nuí se dirigió al hombre.

—Acércate —le dijo—, acércate.

El cosmonauta no oía absolutamente nada.

Nuí entonces se le aproximó.

—¿Estás solo? ¿No hay más contigo?

Los demás miraron hacia la puerta exterior de la nave, que había quedado abierta. Pero nadie se asomaba. Uno de los tentáculos-hijos se fue corriendo y trepó por la escalerilla.

El hombre, que lo había visto, siguió intentando entablar conversación.

«Son juguetones y pacíficos —se dijo—. Los pequeños parecen cachorros.»

Y, efectivamente, los pequeños eran los que más se acercaban para verlo.

«He causado conmoción», volvió a pensar el hombre.

Mut preguntó:

—¿Cómo serán sus hijos?

Y se subdividió para que el visitante entendiera lo que se hablaba.

Nuí, observándolo de cerca, vio que se parecía a Git, aunque sus tentáculos carecían de cerebros.

—Es tan joven que aún no tiene —se dijo.

Entonces Nuí se dejó llevar por la curiosidad, más que por las ganas de procrear, y le cortó los brazos al hombre con sus pinzas: ¡choc! ¡choc!

Mientras se desangraba, el cosmonauta sintió que le faltaba el aire y lo último que pudo oír fue otra vez ¡choc! ¡choc! ¡choc! ¡choc!

Futuro

por Luis Britto García

Luis Britto García nació en Caracas, Venezuela, el 9 de octubre de 1940. Estudió en la Universidad Central de Venezuela y, en 1962, se graduó como abogado. Actualmente es profesor de metodología de la investigación en las ciencias sociales y de sistemas presupuestarios en dicha universidad. Ha escrito varios libros y trabajos sobre hacienda pública. En 1970 obtuvo el premio «Casa de las Américas» por su obra *Rajatabla*, que incluía el cuento que aquí les ofrecemos, y a la que siguió en 197X otro libro de relatos más impregnado de ciencia ficción: *Abrapalabra*.

Tesis

Y se logró la sociedad perfecta, y se atenuó la locura de la especie humana y los hombres estuvieron dispuestos a dedicar sus energías a la consecución de un objetivo.

Antítesis

Entonces encontraron que no había objetivo alguno al cual se pudieran dedicar.

Síntesis

Por lo tanto, fue endiosada como objetivo la ausencia de todo objetivo, esto es, el vegetar.

Tesis

En primer lugar, la humanidad había de liberarse del *trabajo*, y ello inició la más loca carrera de trabajo conjunto destinado al objetivo de no trabajar.

Antítesis

Finalmente, todo trabajo humano fue hecho por máquinas, y las máquinas fueron hechas por otras máquinas, que a su vez eran dirigidas por otras máquinas, y así se liberó la humanidad del trabajo.

Síntesis

Por lo que todas las facultades mecánicas del hombre, su musculatura, sus miembros y sus posibilidades de moverse o de mover objetos, dejaron de ser útiles, se atrofiaron, y acabaron por desaparecer.

Tesis

En segundo lugar, había de liberarse la humanidad de la esclavitud del *alimento*.

Antítesis

Todas las potencialidades químicas se emplearon en la síntesis de las proteínas y de los hidratos de carbono a partir de la materia inanimada y del calor, y finalmente, mediante la energía atómica, fuerza y materia fueron transmutadas en los laboratorios hasta que formaron la más depurada quintaesencia alimenticia, susceptible de pasar directamente al caldo sanguíneo sin previa digestión.

Síntesis

Con lo que la boca y el estómago y el intestino y el hígado y en general las vísceras dejaron de cargar con la pesada tarea de exprimir energías de los alimentos, y se atrofiaron, y acabaron por desaparecer.

Tesis

En tercer lugar, debía liberarse la humanidad de la *muerte*.

Antítesis

Y los laboratorios acorralaron las toxinas que producían la degeneración antaño conocida como vejez y corrigieron los genes que producían el suicidio del individuo conocido como muerte, y a partir de la materia orgánica se hizo la síntesis del protoplasma y a partir de la síntesis del protoplasma se hizo la síntesis de la inmortalidad.

Síntesis

Con lo que se hizo innecesario reproducirse y los órganos de la generación dejaron de ser útiles, se atrofiaron y acabaron por desaparecer.

Tesis

Y fue en esta alborada del espíritu cuando el intelecto, ya dueño y señor del universo, estuvo capacitado para lanzarse a la más audaz aventura dentro de las más puras categorías de la abstracción.

Antítesis

Liberado del trabajo, liberado del hambre, liberado del sexo, liberado de la muerte, el cerebro humano se disponía a lanzar a la faz de lo creado su más potente fruto: el que no había nacido de ninguna urgencia de las vísceras, de ningún apetito de la carne. Un acontecimiento enorme estaba por sobrevenir.

Síntesis

En efecto, el cerebro humano también dejó de ser necesario, también se atrofió, y también acabó por desaparecer.

Los embriones del violeta

por *Angélica Gorodischer*

Angélica Gorodischer puede ser considerada con toda justicia como el Borges femenino. Desempeña un importante papel dentro de la escuela literaria de Rosario, ciudad donde reside. Autora prolífica, entre su obra de ciencia ficción cabe destacar la novela *Opus dos* (1967), una original crítica del racismo en la línea de las obras de Ray Bradbury, y los libros de relatos *Bajo las jabeas en flor* (1973), de donde hemos extraído el presente relato, *Casta luna electrónica* (1978), donde se mezclan relatos de ciencia ficción, fantásticos y policíacos, y *Trafalgar* (1980), relatos de las andanzas por diversos mundos de un curioso personaje, mitad aventurero, mitad poeta, llamado Trafalgar Medrano. Actualmente es traductora y bibliotecaria en un hospital. y su tiempo discurre entre su trabajo, su marido, sus hijos, sus gatos... y escribir incesantemente.

Se dio vuelta bajo las mantas, rugieron los torrentes. Alcanzó a detener la punta de un sueño que hablaba de Ulises; escuchó la respiración tranquilizadora de la noche en Vantedour. Bonifacio de Solomea se estiró a los pies de la cama y sacó la lengua rosa para la rutina de un aseo perezoso. Pero no había amanecido, y los dos volvieron a dormirse. Atravesado en el umbral de la puerta, Tuk-o-Tut roncaba.

Del otro lado del mar, los Matronas mecían a Carita Dulce. Habían transportado con cuidado el huevo al aire libre, fijándose dónde pisaban para no tropezar, para no sacudirlo, y lo habían destapado. La cuna enorme se movía al compás de la canción y el sol amarillo pasaba entre las hojas de los árboles y le lamía los muslos. Se movió, se frotó contra las paredes suaves de la cuna y lloriqueó. Los Matronas cantaron, y uno de ellos se acercó y le acarició la mejilla. Carita Dulce sonrió y volvió a quedarse dormido. Los Matronas suspiraron y se miraron entre ellos, arrobados.

En la isla era por la tarde: los clavicordios tocaban la Sonata número 17 en si bemol mayor. Theophilus se preparaba para atacar nuevamente; Saverius había terminado su discurso y él había estado planeando una respuesta brillante. Pero dentro de él resonó la frase: Esta alma también ama a Cimarosa. ¿Se le escapaban las palabras que había pensado decir, la importancia de una conjunción adversativa, el matiz de un adjetivo para calificar un tanto peyorativamente el pretendido modelo universal de la percepción?, y le pareció que Saverius empezaba a mostrarse demasiado satisfecho.

Retorcido como una sogá, barbudo y sucio, oliendo a vómito y a sudor, hizo otro esfuerzo para sentarse. Apoyó con fuerza la mano izquierda en el suelo, apretando, apretando para que no temblara, y se agarró a una mata de pasto. Alzó la derecha, se sujetó al tronco del árbol y empezó a izarse. Estaba mareado y una saliva biliosa le llenaba la boca. Escupió, y un poco de baba se le deslizó por la barbilla.

—Cantemos —dijo—, cantémosle a la vida, al amor y al vino.

Tenía siete soles dentro de la cabeza y dos afuera. Uno era anaranjado y podía mirárselo impunemente.

—Quiero un traje —dijo—. Éste está hecho una porquería. Un traje nuevo de terciopelo verde. Verde, eso es, verde. Y botas altas. Un bastón, una camisa. Y whisky en copones de cerveza.

Pero estaba muy lejos del violeta y no tenía fuerzas para caminar.

La fachada de la casa era de piedra gris. La casa misma estaba incrustada en la montaña, y por dentro estaba minada por incontables corredores a los que no llegaba ninguna luz. Las salas de trofeos estaban vacías: en el monte, los Cazadores asaban carne de ciervos. Había salas tapizadas de negro a las que a veces entraban los Jueces. Todo estaba en silencio como lo estaba la mayor parte del tiempo: las ventanas seguirían cerradas. La cámara de torturas se encontraba en el sótano, y hacia allí llevaban a Lesvanoos, con las manos atadas a la espalda.

Mientras tanto, quince hombres cansados se acercaban en la oscuridad. Once de ellos habían sido elegidos por sus aptitudes físicas, su valor y su capacidad de obediencia: los cuatro restantes, por sus conocimientos. En el único lugar que no era un pozo destinado a la mayor cantidad posible de funciones útiles, siete se sentaban alrededor de una mesa.

—Digamos que diez horas más —dijo el Comandante.

Leónidas Terencio Sessler pensó que se habían dicho demasiadas cosas en ese viaje, y que por lo visto, seguían y seguirían diciéndose demasiadas cosas. Había habido discusiones, peleas, gritos, órdenes, disculpas, explicaciones, discursos moralizantes (a su cargo, exclusivamente a su cargo). Su intención no había sido nunca resultar moralizador, pero en el deseo de paliar un poco lo que sabía que a los oídos de los demás sonaría como cinismo, algo se modificaba en el proceso oscuro por el que los pensamientos se transformaban en palabras, y terminaba por aplastar con moralejas a todo el mundo. Había tenido tiempo de comparar muchas veces ese proceso con el que, creía, debía producirse en la creación —un poema, por ejemplo: «sé salir antes del día sin despertar la estrella verde»— y había llegado a la conclusión de que la detonación del lenguaje, grito, lenguaje, nombre — otra vez: «habitaré mi nombre»— había sido un error monstruoso, o una broma sangrienta. Eso, según su estado de ánimo; en el segundo caso (cuando llegaba a ser capaz de aceptar la posibilidad de la sospecha de una sospecha: la existencia de dios), chistes interminables y reeditados, autobiografías desoladas, recomendaciones y presunciones.

—Deberíamos suprimir las palabras y comunicarnos con música —dijo.

El Comandante se sonrió, torciendo la cabeza como un pájaro de alas cortas, desconfiado.

—No me refiero solamente a nosotros —explicó Leo Sessler—, sino al hombre en general.

—Mi querido doctor —dijo el ingeniero Savan—, según usted, ¿en este momento deberíamos abrir las bocas y emitir una marcha triunfal?

—Aja.

—¿No es lo mismo si gritamos viva viva, hurra hurra?

—Por supuesto que no.

—Doce notas son poco —dijo Reidt el joven inesperadamente.

—Y veintiocho signos son demasiado—contestó Leo Sessler.

—A ver ese café —dijo el Comandante.

A las once, hora de navegación, aterrizaron en el así llamado Desierto Puma. No era un desierto, sino una vasta depresión cubierta de hierbas amarillentas.

—Triste tierra—dijo Leo Sessler.

—Diez horas cincuenta y cuatro —le contestaron.

Y también:

—No dormí nada anoche.

—¿Y quién durmió? —dijo alguien más.

Los cruzaban todos los ruidos precisos, matemáticos, perfectos. El Desierto Puma se extendía, engañosamente reseco, y se elevaba en los bordes como un gran plato de sopa. Los hombres se vestían, cada uno junto a su casillero, con trajes blancos; se ponían duros guantes articulados y botas hasta la rodilla, equipo completo de descenso. Leo Sessler se calzó los anteojos y encima las antiparras reglamentarias, estúpidas precauciones. Savan silbaba.

—Cuando estén listos —dijo el Comandante que siempre era el primero en estar listo—, junto a la cámara de salida.

Y abrió la puerta.

—¿Usted preferiría morirse a quedarse ciego, Savan?—preguntó Leo Sessler.

—¿Cómo? —dijo el Comandante desde la puerta.

—Esos soles —dijo Leo Sessler.

—No hay cuidado —contestó el Comandante—, Reidt el joven sabe lo que hace.

Y cerró la puerta.

Reidt el joven se ruborizó: dejó caer un guante para poder agacharse y no tener que exhibir la cara ante los demás.

—Morirme —dijo Savan.

Bonifacio de Solomea arqueó el lomo y bufó.

—¿Qué pasa? —preguntó el Señor de Vantedour.

Abajo, aullaban los perros.

En cambio, Theophilus tuvo la seguridad del aterrizaje, o, por lo menos, se enteró de que algo había sido visto en el cielo, y que ese algo venía en dirección a ellos. La esperanza había sido reemplazada por el bienestar, relegada y olvidada cuanto antes como algo peligroso. Pero la curiosidad hizo que se mantuviera en contacto con el Maestro Astrónomo. Así supo el lugar en el que eso había caído o bajado, y aunque no le entusiasmaba la idea de viajar sin dormir, hizo que le comunicaran con el Maestro Navegador.

—Apaguen esa música.

Los clavicordios se interrumpieron en medio de la trigésima sonata.

Un jinete entraba a galope tendido en el patio de honor. El Señor de Vantedour se levantó de la cama, se echó una capa sobre los hombros, y se acercó a los balcones. El hombre gritaba algo allá abajo, venía de los puestos de observación, y señalaba hacia el oeste.

—Después del desayuno —dijo el Señor de Vantedour.

En la habitación no había nadie para escucharle, salvo Bonifacio de Solomea que aprobó silenciosamente.

Carita Dulce lamía las paredes húmedas de la cuna, y Lesvanoos, atado a la mesa, desnudo, miraba al verdugo y el verdugo esperaba.

Vestido con el traje de terciopelo verde, apoyándose en el bastón, se alejó del violeta cantando. Llevaba una copa en la mano. El sol brillaba en el cristal y en los botones de perlas de la camisa. Estaba en paz y la felicidad era tan fácil.

Bajaron ocho de ellos, el Comandante, Leo Sessler, el ingeniero Savan, el radiooperador segundo, y cuatro tripulantes más. Todos llevaban armas livianas, pero el único que se sentía ridículo era Leo Sessler.

Savan levantó la cabeza para mirar al cielo, y dijo a través de la mascarilla, con una voz desconocida:

—Reidt el joven tenía razón. Uno de ellos por lo menos, es totalmente inofensivo. Mire para arriba, doctor.

—Gracias, no. Supongo que lo voy a hacer en cualquier momento, sin darme cuenta. El sol siempre me ha inspirado cierta desconfianza. Imagínese cuando me encuentro con dos.

Empezaban a remontar la cuesta suave.

—Cuando salgamos de esta hoya —dijo el Comandante y se detuvo.

Contra el horizonte dorado galopaba un potro, negro a contraluz. Todos se quedaron parados, quietos y mudos, y uno de los tripulantes alzó el fusil. Leo Sessler alcanzó a verlo y le hizo un gesto negativo, el potro seguía galopando a la vista de todos por el borde de la depresión, como ofreciéndose para que lo contemplaran, lleno de fuerza, acotado por el frío de la mañana, animado por ríos de sangre caliente en los ijares y en los remos, las narices dilatadas y burlonas. De pronto desapareció, bajando hacia el otro lado de la pendiente.

—Ah no —dijo el ingeniero Savan—, pero si eso era un caballo.

Y al mismo tiempo:

—¿Ustedes vieron? —preguntó el Comandante.

—Un caballo —dijo uno de los tripulantes—, un caballo, mi Comandante, señor, pero no era que no íbamos a encontrar animales.

—Ya sé. Nos hemos equivocado. Bajamos en otra parte.

—Cállese, Savan, no diga estupideces. Hemos bajado exactamente donde debíamos.

—«Pasaron los caballos que corrían al osario, fresca todavía la boca de salvias de la tierra.» Solamente que ésta no es la Tierra y aquí no debería haber caballos —dijo Leo Sessler.

El Comandante no le ordenó que se callara. Dijo:

—Adelante.

El Maestro Navegador le había hecho saber que todo estaba preparado. Sentado frente al comunicador, Theophilus escuchaba. Oyó:

—«Pasaron los caballos que corrían al osario, fresca todavía la boca de salvias de la tierra.» Solamente que ésta no es la Tierra y aquí no debería haber caballos.

Y después, otra voz:

—Adelante.

Para cuando llegaron al borde del Desierto Puma, el sol amarillo calentaba la parte de afuera de los trajes blancos, pero allí adentro ellos no sentían el calor.

Se detuvieron en el límite de un mundo verde y azul, manchado de puntos violeta. Estaban en la Tierra en la primera mañana de una nueva edad con dos soles y caballos, bosques de robles y sicómoros, parcelas de tierra cultivada, girasoles y sendas.

Leo Sessler se sentó en el suelo: algo le saltaba dentro de las tripas, algo le había sellado la garganta y andaba jugando dentro de él, Proteo, leyendas. Se partió: por favor, tengamos calma. Suponía que Savan estaba pálido y que el Comandante había decidido seguir siendo el Comandante:

Leo Sessler sabía que era un hombre enfermo. Pensó que era una suerte que Reidt el joven se hubiera quedado. El Comandante desplegó un mapa y planteó el asunto, dirigiéndose a todos. Lejos, el potro galopaba contra el viento.

—Díganle al Maestro Navegador que ya bajo —dijo Theophilus.

Carita Dulce se encogió, las rodillas contra el mentón. Lesvanoos suplicaba que lo azotaran: el verdugo tenía orden de seguir esperando.

Hacía girar el bastón con la mano derecha y con la izquierda se llevaba el copón a los labios. El whisky chorreaba sobre el terciopelo verde.

—¿Cuántos hombres? —preguntó el Señor de Vantedour.

—Ocho —contestó el vigía.

—La cosa es así —dijo el Comandante—: los datos no coinciden, de modo que debe haber un error en alguna parte. Creo imposible que nosotros nos hayamos equivocado. La alteración debe estar, con seguridad, en la información que nos ha sido suministrada.

Cada hombre responde al ritual lingüístico de su clase, pensó Leo Sessler.

—Se nos ha hablado de vida vegetal pobre, musgos, pastos, y a veces arbustos, y nos encontramos con árboles («cultivos, eso es más grave», pensó Sessler), hierbas altas, en fin, una vegetación asombrosamente rica y variada. Sin contar con los animales. Según los informes previos, solamente debíamos haber visto insectos, pocos, y algunos vermiformes.

—Está el asunto del agua —dijo Leo Sessler.

—¿Qué?

—Escuchen.

A la distancia, rugían los torrentes.

—El agua, eso es, el agua —dijo el Comandante—, otra incongruencia.

Savan se sentó en el suelo, junto a Leo Sessler. El Comandante tosió.

—Creo que se consignaban hilos de agua —dijo—, intermitentes por otra parte, y estacionales, que se hundían en el suelo. Pero lo importante ahora es resolver qué vamos a hacer. Podemos seguir. O podemos volver y celebrar algo así como un concejo, con la información previa a la vista, para compararla con lo que acabamos de ver.

—Alguna vez vamos a tener que ir —dijo el ingeniero Savan.

—De acuerdo —dijo el Comandante—. Yo había pensado más o menos en los mismos términos. La reunión podrá hacerse después, y la ventaja de seguir reside en que contaremos con datos más amplios. De todas maneras, si alguien quiere volverse —eso involucraba también a los tripulantes, posiblemente no al radiooperador segundo—, puede hacerlo.

Pero nadie se movió.

—Sigamos entonces.

Plegó los mapas. Savan y Leo Sessler se pusieron de pie.

—Tengan las armas listas pero nadie las use sin orden mía, vean lo que vieren.

¿Potros? ¿Una cabina de teléfonos? ¿Un tren? ¿Una cervecería? Lo cotidiano: vermiformes e hilos de agua intermitentes y estacionales.

—Todo parece tan tranquilo.

Leo Sessler pensó una de sus frases célebres y se rió de sí mismo. Algún día escribiría sus memorias de hombre solitario, y habría un apartado especial dedicado a sus frases célebres, pequeñas

enunciaciones dogmáticas que habían nacido frente a situaciones inesperadas que los demás no comprendían y él tampoco, para tratar de reducirlas a su no-moral de la fragilidad humana. Por ejemplo, en este caso, que la belleza, porque todo esto era de una belleza maternal, no garantizaba una acogida amistosa. No lo había sido, indudablemente, para el Comandante Tardón y la tripulación de la Luz Dormida Tres. Podía haber silenciosas emboscadas. O monstruos. O aquí la muerte podía adoptar formas amables. O sirenas, o simplemente venenos flotantes. O emanaciones que fortalecieran en el hombre el deseo de morir. Lo que no explicaba el potro ni los campos cultivados.

—Eso es un camino —dijo Savan.

Ni los caminos.

Se pararon frente al camino de tierra apisonada.

Ni algo tan familiar como los girasoles.

—Por el camino —dijo el Comandante—. Siempre nos va a resultar más fácil andar por un camino que a campo traviesa.

Hasta un militar de profesión podía tener rasgos admirables, y lo cierto es que esos rasgos admirables podían muy bien formar parte precisamente del conjunto de inclinaciones y cualidades que llevan a un hombre a elegir esa profesión abominable. Eso, decidió Leo Sessler, era demasiado largo, no formaría parte del capítulo de las frases célebres, sino de, veamos, de Las Reflexiones del Atardecer. Los soles estaban sobre sus cabezas, las botas levantaban pequeños remolinos de polvo, un polvo blanco que flotaba un momento y caía suavizando las huellas de pies. El Comandante dijo que caminarían durante una hora más, y que, en caso de no encontrar nada nuevo, volverían y programarían, una exploración más completa para el día siguiente. El camino atravesaba el bosque de robles. Había pájaros pero nadie los comentó: el potro había resumido a todos los animales que no debían haber existido.

—Efectivamente, es posible —dijo el Señor de Vantedour—. ¿Cómo los oyó?

—Creando un comunicador. Sumamente fácil, hágame acordar que se lo explique.

—Las ventajas de ser experto en electrónica superior —sonrió el Señor de Vantedour—. ¿Por qué vino a verme a mí?

—¿A quién esperaba que fuera a ver? —preguntó a su vez Theophilus—. ¿A Moritz? Kesterren queda fuera de alcance. Y a Leval hay que encontrarlo cuando es Les-Van-Oos, pero me temo que ahora pasa la mayor parte del tiempo siendo Lesvanoos.

—Quiero decir si usted espera que hagamos algo.

—No sé.

—Por supuesto, usted comprende que podríamos hacer cualquier cosa.

—Por cualquier cosa usted entiende suprimirlos —dijo Theophilus.

—Sí.

—Fue lo primero que pensé. Y sin embargo.

—Eso es —dijo el Señor de Vantedour—. Sin embargo.

El camino salía del bosque de robles y Carita Dulce reclamaba caricias, más caricias, mientras el hombre del traje de terciopelo verde caía una vez más, la copa se hacía pedazos, el verdugo tensaba las cuerdas, Lesvanoos aullaba, y el Señor de Vantedour y Theophilus trataban de ponerse de acuerdo sobre qué se haría con los ocho hombres de la Niní Paume Uno.

Leo Sessler fue el primero en ver el muro de ronda y siguió caminando sin decir nada. Oyeron el galope: ¿el potro? Los hombres vieron alzarse al jinete detrás de la próxima cuesta, o tal vez

alcanzaron a darse cuenta de las dos cosas al mismo tiempo, el muro de ronda y el jinete que venía hacia ellos. El Comandante hizo un ademán: abajo las armas. El caballo fue sofrenado y el jinete se acercó al paso.

—Con los saludos del Señor de Vantedour, señores. Se les espera en el castillo. El Comandante inclinó la cabeza, el jinete desmontó y empezó a caminar al frente del grupo, llevando al caballo de la brida.

El caballo era, o parecía, un pura sangre inglés de perfil rectilíneo, de gran alzada. Los arneses estaban hechos de cuero teñido de azul oscuro con estrellas doradas estampadas a fuego. El bocado, la barbada, los anillos para las riendas, y los estribos, eran de plata. Llevaba gualdrapas del mismo color que las riendas, con estrellas en la orla.

—*Equus incredibilis* —dijo Leo Sessler.

—¿Cómo? —preguntó Savan.

—O quizás *Eohippus Salariis improbabis*.

Savan no preguntó nada más.

El jinete era un hombre joven e inexpresivo, vestido de azul y negro. Los calzones ajustados eran negros, y la casaca era azul con estrellas doradas en la orla. Una capucha le cubría la cabeza y le bajaba hasta los hombros.

El Comandante pidió al radiooperador segundo que llamara a la Niní Paume Uno dando el rumbo que llevaban, sin explicar nada, diciendo que volverían a comunicarse. El hombre se fue quedando atrás.

Cruzaron una rampa almenada sobre un foso seco, y el puente levadizo. Entraron en el patio empedrado. Había una cisterna y ladridos de perros y hombres vestidos como el guía, olor a animales, a troncos quemados, a cuero y a pan caliente. Rodeados por las torres flanqueantes, las almenas y las saeteras, encabezados por el Comandante para quien toda la marcha tenía que haber sido un suplicio, se dejaron llevar hasta la Puerta de Ceremonia: a medias en la sombra del interior, solamente las piernas en el agujero de luz que hacía el sol sobre el piso de losas de piedra, esperaban dos hombres. El guía se apartó y el Comandante dijo:

—Tardón.

—El Señor de Vantedour, querido Comandante, el Señor de Vantedour. Adelante, quiero presentarles a Theophilus.

Los ocho hombres entraron en el salón.

En la isla, el Maestro Astrónomo componía su decimonovena memoria: ésta, sobre la Constelación del Lecho de Afrodita. El jefe de jardineros se inclinaba sobre una nueva variedad de rosa ocre moteada. Saverius leía La Doctrina Platónica de La Verdad. La Peonía estudiaba su nuevo peinado. Y en las cocinas se trabajaba en un ibis de hielo que llevaría en el vientre ahuecado los helados de la comida de la noche.

Lesvanoos había eyaculado sobre las piedras rugosas de la cámara. Flojo y dolorido, con los ojos llenos de lágrimas, los labios resecaos, la garganta ardiendo, alzó la mano derecha y señaló la puerta. El verdugo llamó en voz alta y El Campeón entró con un manto desplegado que echó sobre Lesvanoos. Lo envolvió, lo levantó en brazos y lo sacó de allí.

El hombre del traje de terciopelo verde dormía bajo los árboles. Siete perros aullaban a las lunas.

Carita Dulce se había despertado y los Matronas le hablaban en arrullos, aflautando las voces, imitando balbuceos de niños.

—Confío en que una explicación hará que nos comprendamos mejor —dijo el Señor de Vantedour.

Estaban sentados alrededor de la mesa en el Gran Salón. En las chimeneas ardían los leños, bufones y trovadores esperaban en los rincones. Los sirvientes trajeron vino y carne asada. Las damas habían sido excluidas de la reunión. Eran los ocho hombres de la Tierra, el Señor de Vantedour y Theophilus. Bonifacio de Solomea trepó sobre las rodillas de Leo Sessler y estudió al hombre con sus ojos amarillos. Tuk-o-Tut guardaba la puerta que daba a la Sala de Armas, los brazos cruzados sobre el pecho.

—Imaginan a la Luz Dormida Tres cayendo hacia el mundo con una rapidez mucho mayor de la prevista.

—Nos vamos a estrellar.

Moritz vomita, Leval parece de piedra. El Comandante Tardón consigue frenar, no mucho, no todo lo que sería necesario, el impulso suicida de Luz Dormida Tres, que se yergue al fin sobre la tierra desconocida haciéndoles cimbrar los huesos. Pero el suelo de Salari II es gredoso, reseco y flojo, y cede bajo un costado y la nave se inclina y cae.

—Heridos —dijo el Señor de Vantedour—, estuvimos inconscientes mucho tiempo.

Hay un despertar blanco: el sol entra por las grietas abiertas en la popa.

—Salimosdeallícomopudimos. Kesterren era el que estaba peor, lo sacamos a rastras. La Luz Dormida Tres quedó acostada en la llanura.

El mundo es un frío pedazo de cobre bajo dos soles. Kesterren se queja. Mientras Leval se queda con él, subo a la Luz Dormida Tres con Sildor en busca de agua y suero. Tengo las manos quemadas y Sildor está herido en la cara y arrastra una pierna. Afuera ha empezado a soplar el viento, y ya se ha vuelto peligroso pensar.

—Vivimos entre el desierto y la Luz Dormida Tres, manteniéndonos con raciones ínfimas, durante varios días, no puedo decirles cuántos. Todos los instrumentos estaban destrozados y la provisión de agua se iba a acabar muy pronto. Kesterren terminó por reaccionar, pero nos era imposible moverlo, la pierna de Sildor se volvió enorme y rígida, y mis manos estaban en carne viva. Moritz se pasaba el día sentado, con la cara entre las rodillas y los brazos alrededor de las piernas, y a veces sollozaba sin pudor.

A Leo Sessler se le ocurrió (Bonifacio de Solomea dormía sobre sus rodillas) que el pudor puede muy bien dejar de florecer en un mundo desierto, donde no hay agua ni comida ni antibióticos; en un mundo con dos soles y cinco lunas, al que el hombre llega por primera vez en misión precolonizadora para un rápido viaje de reconocimiento, y donde se ve obligado a enfrentar sus pocos, últimos días.

—Yo había decidido matarlos, ¿me comprenden? —dijo el Señor de Vantedour—. Entrar en la Luz Dormida Tres, dispararles desde ahí y pegarme un tiro después. No podíamos salir en busca de agua. Incluso si la hubiéramos encontrado —hizo una pausa, desdeñando hilos de agua intermitentes, estacionales e improbables—, nuestras posibilidades de sobrevivir eran tan limitadas que resultaban casi inexistentes. Algún día desembarcaría otra expedición, ustedes, y encontrarían los restos de la nave y cinco esqueletos con agujeros de bala en la cabeza. —Sonrió—. Sigo teniendo muy buena puntería.

—Comandante Tardón —dijo Savan.

—Señor de Vantedour, por favor, o simplemente Vantedour.

—Pero usted es el Comandante Tardón.

—Ya no.

El Comandante de la Niní Paume Uno se movió en su sillón y dijo que él pensaba como Savan, que Tardón no podía dejar de ser quien había sido, quien era en realidad. La pregunta de Savan no llegó a ser formulada: suavemente, intervino Theophilus.

—Explíqueles cómo descubrimos el violeta, Vantedour.

—Explíquenos de dónde salió todo esto —dijo el Comandante, y abarcó con un gesto el Gran Salón, los trovadores, las chimeneas de piedra, los sirvientes vestidos de azul, los enanos, la Escalera de Honor, Tuk-o-Tut junto a la puerta de la Sala de Armas adornado de collares, alfanje a la cintura, babuchas en los pies; las caras femeninas tocadas con altos sombreretes blancos que se asomaban a los balcones interiores.

—Es lo mismo —dijo el Señor de Vantedour.

—Dígales que somos dioses —sugirió Theophilus.

—Somos dioses.

—¡Por favor!

Camino alrededor de la nave rota esperando acortar el día. Sildor viene a mi encuentro renqueando y caminamos los dos en círculos muy lentos. Evitamos pisar las dos grandes manchas de luz violeta, como lo hemos hecho desde el principio. Tienen bordes imprecisos y parecen fluctuar, moverse, están vivas tal vez, y tal vez son mortíferas. No sentimos curiosidad, ya que conocemos una respuesta.

—No quiero comer.

—Cállese, Sildor. Quedan provisiones.

—Mentira.

Creo que voy a golpearlo, pero él se ríe. Doy unos pasos hacia él: retrocede sin mirar adonde pone los pies.

—No quise insultarlo —dice—. Iba a explicarle que no quiero comer, pero que daría cualquier cosa por tener un cigarrillo.

—¿De dónde sacó ese cigarrillo? —le grito.

Sildor me mira espantado, y después recobra su cara de la nave.

—Escuche, Comandante Tardón, no tengo cigarrillos. Solamente dije que quería un cigarrillo.

Lo asalto, como si fuera a luchar con él, lo agarro de la muñeca y le alzo la mano, se la pongo frente a los ojos.

Tiene dos cigarrillos en la mano.

—La única solución posible era que estábamos locos —siguió el Señor de Vantedour.

Y el universo se desploma encima mío, blando y pegajoso. Acostado en el Lecho de Afrodita, oprimido por la tapa de mi ataúd, oigo muy lejos las voces de Sildor y de Leval. Me llaman, tienen un megáfono, sé que hemos dejado atrás los límites, me silban los oídos y sueño con el agua. Me golpean la cara y me ayudan a sentarme. Kesterren pregunta qué pasa. Quiero saber si los cigarrillos existen. Los tocamos y los olemos. Finalmente nos fumamos uno entre los tres y es un cigarrillo. Decidimos suponer por un momento que no estamos locos y hacer una prueba.

—Quiero un cigarrillo —dice Leval, y se mira las manos vacías, que siguen vacías.

Lo repite sin mirarse las manos. Imitamos las palabras, los gestos y las expresiones que teníamos en el momento en que se produjo el primer cigarrillo. Sildor se para frente a mí y dice: No quise insultarlo. Iba a explicarle que no quiero comer pero que daría cualquier cosa por tener un cigarrillo.

No sucede nada más. Me río por primera vez desde que la Luz Dormida Tres empezara a tomar demasiada velocidad, ya dentro de la atmósfera.

—Quiero un refrigerador de alimentos con comida para diez días —digo—. Una casa de veraneo a orillas de un lago. Un sobretodo con cuello de piel. Un automóvil Sénior De Luxe. Un gato siamés. Cinco trompetas.

Leval y Sildor también se ríen, pero hay un cigarrillo.

Dormimos mal, hace más frío que las noches anteriores, y si bien Moritz ya casi no habla ni se mueve, Kesterren no deja de quejarse.

Pero a la mañana siguiente, antes de la hora fijada para el desayuno, si es que lo que habíamos venido comiendo podía llamarse desayuno, me levanté antes que los otros se despertaran y, por intrigado que estuviera con lo de la noche anterior, fui hasta la Luz Dormida Tres en busca de los rifles. Cuando miré hacia abajo, la carpa y el infinito mundo pardo que empezaba a iluminarse con los dos soles, y las manchas violeta que parecían agua, o aguas vivas, pensé que, con todo, era una lástima. No tenía miedo, no me daba miedo eso de morir, porque no pensaba en la muerte. Después del primer acceso de terror durante mi infancia, había adivinado que esas cosas se aceptan o nos vencen. Pero me acordé del cigarrillo y volví a bajar. Me lo fumé ahí, helado de frío en el viento de la mañana. El humo era de un azul violáceo, casi como las manchas en el suelo de Salari II. Como iba a morir ese día, caminé hasta una de ellas, me paré encima, y comprobé que no sentía nada. Dije quiero una afeitadora eléctrica y la deseé realmente con fuerza, me sentí no como si me estuviera afeitando, sino como si yo mismo hubiera sido una afeitadora eléctrica. Me quemé los dedos con el cigarrillo, y el dolor de la brasa sobre las manos ya quemadas me hizo gritar. Tenía una afeitadora eléctrica en la mano.

Los enanos jugaban a los dados junto a la chimenea. Los malabaristas y los trovadores los azuzaban. Un contorsionista se tendió como un arco por encima de los jugadores, las llamas de los leños iluminándole la cara. Redes, claves: los sirvientes miraban y se reían.

—Como la muerte —dijo el Señor de Vantedour—, esto era algo que había que aceptar. Y aun cuando estuviéramos locos, si podíamos fumarnos nuestra locura, afeitarnos con nuestra locura, llenarnos el estómago con nuestra locura, era no sólo conveniente sino necesario aceptarlo. Desperté a Sildor y nos paramos cada uno sobre una de las manchas violeta. Pedimos un río de agua dulce y clara, con peces y lecho de arena, a diez metros de donde estábamos, y lo obtuvimos. Pedimos árboles, una casa, comida, un automóvil Sénior De Luxe y cinco trompetas.

Los ocho hombres pasaron todo el día y se quedaron a dormir en el castillo del Señor de Vantedour. Theophilus volvió a la isla. Bonifacio de Solomea y Tuk-o-Tut desaparecieron detrás del Señor.

Esa noche Reidt el joven tuvo pesadillas. Tres enfermeros con los guardapolvos manchados de sangre empujaban montaña arriba una silla de ruedas en la que él iba sentado. Al llegar a la cima soltaban la silla y lo dejaban solo, se volvían corriendo por donde habían subido: iban inflando globos, globos que se hinchaban y los izaban del suelo. Él se quedaba en su silla, al borde de un precipicio sin fondo. En la ladera que caía a pico había escalones excavados, y él se levantaba de la silla y empezaba a bajar agarrándose de los bordes de cada agujero. Gritaba porque sabía que cuando bajara el pie no iba a encontrar el próximo escalón: iba a terminar por soltarse, tanteando con el pie en busca del otro hueco, iba a abrir las manos y a caer y gritaba.

Esa noche el radiooperador primero anotó en el parte un mensaje firmado por el Comandante en el que se decía que habían encontrado un lugar apropiado en el que acampanan para pasar la noche.

Esa noche Les-Van-Oos mató tres serpientes marinas, armado solamente con una lanza, y la multitud lo aclamó. Carita Dulce cerró los ojos dentro del útero-cuna, tanteó entre sus piernas con

una mano, y los Matronas se retiraron discretamente. Bajo las estrellas que se desleían, el corazón del hombre del traje de terciopelo verde galopaba y se debatía en su jaula.

Esa noche Leo Sessler se levantó de la cama y acompañado por torrentes y por la luz de las teas, recorrió corredores y subió escaleras hasta llegar a la puerta delante de la cual dormía Tuk-o-Tut.

—Quiero ver a tu señor —dijo Leo Sessler tocándolo con el pie.

El negro se levantó y le mostró los dientes, la mano sobre la empuñadura del alfanje.

Si este animal me da un golpe con eso, me destroza.

—Quiero ver al Señor de Vantedour.

El negro hizo que no con la cabeza.

—¡Tardón! —gritó Leo Sessler—. ¡Comandante Tardón! ¡Salga! ¡Quiero hablar con usted!

El negro desenvainó el alfanje, la puerta se abrió hacia adentro.

—No, Tuk-o-Tut —dijo el Señor de Vantedour—, el doctor Sessler puede venir cuantas veces quiera.

El negro sonreía.

—Adelante, doctor.

—Tengo que pedirle disculpas por esta visita intempestiva.

—Pero no. Voy a hacer que nos traigan café.

Leo Sessler se rió:

—Me gustan esas contradicciones: un castillo medieval en el que no hay luz eléctrica pero donde uno puede tomar café.

—¿Por qué no? La luz eléctrica me irrita, pero el café me gusta. —Fue hasta la puerta, habló con Tuk-o-Tut y volvió a sentarse frente a Sessler—. También tengo agua corriente, como habrá visto, pero no tengo teléfono.

—¿Y los demás? ¿Tienen teléfono?

—Theophilus tiene, para comunicarse con Leval cuando Leval está en condiciones de comunicarse con alguien. Kesterren no lo está casi nunca, y Moritz definitivamente nunca.

Era una estancia enorme y los dos hombres estaban sentados en el centro. La cama, sobre una plataforma de madera trabajada, ocupaba la pared del norte. La pared del oeste no existía: tres arcadas sostenidas por columnas daban a una galería con balcones sobre el patio, desde los que se veían también el campo y los bosques. Todo era desmesurado: los techos eran demasiado altos, había pieles en el suelo y colgaduras en las paredes. No se oía nada, salvo la voz poderosa de los torrentes que Sessler todavía no había visto, y hasta eso se adivinaba gigantesco a la distancia.

—¿Qué vamos a hacer, Vantedour?

—Es la segunda vez en el día que me hacen esa pregunta. Y le voy a confesar que no veo por qué tengo que ser yo el que decida. Theophilus me preguntó lo mismo, cuando supimos que ustedes habían llegado, él por medios mucho más perfectos, y, digamos, más modernos que yo. Entonces se trataba de decidir qué íbamos a hacer con respecto a ustedes. Parece que ahora se trata de qué vamos a hacer con respecto a nosotros.

—Yo me refería a todos, a ustedes y a nosotros —dijo Leo Sessler—. Pero le confieso que soy suspicaz en cuanto a mí mismo y a mis motivos. Sospecho que esto, por importante que sea, no es más que una aproximación oblicua para alentarle a que me dé algunas explicaciones.

El Señor de Vantedour sonrió:

—¿No le basta con todo lo que dije durante la comida?

Tuk-o-Tut entró sin llamar. Detrás de él venía un sirviente con el café.

—¿Azúcar? ¿Un poco de crema?

—Gracias, no. Lo tomo así, negro y sin nada de azúcar.

—En cambio yo. Veo, me gusta el sabor de lo dulce. He engordado. Hago ejercicio, salgo a caballo y organizo partidas de caza, pero los placeres de la mesa siguen haciendo estragos. —Se llevó la taza a los labios—. No es que me importe mucho —dijo, y tomó un trago del café dulce.

Tuk-o-Tut y el sirviente salieron. Bonifacio de Solomea los miraba, sentado en la cama, rodeado por su cola.

—No quiero anécdotas, Vantedour. Me interesa su opinión sobre este fenómeno de. No sé cómo llamarlo, y eso me molesta. Estoy acostumbrado a que todo tenga su nombre, su denominación; incluso a la búsqueda maniática del nombre correcto. Y a pesar, de eso, yo soy el hombre que abomina de las palabras.

—Me explico que necesite nombres para las cosas: ¿usted no es eso que llaman un hombre de ciencia?

—Aja. Excelente café.

—De nuestras plantaciones. Tiene que ir a visitarlas.

—Cómo no. Aceptemos eso de que soy un hombre de ciencia. Con sus contradicciones, claro. Quiero decir, hubiera podido ser «el acupuntor y el salinero, el peajero y el herrero».

—Hoy habló de caballos que corrían hacia el osario.

—¿Cómo sabe eso?

—Theophilus imaginó un aparato, bastante complicado, estoy seguro, con el que se dedicó a escucharlos desde que desembarcaron.

—Eso nos lleva a mi primera pregunta: qué piensa usted de este fenómeno de conseguir cosas de la nada.

—No pienso ya. Pero tengo una infinidad de respuestas para eso —dijo el Señor de Vantedour—. Puedo volver a repetirle que somos dioses, o que se nos ha convertido en dioses. También puedo decirle que es algo sumamente útil, y que si existiera en todos los mundos eliminaríamos muchas cosas superfluas, religiones, doctrinas filosóficas, supersticiones y todo eso. ¿Se da cuenta? Es que no habría preguntas sobre el hombre. Déle usted a un individuo un instrumento todopoderoso, y ahí tendrá todas las respuestas, créame. O no me crea, no tiene por qué creerme: espere a ver lo que el violeta ha hecho de Kesterren, de Moritz y de Leval, o lo que ellos han hecho de sí mismos con el violeta. —Dejó la taza sobre la mesa—. Theophilus y yo somos los casos más leves, por lo menos seguimos siendo hombres.

—¿Y ustedes dos no podrían haber hecho algo por ellos?

—No existe ninguna razón por la cual tendríamos que hacer algo por ellos. Lo más terrible de todo es que ellos, nosotros también pero ésa es otra historia, lo más terrible es que ellos por fin son felices. ¿Sabe lo que quiere decir eso, Sessler?

—No, pero puedo entreverlo.

—El hecho de que seamos felices pone en cierto sentido un punto final a todo. En cuanto a qué haremos con ustedes, eso también se contesta fácilmente. Theophilus puede diseñar cualquier cosa, un aparato o una poción o un arma que los haga olvidarse de todo, y hasta creer que han comprobado que Salari II ya no existe, que estalló matándonos mientras cumplíamos nuestra exploración, o que se ha vuelto peligroso para el hombre, o lo que sea.

—Nosotros también podríamos utilizar el violeta.

—Lamento desilusionarle, Sessler, pero no, no pueden. Nosotros descubrimos el medio porque estábamos desesperados. Ustedes no lo están y nosotros nos vamos, a ocupar de que no lo estén mientras sigan en Salari II. Le digo esto para evitarle pruebas inútiles: no se trata de pararse sobre una mancha violeta y decir quiero las joyas de la corona para obtenerlas.

—Muy bien, ustedes tienen el secreto y no nos lo van a decir. No crea que no lo comprendo. Pero ¿qué son o qué hay en esas manchas violeta?

—No sé. No sé qué son. Hicimos algunos experimentos, al principio. Cavamos, por ejemplo, y el violeta seguía allí extendiéndose hacia abajo pero no como una cualidad de la tierra sino como un reflejo. Solamente que si usted, parado allí, busca la fuente de ese reflejo, hacia arriba y hacia los costados, no encuentra nada. Permanecen, un poco fluctuantes siempre, también de noche, o sobre la nieve cuando nieva. No sabemos qué son ni qué tienen. Puedo suponer un par de cosas. Que dios terminó por disgregarse, por ejemplo, y que sus pedazos cayeron en Salari II. Es una buena explicación, sólo que a mí, personalmente, no me gusta. Que cada mundo tiene puntos desde los cuales es posible, bajo ciertas condiciones, no olvidemos eso, obtener cualquier cosa, pero que en Salari II son más evidentes. Según esto, en la Tierra también los habría y nadie los habría descubierto. O casi nadie, y entonces podrían explicarse algunas leyendas. Que esas cosas violeta están vivas y los dioses son ellas, no nosotros. Que nada de esto existe —golpeó el suelo con el pie— y que en Salari II el hombre cambia, sufre una especie de delirio que le hace ver y sentir que todos sus deseos se han cumplido. Que es el infierno y el violeta es nuestro castigo. Y así hasta el infinito. Adopte la que más le guste.

—Gracias, pero ninguna de sus teorías me convence.

—De acuerdo, a mí tampoco. Pero yo ya no me hago preguntas. Y vamos a ver, Sessler, ¿qué clase de hombre es usted?

—¿Cómo?

—Eso, ¿qué clase de hombre es usted? Mañana o pasado irá a ver cómo viven los otros, el resto de la dotación de la Luz Dormida Tres. ¿Qué hubiera hecho usted? ¿Cómo viviría?

—Ah no, oiga Vantedour, eso no es justo.

—¿Por qué? Ya ve cómo vivo yo, lo que quise, lo que pedí.

—Sí. Usted es un déspota, un hombre que no se siente satisfecho si no está en la cima de la pirámide.

—Pero no, doctor Sessler, no. Yo no soy un señor feudal, soy un hombre que vive en un castillo feudal. No envío a nadie al potro, no confisco bienes, no corto cabezas, no me he ocupado de tener señores rivales ni un rey a quien disputar el poder. No tengo ejército, no hay feudo, el castillo es todo.

—¿Y los habitantes del castillo?

—También nacieron del violeta, claro, y son tan auténticos como aquel cigarrillo y aquella afeitadora. Y le voy a decir algo más: son felices y sienten afecto por mí, afecto, no adoración, porque los concebí así. Envejecen, se enferman, se lastiman si se caen, mueren. Pero están satisfechos y me quieren.

—¿Las mujeres también?

El Señor de Vantedour se puso de pie sin decir nada.

—Entonces, ¿las mujeres no?

—No hay mujeres, Sessler. Debido a las condiciones, digamos tan particulares, bajo las cuales puede obtenerse algo del violeta, no nos ha sido posible a ninguno de nosotros obtener una mujer.

—Pero yo las he visto.

—No eran mujeres. Y ahora, si usted me disculpa, y espero que no me tome por un anfitrión desconsiderado, es hora de que nos acostemos. Queda mucho por hacer mañana.

A las tres de la madrugada el doctor Leo Sessler salió al patio del castillo, atravesó el puente, bajó la rampa y empezó a caminar bajo las lunas buscando una mancha violeta en la tierra. Desde los balcones de la galería, el Señor de Vantedour lo miraba.

—Hemos encontrado a la dotación de la Luz Dormida Tres —anunció el Comandante.

—¿Cómo murieron? —preguntó Reidt el joven.

—No murieron —dijo Leo Sessler—. Viven, están vivos, saludables y satisfechos.

—¿Y cómo vamos a hacer para llevarlos con nosotros, señor? —preguntó el oficial de navegación—. Cinco hombres son demasiado peso extra.

—No parece que quisieran volver —dijo Leo Sessler.

—Son los dueños y señores de Salari II —casi gritó Savan—. Cada uno de ellos tiene un continente entero para él solo y pueden obtener todo lo que quieren de esas cosas violeta.

—¿Qué cosas violeta.

—No nos apresuremos —dijo el Comandante—. Reúna a la tripulación.

Los quince hombres subieron al vehículo de Theophilus, con el Maestro Navegador a los controles. Se deslizaron por la superficie de Salari II.

—¿Prefieren volar?

—No —dijo Theophilus—. Sigamos así. Conocen tan poco de Salari II.

—Aquí vive Kesterren.

—¿Dónde?

—En cualquier parte, por aquí cerca. Nunca se aleja mucho.

Los hombres caminaban por el campo, probaban suerte en las manchas violeta.

—Hay un vagabundo acostado allí —dijo uno de los tripulantes.

El Señor de Vantedour se inclinó sobre el hombre vestido de harapos color verde. Estaba descalzo y tenía un bastón en la mano.

—¿Y si nos ataca? —dijo uno de los hombres con la mano en la culata de la pistola:

—Dígale que deje eso —le dijo Theophilus al Comandante.

—¡Kesterren!

El Señor de Vantedour terminó por sacudirlo mientras lo llamaba. El hombre de los harapos abrió los ojos.

—Ya no podemos hablar—dijo.

—Kesterren, despiértese, tenemos visitas.

—Visitas de los cielos —dijo el hombre—. ¿Quiénes son ahora los hombres de los cielos?

—¡Kesterren! Ha llegado otra expedición de la Tierra.

—Están malditos. —Cerró los ojos otra vez—. Dígalos que se vayan, están malditos, y váyase usted también.

—Óigame, Kesterren, quieren hablar con usted.

—Váyanse.

—Quieren contarle algo de la Tierra y quieren que usted les hable de Salad II.

—Váyanse.

Se dio vuelta y se tapó la cara con los brazos extendidos. Tierra y hojas secas caían de los restos del traje de terciopelo verde.

—Vamos —dijo el Señor de Vantedour.

—Pero vea, Tardón, no podemos dejarlo en ese estado, está demasiado borracho, le puede pasar algo —protestó el Comandante.

—No se preocupe.

—Se va a morir, abandonado ahí.

—Difícil —dijo Theophilus.

El vehículo bajó frente a la fachada gris de la casa gris en la montaña. La puerta se abrió antes que llamaran y quedó abierta hasta que pasó el último hombre. Después volvió a cerrarse. Caminaron por un corredor oscuro, inmenso y vacío, hasta otra puerta. Theophilus la abrió. Detrás había una sala mezquina, sin ventanas, iluminada por lámparas que colgaban del techo. Dos mujeres muy jóvenes jugaban a las cartas sobre la alfombra. El Señor de Vantedour se les acercó:

—Salud—dijo.

—Me hace trampas —dijo una de las mujeres mirándolo.

—Mal hecho —dijo el Señor de Vantedour.

—Sí, ¿no es cierto? Pero yo la quiero lo mismo. Soy capaz de perdonarle cualquier cosa.

—Ah —dijo él—. ¿Dónde podemos encontrar a Les-Van-Oos?

—No sé.

—Hay una fiesta en alguna parte —dijo la otra.

—En la sala dorada —dijo la primera.

—¿Dónde queda?

—No pretenderá que la deje sola, ¿no? No puedo ir con ustedes. —Pensó un poco—. Salgan por esa puerta, no, por la otra, y cuando encuentren a los Cazadores, pregúntenles.

Siguió jugando a las cartas.

—Tramposa —oyó Leo Sessler antes de salir.

Otro corredor igual al primero y corredores iguales a éste y al anterior, que se abrían en ángulo recto. Llegaron a una sala circular, con un techo de losas de vidrio por el que entraba la luz. Un grupo de hombres comía sentado a una mesa.

—¿Ustedes son los Cazadores?

—No.

—Somos los Gladiadores —dijo otro.

—¿Dónde está Les-Van-Oos?

—En la sala dorada.

El hombre se levantó limpiándose las manos en el taparrabos.

—Vengan.

Recorrieron, atravesaron corredores, hasta la sala dorada.

El Héroe, despatarrado en el Trono de la Victoria, tenía una corona de laureles sobre la cabeza y absolutamente nada más. Trató de ponerse en pie cuando los vio entrar.

—¡Ah mis amigos, mis queridos amigos!

—¡Escuche, Les-Van-Oos! —gritó el Señor de Vantedour abriendo los brazos.

La música, los gritos, el ruido, se tragaban todo lo que se decía.

—¡Vino! ¡Más vino para mis invitados!

El Señor de Vantedour y Theophilus se acercaron al Trono. Leo Sessler los miró mientras hablaban, y vio cómo se reía el Héroe, golpeando con la mano abierta sobre los brazos del Trono. El Trono tenía incrustaciones de piedras preciosas y los brazos, las patas y el respaldo, remataban en Gorgonas de marfil con ojos de piedras.

—¡Espléndido, espléndido! —aullaba el Héroe—. ¡Traeremos bailarinas, organizaremos torneos! ¡Que sirvan más vino! ¡Escuchen, escuchen! ¡Saluden a los huéspedes, muéstrenles sus habilidades! Vienen de un mundo miserable, no hay héroes allí, ¡no hay más héroes que los que han quedado en las leyendas y en los estados mayores!

Se levantó y caminó, siempre a punto de resbalar, siempre a punto de caer, hasta el centro de la sala seguido por Theophilus y por el Señor de Vantedour. El ruido se aquietó, no del todo; los vestidos dejaron de flamear, la música bajó.

—Vienen de un mundo en donde la gente mira televisión y come sobre manteles de plástico y pone flores artificiales en floreros de cerámica; donde se pagan salarios familiares, seguros de vida, impuestos a las cloacas; donde hay empleados de banco y sargentos de policía y enterradores. —Las mujeres se reían—. ¡Denles vino! —Cada hombre tuvo que aceptar una copa llena hasta los bordes—. ¡Más vino!

Las jarras se inclinaron sobre las copas y las copas desbordaron y los quince hombres de la Tierra se quedaron quietos mientras el vino les salpicaba las botas y corría por el piso.

—¡Basta, idiotas, esperen a que tomen!

Desnudo y coronado de laureles, el cuerpo lleno de cicatrices y de costras, Les-Van-Oos les daba la bienvenida.

—He visto a la tierra fraccionada volverse estéril bajo el peso de las genealogías —recitaba—, he bajado a las minas, he fabricado cuchillos, he disuelto sal en mi boca, he soñado sueños incestuosos, he abierto las puertas con llaves falsificadas. ¡Denles vino a los hombres opacos de la Tierra, inútiles! ¿No ven que las copas están varías?

Las copas de los quince hombres seguían llenas. Leo Sessler pensó que le gustaría llevarse a Les-Van-Oos, así como estaba, borracho y obsceno, a algún lugar en el que pudiera seguir haciéndole hablar; pero que allí, en la fiesta enloquecida, y con la tripulación completa de la Niní Paume Uno detrás de él, lo que quería, más que nada, era golpearlo hasta que cayera inconsciente sobre el piso de mármol. Les-Van-Oos era un desecho, flaco y con mataduras, un megalómano babeante y desnudo. Si él lo golpeaba, lo mataría, y los invitados se le echarían encima y lo destrozarían. O tal vez no. Tal vez lo sentarían en el Trono de la Victoria, desnudo. Mientras tanto Les-Van-Oos había visto muchas cosas, había hecho muchas cosas y estaba llegando al borde de sí mismo.

—¡He visto los ritos y los fraudes, he visto migrar a pueblos enteros, he visto ciclones y cavernas y terneros de tres cabezas y tiendas de compraventa! ¡He visto los pecados, he visto a los que los practicaban y he aprendido de ellos! ¡He visto a los hombres comerse unos a otros, y también las huidas! ¡Yo, galeote!

Todo terminó en un hipo y un sollozo. Lo alzaron en brazos y lo llevaron al Trono donde quedó desplomado y jadeante.

—Dejen esas copas y vamos —dijo el Señor de Vantedour.

Leo Sessler puso la suya en el suelo, en el charco de vino sobre el que había estado parado.

Les-Van-Oos pedía a gritos que le sacaran la corona de laureles que le quemaba, que le quemaba la frente.

Los gladiadores habían terminado de comer y se habían ido, dejando platos sucios y sillas volcadas. Las mujeres seguían jugando a las cartas.

Era de noche cuando llegaron a Vantedour.

—Me gustaría ver alguna vez esos torrentes —dijo Leo Sessler.

El Señor de Vantedour estaba a su lado:

—Cuando usted quiera, doctor Sessler. Queda bastante lejos, pero podemos ir en cualquier momento. También tiene que ver los cafetales. Y los invernaderos de Theophilus.

—¿Por qué torrentes?

—En realidad es una gran catarata, mayor que cualquiera que usted haya visto nunca. Es que pasé gran parte de mi vida cerca de una catarata.

—¿Cómo se puede tener una casa cerca de una catarata?

—No era mi casa, yo nunca tuve casa, doctor.

El Señor de Vantedour los condujo a través del patio de honor.

Theophilus volvió a acompañarlos en la comida, y Tuk-o-Tut volvió a pararse frente a la puerta de la sala de armas. El Comandante dijo un discurso y Leo Sessler se rió de él en silencio. El Señor de Vantedour se puso de pie y rechazó con suavidad el ofrecimiento en nombre de quienes habían sido los tripulantes de la Luz Dormida Tres. Bonifacio de Solomea estaba evidentemente de acuerdo, y Tuk-o-Tut frente a la puerta y las mujeres de los sombreretes blancos en los balcones interiores, sonrieron.

—No veo que exista otra solución posible —dijo el Comandante.

—La más sencilla y la más sensata es que dejen todo como está —dijo Theophilus—. Vuelvan a la Tierra y nosotros nos quedaremos aquí.

—Pero tenemos que hacer un informe y presentar evidencias. No podemos llevarnos a todos, es cierto, pero lo menos a Kesterren que necesita asistencia médica urgente, y quizá también a Leval que necesita que lo traten.

—Usted no ha visto a Moritz —dijo Theophilus.

—Podemos llevar a dos según los cálculos, ya veremos a quiénes.

—Ni hablar. Vuelvan, hagan su informe, pero prescindan de nosotros.

—¿Un informe sin evidencias físicas?

—No será la primera vez. Nadie llevó a la Tierra las columnas de Tammerden ni los glifos de Arfe.

—Eso es menos increíble que.

—Que nosotros.

—De todas maneras hay que poner a esos hombres en tratamiento, es una simple cuestión de humanidad. Y todavía más: cuando lleguen los colonizadores, ustedes estarán ocupando ilegalmente las tierras, y tendrán que volver.

—Me atrevo a anunciarle, Comandante, que no habrá colonizadores —dijo el Señor de Vantedour—, y que no volveremos.

—¿Eso es una amenaza?

—De ninguna manera. Piénselo fríamente: ¿colonizadores en un mundo donde, si se sabe cómo, se puede obtener cualquier cosa de la nada? No, Comandante, no es una amenaza. No se olvide que somos dioses y los dioses no amenazan, actúan.

—Eso se parece a una frase célebre —dijo Leo Sessler.

—Tal vez algún día lo sea, doctor Sessler. Pero pruebe por favor estas uvas rosadas. Va a tener que visitar también los viñedos.

Leo Sessler se rió:

—Vantedour, me parece que es usted un comediante, y bastante bueno.

—Gracias.

El Comandante no quiso probar las uvas.

—Insisto en que tendrán que volver. Si no con nosotros, con alguna de las próximas expediciones. Voy a incluir en el informe una recomendación para que se les permita llevar algo de lo que tienen, y también las personas que ustedes quisieran que los acompañen a la Tierra. —Miró hacia los balcones interiores—. ¿Alguna de ellas es la Castellana de Vantedour, comandante Tardón? Usted sabe que las recomendaciones que se hacen en un informe se tienen muy en cuenta.

Theophilusse reía:

—Permítame, Comandante, dos objeciones. En primer lugar, nada de lo producido por el violeta puede abandonar Salari II. ¿No se le ocurrió pensar que lo más lógico hubiera sido que diez años atrás, diez años terrestres atrás, pidiéramos una nave en buenas condiciones para volver a la Tierra? La pedimos, Comandante. Pero éramos lo suficientemente desconfiados, estábamos lo suficientemente bien entrenados, como para ensayar con una nave controlada desde el suelo. Si Bonifacio de Solomea intentara acompañar a Vantedour a la Tierra, se desvanecería al dejar la atmósfera.

—¡Entonces nada de esto es real!

—¿No? Pruebe una uva rosada, Comandante.

—¡Déjeme de uvas, Tardón! Usted habló de dos objeciones, Sildor, ¿cuál es la otra?

—No hay nadie a quien quisiéramos llevar, aun si pudiéramos, no hay castellana de Vantedour, no hay una sola mujer en todo Salari II.

—¡Oiga! —dijo Savan—. Yo las he visto aquí y en esa casa de locos y en.

—No son mujeres.

Leo Sessler esperaba. Todos hablaron al mismo tiempo menos Reidt el joven que se mantenía pálido y mudo, con las manos entrelazadas debajo de la mesa. El Señor de Vantedour dijo:

—Usted es tan amigo de la evidencia, Comandante. Puede llamarles y pedirles que se desnuden, ninguno se va a negar. La palabra correcta es efebos.

—Pero esas mujeres en la casa de Leval, ésas que jugaban a las cartas en el suelo, ¡tenían pechos!

—¡Claro que tenían pechos! Les encanta tenerlos. Y nosotros podemos conseguirles hormonas y bisturíes y cirujanos que manejen los bisturíes. Y un cirujano puede hacer muchas cosas, sobre todo si es hábil. Lo que no podemos conseguir es una mujer.

—¿Por qué no? —preguntó Leo Sessler.

Reidt el joven se había puesto rojo y tenía gotitas de transpiración sobre el labio superior.

—Debido a aquellas condiciones especiales e indispensables bajo las cuales deben concebirse las cosas a crear —dijo el Señor de Vantedour—. Si alguno de ustedes hubiera tenido anoche un grabador, o si poseyera una memoria perfecta, encontraría el medio, entre todo lo que dije.

—Eso cambia las cosas, definitivamente —despertó el Comandante.

—¿Sí? ¿El hecho de que por lo menos cuatro de nosotros nos acostamos con muchachos cambia las cosas?

—Por supuesto. Ustedes son, o eran, pero me atrevo a decir que siguen siendo, oficiales de la Fuerza Espacial.

No, se dijo Leo Sessler, no, no, un hombre no puede recorrer el espacio, pisar otros mundos, deslizarse en el silencio, hundirse en las atmósferas, preguntarse si alguna vez va a volver y para qué está ahí, y seguir siendo nada más que un Comandante de la Fuerza.

—Y yo no puedo cargar con la responsabilidad de desprestigiar al Cuerpo («Nunca he oído una mayúscula con mayor claridad que ésa», pensé) llevando a la Tierra a cinco oficiales homosexuales.

Entonces Reidt el joven estalló. Leo Sessler cruzó hasta él en dos trancos y le dio una bofetada.

—¡No pueden! —gritaba Reidt el joven y la sangre del golpe brutal de Sessler le corría desde la nariz hasta la boca, tiñendo y arrastrando las gotitas de transpiración y seguía gritando y rociando la cara de Sessler con una lluvia rojiza—. ¡No pueden obligarme a estar al lado de esa basura! ¡Basura! ¡Basura! ¡Putos asquerosos! ¡Viciosos inmundos! —Otra bofetada—. ¡Bárranlos! ¡Me han ensuciado! ¡Estoy sucio!

Leo Sessler cerró el puño.

—Saquen a ese imbécil de mi casa —dijo el Señor de Vantedour.

Dos tripulantes levantaron al muchacho desmayado, por las rodillas y por las axilas.

—¿Y usted decía que nosotros necesitábamos atención médica? —preguntó Theophilus—. ¿Qué me dice de su tripulación, Comandante? Nosotros estamos razonablemente satisfechos, podemos vivir con nosotros mismos, jugamos limpio; pero las noches de ese tipo deben ser una orgía de sexo y arrepentimiento. ¿Usted se arrepiente de algo, Vantedour?

—Podría hacerlo matar —dijo el Señor de Vantedour—. Haga que se lo lleven de acá y lo encierren en la nave, Comandante, o lo hago degollar.

—Llévenselo —dijo el Comandante—. Está bajo arresto en la nave.

—Usen mi coche —dijo Theophilus.

—Me parece que tenemos que disculparnos.

—Oiga Sessler—protestó el Comandante.

—Le pedimos disculpas por el incidente, Señor —dijo Leo Sessler, todavía de pie.

—Sentémonos. Le aseguro que ya me he olvidado de ese infeliz. Y por favor, sigan con el postre. Tal vez prefiera los membrillos a las uvas, Comandante.

—Vea Tardón, déjese de hablar de comida.

—Vantedour, Comandante, Señor de Vantedour, y es la última vez que se lo digo: es el precio de mi perdón.

—Si usted cree que puede tratarme como a uno de sus sirvientes.

—Claro que puede, Comandante —dijo Leo Sessler—. Lo mejor es que vuelva a sentarse.

—¡Doctor Sessler, usted también está bajo arresto!

—Lo lamento Comandante, pero ésa es una arbitrariedad que voy a pasar por alto.

El Comandante de la Niní Paume Uno empujó con fuerza el sillón en el que había estado sentado durante la comida, que cayó al suelo con ruido.

—¡Doctor Sessler, voy a hacer que lo expulsen de los Cuerpos Auxiliares! ¡En cuanto a ustedes, en cuanto a ustedes!

Leo Sessler tuvo un instante de pánico. No se puede saber cómo va a reaccionar el corazón de un hombre de cincuenta y ocho años, enfermo, maltratado por el espacio, las gravedades y el vacío, frente a una tensión demasiado grande.

Si el Comandante se muere.

—¡Voy a recomendar que se esterilice a Salari III! ¡Que toda la vida humana o lo que sea desaparezca, termine, muera!

—Sí usted se vuelve a sentar, Comandante.

—¡No quiero sus uvas ni sus membrillos!

—Si usted se vuelve a sentar, yo le voy a explicar por qué no le conviene hacer nada de eso.

Carita Dulce dormía y Lesvanoos lloraba en los brazos de las jugadoras de cartas.

El hombre bajo los árboles había recobrado su traje de terciopelo verde, pero éste era de un verde más claro y las botas tenían hebillas plateadas y una cadena de oro le cruzaba el chaleco. Mala cosa, los sueños.

—Cualquiera de nosotros, Theophilus o yo, y hasta Leval o Kesterren, puede aniquilarlos a todos ustedes antes que usted tenga tiempo de dar una orden.

El Comandante se sentó:

—Usted no es tan estúpido como cree que tiene que ser.

—Eso es un elogio, Comandante —dijo Leo Sessler—. Hemos venido, y usted lo sabe, a romper el equilibrio en Salari II.

—Tenemos cómo hacerlo —dijo Theophilus—. De hecho, tenemos ya dos medios, igualmente rápidos, igualmente drásticos.

—Está bien —dijo el Comandante—, ustedes ganan. ¿Qué quieren que hagamos?

Hemos ganado. ¿Qué es eso de hemos? Ahora sí, no hay duda de que alguna vez voy a tener que escribir mis memorias.

—Pero nada, Comandante, absolutamente nada. Salvo mantener al predicador encerrado en la nave, nada. Terminar de comer. Dar un paseo, si quieren. ¿Han visto las cinco lunas? Una de ellas alcanza a dar tres vueltas al mundo en una sola noche. Y después ir a dormir.

El vehículo de Theophilus los llevó hasta el río, y desde allí tuvieron que seguir a pie.

—No hay caminos del otro lado —dijo Theophilus.

Cruzaron el puente colgante: del otro lado sólo había una pradera cubierta de pasto verde y tierno. Encontraron flores, pájaros, y tres manchas violetas. Los hombres se paraban sobre el violeta y pedían oro, toneles de cerveza, automóviles de carrera; después seguían caminando. Ni el Comandante ni Leo Sessler hicieron la prueba. Pero Savan sí, y pidió una pulsera de platino y brillantes para regalarle a Leda. Hubo un griterío: Savan tenía una pulsera de platino y brillantes en la mano.

—Ya ven, no es tan difícil —dijo el Señor de Vantedour—. Usted, ingeniero, cumplió las condiciones sin saberlo.

—Pero yo no hice nada.

—Claro que no.

—¿Cuáles son las condiciones?

—Esa es nuestra ventaja, ingeniero. ¿Y para qué quiere saberlo? Tendría que quedarse a vivir en Salari II para conservar lo que obtuviera.

Savan miró con tristeza la pulsera de Leda.

Los hombres saltaban, abrían los brazos, pedían cosas en voz alta y murmurando, cantando, rezando, sentados, acostados sobre el violeta. Theophilus les dijo que era inútil y el Comandante ordenó que siguieran.

Consiguieron arrancarlos de las manchas violetas: los hombres no estaban contentos. Leo Sessler podía adivinar lo que sentían por Theophilus y por el Señor de Vantedour. (No se van a atrever: hace demasiado tiempo que viven en una disciplina demasiado estricta. Y de todas maneras saben que todo eso se desvanecería al salir de la atmósfera de Salari II. Pero ¿y si la pulsera de Leda no desaparecía?) La pulsera de Leda pasaba de mano en mano y era toqueteada, olida y mordida por todos. Uno de los tripulantes la frotaba contra su cara y otro se la colgó de una oreja.

—Es allí.

Ahora había árboles, y se acercaban a una cueva en la ladera de la colina. Tres mujeres viejas, gordas y pesadas, salían a recibirlos.

—Son los matronas.

—¿Los qué?

—Tampoco son mujeres, quiero decir. Moritz los llamaba matronas: son algunas de sus madres.

—¿Y Moritz? ¿Dónde está Moritz?

—Moritz vive dentro de su madre, Comandante.

—Bienvenidos —dijeron las mujeres a coro.

—Gracias —contestó el Señor de Vantedour—. Queremos ver a Carita Dulce.

Leo Sessler compadeció al Comandante.

—Nooo—dijeron las matronas—. Duerme.

—¿Podemos verlo dormir?

—Usted estuvo antes aquí. ¿Por qué quiere molestarlo?

—No queremos molestarlo, se lo aseguro. Estaremos en silencio, vamos a mirarlo solamente.

Los matronas dudaban.

—Vengan —dijo uno de ellas—, pero en puntas de pie.

Leo Sessler decidió que no, que jamás escribiría sus memorias: nunca podría describirse a sí mismo caminando en puntas de pie sobre una pradera de Salari II junto a otros hombres que también caminaban en puntas de pie, detrás de tres viejas gordas que eran tres hombres disfrazados, bajo dos soles, uno amarillo y uno anaranjado, hacia la entrada de una cueva en una ladera.

—En silencio, en silencio.

Pero la arena del piso de la cueva crujía bajo las suelas, y los matronas se inquietaban.

A la entrada de la caverna había dos matronas. Y dos más allá en el fondo, bajo una luz muy tenue, mecían un enorme huevo sostenido en los extremos por un aparejo que le permitía moverse y girar.

—Eso qué es —dijo el Comandante.

—Shhh.

—Eso es el Gran Útero, la Madre —le susurró Theophilus.

—Shhh.

Leo Sessler lo tocó. El huevo era gris y fibroso. Tenía una ranura que corría horizontalmente, como si las dos mitades pudieran separarse. Podían separarse.

Los matronas sonreían y les señalaban al hombre dentro del huevo, el mentón contra las rodillas, los brazos alrededor de las piernas, sonriendo en sueños. El interior del huevo era húmedo, cálido y blando.

—¡Moritz! —dijo el Comandante casi en voz alta.

Los matronas alzaron los brazos, despavoridos. Carita Dulce se movió, sin despertarse y lloriqueó. Uno de los matronas señaló la salida: era una orden. Leo Sessler volvió a cambiar de opinión: escribiría sus memorias.

Esa noche fueron huéspedes de Theophilus: clavicordios, en vez de torrentes.

—Hace unos meses era peor —dijo el Señor de Vantedour—: música china antigua.

La mesa era de cristal, con patas de ébano fileteadas en oro. En los mosaicos ocre y dorado del piso, ningún dibujo se repetía jamás. La Dama y el Unicornio los miraban desde los tapices. Los tripulantes se sentían incómodos, se reían mucho, se codeaban y se hacían chistes: tenían cuatro tenedores, cuatro cuchillos y tres copas alrededor del plato. Mucamos vestidos de blanco pasaban las fuentes y el mayordomo estaba de pie detrás de la silla de Theophilus. Leo Sessler se acordaba del hombre-feto encogido dentro del útero-cuna viscoso y cálido, y se preguntaba si el recuerdo le dejaría comer. Pero cuando trajeron sobre una mesa rodante las esculturas de hielo y una de ellas empezó a incendiarse con una llama azul, descubrió que había comido de todo, esperaba que con los cubiertos correspondientes, y que comería también las frutas escarchadas y los helados cuando las esfinges y los cisnes se derritieran. El Comandante hablaba en voz baja con Theophilus. Saverius, Leo Sessler se había dado cuenta, no tenía idea de qué tenedor era el que había que usar con el pescado (él sí: era el único del que estaba completamente seguro) y no le importaba, ni a Theophilus tampoco. El Maestro Astrónomo anunció que les leería la Introducción a su Memoria sobre la Constelación del Lecho de Afrodita. Habían visto de lejos a la Peonía al entrar; Theophilus la había saludado pero no la había llamado para que se reuniera con ellos. Leo Sessler hubiera querido verlo de cerca y hablar con él. Eso sí, había rosas ocre moteadas en el centro de la mesa.

—Pero hay que ocuparse de ellos, por lo menos de Moritz.

—¿Por qué? —preguntó Theophilus.

—Está enfermo, eso no es normal.

—¿Usted es normal, Comandante?

—Me muevo dentro de la normalidad.

—Mírelo así —dijo el Señor de Vantedour—: un tratamiento psiquiátrico, porque efectivamente, podemos conseguirle un psiquiatra a Moritz, le haría sufrir durante años, ¿para qué? Contando con el violeta, como contamos todos, empezaría, sano, curado, dado de alta, por pedir una madre, y eso iría cambiando o hipertrofiándose otra vez hasta convertirse en un útero-cuna. Eso es lo que él quiere. Así como Leval quiere oscilar entre el heroísmo y la humillación, y Kesterren quiere hundirse en una borrachera eterna, y Theophilus quiere Cimarosa o música china, helados dentro de estatuas de hielo, filósofos alemanes y tapices, y yo quiero un castillo del siglo doce. Cuando se tiene la posibilidad de conseguirlo todo, uno termina por ceder a sus demonios personales. Lo cual, no sé si se habrá dado cuenta, Comandante, es otra manera de describir la felicidad.

—¡La felicidad! ¿Estar encerrado chupando las paredes de la propia cárcel? ¿Pasar de las aclamaciones a un sótano donde lo azotan a uno y le ponen hierros al rojo en las ingles? ¿Vivir inconsciente en una borrachera continua?

—Y, sí, Comandante, eso también puede ser la felicidad. ¿Cuál es la diferencia entre encerrarse en un útero artificial y sentarse a la orilla del río a pescar dorados? Aparte de que uno puede freír el dorado y comérselo, y de que el sol da un aspecto muy saludable. La satisfacción, el placer, quiero decir. Es tan legítimo un medio como otro: todo depende del individuo que busca la felicidad. Entre empleados de banco y funebreros, si usted me permite citar a Les-Van-Oos, es posible que el útero sea el espanto y la pesca del dorado lo deseable. ¿Pero en Salari II?

Ya no había esfinges ni cisnes. Leo Sessler cortó una naranja escarchada y la encontró rellena de guindas y las guindas a su vez estaban rellenas con la pulpa de la naranja.

—Lo mismo, Comandante, lo mismo —contestaba el Señor de Vantedour—. El útero, las borracheras, el látigo.

El Maestro Astrónomo carraspeó y se puso de pie.

—Van a oír algo muy interesante —dijo Theophilus.

Los mucamos pusieron tazas de cristal cortado para café, frente a cada uno. En los globos transparentes el vapor de agua comenzó a condensarse y a oscurecerse.

—Introducción a la Memoria sobre la Constelación del Lecho de Afrodita —dijo el Maestro Astrónomo.

Esa noche, en Vantedour, fue el castellano el que recorrió galerías y bajó escaleras hasta la habitación del doctor Leo Sessler. Llevaba a Bonifacio de Solomea en los brazos, y Tuk-o-Tut los seguía.

—Buenas noches, doctor Sessler. Me he tomado la libertad de venir a visitarle.

Leo Sessler le hizo pasar.

—Y de pedir que nos trajeran café y cognac.

—Me parece muy bien. Oiga, ya no voy a tener tiempo de ver los cafetales ni los viñedos.

—De eso quería hablarle.

—Quiero decir que nos vamos mañana.

—Sí.

Trajeron el café. Tuk-o-Tut cerró la puerta y se sentó en el corredor.

—¿Por qué no se queda, Sessler?

—No crea que no lo he pensado.

—Así yo me enteraría, por fin, si usted es el hombre que supongo.

—Pedir una casa austera —dijo Leo Sessler—, toda blanca por dentro y por fuera, paredes, techo, chimenea. Con un hogar y un catre de campaña, un armario, una mesa y dos sillas, y ponerme a escribir mis memorias. Probablemente iría a pescar dorados una vez por semana.

—¿Qué se lo impide? ¿Le molesta no poder tener una mujer?

—Francamente, no. Nunca me acosté con un hombre, nunca tuve amores homosexuales, si se exceptúa una amistad fronteriza a los trece años, con un compañero de colegio, pero eso está dentro de la normalidad, como diría nuestro Comandante. No voy a retroceder espantado, como Reidt el joven. Yo también creo que es imposible mantener para Salari II la moral sexual de la Tierra. ¿Se ha preguntado alguna vez qué es una moral, Vantedour?

—Claro, conjunto de reglas que deben seguirse para hacer el bien y evitar el mal. No creo haber oído nunca algo más idiota. Conozco un solo bien, doctor Sessler, no violentar a mi hermano. Y un solo mal: pensar demasiado en mí mismo, y he practicado los dos. Por eso lo que le hago es un ofrecimiento, pero si usted quiere irse, no voy a insistir.

—Sí, he decidido que quiero volver.

—Me gustaría saber por qué.

—No estoy muy seguro. Por oscuras razones viscerales, porque no caí en Salari II con una nave destrozada, porque no he tenido tiempo de crear aquí una Tierra alrededor mío y según mis demonios personales, porque siempre he vuelto y esta vez también quiero volver.

—¿Con quién vive en la Tierra?

—No, no es ésa la razón por la que le digo que no. Vivo solo.

—Muy bien, Sessler, le despediremos con fanfarrias. Pero quiero advertirle algo. Toda la tripulación de la Niní Paume Uno va a olvidar lo que vio aquí.

—¿Era cierto entonces?

—En ese momento no. Ahora sí es cierto.

—¿Cómo se las van a arreglar?

—Cosas de Theophilus. Nadie se va a dar cuenta de que hay algo que se les mete en el cerebro. Media hora después de cerrar las escotillas de la nave, todos van a estar seguros de haber encontrado un mundo peligroso, devastado por las radiaciones que probablemente mataron a la dotación de la Luz Dormida Tres. El Comandante va a informar que no hay posibilidades de colonización, y va a recomendar un período de cien años hasta la próxima exploración.

—Lástima. Es un mundo amable. Pienso escribir mis memorias, ¿sabe Vantedour? Y lamentaré tener que describir a Salari II como a un mundo muerto y letal. En este momento no puedo imaginarlo, pero supongo que eso vendrá sólo.

El Señor de Vantedour sonreía.

—Me asombra que me lo haya dicho —agregó Leo Sessler.

—¿Sí? Le voy a decir otra cosa. Nadie puede obtener nada del violeta si no se siente como lo que quiere obtener. ¿Se da cuenta? Por eso es imposible crear una mujer. Cuando la primera vez Theophilus deseó un cigarrillo tenía tantas ganas de fumar que se identificó, no con el fumador sino con el cigarrillo. Fue cigarrillo: se sintió tabaco, papel, humo, tocó las fibras. Fue cada fibra. Yo le dije la Otra noche, hablando de la afeitadora, la segunda experiencia si no contamos el otro cigarrillo, con el que pasó lo mismo, claro. Les dije que me había sentido, no como el hombre que se afeita, sino como la afeitadora. Pero lo perdieron en medio de todas las cosas que dije, que era lo que yo esperaba.

—Así que era tan simple.

—Sí. El ingeniero Savan debe estar muy deseoso de esa mujer. Por un momento se sintió alrededor de la muñeca de ella y deseó la pulsera. Por eso usted no obtuvo nada anteanoche. Pero si quiere probar ahora, podemos ir hasta el violeta.

—¿Usted sabía?

—Lo vi desde el balcón. Esperaba que lo ensayara, claro. Ahora puede conseguir lo que quiera, cualquier cosa.

—Gracias, pero creo que será mejor no probar. Y de todas maneras sólo me duraría una noche y resulta que mañana voy a haber olvidado.

—Es cierto —dijo el Señor de Vantedour y se levantó—. Lamentaré no leer sus memorias, doctor Sessler. Buenas noches.

Bonifacio de Solomea había quedado en la habitación, y Leo Sessler tuvo que abrirle la puerta. Tuko-Tut venía hacia ellos, y Bonifacio de Solomea saltó hacia los brazos que le tendía el negro.

En la escalerilla de la Niní Paume Uno, la dotación se volvió y saludó. Leo Sessler no hizo el ademán militar sino que agitó una mano. La población de Vantedour retrocedió al cerrarse las escotillas, cuando la nave empezó a jadear.

Amarrado a su asiento, Leo Sessler recorría Salari II con los ojos cerrados. Dentro de veinte minutos, diecinueve minutos cincuenta y ocho segundos, diecinueve minutos cincuenta y tres segundos lo olvidaría. Nadie hablaba. Reidt el joven tenía la cara hinchada, diecinueve minutos.

El Comandante le decía a alguien que se hiciera cargo. Leo Sessler jugaba con el cierre de la correa; el Comandante decía que se iba a sentar inmediatamente a escribir el borrador del informe sobre Salari II, tres minutos cuarenta y dos segundos.

—¿Va a hacer alguna recomendación especial, Comandante?

—Es claro. Si quiere que le diga francamente lo que pienso, creo que Salari II es una emergencia, atiéndame bien, una e-mer-gen-cia.

Leo Sessler galopaba sobre las praderas de Salari II y el aire le zumbaba en los oídos, dos minutos cincuenta y un segundos.

—Como tal, voy a recomendar una expedición de salvataje.

—¿A quién piensa salvar, Comandante?

—¿Se puede saber de dónde viene ese zumbido? —El Comandante sacó el micrófono de su soporte—. Verifiquen procedencia zumbido agregado.

Y lo volvió a colocar.

—Para regularizar la situación de los tripulantes de la Luz Dormida Tres. (Dos segundos. Uno. El zumbido dejó de oírse), que deben de haber muerto bajo las radiaciones.

Leo Sessler pensó apresuradamente en Salari II, el último pensamiento, y lo recordó verde y azul bajo los dos soles. El Desierto Puma, el potro, Vantedour. Theophilus, Vantedour, Bonifacio de Solomea, Kesterren, La Peonía, el puñetazo a la mandíbula de Reidt el joven, Vantedour, el Trono de la Victoria. Carita Dulce encerrado en el útero, las cinco lunas y el Señor de Vantedour ofreciéndole que se quedara en Salari II y advirtiéndole que lo olvidaría todo, pero él no olvidaba.

—Es lamentable —decía el Comandante—, lamentable que ni siquiera hayamos podido salir en busca de restos como evidencia para adjuntar al informe, pero esa radiación nos hubiera matado, aun con los trajes. Reidt el joven no se equivoca. ¿Quién era el físico de la Luz Dormida Tres?

—Jonás Leval, creo.

—Ah. Bueno, doctor, me voy a poner a redactar el borrador de ese informe. Hasta luego.

—Hasta luego, Comandante.

No he olvidado, no olvido.

Lamentaré no leer sus memorias, doctor Sessler, había dicho el Señor de Vantedour.

—Lamentaré no leer las memorias del doctor Sessler —dijo el Señor de Vantedour.

—¿Usted cree que Sessler es de fiar? —preguntó Theophilus.

—Aja. Y si no lo fuera, imagínese el cuadro.

—Catorce hombres hablando de un mundo radiactivo, y él describiendo castillos medievales y úteros gigantescos.

—¿Por qué lo condenó a no olvidar, Vantedour?

—¿Usted cree que fue una condena?

En la Niní Paume Uno el Comandante escribía, Savan tomaba café, Reidt el joven se frotaba la mejilla:

—Me habré golpeado al despegar.

Leo Sessler estaba sentado frente a una taza de café que no había tocado.

—Deben de estar lamentando que las rutas hayan quedado cerradas por este lado para la colonización —dijo Theophilus.

—Lástima —dijo el ingeniero Savan—. Con esto quedan cerradas por este sector las rutas para la colonización durante mucho tiempo.

Kesterren cantaba abrazado a un árbol, Carita Dulce pasaba la lengua por las paredes húmedas de la cuna-útero, Lesvanoos bajaba la escalera hacia los sótanos, el Señor de Vantedour decía:

—Y quejándose de la porquería de café que están tomando.

—Este café es un asco —dijo el oficial de navegación—. Nunca se puede conseguir buen café en una nave de exploración. Los cruceros de lujo, ésos llevan buen café.

Theophilus se rió:

—Y deseando poder tomar el café que sirven en los cruceros de gran turismo.

Leo Sessler no había probado el suyo.

—«Y allá se fueron —dijo—, al ruido de élitros de la tierra, los grandes Itinerantes del sueño y de la acción; los Interlocutores ávidos de lejanías y los Denunciantes de abismos mugientes, grandes Interpeladores de albures en los confines.»

Pero nadie alcanzó a oírlo.

Persistencia

por José B. Adolph

Los padres de José B. Adolph, nacido en Stuttgart, Alemania, en 1933, huyeron del nacional-socialismo en 1938 y se afincaron en Perú, donde él ha vivido toda su vida. José B. Adolph es un escritor de ciencia ficción bastante aislado en su patria de adopción, y sus libros de cuentos o novelas mezclan muy a menudo la ciencia ficción y lo fantástico. Entre sus obras más importantes podemos mencionar *El retomo de Aladino* (1968), *Hasta que la muerte* (1971), *Invisible para las fieras* (1972), *Cuentos del relojero abominable* (1974, libro del cual ha sido extraído este relato) y *Mañana fuimos felices* (1975), todos ellos libros de relatos, además de las novelas *La ronda de los generales* (1973) y *Mañana de las ratas* (1978), donde aparecen el Tercer Mundo en general y Lima en particular durante el año 2034. José B. Adolph trabaja en la actualidad como periodista en el diario *La crónica* de Lima, donde se caracteriza por su ironía y un estilo provocador.

Gobernar la nave se hace cada vez más problemático. Los hombres están inquietos; sólo la más ardua disciplina, las más dulces promesas, las más absurdas amenazas mantienen a la tripulación activa y dispuesta. Una humanidad que ya no se asombra de nada nos vio partir hacia el más allá; estaba ya habituada a una desfalleciente fascinación.

Comprendo a todos; éstos han sido años de sucesos terribles, de convulsiones. Muertes masivas, guerras, inventos maravillosos; ¿quién podía entusiasmarse por una conquista de aquel espacio que ya nada nuevo promete a hombres hartos de progreso? Los costos son elevados, pero ya nadie se fija en cifras. Corre sangre y corre dinero en estos años en que somos, a la vez, creadores y asesinos.

Amo y odio a mis compañeros. En cierto sentido, son la hez del universo; en otro, son balbucientes niños en cuyas manos se moldea el futuro. Abriremos una ruta que liberará a este planeta del hambre, de las multitudes crecientes que ya no encuentran un lugar bajo el sol y que sólo esperan, aterradas y resignadas, un juicio final del que desconfío; ¿cómo se puede ser tan supersticioso en estos tiempos de triunfo de la ciencia, del arte, de una nueva promesa de libertad como la que encarna esta nave?

Hemos partido hace meses; en este tiempo solitario hemos recorrido la inmensidad de cambiantes colores, reducidos a lo mínimo. Nos hemos visto convertidos en criaturas desnudas, flotando en la creación; los hombres tienen miedo. Sabían que existía este vacío; lo supieron siempre. Pero ahora que se sienten devorados por él, sus miradas se han endurecido para siempre. El final es un lejano punto que no logro construirles.

Huimos de un mundo de miseria y hartazgo; de violencia y caridad; de revolución y orden. Habremos de retornar, sin duda, pero tampoco puedo garantizárselo a ellos. Ven el vacío; no son capaces de perseguir un sueño de plenitud.

No hay comunicación con un pasado que sólo recobramos como futuro. Y mi soledad es mayor; ¡ay de los que poseemos la verdad y la seguridad! Una sola lágrima nuestra, descubierta por ellos, equivaldría a una desesperada muerte.

Pero es inmensa la recompensa: al otro lado nos esperamos nosotros mismos, encarnados en esa libertad y en esa abundancia de que ahora carece nuestro planeta. Debemos durar, debemos resistir, no sólo porque el retorno es imposible, sino porque mienten cuando dicen preferir la seguridad de la prisión que dejaron. La verdad, me digo, es obligatoria. Y el encargo que llevamos nos ha sido encomendado por todos los hombres de la Tierra, aun por aquellos que no saben de este viaje e ignoran lo miserable de su existencia.

El viaje continuará, así tuviera que matarlos a todos y gobernar yo sólo la nave. Nadie puede escapar, si no es a través de su propia muerte: confío en sus instintos, más que en sus razonados temores. Hasta ahora no hemos encontrado las horribles pesadillas que algunos timoratos previeron. Sé que todo marchará bien, o todos moriremos juntos; si así fuera, si lo último se cumpliera, otros retomarán la esperanza y esa huida que será un gran encuentro. El cielo es negro sobre nosotros, pero miles de luces nos acompañan; son como cirios de la esperanza. Ellos los miran con temor y odio; no quieren comprender que son guardianes y guías; ¿cómo no sentirse hermano de las estrellas, que observan, comprensivas, nuestra soledad que es la de ellas?

Me siento solo, y no me siento solo. ¿Habrá alguien que pueda comprender esta atracción por un abismo que para mí no es sino una ruta más? Es cierto que a veces tengo miedo, como todos. No soy sino un hombre frente a fuerzas desconocidas; las intuyo, pero no las domino; las comprendo, pero no son mías. Pero sin miedo no hay esperanza.

Y, sin embargo, el tiempo es largo, sobre todo para ellos. El viaje se les aparece infinito. Empiezan a sentirse privados de toda realidad; se creen fantasmas de sí mismos. Sus ojos me amenazan, porque siempre hay un culpable. La nave cruje y se mece, la inmensidad es cada vez más aplastante, pese a esos signos que, desde hace un par de días, nos aseguran que no hay error, que mis cálculos son correctos.

Debo anotar, pues, que ojalá se cumplan los pronósticos favorables antes que el temor termine totalmente con la confianza. Rogaré al Señor para que tal cosa no ocurra. Danos, pues, Señor, la gracia de poder cumplir nuestra misión antes que finalice este octubre de 1492.

GU TA GUTARRAK

por Magdalena Moujan Otaño

Magdalena Araceli Moujan Otaño es argentina, doctora y profesora de ciencias fisicomatemáticas y asignaturas técnicas generales del ciclo industrial. En la actualidad desempeña entre otros los cargos de jefe del departamento de matemáticas y miembro del Consejo Académico de la Universidad Católica de la Plata... En resumen: los cargos técnicos y docentes que ha desempeñado en su vida profesional son capaces de dar complejo de inferioridad a cualquier mortal, pero eso no le impide escribir excelentes relatos de ciencia ficción en los que campea su gran sentido del humor.

Gu ta gutarrak obtuvo en 1968 el primer premio del concurso de cuentos de ciencia ficción organizado por la II Convención de Ciencia Ficción de la República Argentina. Su selección para el número 14 de la revista española de ciencia ficción *Nueva Dimensión* motivó el secuestro de la publicación por parte de las autoridades españolas, a las que nunca les gustó el problema vasco...

Aldiaren zentzunaz euskotarra naiz (Basko soy, y con sentido del humor).

Los baskos nada tenemos de racistas. No somos raza, sino especie. Una especie que al mezclarse con la otra sigue dando como resultado baskos puros. El Evangelio dice algo sobre levadura y mostaza que no recuerdo bien, pero que creo tiene con esto algo que ver. Me basta considerar mi propio caso, pues por la ascendencia me corresponde solo un 50% de basko, y cada vez que me presentan un francés, el gabacho me pide cuentas por lo de Roncesvalles. (Dicen que los moros nos ayudaron, pero no es cierto, hicimos solos la tarea. Y no es cierto que atacáramos a traición, haciendo rodar peñas y provocando avalanchas. Fue de frente, y las peñas las alzábamos en vilo, y cuando faltaban las peñas nos despeñábamos nosotros. Bueno, ellos, pero cuando un basko habla, por su boca habla la especie entera.)

Es sabido que cuando un gobierno no nos gusta, emigramos. En general la violencia nos desagrada, somos gente pacífica, enemiga de matar, sobre todo si no es a mano limpia. Generalmente los que emigramos hacemos la América. Ese ha sido mi caso, y Jainkoa (El Señor que esta arriba) me ha castigado por haber querido ser tan rico, pues he estado siempre solo. Porque hay que ver que los baskos nacidos aquí son distintos. Debe ser la abundancia de terreno llano y fértil, el basko es montañés, por eso aquí muchos baskos han degenerado transformándose en estancieros, y después en niños bien, gente sin las virtudes de la raza. Si hasta juegan rugby, en lugar de practicar los deportes nobles y tradicionales: hachar o arrancar árboles de cuajo, barrenar piedras, y para los refinados pelota y frontón (a mano, mejor que a cesta o a pala).

Con esto de estar solo he pensado y leído mucho sobre la especie baska, y he sabido que somos un misterio, que nada tenemos que ver con el resto de los habitantes de Europa, que parece que siempre hemos vivido ahí, junto a los Montes Cantábricos, los Pirineos y el mar. Que algunos dicen que descendemos de los atlantes, cosa que no creo, porque Jainkoa no destruiría un continente poblado por baskos. Que siempre tuvimos el mismo estómago fuerte, la misma forma de ser y la misma lengua.

Que nuestro especial tipo de sangre ha dado mucho que cavilar. Y que en resumidas cuentas nadie sabe nada sobre nuestro origen, y que lo único que hay sobre esto es una leyenda, la de Aitor y Amagoia, que llegaron a aquel lugar en tiempos muy remotos, y sus siete hijos, que fundaron las siete provincias: Zaspia-bat.

He vuelto muchas veces a la Euzkalerria, y mucho la he recorrido, aunque no he podido quedarme, pues árbol trasplantado soy. He tratado de ver cuanto se ha hallado de nuestros antepasados prehistóricos, y muchas veces he trepado hasta la Gruta de Oriu, y mirando aquellos dibujos en sus paredes he pensado que los baskos siempre tuvimos mucho de niños y que siempre hemos sido los mismos.

Tengo parientes en la Euzkalerria, pero no me he atrevido a verles, pues hubo un feo lío, cuando la primera Guerra Carlista, entre mi abuelo y el bisabuelo de ellos. He cuidado en mi testamento de dejarles todo lo que tengo. Quizá entre ellos haya alguno con suficiente cabeza como para averiguar algo sobre el origen de nuestra especie.

Todo esto empezó cuando después de saber que el tío Isidro había muerto en América, sin que ello me entristeciera, Jainkoa me lo perdona, nunca había visto al tío Isidro, llegó la noticia de que yo era su único heredero. Pensé que ahora podría comprar una barca nueva y corrí a casa de Gregoria, a pedirle que nos casáramos. Luego supe que el dinero era más de lo que yo pensaba y le propuse una locura: pasar nuestra luna de miel en el extranjero. Contra lo que yo esperaba, ella aceptó. Nos casamos en la iglesia de Guetaria y viajamos a Málaga, y luego a Palomares. Estábamos allí cuando chocaron los aviones y se desparramaron las bombas de hidrógeno y tanto trabajo hubo para subir la que había caído al fondo del mar. (La sacaron porque era el Mediterráneo, que en el Cantábrico otra cosa hubiera sido). Y unos meses después me dice el Doctor Ugarteche:

—Mira Iñaki, mejor es que estés prevenido sobre el hijo que esperáis. Gregoria y tú habéis recibido una dosis muy fuerte de radiación. — Y siguió hablando, repitiendo muchas veces la palabra «genética», diciendo muchas cosas que no entendí y preguntándome otras que son demasiado íntimas para repetir, Gregoria la cabeza me partiría.

Xaviertxo llegó muy bien, sólo que tardó once meses. Era un niño muy robusto, que a los tres meses partía una vara de un dedo de grueso con sus manitas. En un basko eso no llama la atención. Pero lo que sí nos extrañó fue que a los cuatro meses hablase el euskera mejor que cualquiera de nosotros, incluido el Padre Lartaun. El Doctor Ugarteche, cuando le veía, solía decir cosas no muy comprensibles, repitiendo muchas veces: «mutación favorable». Un día me llamó aparte y me dijo:

—Mira Iñaki, ahora puedo decírtelo. Tu mujer y tú habéis quedado afectados genéticamente para siempre por la radiación recibida. Pero, Jainkoarieskerrak (Gracias a Dios), parece que ha sido para bien. — Y agregó otras cosas sobre el deber de traer al mundo más críos como ese.

Jainkoa nos mandó seis más: Aránzazu, Josetxo, Plácido, Begoña, Izaskun y Malentxo. Todos, Jainkoarieskerrak, sanos y robustos como el que más. Y todos hablaron perfectamente el euskera a los cuatro meses, y leyeron, escribieron e hicieron cálculos a los nueve.

Cuando Xaviertxo cumplió ocho años viene Gregoria y me dice:

—Mira Iñaki, Xaviertxo quiere ser físico.

—¿Quiere fabricar bombas? Eso no es cristiano.

—No Iñaki, dice algo así como que quiere estudiar la estructura del continuo espacio-tiempo.

—Primero tendrá que hacer el bachillerato.

—No Iñaki, quiere empezar ya a estudiar en la Universidad. Y dice que tenemos que ir pensando lo mismo para Aránzazu y Josetxo, para dentro de poco tiempo, que tendrán que ir a estudiar

electrónica a Bilbao. En cuanto a él, le apena irse al extranjero, pero dice que por ahora estudiará física teórica, y para física teórica, Zaragoza.

—Pero Mujer, mira que sólo tiene ocho años.

—Y qué vamos a hacerle, Iñaki, si superdotado es.

Y siendo superdotado, en Zaragoza le recibieron, y a los trece años era doctor en física. Aránzazu y Josetxo de modo parecido se portaron en Bilbao, y los más pequeños parecían también inclinarse hacia la física o la ingeniería y yo recordaba siempre el testamento del tío Isidro, donde había escrito cuánto le agradaría que alguno de la familia estudiase el origen de los baskos, y pensaba que mis hijos, pese a ser superdotados, no habrían de cumplir el deseo del difunto.

Pronto Xaviertxo nos dijo que tenía que viajar a Francia, Estados Unidos o Rusia, para perfeccionar sus estudios. El Padre Lartaun dijo que París no era lugar para un muchacho de su edad.

—En cuanto a Estados Unidos o Rusia, países herejes son, de modo que no sé qué decirte, y por otro lado no debes cortar la carrera del pequeño. Lo mejor, Iñaki, es que lo decida la madre.

Por una vez Gregoria no sabía qué decidir, pero al fin tuvo una idea brillante. Se fue a San Sebastián, y con licencia del Padre Lartaun vio todas las películas del Festival Internacional que allí daban. Volvió bastante escandalizada, y decidida a enviarle a Rusia, diciendo:

—Allí, por lo menos, mujeres ligeras de ropas no verá.

Xaviertxo pasó cuatro años en Rusia. Lo primero que hizo fue derrotarles al campeón mundial de ajedrez. Los rusos, en seguida, le pusieron de profesor en Akademgorodok, y los alumnos de Xaviertxo grandes cosas hicieron. Los rusos a Xaviertxo el oro y el moro le ofrecieron con tal de que no les dejara: querían nombrarle Académico, y Héroe de la Unión Soviética, darle el premio Lenin y un palco, de por vida, en el Teatro Bolshoi, pero Xaviertxo no aceptó.

—Mirad, Ama eta Aita (madre y padre): no soporto estar lejos de vosotros y del Cantábrico. Además allí me dan grandes laboratorios, y muchos ayudantes, todo lo que yo quiera para poder investigar, pero no me dejan trabajar en el problema que más me interesa. Dicen que mis teorías contradicen la Dialéctica de Marx y Engels y que mi máquina es una contradicción en sí misma.

—¿Qué máquina, Xaviertxo?

—Una máquina del tiempo. Naturalmente, sólo un proyecto es.

—Pues si te dicen que no la construyas, debes construirla. El que contradice a un euskalduna lo que hace no sabe — dijo Gregoria muy firme, y en ese mismo momento decidió que Xaviertxo, Aránzazu y Iosetxo salieran para Estados Unidos.

Allí los tres pasaron dos años. Los yanquis, con tal de que se quedaran, les ofrecieron grandes contratos, muchos automóviles, ciudadanía honoraria y un rancho en Texas cuyas paredes íntegramente pantallas de televisión eran, pero mis hijos no aceptaron.

—Nosotros no soportamos estar lejos, Ama eta Aita, y además los yanquis no quieren ni oír hablar de la máquina del tiempo. Dicen que es una contradicción en sí misma y un peligro para el «American Way of Life».

—Pues si todos dicen que no hay que construirla, debéis construirla cuanto antes — dijo firmemente Gregoria —. Lo que haréis será construirla aquí.

—Pero necesitaremos más gente que trabaje con nosotros, y muchos instrumentos, y una computadora, y muchos libros.

—Eso puede hacerse — dije —. Nunca os dijimos cuán ricos somos, pero el tío Isidro nos dejó una cantidad enorme de dinero, repartida en muchos bancos de Europa. — Les dije la cantidad y ellos se santiguaron. Aránzazu comentó:

—El tío Isidro no puede haber sido todo lo honrado que un basko debe ser.

—No debes hablar así de él, pues muerto está. Y debo deciros que en su testamento pone que le alegraría que alguien de la familia averigüe de donde venimos los euskaldunas, cosa que parece nadie sabe. ¿Sirve para eso la máquina del tiempo, Xaviertxo?

—Sirve.

—Pues entonces, a construirla.

—Pero está el problema de la gente. Habrá que traer extraños, y necesitaremos algo así como un instituto científico.

—Pues el Instituto lo fundaremos nosotros. Y funcionará aquí, junto al Cantábrico. Y lo dirigirás tú, y la gente que te dé la gana traerás a trabajar contigo. Y aquí estudiarán tus hermanos más pequeños, que no tendrán así que viajar al extranjero, y con gente extraña tratar.

Fundamos el INSTITUTO DE INVESTIGACIONES DE LOS ORIGENES DE LOS BASKOS en un valle cercano a Orio, bien escondido entre las montañas y bien alejado de las carreteras, para que nadie molestase. Sobre una ruinas muy viejas que allí había construimos un bonito edificio de piedra, grande como para que en él se albergaran y trabajaran todos los que en el proyecto de Xaviertxo intervendrían, y le agregamos una capilla y un frontón. Luego Xaviertxo, Aránzazu y Josetxo viajaron a Bilbao, y empezaron a encargar material para el trabajo científico, y a su buscar gente que se les uniera en la tarea.

—Necesitamos gente muy, muy capaz, pues el problema muy difícil es. Y muy honrada, para que no venda la máquina a quien la use para mal.

—Pues busca entre los baskos que sepan de estas cosas, que ellos no te traicionarán. Y para los extranjeros, impón que hablen el euskera. El extranjero que lo aprenda muy inteligente ha de ser, y bueno además, pues Jainkoa no dejaría aprender el euskera a un malvado. El Demonio estuvo aquí siete años, y con nadie entenderse pudo.

En un plazo de dos años el Instituto empezó a funcionar. Había en él treinta físicos e ingenieros, hombres y mujeres, aparte de mis hijos. De esos treinta, quince eran baskos, y el resto extranjeros: catalanes, gallegos, castellanos y un argentino de sangre baska, llamado Martín Alberdi, que siempre bromeaba y a Gregoria llamaba Doña Goya.

—Yo trabajo aquí porque ustedes me son enormemente simpáticos, Aránzazu especialmente — decía —, pero este asunto de la máquina del tiempo no puede tener éxito. Imagínese, Doña Goya, que con una máquina del tiempo uno podría viajar al pasado y matar a su abuelo. Y entonces, adiós uno, y agur máquina. ¿No ve que la idea contiene una contradicción fundamental?

—Ninguna contradicción veo, pues a ningún basko se le ocurriría a su abuelo matar, así que un basko la máquina puede construir — contestaba Gregoria.

Nuestros hijos, en cambio, había veces que no estaban tan seguros. El problema, según decían, muy difícil estaba resultando, y los cálculos eran terriblemente complicados, pese a contar con la computadora JAKINAISUGURRA (hocico inquisitivo), íntegramente construida en Eibar.

—Es un problema que con la lógica común no podemos manejar. Demasiadas paradojas. Otra lógica necesitamos, que aún no ha sido construida.

Un día Xaviertxo dijo que las cosas iban demasiado mal, y que no era cosa de hacer perder tanto tiempo a la gente, y que esto era derrochar la herencia del tío Isidro, y que el Instinto mejor haría en dedicarse a algo más productivo. Su madre le regañó entonces como antes nunca lo había hecho.

—Parece que basko no fueras, pues echarte atrás quieres. ¿Has olvidado que tu madre nació en Guetaria, lo mismo que Sebastián Elcano?

—Barkatu Ama (perdón madre) — dijo Xaviertxo, y volvió a escribir fórmulas. Al fin Malentxo, la más pequeña, les dio la solución, inventando la nueva lógica que necesitaban.

Entraron entonces en lo que ellos llamaban la ETAPA EXPERIMENTAL PREVIA y con unos extraños aparatos algunas cosas raras hicieron con mi boina, que a mí trucos de feria me parecieron. Sin embargo ellos excitadísimos estaban, y decían que había que empezar a verlo todo de una manera totalmente distinta, y el argentino Martín Alberdi me decía que se había producido la GRAN REVOLUCION EN LA FISICA, algo mucho más importante que la Relatividad, y que la Teoría Cuántica y la Bomba Atómica, y luego me llamó aparte, y con una cara de zozobra que en otro me hubiera engañado me dijo:

—Don Iñaki, las grandes potencias se nos van a echar encima para arrebatarnos EL SECRETO. Y aquí no se toman medidas de seguridad. ¿Cómo es que no hay guardias? ¿No desconfían de nadie? ¿Han estudiado nuestros antecedentes?

—Mira Martín. Sólo a ti se te puede ocurrir hacer bromas sobre la honradez de tus compañeros. ¿Y de dónde has sacado que no tenemos guardias? — le señalé a mis tres perros, Nere, Txuri y Beltxa, que echados al sol estaban —. Y sabes que hay otros más, perros y perras de buena raza, pescadores y pastores, y que a los baskos otra clase de guardianes no nos gustan, y a ti tampoco.

Con su carácter tan distinto, Martín trabajaba muchísimo, y Xaviertxo decía que era muy, pero muy inteligente, y Aránzazu lo miraba con buenos ojos, y todos le queríamos mucho. El solía decirme:

—Sus hijos serán superdotados, pero yo soy muy vivo.

Y pronto empezó a llamar Ama a mi mujer, y Aita a mí, y luego, con su habitual falta de respeto, Ama Goya y Aitor.

Después de los experimentos con mi boina, mis hijos y sus compañeros pasaron un tiempo armando un extraño chisme metálico, lleno de lucecitas de colores. Muy bonito era, y los muchachos le llamaron PIMPILIMPAUSA (mariposa).

—Y ahora habrá que probarlo — dijo Xaviertxo, un poco preocupado. Alguien tiene que ir.

—Naturalmente, debes ir tú — dijo Gregoria —. Y como es natural, toda tu familia contigo irá. — Y nadie pudo discutir cosa tan justa.

En el día de San Sebastián el Padre Lartaun ofició misa en la capilla del Instituto y bendijo a PIMPILIMPAUSA, a la que Gregoria había pedido que una imagen pequeñita del Sagrado Corazón pegaran. Habíamos colocado a PIMPILIMPAUSA alejada del edificio, en el centro mismo del valle. Nos colocamos alrededor, toda la familia, incluidos los tres perros, Txuri, Beltxa y Nere. Nuestros amigos, desde el edificio del Instituto, cantaron para despedirnos:

«Agur Jaunak,

Juanak agur,

Agur ta erdi...»

(Adiós señores. Señores adiós. Adiós y medio)

Xaviertxo apretó un botón rojo y la máquina zumbó. Xaviertxo dijo:

—Parece que no ha funcionado.

Desde el edificio volvieron a cantar:

«Agur Jaunak, Jaunak agur, Agur ta erdi...» y vuelta a apretar el botón rojo, y nuevo zumbido, y caras cada vez más desoladas entre los jóvenes.

Después de probar dos o tres veces más, Xaviertxo dijo:

—Fracasamos.

Estuvimos un rato callados y luego Xaviertxo se echó la boina hacia atrás, rascó las cabezas de los perros y con cara triste se echó a caminar hacia las montañas. Gregoria dijo que mejor era dejarle solo, y que al día siguiente discutiríamos si convenía revisar a PIMPILIMPAUSA para ver por qué había fallado o empezar directamente a fabricar otra máquina. Los tres perros por esta vez no hicieron caso de lo que Gregoria decía y detrás de Xaviertxo se marcharon.

Nadie habló cuando al Instituto regresamos. Xaviertxo no volvió en toda la noche, y los tres perros tampoco, y en el Instituto nadie durmió. Amaneció, y pasaron unas dos horas desde el amanecer, y de repente oímos en la montaña el Irintzi (grito de júbilo o de guerra), y oímos los ladridos de Nere, Txuri y Beltxa, y vimos que los perros a todo correr bajaban la montaña, y detrás de ellos, a grandes saltos, Xaviertxo, y con él otro hombre, con traza de basko también. Y llega Xaviertxo y dice:

—Lo que ha pasado es que el radio de acción mucho mayor que lo previsto ha sido. Me eché a caminar, y crucé los montes, y con este pescador me encontré en la playa. El me vio la boina echada hacia atrás y me ofreció ayuda para lo que necesitara. Comenzamos a charlar, y como ocurre siempre, empezamos a hablar mal del gobierno central, y de lo poco que respeta los Fueros. Y él me dice que lo peor son los flamencos que se ha traído consigo Don Carlos. Y yo casi pierdo el sentido y le pregunto la fecha. Y hoy estamos a 7 de julio de 1524. Lo que ocurre es que nos hemos venido al pasado todos, con el Instituto, con todo lo que hay en el valle.

—Diría que esto cosa del Diablo es, si en Euskera no hablarais. Además, si Sebastián Elcano, el de Guetaria, dio la vuelta entera sin caerse, habrá que pensar que cualquier cosa es posible — dijo el pescador.

Martín, con cara preocupada, llamó aparte a Xaviertxo para decirle:

—Hermano, tené cuidado, que me parece que este tipo te está metiendo el perro.

Fue muy difícil convencerle, pese a que cuando las pruebas en el laboratorio había estado tan seguro, y sólo aceptó la verdad después de ver, desde lo alto de un monte, con sus prismáticos, dos carabelas que al puerto de San Sebastián se acercaban; después de comprobar que la carretera de San Sebastián a Guetaria había desaparecido y después de visitar Guetaria y no hallar la estatua de Sebastián Elcano, pero hallar en cambio sí a Sebastián Elcano.

—Lo que me sorprende, Doña Goya — decía después Martín en la comilona que dimos en el Instituto, mientras se servía sardinas asadas y sidra, es que con estas ropas baskas del siglo veinte, y este idioma euskera que hablamos, no llamemos la atención en el siglo dieciséis. ¿Es posible que en cuatro siglos los baskos no hubieran cambiado nada?

—Un pueblo que no evoluciona. Grave, grave — decían los demás extranjeros, saboreando el bacalao y las angulas al pil pil.

—¿No les decía yo? continuaba Martín —. En las provincias vascongadas los neolíticos son llamados nuevaoleros, y son muy mal vistos. — Y todos reían.

Muchas bromas hicieron, y mucho comimos y bebimos, y bailamos la ezpatadantza, y aurrekos y zortzíkoks, aunque tuvimos que llamar al orden a Martín, que se había unido a nuestro grupo de txistularis, y cada tanto el ritmo cambiaba y tocaba cosas que de baskas nada tenían. Y después nos reunimos para decidir qué haríamos.

—Pues saltar de nuevo atrás — dijo Gregoria —, pues muy lejos del origen aún estamos.

Pasó la noche del 7 al 8 de julio de 1524, y al amanecer todos, incluido el pescador que había dado a Xaviertxo la buena nueva, nos preparamos para dar otro salto al pasado. El Padre Lartaun mucha preocupación tenía.

—Es que, sabéis, nuestros antepasados mucho en convertirse tardaron. Natural es, pues somos un pueblo terco. El próximo salto nos ha de llevar a tierra de paganos.

PIMPILIMPAUSA funcionó de nuevo. Esta vez se hicieron muchos cálculos, y dijeron que iríamos al siglo octavo, y allí fuimos. El valle no había cambiado, pero cuando nos movimos, ya no estaban ni Guetaria, ni San Sebastián, ni el castillo sobre el Monte Urgull. Pero las barcas de pesca en el Cantábrico eran las mismas, y en todas había perros blancos, negros o de pelo áspero, color castaño, muy parecidos a Txuri, Beltxa y Nere. A nadie llamábamos la atención cuando con otros baskos por los caminos nos cruzábamos. Alguna vez nos preguntaban, en un euskera igual al nuestro, si por ahí habíamos visto alguna partida de godos. Más o menos la mitad de los baskos que encontrábamos eran cristianos.

—En cuanto a los demás — decía el Padre Lartaun —, dicen que la nueva religión buena es, pero que cambiar la religión de los padres es cosa mala. Hice mal en llamarles paganos, pues siguen la religión natural...

—¿Y usted no les predica, Padre?

—¿Predicarles? Bueno, algo intenté, pero ya sabéis que conseguir que un basko cambie de idea es algo muy, pero muy difícil...

Un grupo de caminantes pasó, y a comer en su caserío fuimos invitados. Avergonzados estábamos por no poderles decir de dónde (de cuándo) veníamos. Hasta el Padre Lartaun estaba de acuerdo en que la verdad parecería cosa demasiado extraña, cosa del Diablo, o del Basajaun (El señor del bosque en la mitología baska). Había que mentir, diciendo que éramos baskos del otro lado de las montañas, y a ningún basko le agrada mentir. Aceptamos la hospitalidad, comimos y bebimos (angulas, tocino con habichuelas rojas, queso y sidra), bailamos aureskos, cantamos, agradecimos y nos despedimos con el Agur. Y otro salto dimos en seguida, muy avergonzados por haber mentido. El Padre Lartaun estaba ahora preocupadísimo.

—¿Es que no os dais cuenta? Vamos ahora a una época en la que todavía el Salvador no habrá venido.

Allá fuimos. Y en lo que se veía el cambio no era mucho. Casas y pueblos eran casi todos los mismos que habíamos dejado. Se bailaba, se cantaba y se comía lo mismo, y todos nos entendíamos perfectamente, en un euskera sin traza de cambio alguno. Claro que la cruz faltaba, y el Padre Lartaun estaba siempre preocupado.

—Es que mi deber sería predicar a los paganos. ¿Y cómo voy a predicar, si Cristo todavía no nació?

—Si no puede predicar, profetice Padre — le dijimos —. No habrá profecías más seguras que las tuyas — le dijo, riendo, Martín, que por otro lado estaba escandalizado de encontrar baskos iguales a lo que los baskos siempre serían.

Nuevamente aceptamos la hospitalidad de la gente, con mucha vergüenza por mentir acerca del lugar y el tiempo de los que veníamos. Comimos angulas, y sardinas asadas, y tocino con habichuelas rojas, y todos nos preguntaban si no habíamos visto a esas gentes del Sur, que estaban cruzando las montañas con aquellos monstruos de largas narices. El Padre Lartaun contó algo sobre Asdrúbal, Aníbal y su familia, y todos le miraron con gran respeto. Martín empezó a contar unos chismes sacados

de un libro de esos que no deben ser leídos, llamado «Salambó», pero Xaviertxo no le dejó continuar, diciéndole:

—Los baskos amigos fueron, según la historia, de los cartagineses. Alterarías la historia si los convencieras de que los cartagineses eran, son, unos degenerados.

Y como alterar la historia es grave responsabilidad, Martín no siguió hablando.

Volvimos a saltar al pasado, ahora mucho más atrás, y sin embargo todo era muy parecido a lo que habíamos dejado, sólo que había menos caseríos, y muchas gentes entraban y salían de las cuevas de las montañas, y muchos vivían en ellas. Ya no nos sorprendía que todos fueran tan parecidos a nosotros, ni que nuestro idioma fuera el de ellos.

Trepamos hasta la gruta de Orio, y entramos en ella, mientras decía Martín:

—Hoy está de moda ser espeleólogo.

Va a tener que pasar una punta de miles de años para que la moda vuelva.

Luego decía, mirando aquellas pinturas:

—Quizás con el próximo salto podamos conocer al artista que decoró esta cueva.

Nos hicimos amigos de los pescadores, y en sus barcas salimos al mar, con Nere, Txuri y Beltxa, que mostraron su habilidad en la pesca del bonito. El Cantábrico estaba mucho más poblado, y hasta vi grandes cachalotes cerca de la isla de Santa Clara.

Tuvimos una reunión y Xaviertxo, muy preocupado, nos advirtió:

—Debemos decidir ahora. PIMPILIMPAUSA frágil es, y un nuevo salto la arruinará. ¿Volvemos a nuestro tiempo, o seguimos hacia el pasado para enterarnos, en definitiva, de cuál fue nuestro origen?

—Esto es cosa para votar, y debe ser votada — dijo Gregoria. Y trajo habas blancas y negras y tomó mi boina —. El que esté por volver, eche una haba negra. El que esté por seguir, eche un haba blanca.

Así se hizo, y al volcar mi boina sólo habas blancas cayeron.

Dimos el salto. Y lo dimos para no hallar traza de ser humano en estas tierras.

Entre hielo y nieve trepamos a la gruta de Orio, y en ella no había pintura alguna. Y PIMPILIMPAUSA no funcionó más.

De todo eso han pasado algunos años. Desde entonces muy contentos hemos vivido. No importa el frío, que es mucho, pues tenemos buen abrigo y trabajamos duro, y para el alimento ahí está el Cantábrico, libre de hielo y con pesca tan abundante. Mis hijos y sus amigos se lanzan al mar, a sacar peces y cazar cachalotes y ballenas, acompañados de Nere, Txuri y Beltxa y otros muchos perros, hijos y nietos de los tres perros pescadores. Van en barcas iguales a las de siempre, que ellos han construido con madera acopiada aquí antes del último salto. Y llegan muy lejos.

Todos estamos a gusto. Claro que nos preocupa que falte tanto tiempo para la fundación de la Santa Madre Iglesia, sobre todo porque como el Padre Lartaun no es obispo, no puede ordenar a nadie. Jainkoarieskerrak, el buen cura está muy fuerte, y tendremos para rato religión como la de nuestros padres. Para después habrá que confiar en la providencia.

Se han formado ya algunas familias. Aránzazu y Martín se casaron y tienen una hijita. A la niña le encanta dibujar y constantemente lo hace sobre las paredes de la gruta de Orio, donde vive con sus padres.

Estamos muy contentos, porque vivimos, en lo esencial, como hemos vivido siempre. Y muy conformes, pues PIMPILIMPAUSA cumplió su cometido y sabemos al fin quienes dieron-dimos-daremos (lío este difícil hasta para Jainkoa), origen a los baskos. Nosotros y los nuestros: gu ta gutarrak.

Alguien mora en el viento

por Hugo Correa

Hugo Correa, nacido el 24 de mayo de 1926 en Currepto, Chile, reside actualmente en la capital, Santiago. Fue galardonado en 1969 con el premio «Alerce» de la Universidad de Chile por su novela corta *Alguien mora en el viento*, que aquí les ofrecemos. En su haber cabe señalar también las novelas *Los altísimos* (1959), *El que merodea en la lluvia* (1961) y *Ojos del diablo* (1972), más cerca de lo fantástico que de la ciencia ficción, y los volúmenes de relatos *Los títeres* y *Cuando Pílalo se opuso*, que agrupan textos escritos entre 1959 y 1969. En 1981 apareció en España su última novela, *El nido de las furias*, sobre un tema de política ficción de gran actualidad.

Llegado a Estados Unidos en 1961 de la mano de Ray Bradbury, vio algunos de sus cuentos publicados en las prestigiosas revistas del género *The Magazine of Fantasy & Science Fiction* e *International Science Fiction*. Su cuento *Alter ego* fue seleccionado para figurar en la famosa antología universitaria norteamericana *Introductory Psychology Through Science Fiction* (1974). Hugo Correa está casado, tiene cinco hijos, es columnista de *Ercilla*, la principal revista informativa de Chile, y ocupa también un cargo en el Departamento de Comunicaciones de la Consejería Nacional de Desarrollo Social.

What is that noise?

The wind under the door.

What is that noise now? What is the wind doing?

THE WASTE LAND

—Bob.

Suspiros de alivio, casi imperceptibles, contenidos largo rato, interrumpieron el silencio. Nadie se movió. Bajo los trajes espaciales los músculos se relajaron.

El aludido —veinticinco años— abrió la boca para decir algo. Se arrepintió. Esbozó luego una sonrisa. Dos hombres le echaron una rápida ojeada. Los rostros de los demás, impasibles.

—El segundo.

El comandante extendió el papel con rapidez. Concluía el descanso. La atmósfera de la cámara se puso rígida. Bob, la cabeza inclinada, daba una impresión de cansancio.

—Igor.

La voz sonó tranquila. Treinta años. Macizo, de rasgos duros, con una expresión obstinada en la boca. Tragó saliva.

—¡Yo!

Hizo un gesto de furia, y miró a Bob, que pareció no verle. Lanzó en seguida una mirada circular a sus compañeros.

—Lo siento. El tercero.

Igor salió de la fila, y se aproximó a una ventanilla. La ira distorsionaba su cara.

—Pedro.

—¡Tenía que ser yo! —exclamó el interpelado, con una sonrisa en su amplio rostro—. ¡Qué le vamos a hacer! Tarde o temprano...

Se encogió de hombros, y palmoteo las espaldas de Bob. Sereno, sus treinta y siete años no le habían dejado huellas.

—¡Vamos, viejo! No hay tiempo que perder.

—¡Adiós, muchachos! —dijo el comandante—. Es de esperar que vuestro sacrificio no sea inútil. De lo contrario no tardaremos en encontrarnos en el otro mundo.

—Todavía es tiempo que cambiemos puesto, comandante —comentó Pedro riendo, al dirigirse a la cámara neumática.

Sonrió el comandante. Igor le lanzó una rencorosa mirada.

—Es usted un hombre de suerte, comandante —farfulló con los dientes apretados.

—Está en un error, Igor—replicó el comandante, inmutable—. El reglamento es el reglamento. Lamento que elija esta hora para hacerme una observación así.

Pareció que Igor iba a agregar algo. Los otros no le despegaban los ojos de encima temiendo una imprevista reacción. Volvió a hacer un gesto de furia, ya no con tanto énfasis. Entró en la cámara donde se encontraban Pedro y Bob.

—Comandante —dijo Pedro desde el umbral—, vaya a mi casa, y déle un pellizco a mi chiquillo en mi nombre. ¡Debe de estar hecho una pelota!

—Así lo haré, Pedro. —Y agregó con voz firme—: Tienen dos minutos para la operación.

Cerróse la puerta tras los hombres. Se encendió una luz. El barómetro indicó que la presión disminuía rápidamente. Nadie cambió de posición. En el reloj desfilaban los segundos: ochenta y siete, ochenta y nueve, noventa. Se densificó el silencio cuando llegó a ciento dieciocho. A los ciento diecinueve uno de los hombres emitió un ruido gutural. Ciento veinte.

—¡A sus puestos! —tronó el comandante.

Afuera, en el vacío punteado de estrellas, tres objetos se separaban lentamente del cohete. Tres hombres encerrados en sendas cápsulas salvavidas. Doscientos veintisiete kilos de peso que permitirían a la astronave escapar de una segura destrucción.

Abajo, interponiendo su mole a la luz del sol, el planeta. Un gigantesco cerebro cuyas circunvoluciones se retuercen con blanquecinos destellos y se negrean, a veces, en embudos. Un manto de nubes martirizado por huracanes de mil kilómetros por hora ocultan su faz. ¿Qué había debajo? Nadie lo sabía. Desde el Principio el viento se enseñoreaba allí. El astro ofrecía siempre una misma cara al sol, acarreado así un perpetuo desequilibrio de presiones. Tres expediciones fueron engullidas por su furor; jamás se volvió a saber de ellas. Desde la última los hombres abandonaron sus intenciones de explorarlo.

—¡Miren!

La astronave escupió largos chorros de fuego; se detuvo en el vacío. Luego empezó a alejarse de los naufragos, ascendiendo con poderoso ímpetu.

—¡Que revienten!

—¡No digas eso, Igor! ¡Vuela, vuela! Son buenos muchachos...

—¿Y qué? ¡Eres un imbécil, Pedro! Siempre lo fuiste. El hombre de los desenlaces felices. De la vida de clisé. ¡Cuéntate ahora una de tus aventuras! Ésos se van. Llegarán a la Tierra frescos y sonrientes. ¿Y nosotros...?

—¡Cállate, Igor! No le hagas caso, Pedro. Está ofuscado.

—No te preocupes por mí, Bob. Lo comprendo.

—¡Tres ataúdes! El reglamento es el reglamento. ¡Yo, que pude tener tantas cosas! ¿Por qué no nos mataron mejor?

—Todavía es tiempo de que lo hagas, Igor. Nadie te lo impide. ¿Verdad?

—¡No, Bob! ¡No digas esas cosas ni por broma! Podría ocurrir un milagro. ¡Quizá podamos aterrizar!

—¡Idiota! ¡Aterrizar! En el infierno, sí. ¡Ahí vamos a aterrizar! El diablo nos está esperando con su tridente vuelto para arriba.

—¡Si sigues así me veré obligado a cortarte la comunicación, Igor! Te aconsejo hacer lo mismo, Pedro.

El planeta se aproximaba. Arriba, lejos, confundido con las constelaciones, un punto flameante achicábase veloz. Pedro pensó que el cohete se había salvado.

«Son buenos. Habría sido triste que nuestro sacrificio no hubiese servido de nada. ¿Por qué habré tenido que sacar uno de los votos? No volveré a ver a mi gordo. Pero llegará a ser un hombre. ¡Pensar que pude retirarme antes de este viaje y no lo hice! Elena se las sabrá arreglar para sacar la casa adelante. Es empeñosa y tiene buena salud.»

Las veloces nubes a menos de diez mil metros. Pedro se estremeció. Los otros enmudecidos, encerrados en las estrechas cápsulas, contemplaban los torbellinos. Franjas oscuras y luminosas recorrían el planeta. Ríos que se entrecruzan en silencio.

«¡Malditos! El comandante me envidiaba. ¡Gozó cuando leyó mi voto! Se hizo el serio. ¡Canalla! Sabía que abandonaría ese sucio cohete para ocupar un alto puesto en la fábrica. ¡Tantas cosas que habría podido hacer! Mejorar los motores atómicos. ¡La fortuna y la fama! En cambio él está condenado a morir como un oscuro astrogador, en líneas de tercer orden. ¡Yo habría llegado donde hubiese querido! ¡Todo destruido! ¡Qué injusto, qué injusto! Habría ganado millones. El mundo habría progresado con mis trabajos. ¡Pero el reglamento...!»

Y gritó:

—¡El reglamento! ¡El reglamento!

—¿Qué pasa, Igor? ¿Todavía no te conformas?

El otro no replicó.

«Está loco. Y con razón. Tenía un brillante porvenir. Como el mío. ¡Pensar que estaba a punto de ascender a comandante! Me habría tocado dirigir un cohete a Marte, en la mejor línea. Un sueldo fabuloso. Y ahora...»

—¿Qué hay de tu título, Bob? ¡Comandante Bob! ¡Ja! ¡Ja! Un uniforme azul con la estrella de mando en oro. ¡Buen mozo te habrías visto!

—¡Tú pierdes más que yo, Igor!

—¡Te morías por ser comandante, Bob! ¡Te morías! Y ahora te vas a morir de verdad, sin serlo. ¡Apréndele a Pedro! Siempre conforme. ¡Él no aspiraba a nada! ¿Te importa algo esto, Pedro? ¿Por tu mujercita y tu chiquillo, no más? ¡El hombre bueno, sin ambiciones! A ver si tu bondad te sirve de algo

ahí abajo. ¡Yo habría cambiado el mundo! ¡Habría sido un Ford, un Fitzpatrick! Algo habrías hecho tú también, Bob. Una brillante carrera de astrogador, por lo menos. ¡Pero, Pedro...!

«¡Qué miseria! Salir con éstas ahora. ¿Qué culpa tengo? Tal vez merecía mejor suerte. Él y Bob eran los que prometían más entre nosotros. Y les tocó. Pero pierdo a mi chiquillo y a mi mujer. ¡Mi gordo será alguien! No como su padre, que siempre fue poco inteligente. No tiene dos años y está aprendiendo a hablar. No debí meterme en esta profesión. Por querer mejor sueldo... ¡Siempre la ambición!»

Con gran trabajo sacó de su pecho una fotografía. La miró con ternura. Su hijo y su mujer. ¡Qué rollizo era! Daba gusto mirarle sus muslos cortos y llenos de pliegues. Miró abajo: la muerte ya cercana. Cerró los ojos y guardó la foto. A unos cien metros a su izquierda, la cápsula de Bob inmóvil en el vacío. A su derecha, el quieto salvavidas que llevaba a Igor. Sobre su cúpula una estrella ascendía lentamente.

—¡Es hora de disparar los cohetes! —gritó Bob.

—¿Para qué? ¿Qué ganamos?

—¡No sé qué ganaremos! Me limito a aconsejar, Igor. Podremos llegar a las nubes con velocidad cero. ¿Listos? Empiezo a contar.

Los otros obedecieron automáticamente.

«¡Sin conciencia ni misericordia! Las fuerzas naturales desatadas. El viento me arrastrará por la atmósfera. Me estrellará. Me hará pedazos. ¡Qué horror! ¡Maricas! ¡Cómo los odio!»

—¡Fue preciso, Bob! —exclamó Pedro—. Velocidad cero. Estamos a menos de mil metros.

—¡Cállate! ¡Que estemos a cien, a cincuenta! ¡Miren eso! Una tormenta de alquitrán. Observen la velocidad de las nubes. Y miren más allá. ¿Ven ese embudo? Ahí las corrientes luminosas se encuentran con las oscuras y forman una vorágine.

—¡Encomiéndate a Dios, Igor! Es lo mejor que puedes hacer.

—¿Para qué? Dios nos dejó hace rato. ¡Se fue con el cohete! ¡Es el diablo el que nos espera, buen Pedro!

Pedro no alcanzó a contestar. Bruscamente su salvavidas se inclinó. Ya no caía a plomo: comenzaba a seguir una larga diagonal. Las ráfagas más altas lo habían cogido.

—¡Ya estamos en el baile! A ver quién dura más. ¡Cómo gozará el comandante pensando en nuestro destino!

—¡Eh! ¡Reserven combustible para más adelante! ¡No corten los transmisores! Tal vez...

—¡Vamos al infierno, Bob! ¿Todavía no te convences? ¡Todo el planeta es igual! Un solo torbellino. Los vientos dan la vuelta al mundo.

La inclinación de su cápsula permitió a Pedro ver una manga de nubes negras que se deslizaban a gran velocidad. Hacia ellas dirigíanse los náufragos. Un río en plena crecida, turbio y arremolinado. Como los desbordes del Claro en su tierra natal, cuando las lluvias hinchaban el torrente, hasta transformarlo en una avalancha oscura, que rugía ensordecedora. Ahora, mediante los audífonos, empezó a oír el ulular de la ventisca. Un bramido de monstruos enloquecidos que se extendía por todos los ámbitos, acompañado de silbidos y lejanos truenos.

—¿Oyen eso? —Era Igor, trémulo—. ¡Es el infierno! Mi cápsula está tocando las nubes...

—¡Dios Santo! ¡Igor!

—¡Me hundo!

Pedro cortó el transmisor. Entonces también fue cogido por el soplo. Su cápsula empezó a girar. Gritos poblaron su cerebro. Era Bob que caía en las proximidades. Siguió el frenético rotar hasta que empezó a marearse. En medio de la algarabía notó que era engullido por un luminoso remolino. Paralelamente su conciencia fue oscureciéndose.

La noche daba vueltas a su derredor.

Abrió los ojos. La cápsula inmóvil. Una luminosidad invadía el recinto. Pestañeó. La cabeza aún abombada. Pegó la vista al cristal de observación.

Se restregó los ojos repetidas veces. No cabía duda: su cápsula a medias hundida en una masa verde, de características vegetales. Multitud de filamentos inclinados hacia atrás acometidos de una curiosa vibración. El cielo se presentó como una bóveda blanquecina poblada de figuras que se agitaban. Como contemplar un paisaje submarino. Y todos los objetos realizaban sus movimientos en un mismo sentido. Cuerpos similares a estrellas rotaban veloces: sus puntas no se distinguían. Figuras alargadas, tubulares, de diáfanos colores rosa, azul y gualda. Todas se retorcían delicadamente. ¡También él se movía! Su cápsula se balanceaba levemente. Encendió la radio.

—¡Auxilioooo! Estoy cerca de la superficie. ¡Es lisa como una plancha de mármol! ¡Voy cayendo...!

Silencio. El rugir del viento. Pedro escuchó los latidos de su corazón. Igor había muerto. Se quedó inmóvil, escuchando. Nada. Pasaron varios segundos antes de que se recuperara. Volvió a mirar: todo calmo y sereno. El bramido del huracán despertaba un eco interminable. ¿Cómo explicar aquella luz y ese sinfín de cosas danzantes? De pronto comprendió. Se hallaba en el centro de una corriente aérea. La revelación lo dejó ensimismado. Su salvavidas fue a caer sobre un vegetal que volaba arrastrado por la ventisca, junto a otras grandes masas semejantes que seguían su misma dirección. El tamaño de aquellos islotes era suficiente como para sostener una astronave. Todo cuanto le rodeaba no era sino la atmósfera del planeta que arrastraba en sus entrañas una fauna vegetal y tal vez animal, liviana y sutil, como los gelatinosos cuerpos marinos. Y la luz provenía sin duda de algún microorganismo fosforescente. ¿A qué altura? Confrontó sus instrumentos. Altitud constante. Descendía a veces algunos centenares de metros, y luego se elevaba, llegando a superar los veinte kilómetros. A lo lejos un muro de tinieblas limitaba la visual.

Suspiró. No corría peligro por ahora. Llevando la mano al pecho oprimió la fotografía. Agradeció a la Providencia. ¿Qué sería de Bob? También debió perecer junto al infortunado Igor. ¡Pobres! Claro que él tampoco podía felicitarse demasiado. El agua y los víveres le alcanzaban para diez días. La atmósfera del planeta, con un porcentaje de oxígeno superior al de la Tierra, era respirable, aunque sería necesario filtrarla.

Notó de pronto que el nivel exterior subía. No terminaba de sopesar este descubrimiento cuando la masa vegetal llegó a la altura de la ventanilla de observación. Se estremeció. El salvavidas se hundía. La nube no era tan sólida como para soportar su peso. ¿O lo estaba absorbiendo un organismo? De súbito la vertiginosa visión desapareció. Le rodearon las tinieblas: el salvavidas resbalaba hacia abajo. Luego de descender un trecho interminable se detuvo. Trémulo, encendió la luz. Aguardó. Pensaba que bastaría una exhalación suya para que el salvavidas continuase su trayectoria. Por último cambió de posición. Nada ocurrió. El fragor del ciclón llegaba a sus oídos como algo lejano y apagado. Podía suceder que se hallase a pocos metros de la cara inferior de la nube: de seguir deslizándose quizá fuese a dar de nuevo al huracán. Trató de penetrar las tinieblas. La ventanilla pegada a una sustancia compacta. Hizo girar la cúpula: a los sesenta grados la visual se prolongó hasta una distancia indefinida. A su izquierda el muro empezaba al lado mismo del cristal.

«Gordo: estos son los momentos en que hay que proceder.»

Revisó el laboratorio automático: aire puro, sin los residuos de afuera. Quitó los seguros a la portezuela, y la empujó. Se estremeció el salvavidas. Pasado un segundo de inmovilidad volvió a la faena. La luz formaba en el suelo un largo rectángulo, revelando un piso lleno de protuberancias. Alargó un pie. La pesada bota se hundió en un suelo elástico, consistente y parejo.

Hallábase en el interior de una galería de gruesas paredes: el viento se oía apagado. Dio algunos pasos para tantear el terreno. Luego con su linterna inspeccionó el salvavidas. El tubo de acero con su tobera incrustada en el piso, se apoyaba en el muro del fondo donde concluía el pasaje. A sus espaldas el conducto se curvaba. Descendía en suave pendiente, internándose en el interior del macizo. Cilíndrico y de un diámetro estimable en dos metros. La cúpula del salvavidas tocaba el techo. Sobre ella se abría el agujero por donde el pesado artefacto llegara allí luego de resbalar por lo menos un centenar de metros.

«Bien. En muchas cosas me ha ido mal a lo largo de mi vida. Pero ahora no puedo quejarme.»

Verificó la presión del aire, y procedió a quitarse la escafandra. Aspiró la atmósfera tibia, perfumada, que llenaba el recinto. Se sintió rejuvenecido. Se despojó también del pesado traje espacial, quedándose sólo con el buzo y las alpargatas plásticas. Hizo una flexión; luego se sentó y apoyó sus homóplatos en la confortable pared. A sus oídos, sobre el lejano rugido del viento, parecían llegar los ecos de una suave melodía. Recordó a su mujer y su hijo, la casa que con tanto sacrificio construyera. Elena en la Tierra estaría a esas horas disponiéndose a dormir. Era invierno en su pueblo. De seguro llovía y en la chimenea crepitaban los troncos de eucaliptus. Su gordo ya debía estar acostado, con sus mejillas rojas y frescas.

«Bueno: haremos una exploración. Veamos dónde va a dar ese túnel.»

El macizo se balanceaba con suavidad. Un barco bogando en mar tranquilo. El piso permitía avanzar con rapidez, hundiéndose como una gruesa alfombra sin que quedasen huellas en él. Las paredes suaves al tacto, con delicadas protuberancias, despedían un perfume difícil de definir. Hongos de variadas formas crecían en las orillas del pasaje delineando una curiosa avenida. Ni una brisa. Una agradable temperatura reinaba en el lugar. El camino describía periódicas curvas. Galerías de variados diámetros desembocaban en él: enfilaba siempre por la más amplia. Así caminó unos quinientos metros.

Cada vez más lejano el rugido de las ráfagas. De ese simple hecho podía colegirse el espesor de aquella verdadera esponja que volaba impulsada por el ciclón. La multitud de conductos llenos de aire la transformaban en un aeróstato natural.

De súbito, al describir una curva, apareció una luz. El hombre se detuvo en seco. La naturaleza de aquélla era peculiar, como si no fuese el resultado de una fosforescencia. Escuchó: una antigua melodía surgía de un lugar bastante próximo. Luego de unos instantes de vacilación avanzó. Aumentó la luz. Por mera precaución llevó la piano a la pistola. Terminaba el pasaje desembocando en una cavidad de gigantescas proporciones. Una verdadera gruta abierta en el corazón del macizo. De su techo, a gran altura, pendía un globo que iluminaba nítidamente el lugar. Y dicho artefacto —un sol artificial— era de origen terrestre.

Debajo del foco, una laguna bordeada de plantas pálidas confería al lugar singular belleza. En las vecindades del agua una tienda neumática, de color blanco y antiguo diseño. De allí provenía la música. Más atrás dos casamatas pálidas completaban el campamento.

Excitado, reanudó su camino. El suelo recubierto de una capa de tierra, donde crecían hongos y otras plantas desconocidas, de etéreos colores, descendía hasta llegar a la laguna. Tomó un caminito que remataba en la tienda. ¿Quién habitaría allí? Recordó las expediciones anteriores. En la Tierra se

supuso que nadie había escapado con vida. Pero su propia experiencia demostraba esa posibilidad. Ya veía surgir un nombre barbudo y desgreñado de la carpa. Sólo la música arrancaba ecos en el recinto.

La puerta se abrió cuando estaba a menos de veinte metros. Apareció en el umbral una muchacha alta, vestida con falda y blusa pasadas de moda. En extremo joven. Su rostro irradiaba frescura, y una cierta inmaterialidad.

—Ha demorado usted —le dijo sonriente.

Pedro detenido, la boca y los ojos abiertos.

—¿Cómo...?

Rió, lo que iluminó aún más su semblante. El pelo rubio caía sobre su frente. Una expresión traviesa jugueteaba en sus vivaces ojos oscuros.

—¿Que cómo sé que venía? —Avanzó—. Intuición femenina. ¡Como usted quiera llamarla! Pero pase. Le estaba esperando a comer.

Le cogió de una mano y le condujo a la tienda. Una sala de estar amueblada con implementos de campaña. Sillas, mesa y un diván. En el rincón de la izquierda una cocina con ollas que despedían un cálido y apetitoso aroma. También una cafetera.

—Tome asiento. ¿Tiene hambre?

—No sé. ¡Dígame quién es usted!

—Laura. —Extrajo platos y cubiertos de una alacena, y puso la mesa como una experta ama de casa—. En la primera expedición vino una mujer.

—¿Usted?

Volvió a reír, mostrando unos dientes blancos.

—No, no. Soy hija de esa mujer.

—¿Y los demás? ¿Sus padres?

—Murieron. —Destapó una olla y le echó una rápida mirada a su contenido. Pareció satisfecha—. Hace años que vivo sola aquí.

—¿Me quiere decir que es la única persona que habita este lugar?

—Así es. —Sirvió dos platos de sopa, y luego de alcanzarle uno, tomó asiento frente al suyo—. Sírvase antes de que se le enfríe.

Como estar en casa. Sólo los pausados balanceos le recordaban su situación.

Mientras comían Laura le contó su historia. Hablaba con tranquilidad, como si se refiriera a hechos naturales y comunes. Tres hombres y la doctora Solar, única mujer de la expedición, fueron depositados por el viento en una nube, luego que abandonaron el cohete. Descubrieron la especial conformación del islote, y se instalaron en su cámara central. Rescataron varios objetos, restos de la catástrofe, que el huracán fue a dejar allí: una pila atómica portátil, el sol artificial, tiendas, comestibles y medicamentos. La vida de los náufragos empezó a desenvolverse normalmente. A pesar de que disponían de radio les fue imposible comunicarse con el exterior debido a extrañas interferencias. Tuvieron que amoldarse a la idea de que no podrían salir de allí. La turbulenta atmósfera constituía un escollo imposible de vencer para la ciencia humana. En lo cual no se habían equivocado, pensó Pedro al recordar las posteriores tentativas para explorar el planeta. Pero sobraba el agua, el buen aire, y las plantas comestibles que asegurarían su subsistencia. Sin ser halagüeño su porvenir, los náufragos podían contar con la seguridad, al menos, de no perecer por inanición. Pero había una mujer.

Al decir esto Laura desvió la mirada hacia la cocina. No la embargaba ninguna emoción especial. Pedro pensaba, a ratos, que estaba protagonizando un sueño absurdo.

Donde quiera que estén los hombres, siempre serán hombres, prosiguió la muchacha. La doctora, fríamente, decidió complacerlos a los tres, a fin de evitar rivalidades. Fue un error. Uno de ellos se enamoró de la doctora. Desesperado por su inconvencible actitud se suicidó. Laura no aparentaba agitación por su relato. Como quien narra el argumento de una película acabada de presenciar.

Los otros dos hombres envejecieron rápida e inexplicablemente.

—¿Envejecieron? —Pedro experimentó un escalofrío.

—Sí: al cabo de pocas semanas estaban convertidos en unos ancianos. Y murieron.

—¿Cómo? ¿Por qué?

Se encogió de hombros. Se levantó, y procedió a servir el segundo plato.

—De viejos.

A lo lejos el bronco fragor.

—Tal vez una enfermedad desconocida. Pero todos sus síntomas, según mi madre, eran los de la vejez. Y ella también envejecía, aunque no tan de prisa. Esperaba un hijo.

Colocó los dos platos ya servidos.

—Mi madre me dio a luz sin ayuda de nadie. Todo resultó bien. Pero ella siguió envejeciendo, y cuando cumplí diez años, falleció. Hasta sus últimos momentos tuvo la esperanza de que llegarían a rescatarla. Era muy hermosa. La trastornó su prematura vejez. ¡Odiaba este planeta!

—¿Y usted?

—Me gusta. No conozco otra cosa. Y con lo que sé de la Tierra creo que no estoy tan mal. ¿Cómo encuentra este guiso?

—Muy bueno. Exquisito en realidad.

—Se hace de unas plantas que abundan aquí. Muy nutritivo. —Y añadió—: Quizá usted piensa que debería tener otras aspiraciones. Volver a la Tierra, o al menos intentarlo, casarme, tener hijos. Pero no me preocupan esas cosas.

—¿Qué edad tiene?

—Tengo entendido que esa pregunta no se le hace a las mujeres, ¿no?

El hombre enrojeció.

—¡No tiene importancia! —exclamó ella riendo al ver su turbación—. Veinte.

—Representa quince.

—Eso debe de ser una galantería. A mi madre le gustaba que le dijese que representaba menos edad de la que tenía. ¡Pobre! Fue muy desgraciada.

Le miró largamente. Pedro se sintió embargado por una inefable ternura. Por último la muchacha frunció el ceño, tamborileó con sus largos dedos sobre la mesa, y sonrió.

—Me gusta usted. Nunca había visto un hombre. Pensé que sería algo inquietante, que me llenaría de turbación. En cambio al tenerlo cerca siento paz y tranquilidad. Hábleme de usted.

Le explicó que el cohete había sido desviado de su trayectoria por un meteorito. Cayó bajo el campo de gravedad del planeta. Andaban escasos de combustible. Ante el inminente peligro de caer en aquel mundo tuvieron que desprenderse de toda la carga. No fue suficiente. Necesitaban alivianarse de doscientos kilos más. Se aplicó el reglamento. Le tocó a él, y a otros dos.

—Uno murió, ¿no?

—¿Uno? ¡Los dos, que yo sepa!

—No —replicó ella con un curioso acento—. Hay otro que se ha salvado.

—¿Bob? ¿Dónde está?

—No sé. Se encuentra lejos y en peligro.

—¿Cómo lo sabe?

—He nacido en este mundo. A pesar de su aspecto caótico hay un orden: como en toda obra de la naturaleza. Y es posible que mi intuición se haya agudizado. Determinados sucesos los sé de antemano. Penetran en mi mente en forma de súbitas ideas.

—¿Y Bob? ¿Podemos hacer algo por él?

—Nada. Si quieren salvarlo llegará aquí tarde o temprano. De lo contrario...

Terminó la frase con un elocuente gesto.

—¿Qué es eso de «si quieren salvarlo»? ¿Quiénes?

—Bueno —vaciló unos instantes—. Las cosas no ocurren porque sí, ¿verdad? A pesar de que no tengo pruebas concretas sé que aquí existen ciertos seres dotados de inteligencia. ¿Dónde están? No lo sé. Tampoco se dejan ver, pero su presencia se nota en muchos hechos sin explicación, como mis corazonadas, por ejemplo. Mi madre y los hombres también creyeron descubrir lo mismo. He vivido veinte años en este mundo y no he conseguido averiguar nada más.

Pedro miró a su alrededor inquieto.

—No tema. En todos los mundos, según he leído, donde hay vida, es posible que la evolución dé origen a la inteligencia. ¿Por qué no aquí?

—Usted los habría visto, pues tendrían que habitar en lugares como éstos.

—Quizá aquí, al revés de la Tierra, los seres más evolucionados sean incorpóreos, debido a las especiales características del ambiente.

—Lo más grande y sólido que se encuentra en las corrientes blancas son estas nubes —prosiguió Laura—, que han tenido su origen en colonias de protozoarios como los corales de la Tierra. Todo lo demás es liviano, casi etéreo, y sumamente frágil.

—Hay una sola cosa cierta: aquí los vientos son los amos y señores de la creación.

Lejos, el silbido de las ráfagas. Pedro sintió un estremecimiento. Laura recogió los platos y los introdujo en la lavadora.

—Dos fuerzas luchan en el planeta desde su origen: una personificada por las corrientes blancas y la otra por las oscuras. Estas últimas han ido cediendo terreno, pero siguen siendo poderosas.

Sirvió el café.

—Dígame, ¿cree que «sus amigos» le podrían indicar una manera de salir de aquí?

—¿Está aburrido? —preguntó ella con un cómico gesto de desazón.

—¡No, no! Pero pienso que sería bueno para usted y para mí podernos marchar de este planeta.

—No. No me iré. Son muchas las cosas que me atan —dijo ella con lentitud—. Por la sola memoria de mi madre debo quedarme, ¿ve? Son veinte años y una tragedia, debido a la cual nací. Es imposible olvidar todo eso. He crecido con esos recuerdos y, mal que mal, el planeta me ha tratado bien. Todo lo que aquí me parece natural, en la Tierra sería distinto. No sé cual de esos tres hombres fue mi padre, pero no me preocupa, pues el ambiente, o lo que sea, hace que aquí todo sea tolerable para ciertas personas.

Comenzó a guardar las ollas y cubiertos en la alacena. Pedro se levantó y dio unos pasos por la tienda.

—Verá como le gusta esta vida. Los años no pasarán sobre usted.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque ha sido bienvenido. Se va a sacar varios años de encima. No tendrá necesidades materiales como me sucede a mí. Al revés de mi madre, que siempre estaba sin ánimos porque le pesaba su parte física, cada día me siento más ágil y joven.

»La atmósfera del planeta acentúa el temperamento de las personas —agregó Laura—. Los materialistas sienten exacerbarse sus apetitos. Eso lo comprendieron los sobrevivientes de la primera expedición.

—¿Y las otras expediciones? ¿Se salvó alguno?

—Ninguno, que yo sepa. Usted es el primero en veinte años que ha escapado del huracán. Y no fue por casualidad. Tal vez el destino ha querido que tenga un compañero.

Pedro se asomó al exterior. A más de cincuenta metros de altura se mecía el sol artificial. Su imagen adquiriría raros contornos al reflejarse en las aguas de la laguna, cuya superficie, a consecuencia del vaivén, aparecía cubierta de un leve oleaje.

«¡Diez años sola! Pobre. Después de todo tal vez ha sido para mejor.»

—¿Tiene sueño?

La voz lo sacó de sus reflexiones.

—Puede acostarse cuando quiera.

—Gracias. —Sacó la fotografía, y se la mostró—. Mi mujer y mi hijo. No es tan bonita como usted, pero es la única que me ha querido. ¿Qué le parece el niño?

—¡Qué lindo es!

—Sí; llénala vida.

—Usted murió para ellos, ¿no?

—Sí, es verdad. Que se haga lo que Dios quiera. Tengo suerte. En la Tierra las cosas no son tan simples. Es agradable conocer una muchacha como tú, espontánea y sin malicia. Soy simple: no tengo la inteligencia de Bob e Igor.

—Sabré corresponderle. —Y agregó con infantil vehemencia—: Haré todo lo posible porque sea feliz.

El hombre la cogió de la barbilla y la miró a los ojos. Sostuvo ella su mirada. La estrechó entre sus brazos: sintió el cuerpo de la muchacha. El perfume de su pelo le produjo un dulce bienestar. El lejano rugido de la ventisca. Una esponja que daba vueltas arrastrada por la turbulenta atmósfera. Y él estaba allí con una mujer que no se opondría. No. No podía hacerlo. ¿Por qué? De tan simple acto dependía la destrucción del hechizo. Diez años sola. Su madre y sus tres amantes. Se separó con suavidad. Laura sonrió. Un gran alivio se reflejó en su semblante.

—Seremos muy felices. Ya verás. Aquí se necesitaba un hombre como tú. Porque los hombres deciden el destino de las cosas. ¿No es así?

—Quizá sean las mujeres.

—¿Cómo amaneciste? —Laura entró en el dormitorio. El olor del café dilató las narices del hombre.

Como estar en casa. ¿Pensarían alguna vez sus compañeros del cohete que él, condenado a una muerte segura, disfrutaba a esas horas de mayores comodidades que ellos?

—Tengo que ir a buscar mis cosas al salvavidas.

—No te preocupes. Me levanté temprano, y las traje todas.

Navegar en un mar tranquilo. El hombre se balanceaba suavemente al afeitarse. Tomó un largo baño. Oía a Laura en sus ajetreos domésticos, entonando una canción.

Todo lo que existía en el campamento fue instalado por los náufragos. La pila atómica, capaz de funcionar siglos sin reabastecerse de combustible. El sol artificial —una colosal lámpara de gas que, dentro de un radio reducido, producía los mismos efectos de la luz solar—, estaba graduado para dar luz durante catorce horas y apagarse por diez. Como en la Tierra.

—¡Vamos!—dijo la muchacha.

—Tengo la sensación de haber perdido peso. ¿Me notas más flaco?

—¿Más flaco? Sólo te *conocí* ayer. ¿Cómo puedo saber eso?

—¡Vaya! Me olvidaba. Pero me siento raro. En todo caso es agradable.

—Ya verás como te sientes mucho mejor.

Laura marchaba adelante, avanzando con agilidad hacia uno de los innumerables conductos que desembocaban en el bolso central.

Durante varios minutos descendieron por un túnel que describía una espiral. La muchacha alumbraba el camino con una linterna. A veces se detenía y esperaba a Pedro, cuando éste se rezagaba. Otras lo cogía de la mano, guiándolo a través de los vericuetos de la colosal esponja. Dos kilómetros de diámetro y uno de espesor. Su forma era la de una lenteja. Daba vueltas sobre sí misma, una vez cada cinco minutos.

—¡A mil quinientos kilómetros por hora! Cada veintiséis horas damos la vuelta al mundo.

Pedro pensó que, después de todo, no era imposible que los hombres consiguieran algún día atravesar la turbulenta atmósfera e instalarse en aquellos verdaderos satélites. Mal que mal cada nube tenía capacidad para albergar a un centenar de personas por lo menos.

Llegaron a otra cavidad que se abría exactamente debajo de la primera. El rugido del viento se hizo ensordecedor. En el suelo, en la parte central de la nueva gruta, existía una amplia abertura. Por allí penetraba una luz lechosa. El hombre se detuvo. En la semipenumbra, Laura sonreía.

—¡Ahora hay que ponerse las escafandras! —gritó.

Tuvo que repetir la instrucción, pues el fragor TÍO permitía escuchar.

—¿Qué piensas hacer?

—Nos dejaremos arrastrar por el viento.

—¿Quieres decir que nos dejaremos caer por eso?

Volvió a oprimirle una mano. Se aproximó al boquete. Ráfagas ascendían arremolinadas, esparciendo en los derredores una gran cantidad de detritos. Muchos de éstos fosforecían. Algunos empezaban a caminar como tenues cangrejos: volvían a precipitarse al vacío.

—¡Vamos! —dijo Laura de pronto.

Sin soltarle la mano, que le oprimía firmemente a través de los guantes, se lanzó por el brocal. El hombre ahogó un grito. Cayeron por un tiempo que se le antojó interminable.

Se encontró envuelto en una bruma opalescente saturada de graciosas figuras que giraban. Encima, la sombra de la nube. Largas lianas colgaban por debajo de ella, culebreando a impulsos de la ventisca.

El macizo empezó a quedarse atrás paulatinamente.

—El viento nos llevará y nos traerá al mismo sitio.

Flotaban muellemente sin tener conciencia de su peso. Imposible darse cuenta de la velocidad: todo volaba en el mismo sentido. La luz permitía ver el paisaje, a través de una cortina vaporosa bordada con figuras que se debatían. De tarde en tarde una gran nube: siempre quedaban rezagadas.

Ciclópeas flores, con pétalos, estambres y pistilos, tenues y transparentes como los celentéreos, deslizábanse con lentos y armoniosos movimientos. Las plantas absorbían agua y alimentos mediante las raíces filamentosas que en grandes racimos pendían bajo ellas. Los océanos, transformados en neblina, viajaban por la atmósfera llevando consigo un millón de cuerpos distintos; los seres animados —sutiles y livianas formas— también giraban en el interior del huracán. Sólo allí existía calma para vivir, para reproducirse, para morir. Cerca de tierra firme corrían el riesgo de estrellarse y deshacerse contra el suelo. A veces los minerales en polvo coloreaban la corriente con tonalidades que degradaban lentas. Como en el interior de una arteria atestada de translúcidos glóbulos en rotación. O dentro de una tubería de oro etéreo que, a lo lejos, cambiara de color.

Se abrió el torbellino en un luminoso y vago panorama: Pedro iba junto a la muchacha sin notar el más leve cansancio.

De súbito Laura le soltó.

—Sígueme. El viento hará lo que tú le pidas.

La muchacha se separó de él, y su figura, envuelta en el traje espacial, se alejó como una burbuja. Bastó un movimiento del tronco y los brazos para aproximarse a ella.

A su diestra la vista se estrellaba contra una negrura impenetrable.

—Una de las corrientes oscuras. ¡Hay que cuidarse de ellas! Arrastran objetos de gran tamaño y peso, que podrían destrozarte en un santiamén. Ahí están los restos de los naufragios; nubes de piedras y arena que, desde los primeros tiempos, son arrastrados por el viento. Y también hay muertos. Todo lo que deja de existir en las corrientes blancas es expulsado a esos torbellinos. Son verdaderos cementerios. Los tripulantes de las astronaves terrestres que han caído en el planeta flotan en esas ráfagas.

Ahí había caído uno de los cohetes que quiso conquistar el planeta. Las nubes de piedras lo deshicieron. Y a medida que descendía encontraba en su camino peñascos de mayor tamaño.

A corta distancia, un remolino. Zonas oscuras interrumpían la visión. Dos corrientes opuestas daban origen a un embudo que llegaba hasta los continentes. Una de esas vorágines había engullido a Igor.

—¡Pasaremos a otra corriente! —gritó Laura.

La nueva vía bajaba. La muchacha le explicó que las corrientes soplaban en todas direcciones y a diversas alturas. Que era posible sobrevolar el planeta entero sin otro propulsor que ellas.

Abajo, aproximándose veloz, una llanura brillante y plana, con franjas de variados tonos.

—¡Tierra firme! Vamos a pasar cerca.

¿Alcanzaría a enderezarse para evitar el estrellón? A menos de cien metros. Cerró los ojos. De inmediato notó que cambiaba de rumbo. Al mirar de nuevo vio abajo, a menos de un metro, una planicie pulimentada, estriada con fuertes colores, que se deslizaba vertiginosa. Hasta le pareció sentir el calor causado por el roce de la ventolera al frotar el planeta durante milenios. Liso como una plancha de mármol. Las palabras de Igor acudieron a sus oídos. Lejos, otro embudo corría por el planeta como una gigantesca serpiente erguida. Se alejó la fantasmagórica visión. La erosión eólica había limpiado la faz del mundo dejándola pulcra y monda, transformada en una vítrea pradera.

Los hombres nunca podrían hollar esa tierra. Imaginó una astronave tratando de aterrizar. ¡Qué de tumbos y volteretas daría hasta quedar deshecha y enriquecer con sus restos la población de los torbellinos!

Subían como saetas. Prosiguieron saltando de corriente en corriente, desplazándose de un lado para otro con el simple recurso de trasladarse a los vientos que soplaban en sentido contrario. A veces las distintas densidades de la niebla creaban espejismos, lagunas con exóticos bosques y selvas flotantes. O todo parecía inmóvil. O el viento se transformaba en un torbellino al cambiar de dirección. Todo empezaba a girar, y uno se creía en el interior de un caleidoscopio que daba vueltas.

Súbitamente se encontraron volando por el interior de un inmenso túnel de diáfana atmósfera, con paredes de espesas nubes iridiscentes girando vertiginosas. Se perdía a lo lejos en un embudo polícromo. Planearon sobre suaves lomajes: en las alturas la bóveda nácar con sutiles reflejos luminosos.

Salieron del aeroducto, y desembocaron en un soplo de luz. Muy cerca, una nube se deslizaba rauda.

—¡Hemos llegado! —Y añadió—: Tu amigo está aquí.

—¿Quién?

—Ese que se llama Bob. Ha llegado durante nuestra ausencia.

Una vez que se desembarazaron del equipo, ella le susurró al oído:

—¿Estás contento?

—Sí.

—Espero que podamos ser siempre felices —dijo con tristeza.

—¿Porqué?

—No sé...

Bob estaba junto a la tienda. Abrió tamaños ojos al verlos.

—¡Pedro! ¿Y esa chica? ¿Estoy soñando?

—Esto es el infierno. El viento me hizo dar vueltas y vueltas. Por poco me hace pedazos.

Abandonó el salvavidas cuando éste empezó a girar. Su cuerpo fue a incrustarse en algo. Perdió el conocimiento con el golpe. Al volver en sí descubrió que su sostén perdía altura. El vegetal que le recibiera se hallaba a punto de ser engullido por una oscura zona. Su cuerpo había destrozado la frágil planta. De súbito las ráfagas lo sacaron de allí. Durante horas fue arrastrado por la corriente, dando volteretas y enredándose en los objetos que volaban junto a él. ¡Menos mal que no se topó con nada duro! Por fin, cuando se creía perdido, vino a dar a la nube.

—Parece que tuviste mejor suerte que yo, Pedro.

—Igor murió.

—¿Quién puede sobrevivir afuera? No sé cómo he escapado. ¿Y tú? ¿Y esta chica? Cuéntame.

Le hizo una breve relación de sus aventuras y de la historia de Laura.

—¡Qué suerte la tuya! Venir a dar aquí desde el principio. —Añadió, dirigiéndose a la muchacha—: ¡Imagino que deben ser muy buenos amigos! Con toda su pachorra, Pedro no es de los que pierden el tiempo.

Ella se sonrojó.

—Ha sido muy buena conmigo —dijo Pedro, molestó—. Me ha dado hospedaje, y me ha hecho conocer este mundo.

Laura, con disimulo, le hizo un gesto para que callase.

—Hay ciertos hechos que hacen la vida color de rosa. ¡Hasta el infierno se convierte en un paraíso! Eres muy, pero muy afortunado, Pedro.

Laura salió de la tienda. Bob se inclinó sobre la mesa, y le preguntó en voz baja:

—¡No me vayas a decir que le has sido fiel a tu mujer con ese bombón al lado!

—Somos amigos no más, Bob. Aunque te parezca raro. Es una muchacha muy buena. Podría ser su padre.

—¡Vamos! No me vengas con esas. ¡Es una reina en cualquier parte!

—No sabe nada de la vida, Bob. Se ha criado sola, y es feliz. Es muy espiritual...

—¿Sí? Con esos pechos y ese cuerpo capaces de hacer feliz al más exigente, mentiría al decir que me despierta el espíritu. En cuanto a que no sepa nada de la vida... ¡Bueno! Nunca es tarde para aprender. ¿O no?

—No sé, Bob. Me desagrada el tema.

—¿Por qué? ¡Vamos, Pedro! No te pongas pacato. Hablemos las cosas por su nombre. Esa mujer me gusta. ¿Entiendes? Estamos abandonados en este infierno, y podría consolarnos de tantas penurias. Como llegaste primero no te voy a discutir tus derechos. Claro que esa torta da para dos con holgura. Si vamos a vivir en comunidad te propongo compartirla. ¡Nada de egoísmos!

Pedro se puso de pie, irritado.

—Mira, Bob: haz lo que quieras. Es mujer y sabrá poner las cosas en su lugar. Si tratas de recurrir a la violencia te prevengo que la defenderé. ¡Hay cosas que no se comparten! Si te acepta no me voy a meter en el asunto. Claro que habría preferido no tocar el tema. Pero en fin, comprendo tu modo de ser.

—¡Vaya, vaya! No hagamos escenas baratas. Si he hablado así es para que veas que estoy procediendo honradamente. ¡No quiero pelearme contigo! Pero no te voy a engañar respecto a mis intenciones. ¡Por cierto que no la voy a violar! Lo que quiero evitar es que mañana mi actuación se preste para malentendidos.

Bob hablaba con sinceridad. Veía las cosas así, simplemente. El hombre es hombre donde se encuentre, había dicho Laura.

Abandonó la tienda, y se dirigió a la laguna. Unos pasos leves a su espalda.

—¿Qué te decía tu amigo?

—Nada. Me hablaba de sus peripecias.

—¿No te dijo nada de mí?

—Le gustas mucho —replicó secamente. Se arrepintió de su tono, y agregó sonriente—: ¿Qué te parece?

—No sé. ¡Mira de una manera...! Me da miedo. Pero es agradable al mismo tiempo.

—¡Ah!

—¿Qué te pasa? ¿Que no te avienes con él?

—¡No, no! Es un buen muchacho. Muy inteligente. Prometía ser un gran astrogador. Iba a ascender a comandante después de este viaje.

—¡Pobre! ¡Y venir a dar aquí! No es de los que se adaptan al planeta.

—¿Por qué lo dices?

—Por lo que contó. No ha sido bien recibido como tú. Por eso te pedí que callases cuando ibas a hablar del viaje. Todavía no conviene que se entere. Trataremos de hacerle llevadera su existencia para que no se amargue. ¿Verdad?

Suspiró Pedro. ¡Qué fácil era hacer lo que decía, pensó, recordando el reciente diálogo!

—Seguiremos siendo amigos, ¿no? Cualquier cosa que te disguste, dímelo. Sería muy triste para mí perder tu aprecio.

—No te preocupes. Siempre podrás contar conmigo.

Alejó los oscuros presentimientos.

Paseó por las galerías de la esponja, que integraban un intrincado laberinto. El encantamiento producido por el viaje en el viento se había desvanecido. ¿Por qué? La vuelta a la realidad: empezó a vivir un sueño, y bruscamente se produjo el despertar.

«Soy un egoísta. Bien hecho que me pase por haberme olvidado de mi gente. Quizá ya están sufriendo por mí. El cohete debe haber llegado a la Tierra, y Elena tiene que conocer la historia. ¡Pobre! Cómo sufrirá. Ya estaba dispuesto a dejarme llevar por una vida fácil y sin sentido. ¿Cómo salir de aquí? Pensar que estoy condenado a morir en este mundo. No es para mí. Laura nació aquí y nunca ha conocido otra cosa. No puedo criticar a Bob por sus intenciones. Es joven y sin compromisos, lo mismo que Laura. El único que sobra aquí, después de todo, soy yo. ¡Y me felicitaba de mi suerte! Dios sabe lo que hace. Ojalá que Él me ilumine y me permita escapar para que pueda volver a regalonear a mi gordo. ¡Esa sí que es vida! Oír chillar a ese demonio y saber que uno lo puede aliviar y consolar; que su destino depende de mi esfuerzo, de mis sacrificios. Y será alguien. ¡Ya está aprendiendo a hablar el chico! ¡Un año y medio! No le permitiré que se dedique a la astronáutica. Será médico. Elena quería que estudiara ingeniería electrónica. ¡Nada de esas profesiones que despiertan curiosidades peligrosas! Ahí me impondré yo. Elena es comprensiva; no me discutirá. ¡Bien sabe lo que es tener un marido que viaja de un planeta a otro!»

Cuando llegaba a la tienda oyó la fresca risa de Laura. Y también la de Bob.

—¡Hola, Pedro! ¿Dónde andabas?

—Acordándome de mi chiquillo, Bob.

Laura lo miró por lo bajo. Estaba roja.

Bob y Pedro se turnaban en los trabajos de la colonia. Sin ser excesivos requerían una mínima dedicación. Recolectaban las plantas de las galerías, y las elaboraban en una antigua refinadora. Bob, excelente mecánico, revisó la pila, y reparó algunas máquinas hasta entonces en desuso por desconocer Laura sus aplicaciones.

Los dos hombres ocupaban el mismo dormitorio. Pedro se había percatado de que el muchacho y Laura sostenían largas conversaciones. Más de una vez los vio salir y volver horas más tarde, juntos, riendo. También observó que su presencia, en determinadas ocasiones, no era bien vista por Bob. No así por Laura que siempre se esmeraba en atenderlo. Hasta creyó notar en la muchacha ciertos gestos de reproche por su actitud ausente y como despreocupado. Pero, ¿qué podía hacer?

Al tercer día de su arribo, Bob no durmió en su cama. Aquella mañana, por primera vez, Laura no le trajo su desayuno. Se levantó, y fue al baño, que separaba ambos dormitorios. A pesar de las paredes neumáticas le pareció oír que una voz de hombre emergía de la alcoba.

Cuando salía del baño se encontró con Laura. La muchacha, de inmediato se turbó.

—¡Buenos días!

—¿Tomaste el desayuno? ¡Perdona que me haya atrasado un poco!

—No te preocupes. Yo mismo me lo preparo.

—No seas tonto. Anda a vestirte. Te lo tendré listo cuando hayas concluido.

Al dirigirse al comedor, minutos después, se topó con Bob. El muchacho se disponía a entrar en el baño, bostezando y desperezándose con un cínico gesto.

—¡Qué tal, Pedro! ¿Cómo pasaste la noche?

—Bien, gracias. ¿Y tú?

—¡Como un califa! *Bocato di cardinale*, como decía Igor.

Remató la frase con un largo guiño.

Pedro le hizo un gesto para que callase, pues oía a Laura en la cocina. Bob se afirmó en la puerta del baño y lo miró compasivamente.

—Insisto en mi proposición, Pedro —dijo en voz baja, con una amplia, sonrisa—. No soy egoísta. Cuando quieras podemos hacer un convenio... digamos de no agresión. Noche por medio. ¿Qué te parece? Ya la muchacha está expedita en el difícil arte del amor. ¡Un trabajo menos para ti! No quiero dejarme llevar por la vida fácil y licenciosa. Las cosas se te harán muy llevaderas en este mundo desgraciado.

Pedro sintió deseos de abofetearle. Se contuvo y lanzando un suspiro fue a la sala de estar. Oyó que Bob entraba al baño silbando una canción.

Laura, que en esos instantes servía el desayuno, le sorprendió observándola. De inmediato se ruborizó. Se arrepintió al pensar que su mirada pudo ser impertinente.

—¿Te ayudo?

—¡No, no! No volverá a suceder.

Alargó la taza con torpeza. Por poco la derrama sobre Pedro.

—Voy a hacer tu pieza. ¡No sé qué me pasa hoy!

—Déjame hacerla a mí —interrumpió él—. Nada me cuesta, y estoy acostumbrado.

—No. Prometí que tendrías un hogar. —Y agregó acongojada mirándole a los ojos—. Sé que ya no es lo mismo.

—¡Vaya! No te preocupes. Estás cumpliendo muy bien. Si te he dicho que puedo hacer mi pieza es para que no te retrases en tus quehaceres. Siempre ayudaba a Elena. ¿Cuándo iremos a pasear de nuevo?

—Este... ¡Puedes ir cuando quieras! Ya sabes como hacerlo...

—¿Y por qué no vamos los tres? A Bob le encantaría.

—¿Qué es lo que me encantaría?

Bob irrumpió en la sala envuelto en una toalla de baño.

—Volar, Bob. Dejarse llevar por el viento.

—¿Yo? ¡Estás loco! Ni muerto, viejo. No sé cómo lo pudieron hacer ustedes. ¡Deben tener alguna condición especial! Sólo de pensar en que podría cometer semejante estupidez se me pone la carne de gallina.

—Pero si el viento es tan poderoso como para arrastrar una astronave. ¿Qué crees que te va a pasar?

—¡Qué sé yo! Cuando caía en medio de las ráfagas no me sentía liviano en absoluto. Mi cuerpo pesaba como un saco de plomo. ¿Ves? No floté. Giraba como un trompo, siempre cayendo.

Los rayos del sol artificial formaban un trapezoide en el suelo, cerca de la mesa. El fragor apagado como un distante lamento.

—¡No te preocupes por eso, Bob! —dijo ella quebrando la pausa—. ¡Ya te aclimatarás! No todos tienen la facilidad de Pedro.

—¡Esto es el infierno! —repitió Bob mirando a Laura—. Pero algún día llegarán los hombres, y les aseguro que algo podrán hacer. Por lo menos descubrirán que es posible vivir en estas nubes. Y la energía eólica les proporcionará fuerza motriz barata para explotar el planeta. Basta que hagan un estudio sistemático de las corrientes para conocer con exactitud su situación y lo demás será sencillo. Cuestión de dejarse caer proa al viento e ir frenando paulatinamente hasta tocar tierra. Pueden construir cohetódromos subterráneos, y como hay agua y aire en abundancia, no tendrán problemas de abastecimiento. No como los demás planetas, en los cuales no había nada.

Dio media vuelta para dirigirse al dormitorio. De paso cogió a Laura por la cintura. Ella se desprendió con suavidad, echando una mirada de reojo a Pedro.

—¡Estás equivocado, Bob! —dijo la muchacha con lentitud—. Las corrientes cambian de curso constantemente, sin una secuencia fija. No hay ninguna que mantenga un curso regular.

—¿Sí? Bueno. Ya descubrirán un sistema. La raza humana no se detendrá por un inconveniente así. Y menos cuando sepa que varios náufragos han podido escapar con vida.

—¿Cómo lo sabrán?—preguntó Pedro.

—Voy a construir un transmisor para que nos oigan desde la Luna o de cualquier cohete que vaya a Mercurio. Los que utilizaron los primeros náufragos eran modelos anticuados.

Pedro entraba por uno de los conductos cuando le alcanzó Laura. Se veía agitada.

—¿Qué pasa?

—Quería hablarte de Bob.

Echó una rápida mirada a la casa; luego le cogió de un brazo, y penetró con él en la galería.

—¡Qué agradable es estar contigo! Me siento tranquila y en paz. —Añadió en un tono de súplica—: No pienses mal de mí.

—¿Pensar mal de ti? ¿Cómo puede ocurrírsete? —Le tomó la barbilla y la miró—. Nunca pensaría mal de ti, ¿entiendes?

—Gracias —murmuró ella. Le besó la mano—. Eres muy bueno, Pedro. ¿Sabes? Bob nunca podrá volar como tú y yo. Ellos no le quieren. Le han dado, no obstante, una oportunidad. Le condujeron para acá en lugar de dejarle abandonado a su suerte. Pero no harán nada más por él. ¿Ves? Y se da cuenta de su situación aunque no la comprende bien. Algo intuye sin embargo. Le parece increíble que hayas podido volar y recorrer el planeta arrastrado por los vientos. Está convencido de que nunca lo podrá hacer. No se equivoca. Esa idea se la han metido los que viven aquí. Ellos saben lo que hacen.

—Pero, ¿crees eso realmente? ¿No será una mera ocurrencia tuya o de Bob?

—No. Ya te lo dije: aquí hay un Orden. —Y agregó con voz temblorosa—: Tampoco me atrevería ahora a lanzarme al viento.

Sin decir más volvió sobre sus pasos, gacha la cabeza. Pedro la vio abandonar la galería y dirigirse a la tienda. De ésta salía Bob: iba a la casamata de las máquinas. ¿Conseguiría su objetivo? El solo hecho

de que Elena se enterase de que vivía le iba a servir de consuelo. El nuevo ambiente le sentaba bien. No temía a los vientos, y tampoco le atormentaba la inquietud de buscar solución al misterio. Pero no podía pensar en quedarse allí por toda la vida.

Bob, quieras que no, estaba obligado a formar un hogar con Laura. Se encargaría de eso: quería a la muchacha, y le deseaba una existencia digna y feliz. Pero al verlos unidos le recordarían a su mujer y su hijo. Sería desgraciado. De poco le serviría una vida eterna, al decir de Laura.

Bob, en mangas de camisa, manipulaba un complicado equipo en la casamata.

—¿Qué tal, Bob?

—Hola. —Se alisó el pelo desgreñado. Gotas de sudor resbalaron por su rostro. Apagó la lámpara portátil. En la semipenumbra Pedro creyó notar algo en su semblante—. Cunde poco esto. ¡Me canso una barbaridad! Me siento pesado y sin fuerzas. A pesar de que la gravedad es casi igual a la de la Tierra, me produce el efecto de que fuese el doble. ¿No sientes eso, Pedro?

Pedro no contestó. Bob salió lentamente de la casucha y aspiró una gran bocanada de aire. Pedro ratificó lo que advirtiera segundos antes. En el rostro de Bob, juvenil hasta tres días atrás, se notaban profundas huellas de cansancio. No sólo eso: alrededor de su boca y ojos se habían formado arrugas. Tragó saliva. Un secreto terror. Comprendió que no podría formalizar su observación. ¿Cómo no se fijó antes? Tal vez eran recientes. Recordó la historia de la doctora y sus amantes. Y los temores de Laura. En la tienda, la luz no permitía distinguir detalles así. Pero ahora, bajo los rayos del sol artificial, los rasgos se hicieron visibles. Bob se había echado diez años encima.

—El infierno, Pedro —jadeó Bob—. El infierno. Algo debe haber en esta atmósfera que produce trastornos.

Clavó sus ojos en él.

—¡Qué extraño! Juraría que estás más joven que antes.

—¿Cómo? ¿Qué dices?

—Pues es notable. ¡Te ves joven, Pedro! Eras uno de los mayores de la tripulación. Estoy seguro que tenías patas de gallo... Y ahora tienes la piel como la de un muchacho.

—Es un efecto de la luz, Bob. Como comprenderás, eso no puede ser —se defendió asustado.

—¡Pero si lo estoy viendo! No puedo engañarme tanto.

—Mira, viejo: volvamos al trabajo mejor. Mientras antes terminemos mayores serán nuestras probabilidades de salir de aquí. Entiendes esas cosas, y saldrás adelante. Solo no sería capaz de construir un transmisor.

Mientras hablaba, Pedro volvió a entrar en la casamata, poseído de un enorme desasosiego. Porque realmente se sentía fresco como una lechuga. Hasta le pareció que su cuerpo ya no pesaba como antes. Que ni siquiera el piso esponjoso se hundía bajo sus pisadas. En cambio Bob...

—Quizás abusé anoche —comentó éste, entrando—. ¿Me envidias? Parece que no, por lo visto. Te han sentado bien la castidad y el clima. A mí no. Algo hay en este mundo que es enemigo del organismo humano. Al menos tengo esa impresión. El solo hecho de acostarse con una mujer no tiene por qué producir estos efectos. Al contrario: en la Tierra siempre me sentía mejor después de hacerlo.

—¡No digas disparates! Ponte a trabajar que el tiempo apremia. ¿Puedo ayudarte en algo?

—No. Trabajo mejor solo. Anda a pasear si quieres. A ti, que tanto sienta el clima, no creo que te tiente mucho la idea de irte, ¿verdad?

—Te equivocas, Bob. Tú, porque te sientes agotado, y yo, porque me siento fresco y liviano, sabemos que nuestro destino está en la Tierra. La misma meta, Bob. Mal que mal somos hombres.

—Quizás no pensarías así de no ser casado.

—Pensaría lo mismo. Dios nos ha hecho para vivir en tierra firme. ¿Ves? Un camino ciego.

«Mi organismo ha sido beneficiado por este planeta. A Bob le ha ocurrido lo contrario. Dios, ¡cómo ha envejecido! ¿Por qué? El terror o los sufrimientos producen los mismos efectos en la Tierra. Hay personas que se vuelven viejas de la noche a la mañana.»

Insensiblemente sus pasos le condujeron a la rotonda de salida. Sólo cuando las ráfagas le azotaron el rostro volvió de sus abstracciones. Una gran claridad penetraba por el brocal. Cuerpos etéreos ascendían girando vertiginosos: luego resbalaban por las paredes del agujero como minúsculos espectros. Ensoberdecido por el fragor se colocó la escafandra y el traje espacial que, luego del primer viaje, dejara en una oquedad. Un secreto impulso le decidió a probar suerte en el tornado. Tuvo una pequeña vacilación al recordar a Laura. La muchacha temía. ¿Por qué? Al borde del pozo. La atmósfera especialmente diáfana. Cerró los ojos y se precipitó al vacío. Segundos después flotaba experimentando la más absoluta sensación de incorporeidad. Recordó a Laura y la compadeció. Pobre. Sabía que estaba sufriendo. Pero se entregó a Bob por su propia voluntad. ¿Por qué? Era una mujer después de todo: imposible que se sustrajese a las debilidades. El muchacho no la merecía, sin embargo.

Cada vez más veloz. La atmósfera más clara y transparente que la primera vez que efectuara el viaje. En la Tierra todo material y duro. Aquí todo tenue y vaporoso. El rugir del viento arrancaba lejanas resonancias. Como flotar en el interior de una catedral donde un coro entonara un canto de gloria. Se dejaría arrastrar por las ráfagas donde quisieran llevarlo. Nada le preocupaba. Imaginó estar al lado de Elena, con el niño en sus rodillas, estrechando sus manitas. A pesar de su lejanía los sentía a su lado. Hasta le pareció oír el gorjeo del pequeño.

Ante sus ojos entrecerrados se materializó una gigantesca nube. Hacia ella lo impulsaba el huracán. Un angustioso presentimiento. En pocos segundos bajo el manto verde. En un remolino penetró por el agujero inferior y aterrizó sobre la esponja. Se acentuó la angustia. Rápido se despojó de la escafandra y, guardándola a la entrada de la galería, se internó por ésta. Algo le impulsaba hacia el corazón del macizo. La senda expedita. En pocos minutos arribó al bolso central. Paseó la linterna por el vasto cubículo. La luz fue reflejada por una masa brillante. Ahogó una exclamación. En el centro de la cavidad se erguía un cuerpo cilíndrico que desaparecía por ambos extremos en la ligera sustancia.

—¿Dónde estuviste?

Algo en el ajado rostro de Bob no le gustó. Detrás de él extendíase el campamento brillantemente iluminado. El pelo del hombre, encanecido. De trasluz sus rasgos casi invisibles.

—Salí a dar una vuelta.

—¿Por tres días? A mí no me vienes con esas. Esa putilla me ha dicho que estás en connivencia con ciertos seres que pueblan este planeta. Dime, ¿qué te han dicho?

La voz cascada calló. El fulgor de sus pupilas y su agitada respiración.

—Estás loco, Bob. ¿Terminaste el transmisor?

—Sabías que iba a fracasar, ¿verdad? Y no me advertiste. ¡Cobarde! Tenías celos. ¿Por qué no fuiste lo suficientemente hombre para decírmelo? Infeliz. Con razón Igor te dijo todo eso.

Tenía su revólver al cinto. Simultáneamente con notarlo Bob llevó la mano al arma.

—¡Deja tranquilo eso, Bob!

La mano quedó sobre el revólver, pero no lo sacó.

—¡Tienes miedo! ¿No? Dime ahora, ¿qué descubriste? ¡Habla!

—Venía a decírtelo. Quería darte una sorpresa.

—¿Sí? ¿De qué se trata?

—Descubrí el cohete de la tercera expedición. Está intacto en una nube como ésta.

—¡Aja! ¿Y pensabas contármelo?

—¡No seas idiota, Bob! De no ser así, ¿para qué iba a volver?

—Por una simple razón: venías en busca de Laura. De tu esposa espiritual. ¡Ja! ¡Ja! Como ella también se entiende con «esos» señores del viento habrían podido marcharse sin decirme nada. Pero no lo harás, viejo. Me llevarás a la astronave y partiremos juntos. ¿Entendido? ¡De inmediato! ¡Vamos!

—¿Y Laura?

—Ella es de aquí. No tiene por qué marcharse. Además no se quedará tan sola. Está preñada. Guardará un buen recuerdo mío.

—¡No la podemos abandonar así, Bob!

—¿Por qué? Su madre, ¿no la parió a ella sin ayuda de nadie? ¡Ya! ¡Andando! ¡No me voy a arriesgar a que ustedes se pongan de acuerdo para burlarme!

En lugar de obedecer Pedro avanzó con calma. Bob hizo un nervioso amago. El otro pasó por su lado rumbo al campamento.

—¿Qué..., qué piensas hacer?

—Ya te dije: nos iremos con Laura.

Bob estaba trastornado. Y viejo. Su aspecto equivalía al de un hombre de más de sesenta años. Y su voz. Siguió su marcha. Tras él partió Bob arrastrando los pies. Jadeaba lamentablemente.

«El cohete de la tercera expedición. Una máquina especial. Vale millones. Me acuerdo de ella. ¡Y piensa llevarse a Laura! Fortuna, fama y amante de un solo tiro. ¡Y qué amante! ¡Me ha convertido en una calamidad! No soy capaz de satisfacerla. En cambio él con su maldita juventud que ha conseguido no sé cómo, podrá disfrutar largos años de ella. Me dejó que me consumiera porque sabía que aquí hay cosas que no se pueden hacer. ¡Maricón! ¿Qué puedo hacer? No gano nada con matarlo. Y mi vejez. Un año por hora, por minuto, por segundo. Estoy perdido...»

Laura se hallaba en la sala. El rostro marchito: también envejecía.

—Nos vamos. Encontré un cohete. Está intacto: sus tripulantes lo abandonaron sin sospechar que iría a incrustarse en una nube. Con un poco de suerte podremos escapar.

Aún lejos, Bob continuaba su penosa marcha, aproximándose lento.

—No, no me voy, Pedro. Estoy condenada. He perdido el favor de los que me protegían. Nadie podrá salvarme. Saldrías con mi cadáver en el cohete, pues mi vejez se aceleraría.

—¡No puedo irme sin ti!

—Vete solo: te esperan en la Tierra. A mí, no. No soy lo que crees. Te engañé. Fue mi primera culpa. Conocía la existencia de ese cohete, y nada te dije. Lo descubrí después que murió mi madre, cuando empecé a conocer los vientos. Pensé que los dos podríamos ser felices, viviendo juntos, sin ataduras materiales. Porque aquí los hombres como tú no mueren.

Suspiró. Se humedeció los labios con la lengua.

—Fui egoísta, y he sido castigada. Llegó Bob: no pude resistir su atractivo. Lo envejecieron y te condujeron al cohete. Eso significa que te dan una oportunidad de marcharte aunque les eres grato. ¡Anda a juntarte con tu mujer y tu hijo!

Bob llegó respirando con dificultad. No miró a Laura.

—¡Vamos! No perdamos más el tiempo...

—Laura no quiere irse.

—¿Y qué? Ella sabrá. Mal que mal es de aquí. ¿No es así, Laura? —La miró suplicante.

—Sí, Bob. Váyanse ustedes, y déjenme. He sido la culpable de todo.

—¿Dónde hay un traje para Bob? —preguntó Pedro de pronto.

—En la segunda casamata hay tres —informó Laura.

Pedro partió. Laura a su zaga. Bob se apoyó en la tienda con una cansada expresión vacía.

—Uno es de mi padre. No sé cuál de los tres.

Pedro cogió uno y lo revisó.

—Sé que esperas un hijo, Laura. Me remordería la conciencia dejarte. El cohete me producirá mucho dinero. No tendrás problemas materiales ni tampoco tu hijo. Velaré por ustedes. ¡Este sirve para Bob! El tuyo está en la rotonda, ¿no?

—Sí; el de mi madre. —Al ver que Pedro se aprestaba a salir lo retuvo y le dijo—: ¿No me crees? No puedo irme. Moriré de vieja antes de que el cohete zarpe. En cambio si me quedo alcanzaré a criar a mi hijo por un tiempo al menos. Bob tampoco escapará; con él comprobarás lo que te digo. Una vez contraído el mal o la maldición, no hay remedio posible.

A lo lejos el fragor subió de tono. Laura decía la verdad. De súbito Pedro lo comprendió así. Se estremeció.

—Sólo una cosa te pido: nada digas sobre la verdad de lo ocurrido aquí. Di únicamente que por azar el viento te llevó al cohete abandonado. —Añadió con una triste sonrisa—: Es una historia como las que se ven a diario en la Tierra, ¿no? Los hombres mueren o se van, y la mujer queda esperando un hijo.

—¡Pedro! ¿Por qué demoras tanto? —La voz resonó plañidera. El rugido se tornaba ensordecedor. Surgía de los innumerables conductos de la esponja con un eco rabioso.

—Llévatelo: quiere irse. ¡Pobre! De nada le servirá. El único que está en condiciones de marcharse sin peligro eres tú. Adiós. Y perdóname.

Pedro la miró. Los cansados ojos de la mujer estaban serenos. El hombre pensó que pronto perdería todo su atractivo.

—Nada tengo que perdonarte. Voy a dejar a Bob. En una hora más estoy de vuelta. El niño no puede quedarse solo. Me encargaré de él, y si Dios quiere, algún día se me presentará otra oportunidad de salir de aquí. La vida eterna no es para los hombres, Laura.

Por el envejecido rostro resbalaron lágrimas.

—No, no debes. ¡Sería injusto!

—Un niño va a nacer. Mi deber es quedarme y cuidarte.

Ella empezó a sollozar.

—Nada puedo ofrecerte, Pedro. Antes tenía mi juventud, y ahora...

Cogió Pedro el traje, y se dispuso a salir.

—¿Y el niño? Si aún fueses joven no me importaría dejarte.

Se dirigió rápidamente a la tienda.

—Vamos, Bob. Laura se queda.

Bob empezó a seguirle aprisa. Pedro le hizo una seña de despedida a Laura. Bob no se volvió. Cuando entraban en la galería echó una última mirada a la tienda. La mujer seguía en la puerta, el pelo encanecido, con una distante actitud.

—¿Por qué se oirá tan fuerte el viento? Ni que estuviésemos al aire libre —comentó Bob acezando.

—Hemos vuelto al mismo punto, Bob.

—¿Cómo lo sabes?

—Ahí está el traje de Laura.

—No puede ser. ¿Y el cohete?

—No sé. Has visto que el viento nos ha arrastrado tres horas sin rumbo fijo. Y ahora nos deja aquí. Además la atmósfera está demasiado turbia.

Ambos hombres se habían quitado las escafandras. En el rostro de Bob se reflejó una impotente ira.

—¡Canalla! ¡Lo has hecho adrede!

Pedro lo enfrentó calmoso.

—Mira, Bob: eres un buen astrogador. Sabes además que en un ambiente desconocido es difícil orientarse sin instrumental apropiado, ¿no es así? ¿Cómo pretendes que pueda ir a voluntad a esa nube?

—¿Y cómo la descubriste, entonces?

—El viento me llevó sin que me diese cuenta. En cambio ahora no lo hizo. ¿Por qué? Quizá la primera vez fue una casualidad. Tal vez debí irme de inmediato. ¡Una oportunidad perdida!

Se despojó del traje, y guardándolo junto al de Laura, tomó el camino al campamento.

—¡No me dejes aquí! ¡Llévame! Apenas puedo andar.

El rugido del vendaval tendía a disminuir. Los remolinos penetraban debilitados por el brocal. La luz había aumentado en forma inusitada. Pedro experimentó una extraña emoción. Bob, al parecer, no se percataba de esos fenómenos.

Pasó un brazo de Bob sobre sus hombros y emprendió el camino. Avanzaba con bastante rapidez a pesar de su carga. Sentíase ágil y liviano como nunca. Una gran claridad se alejaba a sus espaldas.

—¡Volver a encontrarme con ésa! Me muero, Pedro —gangoseaba Bob—. «Ellos» me odian. Tú ganas. Mátame mejor...

—Cállate, hombre. En el campamento descansarás. Te hace falta un buen sueño.

—Esa mujer ha sido fatal, Pedro. ¡Fatal! Y la deseo. Cada vez la deseo más. Y estoy viejo, viejo...

—Acuérdate que está esperando un hijo tuyo.

—Un hijo. ¿Para qué lo quiero? En la Tierra quizá. Pero aquí... ¡Volveré a meterme en la cama con ésa! Moriré encima de ella. Por lo menos me dará ese gusto. ¿No te opondrás, verdad? Nunca quisiste acostarte. Y yo te la ofrecí. No puedes hacerme ahora una cochinidad, Pedro. Mira cómo estoy.

—Déjate de hablar tonterías. Ella sabrá lo que hace. Para mí es tu mujer. ¿Entiendes? Lástima que no lo hayas comprendido así desde el principio.

—¿Y por qué te quedas, entonces? ¿No tienes una mujer en la Tierra? ¿Y un hijo?

—Has visto que el cohete desapareció. ¿Cómo me voy a ir?

—No mientas, Pedro. Estabas dispuesto a quedarte.

—Sí: no podía dejar a Laura sola, embarazada como está. Quería llevarte al cohete para que te fueses solo, en vista de lo mal que te ha tratado el clima. En cambio yo estoy bien. Podía y debía quedarme.

—¿Es cierto que no estás enamorado de Laura? Esos sacrificios no se hacen porque sí.

Suspiró Pedro.

—Soy casado, Bob. Quiero mucho a Laura porque ha sido buena conmigo.

—Mucho tiene que ser el cariño para que hayas preferido quedarte. ¿Crees que podremos encontrar el cohete mañana?

—Trataremos, Bob.

«No lo volveré a encontrar. Fue una oportunidad, y nada más. ¡Qué raro! Bien. Qué se le va a hacer. Ahora sí que no volveré a ver a mi gordo. Pero si él conociese mi historia estoy seguro que me comprendería. Será un hombre, saldrá adelante. ¡Pobre Bob! Una ruina humana. Él por lo menos pudo irse. Laura tenía razón: continúa envejeciendo.»

A sus oídos llegó una música. Se sobresaltó. Reconoció la melodía: la misma que escuchara cuando se dirigía al campamento por primera vez. Súbitamente tuvo la sensación de estar protagonizando un hecho ya vivido. Una atmósfera quieta, perfumada. La esponja se balanceaba levemente. El rugido del huracán apagado.

El campamento. ¡Qué bello era! Se detuvo. Bob, la cabeza inclinada, parecía dormir, colgado de sus hombros. Sí: la misma sensación de paz. La laguna bordeada de flores etéreas. Sin embargo hubo un momento en que su belleza dejó de llamarle la atención. ¿Porqué?

Avanzó con rapidez. No sintió el camino. La angustia se anudaba en su garganta. La puerta se abrió: en el umbral una muchacha.

—¡Laura! —Bob emitió un sonido gutural. Se enderezó resoplando. Pedro, atónito, lo soltó. El otro cayó de rodillas, los ojos desorbitados.

Laura le miró con infinita piedad. Luego desvió sus ojos oscuros hacia Pedro. Se aproximó.

—Has demorado. —La voz timbrada, trémula.

Al llegar junto a él dobló sus rodillas y cayó a sus pies. Cogiéndole las manos se las besó. Sintió el hombre que las lágrimas caían sobre su piel. La levantó. El melodioso y distante rugido del ciclón. En el suelo Bob, deshecho, respiraba trabajosamente.

—¡Maldita puta! —Las palabras salieron roncas y cascadas—. Debí matarte. Y tú, ¡bandido! ¿En qué quedaron tus promesas? ¿No me decías que era mi mujer?

Se incorporó con un sobrehumano esfuerzo. Se puso de rodillas. Otro impulso y estuvo de pie. Un viejo. Trastabilló: alcanzó a llegar a la tienda y, afirmado en ella, barbotó:

—¡Vamos! ¿Te olvidas de la primera noche? ¿Cómo gritaste y gozaste después? ¿Cómo te revolcabas de gusto? ¿Me dejarás ahora porque estoy viejo? ¿Tú, que has sido la culpable de todo? Ven. ¡Acércate!

Laura agachó la cabeza con humildad. Al hablar su voz arrancó un lejano eco:

—No, Bob. De nada me olvido. Pero, ¿a qué crees que se debe mi nuevo aspecto? Tendré un hijo que sabrá quién fue su padre. ¿Entiendes?

Pareció que Bob iba a replicar algo. El esfuerzo desplegado se reflejaba en una dolorosa mueca. Volvió a caer lentamente.

—Hay que atenderlo y cuidar sus últimos momentos —dijo Pedro en voz queda—. Llémosle a su dormitorio.

Plenipotencia

por Emilio Rodríguez

Emilio Rodríguez es miembro didáctico de la Asociación Psicoanalítica Argentina, y miembro fundador de la Asociación Argentina de Psicología y Psicoterapia de Grupo. Ha estudiado en Londres, y durante cuatro años integró el cuerpo médico de la comunidad terapéutica del Austen College de Stockbridge, Massachusetts. Colaboró en la obra *New Directions in Psycho-Analysis*, editada por Melanie Klein, y es autor además de *Psicoterapia de grupo. El grupo psicológico* (en colaboración con León Grinberg y Marie Langer), *Biografía de una comunidad terapéutica* y *El contexto del proceso analítico* (en colaboración con Geneviève T. de Rodríguez). Recopiló la famosa antología *Ecuación fantástica* (1966), donde aplica sus ideas en el campo de la ciencia ficción, y publicó el libro de relatos *Plenipotencia* (1967), donde se halla incluida esta historia de la mujer que creaba novas.

Ya era casi de noche cuando Estrella Sánchez entró en la Galería Santa Fe por la calle Charcas para tomar un helado, usando el tiempo que le sobraba antes de la consulta psiquiátrica. Luego caminó lentamente por la galería y salió a Santa Fe. En la esquina verificó la hora en un teléfono público. Ajustó apenas las agujas. Cosa de segundos.

Salvo lo minucioso de esa breve operación, no había nada fuera de lo común en esa mujer joven que dejaba Santa Fe en la esquina de Montevideo y caminaba hacia la plaza Vicente López, con la precisa intención de cruzarla. Eran las 20 horas, 12 minutos y varios segundos.

La noche en la plaza era violeta y con perfumes de buenos aires en ese día avanzado de noviembre. La plaza no admitía el olor a nafta o a ciudad que la bordeaba. Era un bolsillo verde, más fresco, más tibio, más querido por los hombres. La señorita Sánchez miró el cielo y otra vez tuvo una actitud de precisión inusitada, como quien ajusta la mecánica de las esferas celestes. En el firmamento sólo había estrellas de primera magnitud. Quizás Alfa de Centauro brillaba más entre el maravilloso follaje de la vieja tipa, en la esquina de Las Heras.

A las 20 y 14 la señorita Sánchez entraba en el palier del consultorio del psiquiatra.

Prefiero las primeras entrevistas de noche, en las últimas horas del consultorio. La toma de contacto psiquiátrico es una cita con la angustia y la angustia viene a flor de piel, en ojos húmedos, o en caras duras y largas frases que en realidad no dicen nada. Pero siempre está en la voz. Y es que la angustia, como los animales de presa, se tira a la yugular. Pero, después de un tupido día psiquiátrico uno se pregunta: ¿a la yugular de quién?

La paciente nueva llegó en punto. Contesté el timbre con la chicharra del portero eléctrico y ella empujó la puerta. Fue en ese momento cuando ocurrió el apagón y la casa quedó a oscuras. Es absurdo, casi ridículo, un consultorio sin luz. No se juega al cuarto oscuro en el consultorio del psiquiatra. ¿No es siniestro también? La oscuridad deja las yugulares al desnudo. Maldita electricidad.

—¿Señorita Sánchez?

—Sí, doctor, soy yo.

—Lo lamento, señorita, pero se ha cortado la luz. Espere un momento que voy buscar velas.

Con el encendedor en alto y la mano en la corbata fui al armario de la cocina. La señorita Sánchez, de pie, a mi derecha, encendió un cigarrillo.

Ya estaban las dos velas sobre el escritorio. El psiquiatra me miraba con detención, buscando algo en el juego de sombras de mi cara. Por supuesto, era previsible.

—Pero yo a usted la conozco, señorita Sánchez —dijo el psiquiatra—, su cara me es muy familiar.

—Sí, doctor—contesté—, de las clases de la universidad.

Y entonces vino el reconocimiento:

—¡Ah, sí! ahora recuerdo. Usted es la alumna que además de psicología social cursa física.

—Astrofísica —corregí, mirando el reloj (las 20 y 21).

—Sí, es claro. Ahora la recuerdo bien.

El silencio fue sólo muy breve, después el psiquiatra, llevándose la mano a la corbata, me preguntó con una sonrisa simpática y profesional:

—¿Y en qué puedo ayudarla?

—Profesor, necesito hablar con usted.

—Bien, la escucho.

Me ofreció un cigarrillo y fumamos.

Le miré con todas las dudas de la última semana, con toda la indecisión del último mes, con la soledad de los cuatro años últimos. Hice un gesto para levantarme; en cambio hablé.

—Doctor, creo que tengo el poder de crear novas.

—¿Cómo? —preguntó el psiquiatra.

—Tengo la capacidad, el poder, de hacer que una estrella estalle creando el efecto nova.

El psiquiatra no dijo nada.

—Usted no me puede creer, ¿no es cierto?

—Así es, señorita, no la puedo creer.

—Sí, es inevitable. Por eso no le vine a ver hace cuatro años, cuando esto empezó. Le aseguro que la espera ha sido larga.

—Lo siento, señorita, pero no comprendo bien. ¿Hace cuatro años que usted tiene esa creencia?

La señorita Sánchez consultó el reloj (las 20 y 26) y aclaró:

—Hace cuatro años hice estallar Alfa de Centauro. Mejor dicho, tuve la certeza de que así sucedía. Esa estrella, la más próxima al Sol, está a 4 años luz de distancia. Para ser más precisa, a 4 años, 4 meses y fracción. De estar en lo cierto el resultado de la explosión se va a ver dentro de (miró el reloj nuevamente) 5 minutos y 20 segundos.

—¿El resultado?

—Sí, la noche va a ser día con la nova. Dos veces la cantidad de luz del mediodía. O más.

El psiquiatra la miró un buen momento, luego se levantó, corrió el voile y abrió la ventana. Un ligero remolino de aire de primavera en movimiento agitó las llamas de las velas. Afuera, el distrito oscuro.

—¿Esperamos en silencio o prefiere conversar? —preguntó el psiquiatra.

La señorita Sánchez le miró sin decir nada, sin expresar nada, como esperando.

Pasado un minuto, el psiquiatra preguntó:

—¿Es usted responsable del apagón?

La señorita Sánchez le miró con sus ojos castaños y dijo:

—En este momento hay una sola cosa que me preocupa.

—¿Cuál es?

—El destino de nuestro Sol.

Los minutos que quedaban fueron dedicados en silencio a la evocación de portentos, al delirio y sus alucinaciones, a la metafísica, a la estrategia de Josué que detuvo al Sol, al Hurto de Prometeo, al alcance de los poderes humanos, a la luz violeta del crepúsculo tardío que perdura en una ciudad apagada.

Trillones de cantidades de luz avanzaban en la cresta de una marea que encendía un sector del universo. La mancha blanca, al dilatarse, iluminaba su carrera de máxima velocidad. El corazón de ese foco insólito era la estrella Alfa de Centauro, el ollejo achicharrado del Sol que en horas quemó su billonaria energía. Eso fue hace poco más de 4 años. Nadie en el cosmos, aún vivo, sabe la noticia. El correo de la luz está por llegar a la posta más próxima: la estrella Sol y su sistema de planetas.

El efecto nova ocurrió a las 20 y 30 en punto.

En cosa de segundos la noche fue día. El blanco luz se hizo insoportable para el ojo acostumbrado a que la noche sea noche. Cuando cae el sol, la luz que el hombre enciende es pequeña como una vela o un incendio. Respeta el ciclo de la noche. Pero ahora no. Eran, exactamente, las 20 y 30.

Esa era una noche de luz total que blanqueaba el cielo. Todo era blanco, las manos del psiquiatra, el escritorio, la llama de la vela, la sonrisa de la señorita Sánchez.

Duró un momento esa sonrisa. En ese corto tiempo el psiquiatra supo que ella había hecho estallar esa estrella, quemando la historia de una tajada de cielo. Esa increíble sonrisa blanca.

La paciente y el psiquiatra se miraron. En realidad, casi no se veían, eclipsados por el fantasmal fenómeno de luz. Finalmente, la señorita Sánchez sopló la llama de las velas. La sonrisa nova había desaparecido, apenas un millón de kilómetros luz atrás.

—¿Por qué lo hizo?

—No sé.

El psiquiatra tuvo una imperiosa necesidad de ubicarse en medio de esa catástrofe de luz.

—¿Y cómo supo que lo hizo?

La señorita Sánchez le miró y sus pupilas eran dos puntos. Luego gritó:

—¡No!, ¡eso no!

—Pero, ¿por qué no? ¿No se da usted cuenta de que tenemos que aclarar esto? —le dijo como sacudiéndola.

—Pero no se da cuenta usted, doctor, de que si pienso como lo hice, es muy probable que algo, otra estrella, estalle.

¿Había un tono de triunfo en la voz? El psiquiatra no tuvo nada más que miedo. Un miedo propio que es racial. El sistema solar era su tesoro y su santabárbara.

Tenía que comprar tiempo para pensar y por eso preguntó:

—¿Y por qué esa estrella? —Comprendió que la pregunta era absurda. Es que en realidad ninguna pregunta tiene sentido. ¿Lo va a hacer usted de nuevo? ¿Entiende lo que ha hecho? ¿Me promete que no lo hará más? ¿Va a ser buenita?

Aquella increíble sonrisa. Con disimulo, al abrigo de la luz que encandila, abrió el cajón derecho del escritorio. Más seguro por el contacto frío con el acero hizo la pregunta vital, pero inútil:

—¿Y corre peligro el Sol?

La señorita Sánchez rompió en un llanto torturado de fósforo de cera que se quema. Luego levantó la cara y tras la red luminosa de lágrimas estaban las dos pupilas puntiformes y la mueca, casi la sonrisa.

—Lo estoy controlando —dijo—. Hago todo lo que puedo.

El psiquiatra disparó rápido y con cuidado. La bala penetró dejando un pequeño agujero color cromo en la frente de la señorita Sánchez. Estalló en su cerebro. Ahora era sólo cuestión de esperar ocho minutos junto al cadáver. El tiempo que tomara en llegar el correo de luz del sol con su posible mensaje apocalíptico. Incrédulo, esperó.

El efecto nova ocurrió a las 20 y 30 en punto.

En cosa de segundos, la noche fue día. El blanco luz se hizo insoportable para el ojo acostumbrado a que la noche sea noche. Cuando cae el sol, la luz que el hombre enciende es pequeña como una vela o un incendio. Respeta el cielo de la noche. Pero ahora no. Eran, exactamente, las 20 y 30.

Vi las dos manos blancas de esa paciente nova y todo en mi interior fue un fogonazo de magnesio que no deja pensar. Pero siempre pensé en algo así, el encuentro cara a cara con la magia real de lo imposible. Casi un anhelo. Tomar a una alucinación de la mano, delirar juntos y en un rito negro quemar el libro fastidioso de la lógica. ¿Pero qué se hace ahora? ¡Una mujer que quema estrellas y que crea el día en la noche! ¿Y qué le puedo decir? Juguemos a las bochas, yo tomo los soles lisos. Sublime, señorita, su sadismo uretral. ¡Absurdo! ¿Será esto volverme loco?

Pero tenía que hablar y me decidí.

Tenía que hablar y me decidí a preguntarle por qué lo hizo y me contestó que ésa no era la pregunta, que preguntas así ahora no tienen sentido. Y tiene razón, no tengo más preguntas. No tengo miedo tampoco, curioso. Pero hay que decirle algo a esta mujer que me mira con una sonrisa que no puedo ubicar de este lado de la tierra. Una sonrisa incorruptible diría Josué. ¿Cómo hizo Josué para detener el Sol?

«Yo no soy Josué», me contestó, y supe que leía mis pensamientos. Así comprendí lo que ya sabía. No era posible matarla y me alegré no haberlo pensado más vividamente antes, ya que ahora soy un libro abierto. Esta vez ella no me dio tanto miedo, pues me susurró que no tengo por qué tenerle miedo. Me sentí protegido por ella y volví a encender las velas. Le pregunté entonces qué deseaba y ella me contestó con su sonrisa incorruptible:

—No adorarás a otro Dios más que a mí.

El efecto nova ocurrió a las 20 y 30 en punto:

En cosa de segundos la noche fue día. El blanco luz se hizo insoportable para el ojo acostumbrado a que la noche sea noche. Cuando cae el sol, la luz que el hombre enciende es pequeña como una vela o un incendio. Respeta el ciclo de la noche. Pero ahora no. Eran, exactamente, las 20 y 30.

No hay colores, sólo luz blanca. Frente a mí las manos blancas del psiquiatra y su dura cara blanca de expectativa:

—¿Y por qué lo hizo? —me preguntó.

—Porque... —comencé y no pude proseguir por el llanto.

Quise decirle que lo hice por amor, por odio, por la locura de una noche donde yo era el cosmos y la estrella sólo un átomo, por la soledad de una noche donde yo no era nadie mirando el cielo. Pero no pude decirle nada de eso y seguí llorando. Las lágrimas me quemaban los ojos y lo deformaban todo.

El psiquiatra no decía nada y parecía pensar, su cara inexpresiva. Nos quedamos así, sin palabras, durante más de cinco minutos. Luego me preguntó:

—¿Cómo lo hizo?

—No lo sé, doctor—murmuré—, no lo recuerdo.

Levanté la mirada, y de pronto lo vi todo en su cara. Grité:

—¡No me mire así, doctor!

—No la comprendo —me contestó.

—¡No me mire así, con esa sonrisa! ¡Qué horrible! ¡Dios mío, qué miedo tengo!

—Pero señorita Sánchez... —comenzó a decir y le interrumpí:

—¡No me mire así!

Lo juro, había algo de demonio en aquella expresión. Nunca una cara me ha dado tanto miedo.

Pero la voz ahora era más bondadosa, casi paternal. Cerré los ojos para no verlo.

—Señorita Sánchez, cálmese, tranquilícese. Comprendo lo terrible que es comprobar que en efecto, usted tiene ese poder. Eso la confunde y sospecha de mí. Yo sólo la puedo curar si tiene confianza en mí.

—Yo quiero tener confianza en usted —vacilé.

—Muy bien —me contestó—. Déme una prueba de su confianza: ¿cuál es el secreto de su poder?

—No sé, no lo recuerdo... estoy confusa.

En realidad, creo que mentí. Casi se lo digo, tengo tanta necesidad de apoyarme en alguien. Pero...

—Bien, no importa, ya lo va a recordar —me dijo el psiquiatra con una cálida voz persuasiva y me ofreció el diván para que me recostara y pudiera sentirme cómoda.

—No se preocupe —me dijo—. Yo la puedo curar, pero primero es necesario descubrir el secreto de su poder, ¿comprendido?

—Sí, doctor—dije, y me sentí apoyada.

—Bien —me llegó la afable voz psiquiátrica de psicoanalista—, usted ahora ha olvidado su secreto. Pero este secreto le pesa. No se preocupe, va a aflorar. Usted diga lo primero que se le ocurra, ¿comprendido?

—Sí, doctor —dije y, de pronto, se me apareció algo de la infancia que mi doctor debe saber:

—¡Qué curioso! Es algo que tenía olvidado. Cuando éramos chicos Alberto y yo, Alberto fue un primo mío, inventamos una tarde el juego de hacer luciérnagas. Primero practicamos con moscas, después con abejas y hormigas. Luego pasamos a esos cascarudos que se llaman toritos. Daban una luz gorda. Lo que más nos divertía era hacer luz con las langostas, parecían como esos tubos de neón en las oficinas. Nuestras luciérnagas daban mucha luz pero *bang* se morían. Cuando Alberto quedó ciego mamá no quiso que jugáramos más juntos... ¡Ah!... Si...

El efecto nova ocurrió a las 20 y 30 en punto.

(Es una habitación típica de un psiquiatra, un tanto oscura, con un escritorio grande, rústico y con papeles desarreglados. Un par de velas encendidas sobre botellas de bebidas gaseosas. Ha habido una

falla en la energía eléctrica. El médico y la señorita Sánchez se enfrentan mesa de por medio en una entrevista psiquiátrica. El ventanal está abierto cuando se produce el efecto nova. La luz es engeguecedora, duplica la habitual del sol.)

PSIQUIATRA. ¡Dios mío! ¡Qué inhumana responsabilidad! ¡Míreme las manos! *(El psiquiatra muestra sus manos fibriladas.)*

PACIENTE. Sí, lo sé.

PSIQUIATRA. Necesito pensar. *(Cierra los ojos.)* ¿Cuál es su nombre?

PACIENTE. Estrella Sánchez.

PSIQUIATRA. Necesito pensar, Estrella. Mi nombre es David. Un nombre quizás apropiado para las circunstancias. Déme unos minutos.

ESTRELLA. Bien, David. Es un pacto.

(Se interpone un largo silencio. El consultorio sigue con un máximo de iluminación. Estrella y David no se mueven y esa inmovilidad con el correr del tiempo se hace antinatural. Estrella la corta, soplando las velas.)

DAVID. Tengo unas preguntas que hacerle.

ESTRELLA. Pregunte.

DAVID. En estos últimos minutos he pensado con singular lucidez. ¿Tiene usted algo que ver con eso?

ESTRELLA. Sí, David, es parte del pacto.

EL HOMBRE QUE PUEDE SER VICTIMARIO. Segunda pregunta. Si decidiera hacerlo, ¿la puedo matar?

LA HACEDORA DE NOVAS. ¿Con ese revólver en su cajón?

DAVID. Sí.

LA HACEDORA DE NOVAS. No, David, no puede.

EL HOMBRE QUE PUEDE SER VÍCTIMA. ¿Usted puede matarme instantáneamente?

ESTRELLA. Sí.

PSIQUIATRA. Otra pregunta. ¿Usted me lee el pensamiento?

LA MUJER QUE TIENE EL PODER. Sólo lo central, la nervadura de los pensamientos. La intencionalidad.

DAVID. Otra pregunta. ¿Usted puede hacer estallar el Sol?

ESTRELLA. Creo que sí.

DAVID. Y dígame. Estrella, ¿la nova del Sol la destruiría?

(La señorita Sánchez demoró en contestar. Por vez primera bajó la vista y él miró las manos blancas.)

LA MUJER QUE TIENE EL PODER. Actualmente, sí.

DAVID ANTE EL MISTERIO DE LA HACEDORA DE NOVAS. Otra pregunta, Estrella, ¿va a ser usted Dios?

(La señorita Sánchez nuevamente demoró en contestar. Con un ademán mecánico prendió las velas.)

PACIENTE. No sé. No sé cómo contestar esa pregunta.

DAVID. Escúcheme, Estrella, ésta es la última pregunta y la más importante. ¿Tiene usted miedo?

LA MUJER QUE CONTIENE EL LLANTO. Yo no lo llamo miedo, David. Lo llamo desesperación, lo llamo espera, incógnita, culpa, soledad. Necesito ayuda.

PSIQUIATRA. Sí, lo sé, usted necesita ayuda. Estrella, voy a hacer todo lo posible para ayudarnos.

Bibliografía

ENSAYOS

Argentina

CAPANNA, PABLO, *El sentido de la ciencia ficción*, colección «Nuevos Esquemas», núm. 1, Editorial Columba, Buenos Aires, 1966, 274 pp.

GOLIGORSKY, EDUARDO, y LANGER, MARIE, *Ciencia-ficción, realidad y psicoanálisis*, colección «Mundo Moderno», núm. 26, Editorial Paidós, Buenos Aires, 1969, 186 pp.

LANGER, MARIE, *Fantasías eternas a la luz del psicoanálisis*, colección «Biblioteca: psicología de hoy», núm. 36, Ediciones Hormé, Buenos Aires, 1966, 172 pp.

«LA OPINIÓN», *Ciencia-ficción, la otra respuesta al destino del hombre*, Timerman Editores, Buenos Aires, 1976, 160 pp.

Brasil

CARNEIRO, ANDRÉ, *Introdução ao estudo da «science-fiction»*, colección «Ensaio», Conselho estadual de cultura/comissão de literatura, Sao Paulo, 1968, 142 pp.

Cuba

HURTADO, OSCAR, *Introducción a la ciencia-ficción*. Instituto del Libro, La Habana, 1971, 144 pp.

REVISTAS

Más allá, Buenos Aires. 48 números (de 1953 a 1957).

El lagrimal trifurca, Rosario (República Argentina). 14 números (de 1965 a 1976).

Galaxia 2000, Río de Janeiro, 1968.

Nueva Dimensión, Ediciones Dronte, Barcelona. 94 números (evocan más particularmente la ciencia ficción latinoamericana los números: 3-4-5-6-8-16-25-28-33 y 49), de 1968 a 1977.

Kadath, Rosario, 1972.

Trafalmadores, Rosario, 1976.

La revista de ciencia ficción y fantasía, Buenos Aires, 1977.

Ides... et autres, Bruselas, 30 números (evocan más particularmente la ciencia ficción latinoamericana los números: 3-7-9-14-15-16-17-18 y 19), de 1974 a 1977.

Espacio, México, 1978.

ANTOLOGÍAS

ALONSO, RODOLFO, *Primera antología de la ciencia ficción latinoamericana*, Rodolfo Alonso editor, Buenos Aires, 1970, 136 pp.

ANÓNIMO, *Antología brasileira de ficção científica*, Edições GRD, Río de Janeiro, 1961, 182 pp.

BAJARLIA, JUAN-JACOBO, *Cuentos argentinos de ciencia ficción*, colección «Reencuentro», Buenos Aires, 1967, 190 pp.

CARNEIRO, ANDRÉ, *Historias do acontecerá-1*, colección «Ficção científica», núm. 12, Edições GRD, Río de Janeiro, 1961, 138 pp.

—, *Além do tempo e do espaço*, colección «Ciencificcão», núm. 6, Librería Editora Edart, Sao Paulo, 1965, 168 pp.

GOLIGORSKY, EDUARDO, *Los argentinos en la luna*, Ediciones de la Flor, Buenos Aires, 1968, 216 pp.

GOORDEN, BERNARD, *Fictions d'Amérique Latine*, colección «Ides... et autres», núm. 3, Editions «Recto-Verso», Bruselas, 1975, 75 pp.

— *Au revoir, á hier!*, colección «Ides... et autres», núm. 19, Editions «Recto-Verso», Bruselas, 1977, 144 pp.

GRASSI, ALFREDO JULIO, y VIGNATI, ALEJANDRO, *Ciencia ficción: nuevos cuentos argentinos*, Calatayud-Dea Editores, Buenos Aires, 1968, 158 pp.

HURTADO, ÓSCAR, *Cuentos cubanos de lo fantástico y lo extraordinario*, Serie del Dragón, Ed. Revolución, La Habana, 1968, 280 pp.

RODRIGUÉ, EMILIO, *Ecuación fantástica*, colección «Biblioteca: psicología de hoy», núm. 46, Ediciones Hormé, Buenos Aires, 1966, 200 pp.

SÁNCHEZ, JORGE A., *Los universos vislumbrados* (prólogo de E. E. Gandolfo: «La ciencia ficción argentina»), Ediciones Andrómeda, Buenos Aires, 1978.

NOVELAS

Argentina

ARLT, ROBERTO, *Viaje terrible*, colección «Ficciones», Editorial Tiempo Contemporáneo, Buenos Aires, 1974, 132 pp.

BAJARLIA, JUAN-JACOBO, *Los robots*, Buenos Aires, 1955.

—, *Historias de monstruos*, Ediciones de la Flor, Buenos Aires, 1969, 164 pp.

—, *Fórmula al antimundo*, Editorial Galerna, Buenos Aires, 1970, 96 pp.

—, *El día cero*, colección «Novelistas argentinos contemporáneos», Emecé Editores, Buenos Aires, 1972, 116 pp.

BLOY CASARES, ADOLFO, *La invención de Morel*, colección «El libro de bolsillo», núm. 393, Alianza Editorial, Madrid, 1972, 126 pp.

GOLIGORSKY, EDUARDO, *A la sombra de los bárbaros*, colección «Gaudeamus», núm. 8, Ediciones Acervo, Barcelona, 1977, 140 pp.

—, y VANASCO, ALBERTO, *Memorias del futuro*. Ediciones Minotauro, Buenos Aires, 1966, 112 pp.

—, *Adiós al mañana*, Ediciones Minotauro, Buenos Aires, 1967, 120 pp.

GORODISCHER, ANGÉLICA, *Opus Dos*, Ediciones Minotauro, Buenos Aires, 1967, 146 pp.

- , *Bajo las jubeas en flor*, Ediciones de la Flor, Buenos Aires, 1973, 184 pp.
- , *Casta luna electrónica*, Editorial Andrómeda, Buenos Aires, 1978.
- GRASSI, ALFREDO JULIO, *Y las estrellas caerán*, Ediciones Bolsilibro, Buenos Aires, 1967, 118 pp.
- HOLMBERG, EDUARDO LADISLAO, *Cuentos*, colección «El pasado argentino», Librería Hachette, Buenos Aires, 1957, 396 pp.
- LUGONES, LEOPOLDO, *Las fuerzas extrañas*, colección «Clásicos», núm. 66, Editorial Huemul, Buenos Aires, 1967.
- QuiROGA, HORACIO, *El hombre artificial*, «Novelas cortas», Ediciones Huracán, La Habana, 1973.
- RODRIGUÉ, EMILIO, *Plenipotencia*, Ediciones Minotauro, Buenos Aires, 1967, 168 pp.
- VANASCO, ALBERTO, *Memorias del futuro*. Círculo de Lectores, Buenos Aires, 1976, 192 pp.
- Brasil**
- CARNEIRO, ANDRÉ, *Diario da nave perdida*, colección «Cienci-ficcáo», núm. 4, Librería Editora Edart, Sao Paulo, 1963, 210 pp.
- , *O homem que adivinhava*, colección «Ciencificcáo», núm. 8, Librería Editora Edart, Sao Paulo, 1966, 152 pp.
- CUNHA, FAUSTO, *As noites marcianas*, Editoes GRD, Río de Janeiro, 1960, 173 pp.
- SILVEIRA DE QUEIROZ, DINAH, *Éles herdarao a Terra*, Río de Janeiro, Edicoes GRD, 1960, 192 pp.
- WILMAR SASSI, GUIDO, *Testemunha do tempo*, Edicoes GRD, Río de Janeiro, 1963, 138 pp.
- Chile**
- CORREA, HUGO, *Los altísimos*, Ediciones Universitarias de Valparaíso, Santiago, 1973, 236 pp.
- , *El que merodea en la lluvia*, colección «Narradores chilenos», Editorial Zig-Zag, Santiago, 1968, 212 pp.
- , *Los títeres*, colección «Narradores chilenos», Editorial Zig-Zag, Santiago, 1969, 178 pp.
- , *Cuando Pilato se opuso*, colección «Valores literarios», Editorial Universitaria, Santiago, 1971, 206 pp.
- MONTAGNE, ANTOINE, *Los superhombres*, Arancibía Hnos., Santiago, 1963, 232 pp.
- , *Acá del tiempo*, colección «Narradores chilenos», Editorial Zig-Zag, Santiago, 1968, 244 pp.
- , *No morir*, colección «Fabiola», Editorial Huda, Santiago. 1971, 176 pp.
- Cuba**
- ARANGO, ÁNGEL, *¿A dónde van los cefalomos?*, Cuadernos Erre, La Habana, 1964.
- , *El planeta negro*. Ediciones Revolución, Serie del Dragón, La Habana, 1966.
- , *Robotomaquia*, Cuadernos Unión, La Habana, 1968.
- México**
- CORTÉS GAVINO, AGUSTÍN, *Hacia el infinito*, Ediciones Xilote, México, 1968.
- REBETEZ, RENE, *La nueva prehistoria y otros cuentos*, Editorial Diana, México, 1968.

Perú

ADOLPH, JOSÉ B., *Cuentos del relojero abominable*, colección «Autores peruanos», núm. 47, Editorial Universo, Lima, 1974, 186 pp.

—, *Mañana fuimos felices*, Instituto Nacional de Cultura, Lima, 1975, 154 pp.

RIVERA SAAVEDRA, JUAN, *Cuentos sociales de ciencia-ficción*, Ed. Horizonte, Lima, 1976, 50 pp.

Uruguay

TERRA AROCENA, HORACIO, *El planeta Arreit*, Editorial Barreiro y Ramos, Montevideo, 1976, 280 pp.

Venezuela

BERROETA, PEDRO, *La salamandra*, colección «Continente», Monte Ávila Editores, Caracas, 1973, 408 pp.

BRITTO GARCÍA, Luis, *Rajatabla*, colección «La creación literaria, Siglo veintiuno editores, México, 1971, 218 pp.

—, *Abrapalabra*, Caracas, 1978.

